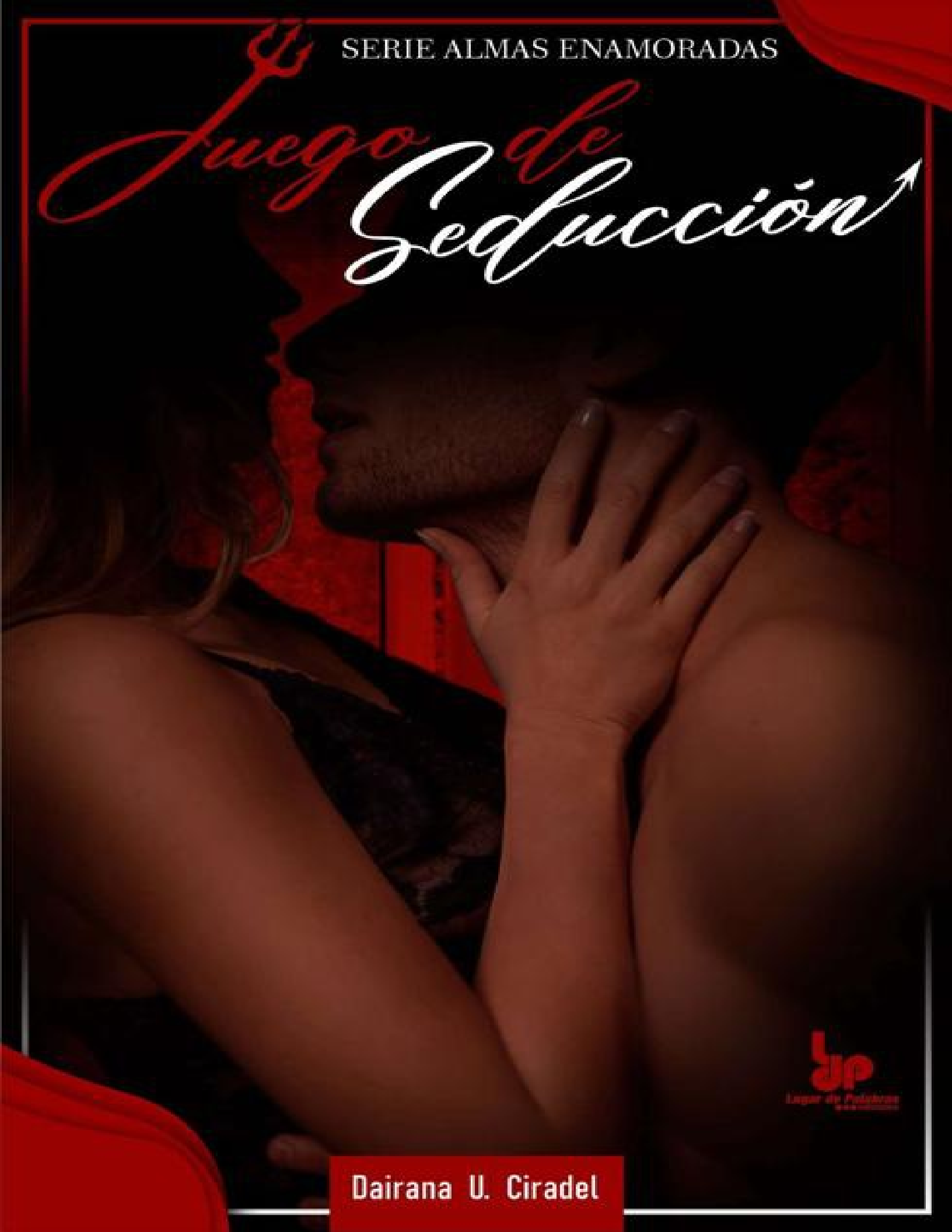
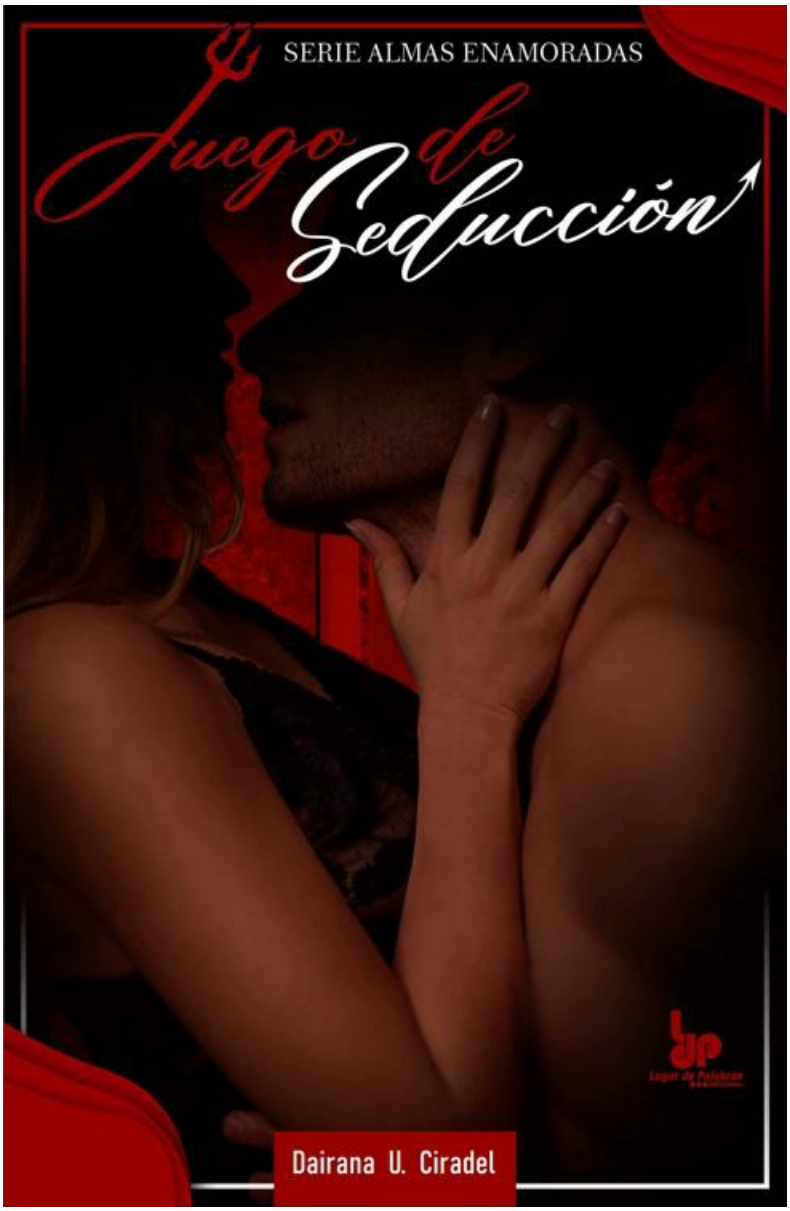
SERIE ALMAS ENAMORADAS

Juego de Seducción



Dairana U. Ciradel



Juego de seducción

Serie almas enamoradas

Dairana U. Ciradel

Dedicatoria

◆◆◆

Esta novela va dedicada a todos esos “Martin” que están esparcidos por el mundo y que, debido a sus profundos traumas emocionales, crean una coraza en su corazón que los hace incapaces de entregarse por completo; temen amar, temen enamorarse y, sobre todo, nunca han podido amarse a sí mismos. Porque el primer paso para amar a otros es amarse a sí mismo. Solo desearles un buen viaje por esta vida y que puedan aprender lo mejor de ella para poder liberarse de sus dolores internos. El primer paso para ser feliz es sanar las heridas emocionales, pero para eso deben estar dispuestos a vivir su propia catarsis, solo así lograrán ser libres y realmente felices. Porque, a pesar del dolor que podamos vivir, siempre hay que apostar por el amor, sin miedo al fracaso.
También le dedico esta historia a todas esas “Amada” que han sufrido por el aguijón del desamor, pero que pese a ello siguen siendo corazones enamorados de la vida y a pesar del dolor que han sentido, se entregan sin poder evitarlo, ya que su naturaleza es amar por sobre todas las cosas.

Ama, ríe, sonríe y sé feliz. Deja fluir tus sentimientos sin miedo al dolor, porque el dolor es parte de la vida y no podemos tapar el sol con un dedo.

«Juego de seducción que me hace vibrar.

Juego de seducción que me envuelve en suspiros
y ardo en las llamas de esta pasión virtual.
¡Oh!, ¡endiablado Juego, que mal me tienes!

Prefiero terminar contigo
antes de sucumbir en el deseo
porque tu lujuria me consume
y me hace dudar.

No debo caer en tus brazos,
no debo probar tus labios, pero los deseo.
Realmente quiero probar tus besos
y arder en tu desenfrenado juego.

Pero temo enamorarme y sufrir por el desamor.
No quiero de tu pasión ser un juego
y de la desolación prisionera
cayendo por el abismo de la aflicción.»

Ruptura
Poemario de un corazón lujurioso
Dairana U. Ciradel

Significado de Chilenismos

◆◆◆

Endenante: Hace poco, hace un rato.

Ponchera cervecera: Vientre abultado producto del consumo excesivo de cerveza.

Jote: Mujeriego, cachondo.

Jotear: Cortejar a una mujer con fines sexuales efímeros.

Nica: Abreviación de la expresión *ni cagando* que significa por ningún motivo lo haré.

Huasa: Coloquialmente para referirse a una persona que tiene pocos estudios.

Patudo: Dícese de una persona que se aprovecha de una situación a su conveniencia.

Mish: Expresión de sorpresa o asombro.

Péscame: Ponme atención.

Pasa palabra: Expresión para referirse a que no quieres responder a la pregunta que te han hecho.

Fome: Aburrido.

Carretear: Festejar con música y alcohol en compañía de amigos y/o familiares.

Chucha: Improperio que expresa desagrado por algo.

Po: Abreviación de pues.

Yapo: Abreviación de *ya pues*.

Weed: Hierba o marihuana en inglés.

Berries: Frutos rojos.

Webeo: Chilenismo para referirse a molestar o entretenerse según el contexto.

Serapio: Será pues o será para después.

1313: En MSN era un emoji levantando las cejas repetidamente en un tono insinuador.
Cacha: Mira eso, fíjate en esto.

La pega: Expresión para referirse a ir a trabajar.

Estar ad-portas: Estar a punto de.

Wuachita: Forma despectiva de piropear a una mujer.

Piropear: Decir piropos, galantear, adular.

Conchito: Que queda poco de algo.

Hecha pebre: Muy cansada/o, que tu cuerpo está muy agotado.

Cara de raja: Sinvergüenza, descarado.

Gañán: Seductor. (Más cercano a la definición de una persona astuta que consigue lo que quiere)

Los cabros: Coloquialismo chileno para referirse a los amigos, los compañeros, los niños.

Sho: Expresión coloquial debido a una fuerte impresión.

Carrete: Fiesta.

Alcachofazo: Darse cuenta de algo, percatarse.

Éjale: Expresión de temor o sorpresa, según el contexto.

Vituperios: Cóctel, comida, refrigerios.

Pituco: Muy elegante, de clase alta ABC1. (Un pituco no necesariamente es elegante)

Garzón: Dícese de trabajador que escribe los pedidos de los clientes y lleva los alimentos y bebidas a los clientes en restoranes, bares o cafeterías.

Chorrillana: Plato típico de Chile en que mezclas papas fritas, carne, cebolla y huevos.

Sobajearse: Frotar o tocar sexualmente.

Cornete: Golpe de puño.

Oyuo: Ademán fálico que expresa desagrado en que se levanta el dedo del medio de una o ambas manos.

Cabros: Hombres, niños, amigos.

Pastel: Usado para referirse a un hombre quiere decir que es tonto, descuidado y no se fija en los detalles o en los sentimientos de los demás.

Alcance de nombres: Repetición del primer nombre y apellido de una persona al conocer a otra, entonces lo que los diferencia podría ser el segundo nombre o apellido.

Mandar a laar: Exigirle a alguien que se aleje, ya que incomoda o inoportuna.

Espumante: Cualquier vino blanco cuyo proceso de producción involucra la inyección de gas carbónico y que fue producido en cualquier país del mundo, a excepción de Francia.

Brígido: Se usa para referirse a lo peligroso que puede ser una persona, situación o acción.

Peñascazos: Piedrazos.

Chato: Persona con mala voluntad, que, en vez de ayudarte, te perjudica.

Cuea: Dícese de una persona que tiene buena suerte.

◆◆◆

PALABRAS

◆◆◆

Capítulo 1

Cuándo todo comenzó

◆◆◆

No entiende cómo ni por qué él apareció en su vida, pero desde que tomó conciencia de su existencia y de sus intenciones, le ha costado mucho luchar contra lo que siente pues no quiere enamorarse; aunque cada día que pasa siente la necesidad de escribirle por chat y continuar con esas conversaciones que le gustan tanto. Nunca pensó que mantener conversaciones eróticas con alguien sería tan candente y le generaría dependencia; no a lo que él decía, sino a su atención, a que la buscara y su insistencia hacia ella. Lo malo es que él solo deseaba una cosa, precisamente lo que ella no debía darle. Aunque lo deseara, ya que si se enamoraba sería ella quien sufriera.

La primera vez que lo vio no le prestó mayor atención, ni siquiera notó su presencia, pues ingresó como uno de los muchos empleados que había en esa nueva obra en construcción.

En Placilla de Peñuelas, en la ciudad de Valparaíso, se estaban construyendo muchos nuevos edificios y en esa ocasión Amanda consiguió un empleo como guardia de seguridad en un turno 4x4 de día, por lo que le tocaba recibir al personal que se uniría a las faenas y en la primera mañana vio muchas caras nuevas; algunos le sonreían con amabilidad tras saludar, mientras que a otros se les notaba la picardía en sus miradas. Sin embargo, solo se limitaba a saludarlos, a responder preguntas básicas sobre la faena y las diversas zonas en que estarían ciertas oficinas improvisadas. Fue un día agotador, ya que llegaban muchos camiones con múltiples materiales para recibir y no paró de moverse hasta la hora de almuerzo, momento en que pudo sentarse a comer por cinco minutos dentro de la caseta que hacía de recepción en la entrada sur, pues llegó otro cargamento que debía atender. Mientras revisaba todo, un chico de no más de treinta y dos años, un tanto corpulento, con una ponchera cervecera, que le ganaba por muchos centímetros en altura, de cabello castaño oscuro y un fino bigote, se asomó por la parte trasera del camión y le sonrió justo cuando se colocaba el casco de seguridad.

Por otra parte, él había decidido seguirla en cuanto la vio salir de su puesto de trabajo, ya que desde el primer momento en que la vio al interior de la caseta de entrada, sus curvas bien pronunciadas, sus labios carnosos de color carmesí y esos ojos marrones y almendrados le incitaban al pecado. Ahora, con su cabello al viento le parecía más sensual y coqueta, llamándole enormemente la atención, aumentando su deseo por probar sus labios y ser el dueño de su cuerpo.

—Buenas tardes —saludó—, ve a almorzar tranquila, yo me encargo.

—Es que debo atender esto —contestó sumergiéndose en la planilla.

—Insisto —repitió tomando la planilla por el otro extremo, por lo que no pudo evitar mirarlo a los ojos—, es tu hora de colación.

—Pero es que…

—No te preocupes, soy el jefe aquí —le guiñó un ojo—, ve tranquila, yo me encargo.

En ese instante sus ojos se desviaron a la credencial que colgaba de su cuello.

—Está bien —accedió ella esbozando media sonrisa y le entregó la planilla. Entonces bajó del camión.

Después de terminado el almuerzo, Amada tuvo un periodo de tranquilidad hasta las cinco de la tarde en donde llegaron tres camiones y nuevamente se encontró con ese chico que, tras mirarla esbozando media sonrisa, se metió en otro camión. Luego de terminar el conteo de los tres cargamentos le entregó las planillas y se dirigió a su puesto. Como el sol ya estaba escondiéndose, la temperatura bajó y aún quedaban dos horas para el cambio de turno, así que se preparó un café. Cuando bebía de su tazón, el mismo muchacho se acercó.

—Hola —saludó—, ¿aún aquí?

—Mi cambio de turno es a las ocho, pero yo sí puedo preguntarte qué haces todavía por aquí si ustedes salen a las seis de la tarde.

—Pues al ser el jefe, a veces debes quedarte más tiempo.

—Mmmm…

—Denantes no me presenté —dijo, extendiéndole la credencial que tomó entre sus manos con seguridad—, mi nombre es Martin sin la tilde en la i —explicó socarrón—, y mi apellido es Eddoumi.

—Martin sin tilde —repitió ella—, y, pues tienes un apellido muy raro.

—Sí, ya me lo han dicho. Por eso siempre paso mi cédula de identidad o, en este caso, mi credencial.

—Sí, mejor, porque no creo que la mayoría de la gente sepa escribir ese apellido.

—Así es —rio por lo bajo—. Y, ¿cómo te llamas?

—Amanda Gutiérrez —dijo devolviéndole la credencial—, toma.

—Gracias —sonrió, guardándosela en el bolsillo de su chaqueta—. Bueno, nos vemos mañana.

—Hasta mañana.

—Ten un buen turno.

—Gracias.

Los días pasaron rápido y Martin siempre estaba en el momento justo para ayudarla, sospechaba que no almorzaba, pues cada vez que los camiones llegaban durante su hora de colación, él aparecía y se hacía cargo de la situación. A la hora de salida pasaba por su puesto a conversar un rato de trivialidades y a veces, le contaba chistes que la hacían reír a carcajadas. En definitiva, era muy simpático.

Por otro lado, Amanda permanecía alerta por si encontraba un nuevo trabajo con un turno menor que quedara más cerca de su hogar; no le importaba que el sueldo fuera más bajo, pero necesitaba tiempo para sus aficiones y el hecho de llevar más de un mes con ese nivel de estrés le estaba pasando la cuenta.

Cuando al fin consiguió un trabajo cerca de su casa, Amanda renunció sin decirle adiós a Martin. No quería despedirse porque ya se había encariñado con él, aunque no lo conocía ya que sus conversaciones nunca trataron sobre sus vidas personales y tampoco se animó a preguntarle al respecto.

Capítulo 2

El chat inesperado

◆◆◆

Cuando Amanda se preparaba para ir a su nuevo trabajo, recibió un mensaje en una de sus redes sociales. Al ver el nombre de quién escribía, quedó estupefacta.

Martin:
Hola, ¿cómo estás?
No sabía si responderle, se mordió el labio inferior y, dándose valor, escribió:

Hola, bien ¿y tú?

Martin:
No tan bien.

Amanda:
¿Por qué?

Martin:
Porque hace tres días que no te he visto por acá
y se suponía que te tocaba venir. ¿Estás enferma?

Amanda:
No, es que renuncié.

Martin:
¿Por qué?

Amanda:
Porque quería encontrar un trabajo
más cercano a mi casa,
además, necesito tiempo para mis aficiones.

Martin:
¿Qué aficiones tienes?
Nunca hemos hablado de eso.

Amanda:
Tampoco sé las tuyas.

Martin:
Pues tú dímelas primero.

Amanda:
Bueno, yo soy poeta y
estoy a punto de sacar
mi primer poemario.

Martin:
¿En serio?

Amada:

Sí.

Martin:
Me gustaría verlo.

Amanda:
Cuando esté listo te aviso.

Martin:
¿Y me podrías mostrar uno?

Amanda:
Pues son poemas de desamor…

Martin:
¡Anda! Quiero leer uno.

Amanda:
Pero será una estrofa.

Martin:
Ok, la espero.

Abrió su ordenador y buscó en los archivos hasta que dio con uno. Se lo envió, este decía:

«Llamas queman mi corazón
Su fuego quema todo en mi interior
Mi ser se derrite en esas brasas
Mi alma se evapora y se funde en la nada».

Martin:
Guau, que lindo, y, ¿cómo se llama?

Amanda:
Corazón en llamas.

Martin:
¿Y el poemario qué nombre tendrá?

Amanda:
«Poemario de un corazón destrozado».

Martin:
Creo que muchos se sentirán identificados
con esta temática, cuando lo publiques me avisas.
Yo te compraré uno.

Amanda:
Si cada vez que me dijeran eso me
comprarán un libro ya sería millonaria jajajaja

Martin:
Es en serio, te compraré uno cuando lo publiques.

Amanda:
Claro, haré como que te creo jajaja

Martin:
Dijiste que eras escritora, ¿qué otros textos has escrito?

Amanda:
Novelas románticas con tintes eróticos mayormente.

Martin:

¿Tienes alguna publicada?

Amanda:
Sí, dos de ellas en Amazon:
«Explorémonos. Parte I» y
«El Abismo de Emma. Tinieblas».

Martin:
¿Cuál me recomiendas comprar?

Amanda:
Le preguntas a la escritora, pues todas jajajaja

Martin:
Sí, jajaja me lo imaginaba. ¿Pero tienes
una qué sea tu favorita?

Amanda:
Pues… podría ser «Explorémonos»,
esa la vendo a $13000 y tengo ejemplares
físicos en mi poder, por si te animas a comprarla.

Martin:
Supongo que vendrá con dedicatoria de la autora.

Amanda:
Por supuesto, va con firma,
dedicatoria y foto con la autora.

Martin:
Interesante, me gusta.

Amanda:
¿Y me comprarás uno?

Martin:
Cuando tenga plata, que a estas alturas
del mes ya no me queda.

Amanda:
Jajajaja lo sabía.

En ese instante recibió una notificación de seguimiento en su página de escritora y quien la seguía era su actual interlocutor.

Martin:
Pero en serio que te compraré una novela
y el poemario, es una promesa.

Amanda:
¡Claro! Dime, ¿cuáles son tus aficiones?

Martin:
Pues la música, jugar play, el fútbol,
el alcohol y no sé si las mujeres cuenten.

Amanda:
Jajaja sí, si cuentan. ¡Buena galán!

Martin:
Jajaja. Quiero saber más de ti.

Amanda:
¿Qué quieres saber?

Martin:
¿Tienes libros escritos sin publicar?

Amanda:
Sí, diez aproximadamente.

Martin:
Perdón por la pregunta, pero ¿cuántos años tienes?

Amanda:
Veintinueve y, ¿tú?

Martin:
Yo tengo veintisiete.

Amanda:
Buena.

Martin:
Sipo, un bebé jajaja

Amanda:
Un bebé, jajajajja, ¡Claro!

Martin:
Sipo, si soy un bebé.

Amanda:
De hecho, me parecías más mayor,
como de treinta y dos aproximadamente.

Martin:
Pucha, siempre me dicen lo mismo.

Amanda:
Jajaja, ¡Qué mal rollo! Es que te ves
más mayor. Será por la buena
vida y la poca vergüenza.

Martin:
Jajajaja Bastante buena vida y muy poca vergüenza.

Amanda:
Me lo imaginaba.

Martin:
Pucha, me dejaste el ego super bajo.

Amanda:
No fue mi intención.

Martin:
No si no jajajaja. Rompiste mi corazón.
En serio, eso no se hace —emoji de corazón roto.

Amanda:
Jajajaja.

Martin:
Cuéntame de ti, ¿A dónde estás trabajando ahora?

Amanda:
En un condominio cercano a mi casa,
bueno, está como a quince minutos.

Martin:

Ah, y ahora cuando te hablé cachaste que era yo.

Amanda:
Sí.

Martin:
Jajaja Perdón si te molesto. No era mi intención.

Amanda:
Jajaja
¿Y cómo fue que me encontraste por esta red social?

Martin:
La verdad, es que tras poco más de
un mes trabajando contigo tu nombre me
quedó pegado y me saliste justo como sugerencia.
Jajajaja

Amanda:
¡No te creo!

Martin:
¡Ah! ¿Entonces crees que te busqué?

Amanda:
Sí, jajajaja.

Martin:
Jajajaja. Bueno, la verdad es que sí.
Es que me pareces interesante y es que…
perdón que te lo diga, pero tienes bonita mirada.
Tras leer aquello, Amanda pegó una fuerte carcajada, cuando calmó este exceso de júbilo le respondió:

Gracias. —Emoji de carita riendo
con la boca tapada por una
mano—. ¡Qué jote!

Martin:
No quería parecer jote, perdón.

Amanda:
¡No te creo! —rio por lo bajo.

Martin:
¿En serio? ¿Por qué? ¿Por qué dices eso?

Amanda:
Porque me has piropeado desde
el comienzo de esta conversación.

Martin:
¿Y es tan malo lo que dije?
Creo que no tiene nada de malo.

Amanda:
No.

Martin:
Entonces… cuéntame más de ti.

Amanda:
¿Qué quieres saber?

Martin:
Mmm… esa pregunta es muy amplia.
Si fuera por mí todo de ti.

Amanda:
Jajajaja, ¡Jote!

Martin:
¿Por qué?
No lo pregunté para jotearte.
Solo quiero conocerte más.

Amanda:
Claro jajjaja
Haré como que te creo.

Martin:
Pero ¿por qué eres así?
Solo quiero saber de ti
Y me vacilas.

Amanda:
Jajajaja

Martin:
Te burlas, eres mala.
Una escritora macabra.
Wuajajaja

Amanda:
Justo iba a decir eso.

Martin:
Ah, sí, eres mala y lo admites.

Amanda:
Lo admito, soy culpable.

Martin:
Pucha, pero la maldad igual atrae.

Amanda:
¿Qué insinúas?

Martin:
A uno le gusta quemarse.
jajajaja
¿Qué podría querer insinuar?
Martin envió un emoji con cara pensativa. Pero justo en ese momento, Amanda se dispuso a verter agua en el hervidor para preparar el desayuno. Cuando volvió a revisar el chat tenía más mensajes de él:
¿Por qué me dejas el visto? —emoji de corazón roto.
Tras reír por lo bajo, contestó:

No sé, dímelo tú.

Martin:

Bueno, es que a algunos nos gusta o,
mejor dicho, tenemos afinidad por lo
malo, lo oscuro.
Jajajaja. O sea, a algunos nos gusta quemarnos.

Amanda:
jajajaja

Martin:
¿No cree usted? ¿Nunca se ha sentido atraída
por lo oscuro o lo malo o a quemarse?
Jajajaja
Tras pegar una fuerte carcajada, le escribió:

Por supuesto, soy escritora.

Martin:
¿Qué insinúas con eso?

Amanda:
Lee mis libros y lo sabrás.

Martin:
Ya, jajajaja
Obvio que lo haré.

Amanda:
Publicidad, jajajaja

Martin:
Estrategia de ventas jajaja.

Amanda:
Sí.

Martin:
Pero cuéntame más, ¿tienes hijos?

Amanda:
Humanos no, solo una gata. ¿Y tú?

Martin:
Hijos humanos no, solo un perro y un gato.
Pero están en la casa de mi madre.
Los tuve que dejar —emoji de carita triste.

Amanda:
Pucha, eso es muy triste.

Martin:
Yo soy de Santiago, Macul, una comuna.

Amanda:
Sé que es una comuna de la RM,
No soy huasa. Jajaja

Martin:
No quise decir que lo fueras.
Eres escritora. Nica eres Huasa.
Dime… ¿Eres soltera?

En ese instante se mordió el labio inferior, ya que no quería contarle la verdad, ni rememorar el pasado que aún le dolía. Así es que decidió mentirle para intentar alejarlo.

Para tu desgracia: NO.

Martin:
Jajajaja DESGRACIA ¡Qué simpática!
¿Y bebes, fumas o alguna cosa?

Amanda:
Soy fumadora social y sí, bebo, todos
los escritores lo hacen. —Emoji riendo.
En tu caso le haces a todo, ya que admitiste
Tu buena vida y poca vergüenza.

Martin:
¿Cómo que todo?
¿Qué vicios crees que tengo?

Amanda:
Todos jajajaja

Martin:
A ver, nómbralos y te digo si sí o si no.

Amanda:
Drogas, alcohol, cigarros y muchos asados jajaja.

Martin:
1) ¿Qué drogas?
2)Solo cervezas.
3)Solo weed.
4) ¿Las mujeres cuentan?

Amanda:
Jajaja las mujeres sí cuentan.

Martin:
Entonces sí tengo unos cuantos vicios.
Oye…

Amanda:
Oigo…

Martin:
Mm… será muy patudo si te pido tu número.

Amanda:
Jajajaja
Sí.

Martin:
Pucha ¡Oh! ¡Cagué! Jajaja, Pero casi…

Amanda:
Jajaja Confórmate con este chat.

Martin:
Pucha, yo quería saber más de ti.
Así que, Amanda Gutiérrez, mish, jajaja.

Capítulo 3

Extraña coincidencia

◆◆◆

Amanda acababa de llegar a su nuevo trabajo, ese sería su primer día sola después de la breve inspección por el recinto. Tras colocarse su uniforme, tomó el turno y su compañero se retiró a su merecido descanso. Ella comenzó a recibir encomiendas avisando por citófono a aquellos departamentos a los que le había llegado alguna y procedió a comenzar el libro de novedades. A ratos aparecían los dueños de algunas a reclamarlas o entraban residentes.

El resto del día pasó rápido, sin novedades negativas. En general, fue muy tranquilo. Cuando el sol comenzaba su descenso, tres jóvenes se acercaron a la puerta e introdujeron la clave para entrar. Mientras escribía algo, ella saludó sin mirar hasta que alguien se colocó frente a la ventanilla, por lo que miró en aquella dirección llevándose una gran sorpresa.

—Hola, Amanda —la saludó esbozando media sonrisa coqueta—, no pensaba verte por aquí.

—Hola —dijo recuperando la compostura y dejando el lápiz a un lado—, Martin. Tampoco esperaba verte por acá. ¿Vienes a visitar a alguien?

—No, yo vivo acá —le aclaró—, en el departamento 13 A.

—Pero tu nombre no está en la lista de residentes…

—Supongo que no lo han actualizado —aclaró—, la verdad es que la empresa nos arrienda un "depa" por el tiempo que dure la faena.

—Ah, entiendo.

—Bueno, fue un gusto volver a verte —sonrió abiertamente—, y sé que ahora te veré por aquí más seguido. ¿En qué turno estás?

—Desde el mediodía hasta las ocho.

—Bueno, nos vemos luego.

—Claro.

Lo vio alejarse y meterse en el primer edificio, por lo que tras la impresión inicial suspiró y se recompuso continuando con sus labores. Hasta que lo vio acercarse a la salida junto a Horacio, a quien también conocía por su antiguo trabajo, pero nunca conversó con él. Martin pasó por su lado haciendo contacto visual y sonriéndole detrás de su compinche, y fue quien cerró la reja dedicándole una descarada sonrisa coqueta. No pudo evitar reír por lo bajo y negar con la cabeza, después de eso continuó con sus labores.

Cuando ya había olvidado al chico, escuchó el sonido de apertura de la reja eléctrica y al mirar, se cruzó con los ojos de su acechador que nuevamente le sonreía con un descaro lujurioso marcado en su semblante. Éste pasó sin decirle una sola palabra, pero, sin duda, se la comió con la mirada. En definitiva, la había desnudado por completo en su imaginación, estaba segura de eso.

Su móvil vibró, entonces se dispuso a revisar y tenía un mensaje de aquel lobo feroz que la acechaba.

Martin:

Amandita, quiero conocerte… Cuéntame más de ti.

Amanda:
Has pasado dos veces más por acá y no has parado a hablarme.

Martin:
Es que no quiero causarte problemas.

Amanda:
Entiendo. Sí, igual tienes razón.

Martin:
Como ves, pienso en ti.

Amanda:
¡Claro!

Martin:
No te quiero causar problemas.

Amanda:
¡Qué buena persona!

Martin:
Oye, no te burles. —Emoji de
corazón roto—. Lo digo en serio.

Tuvo que dejar el móvil de lado, ya que llegaron visitas que tenía que registrar y avisar a los respectivos departamentos a los que llamaba por citófono para confirmar su ingreso. Luego llegaron más deliverys y llegó la hora del cambio de turno, momento en que apareció su relevo; le dio las novedades y se retiró a su hogar.

Al llegar, saludó a su hermosa gata calicó que la esperaba junto a la puerta del comedor y al verla, le maulló e intentó subirse por sus piernas, por lo que tuvo que levantarla entre sus brazos.

—¿Qué pasa, preciosa? —Su gata le maulló en respuesta—. ¿Me extrañaste? —Otro maullido en respuesta—. Mi señorita Huahia.

—Hola, hija —su madre la saludó saliendo de la cocina—, ¿cómo estuvo el turno hoy?

—Bien, tranquilo y mucho menos estresante que el trabajo en la “contru”.

—¡Qué bien! ¿Quieres tomar once?

—Me daré una ducha primero. —Miró a su gata y continuó—. Si quieres me acompañas.

Huahia le restregó su cabeza en el mentón y acto seguido saltó al suelo. Amanda se dirigió al baño, del mueble sacó dos toallas, se quitó la ropa y se metió bajo el grifo del que caía agua tibia que le relajaba, su compañera felina la esperaba recostada sobre la tapa del retrete.

Al terminar su ducha, se envolvió en toallas tanto el cuerpo como su largo cabello negro y salió seguida por su mascota. Ya en su cuarto se colocó un pijama y revisó su móvil, percatándose de que tenía mensajes de Martin.

Martin:
Hola, ¿cómo llegaste a casa?
Hola
Péscame
Emoji de cara triste.

Amanda:
¡Pero qué desesperado!
jajajaja

Martin:
No, no es eso.

Amanda:
Llegué bien, ya me duché y
ahora voy a tomar once.

Martin:
Qué bueno.
¿Sabes? Quiero conocerte un poco más.

Amanda:
Pregunta.

Martin:
Eres escritora, debes ser cosa seria.

Amanda:
Puede ser jajaja.

Martin:
Tú deberías aceptar conocerme, no te arrepentirás.

Amanda:
Jajajaja

Martin:
Pregúntame algo.

Amanda:
¿Cuánto tiempo estarás en Valparaíso?

Martin:
Mmmm… Hasta marzo y después voy a Playa ancha.
Por qué la pregunta…

Amanda:
Por saber.

Martin:
¿Y cuánto llevas con tu pareja?

Amanda:
Cinco años —mintió.

Martin:
Auch… ¿Estás enamorada aún?
En ese instante Amanda decidió dar por finalizada la conversación y bloqueó la pantalla de su móvil, luego procedió a secarse el cabello con el secador eléctrico. Terminada esta faena revisó su móvil, ya que le había vibrado incesantemente.
—Buu —escribió Martin—. Pasa palabra, jajaja.

Amanda:
Jajaja.
Luego de eso bajó a tomar once con su madre y después se acostó, quedándose profundamente dormida. A la mañana siguiente tenía nuevos mensajes de su acechador.
Martin:
Hola, Amandita, ¿cómo estás?

Amanda:
Hola, bien ¿y tú?

Martin:
Bien, recién bañándome. ¿Y qué haces?

Amanda:

Levantándome.

Después de esta breve conversación se levantó, desayunó y ocupó parte de su mañana libre para escribir un poco. Justo a la hora que salía de casa, su móvil recibió otro mensaje del susodicho.

Martin:
Buena ¿y qué cuentas?

Amanda:
Pues bajando al trabajo. ¿Y tú?

Martin:
Acá en el trabajo con frío.

Amanda:
Nanai.

Martin:
Oye, quiero saber más de ti.

Amanda:
¡Qué curioso eres! Si quieres saber más
cómprame un libro porque la mejor forma
de conocer a una escritora es leyendo sus libros.

Martin:
Sí, lo haré. Pero deja arreglarme monetariamente.
Jajajaja

Amanda:
Si cada vez que me dicen eso realmente
me compraran uno ya sería millonaria.
Tú sí que me has hecho reír con tus cosas.

Martin:
Entonces me he ganado saber más porque
haciéndote reír he hecho mérito.

Amanda:
Jajajaja, loquillo.

Martin:
Igual usted tiene cara de sanita,
pero debe ser loquilla.

Amanda:
Soy escritora jajaja
Rememorando nuestra conversación pasada
Para tener veintisiete te ves muy mayor.

Martin:
Jajajaja ¿y eso es malo?

Amanda:
No.

Martin:
Ayer no me respondiste lo que te pregunté
y me dejaste el visto. —Emoji de corazón roto.

Amanda:

Muajajaja

Martin:
Responda, ¿está enamorada aún?

Amanda:
Parece que no te rendirás.

Martin:
Nunca jajaja

Amanda:
Mmmm…

Martin:
¿Y responderás?

Amanda:
No Jajaja
¿Qué buscas con exactitud?
Jote, eres parlanchín por acá,
pero en persona no hablas mucho.

Martin:
Es que con tu mirada me pones nervioso
Jajajaja
Y busco conocerte un poco más. Solo eso.

Amanda:
¿Mi mirada intimida?

Martin:
No. En realidad, me gusta, la encuentro interesante.

Amanda:
Para qué quieres conocerme más.

Martin:
Conversar, ¿no podemos conocernos acaso?

Amanda:
Sí.

Martin:
Muy bien, bacán.

Amanda:
Voy a escribir un libro contigo.

Martin:
¿En serio?

Amanda:
Sí y ya tengo el título: «Palabras de un Jote».

Martin:
Wuajajaja ¡qué pesada!
Pero podría ser otro tipo de libro.
No sobre que soy jote, sino de otra cosa.

Amanda:
¿Quieres algo así como los libros
eróticos que escribo?

Martin:

La escritora hot, nunca se me olvidará.
Justo en ese instante su microbús se aproximó, por lo que guardó el móvil y subió en el transporte.

Capítulo 4

Conociéndonos más

◆◆◆

Después de acomodarse en un asiento, volvió al chat porque estaba segura de que él le había escrito nuevamente.

Martin:
Oye…

Amanda:
Oigo…

Martin:
Si escribes libros eróticos me imagino
tu mente jajaja

Amanda:
Los escritores estamos locos jajajaja

Martin:
No pensaba en esa palabra, quizá cachonda
O algo por el estilo jajaja.

Amanda:
También.

Martin:
Ah, chucha, me gustó eso.
¿Juguemos un juego para conocernos mejor?

Amanda:
Mmmm… creo que no será de mi agrado.

Martin:
¿Por qué? Si aún no te digo qué es.
¿O te doy miedo?

Amanda:
Si es una propuesta virtual indecorosa,
te aviso que yo no juego.

Martin:
Jajaja.
No, solo era una pregunta cada uno.
Para conocerte mejor

Amanda:
Ah, dale.

Martin:
Propuesta indecente virtual
¡qué fome! Jajaja

Amanda:
¿Qué quieres preguntarme?

Martin:
¿Qué signo eres?

Amanda:
Libra. ¿Y tú?

Martin:
Sagitario.

Amanda:
¿Tienes algún Hobbie?
No se vale carretear, beber o drogarse.

Martin:
¿Y follar vale? Wuajajaja

Amanda:
Jajajaja

Martin:
Mmmm… escuchar música, jugar play, bailar.
Pasar tiempo con mis amigos es mi pasatiempo favorito.

Amanda:
Pero algo que salga de tu alma, o sea
Algo que realmente te llene.

Martin:
Jugar play me gusta mucho. ¡Ah!
Y los números, me gustan los cálculos
Y todo lo que tenga que ver con números.

Amanda:
¡Qué bien!

Martin:
Olvidaba el beber, fumar y coger…

Amanda:
¡Dije que eso no valía!

Martin:
Son bromitas jajajaja.
¿Cuáles son tus hobbies?

Amanda:
Escribir, crear mundos y nuevas historias.
Naufragar por caminos insondables en los
que yo tengo el control.

Martin:
Wuajajaja

Amanda:
Lo dije en serio.

Martin:
Creaciones medio cochinonas.

Perdón, sí, lo sé. Es que soy un poco risueño.

Amanda:
Mis libros no son solo eso.

Martin:
Perdón, me lo imagino.

Amanda:
Mis libros son más que escenas cachondas.
De que las hay las hay, pero no componen
la historia por completo. Son parte de la
historia como lo son en la vida real.

Martin:
Obvio, me lo imagino.
Según Albus Percival Dumbledore…
La única fuente inagotable de magia son las palabras.

Amanda:
Esa no es la frase completa: «las palabras son, en mí no
tan humilde opinión, nuestra fuente más inagotable de
Magia, capaces de infringir daño y de remediarlo».

Martin:
Shaaaa, muy bien, una culta, una crack.

Amanda:
Me leí todos los libros, porque
fui una fanática de HP.

Martin:
Yo todavía lo soy, pero de las pelis.

Amanda:
¡Qué culto! jajaja
¿Alguna vez has leído algún libro por voluntad propia?

Martin:
Sí, la Divina Comedia de Dante Alighieri.

Amanda:
Mish, no me lo esperaba.

Martin:
Mmmm… ¿por qué?

Amanda:
La verdad es que no te veía leyendo una novela.
Me sorprendiste.

Martin:
Puedo sorprenderte de muchas formas, Amanda.

Amanda:
¿Cuáles son tus oscuros secretos?

Martin:
Son demasiado oscuros, prefiero no espantarte.
Jajajaja
No escondo nada en verdad.

Amanda:

Jajaja, ¿por qué te llamo la atención?

Martin:
Tú mirada es muy curiosa.
Me gusta la gente que ve fijamente a los ojos.
Además de lo guapa que eres.

Amanda:
Lo sé jajajaja

Martin:
¡Qué modesta!

Amanda:
Soy culpable jajajaja

Martin:
¿Por qué me contestas? Podrías dejarme hablando solo,
no pescarme, pero aun así me hablas.

Amanda:
Lo pensé en un comienzo.

Martín:
Emoji de cara triste.

Amanda:
Pero ahora me divierte, es mi pasatiempo.

Martin:
Mmmm…

Amanda:
¿Qué?

Martin:
Soy tu pasatiempo, gracias jajajaja.

Amanda:
Me haces reír.

Martin:
«Dos personas que se hacen reír tienen derecho a todo»

Amanda:
¿Y siempre has sido así de jote?

Martin:
No, la verdad, es que antes era muy tímido.
Los años y la experiencia han ayudado.

En ese instante estaba llegando a su paradero, así es que guardó el móvil, se paró y tocó el timbre. En cuanto el bus se detuvo, ella bajó y comenzó a caminar en dirección a su lugar de trabajo.

Capítulo 5

El detallito

◆◆◆

Al llegar a su lugar de trabajo tomó el turno y comenzó con sus labores. Cuando quedó sin qué hacer, revisó su móvil encontrando un par de mensajes de Martin.
Martin:
Me gustaría llevarte un detallito.
Estoy pensando.
Pero no sé.

Amanda:
Piense… —bromeó, soltando una débil risita al pensar en lo que le escribiría después—. *Use esa cabecita para pensar.*

Martin:
¿Para qué más la utilizaría?

Amanda:
Para hacer estupideces.

Martin:
Jajajaja
No, no es así.
¿Te gusta el chocolate?

Amanda:
Sí.

Martin:
Mmm…
¿Qué más te gusta?
A ver, cuéntame.

Amanda:
No me gusta el Trencito o Caricia porque son muy empalagosos.

Martin:
Un chocolate rico, obviamente.
Esos los encuentro muy grasientos.

Amanda:
Hay uno que me gusta actualmente y es mi placer culposo.

Martin:
¿Cuál?

Amanda:
Se llaman Maní Tifany´s Max.

Martin:
¡Qué rico! Jajajajaja
Un manjar, qué delicia.
Así como…
Me callo mejor. —Emoji de cara triste.

Amanda:
O estos —Amanda le envió una captura de pantalla—*, hay*
Unos que traen berries, de esta marca.

Martin:
¿Qué más te gusta?
Para saber, po.
Es que quiero saber tantas cosas de ti.

Amanda:
¡Oye! ¡Qué jote!

Martin:
Es que quiero que me des una oportunidad.

Amanda:
¿Para seguir joteándome?

Martin:
¡No! Para conocerte.

Amanda:
¡Claro!

Martin:
En serio.
Pucha.
Emoji de cara triste.

Amanda:
Me queda claro que no te rendirás.

Martin:
Nunca.
Nunca me rendiré.
Ni te imaginas lo terco que puedo ser.
Jejeje.

Amanda:
Aunque me sigue pareciendo
extraña tu insistencia.

Martin:
¿Por qué?
Justo en ese instante un residente fue a retirar una encomienda, por lo que tuvo que guardar el móvil y atenderlo, para cuando quedó libre ya tenía más mensajes de él.
Martin:
Oye…
Péscame.

Amanda:
¿Sabes cuál sería un gran mérito?

Martin:
¿Cuál?

Amanda:
Que me compres un libro, lo leas, me des tu opinión, me hagas preguntas sobre la trama y los personajes.

Martin:
Jajajaaja
Sabía que dirías eso.

Amanda:
Si sabías para qué preguntaste.

Martin al leer eso quedó boquiabierto, pues sintió un nudo en la garganta. A pesar de esto, decidió enviar un audio en que decía:

—Sí, en serio, pienso comprarte un libro en el futuro. Pero por ahora no porque aún no me afirmo monetariamente y tengo muchas cuentas que pagar en Santiago, ya que debo pagar el arriendo de la casa en que vive mi mamá y hermano. Pero de verdad que te compraré uno.

Después de esto escribió unas líneas:

Qué cortante tu respuesta
Emoji de cara triste
Pucha.

Amanda:
¡Sufre!

Amanda envió el mensaje no pudiendo evitar la carcajada que salió como una oda al terror.

Te lo mereces por jote.

Martin:
Pucha.
Espero que me puedas perdonar.
¿Qué más te gusta?
Además del chocolate, dame opciones.
Porque no sé si habrá de esos cuando pase a comprar.

Amanda:

Papas fritas sabor queso chédar, marca Lays.

Martin:
Ya, ¿qué más te gusta?

Amanda:
Bombones rellenos de licor.

Martin:
¡Nah!
Son tan malas esas cosas.
¿Qué más?

Amanda:
Pero me gustan.

Martin:
Yo me comería solo uno, pero de tus labios.
Si no nada. Jajaja

Amanda:
Ya lo sabía, si no soy tonta.

Martin:
Jajajja
¿Sabías qué?

Amanda:
Tus malas intenciones.

Martin:
No creo que sean malas jajajaja.
¿Lo son? Jajaja

Amanda:
Sí, lo son.

Martin:
¿Por qué?
¡Ay! Si no dije nada malo.

Amanda:
Jote.

Martin:
Además, dije que me comería uno si pasaba eso.

Amanda:
Ya, chao.

Martin:
¿Por qué?
¿Qué pasó ahora?
Buuu —emoji de cara triste.

Amanda:
Tengo que seguir trabajando, tonto.
Jajajaja

Martin:
Gracias por lo de tonto.
Jajaja
Pero…
Eres muy guapa y pucha…

Amanda:
Eso ya me lo dijiste.

Martin:
Si, pero no dije todo.

Amanda:
¿Todo de qué?

Martin:
No dije todo lo que pienso.
A eso me refiero.
Jajajaja.

Amanda:
Dímelo.

Martin:
No.
Te enojarás.

Jajajaja.

Amanda:
Jajajaja
Ya te dije que intuyo tus perversas intenciones.

Martin:
Wuajajaja
A ver, ¿qué intuyes?
¿Qué crees?
A ver.
Mmmm…

Amanda:
Que me quieres devorar cual depredador.

Después de responder eso guardó su móvil y no lo volvió a revisar, ya que tocaba encender las luces de los edificios y debía salir de la consejería para hacerlo. En cuanto terminó ese quehacer debió entrar los tachos de basura, pues pasó el camión de aseo municipal y para cuando se desocupó ya eran las siete de la tarde, faltaba poco para el cambio de turno. Se sentó y comenzó a escribir en el libro de novedades hasta que escuchó el abrir de la puerta principal y vio aparecer a Horacio, Esteban y Martin. Este último se detuvo en la ventanilla sonriéndole pícaramente.
—Hola —le saludó—, no respondiste mis mensajes.
—No los he visto, tuve mucho qué hacer y recién me senté. Por eso no los he respondido, ni siquiera los he visto —aclaró.
—Toma —dijo, sacando de un bolsillo una larga caja de bombones, ella los recibió impresionada, escondiéndolos inmediatamente en uno de los compartimentos del mueble que tenía abajo sin dejar de mirar a su interlocutor—, espero que te gusten.
Sonrió y siguió su camino a paso lento, Amanda lo observó de soslayo percatándose de que volteó a mirarla mientras caminaba y en su semblante se dibujaba una amplia sonrisa cargada de deseo y nerviosismo, ¿tal vez? No estaba segura de eso y tampoco de aquel brillo extraño que percibió en sus ojos. El chico retomó la posición que debía en cuanto estuvo cerca de la puerta del edificio. En ese instante ella pudo respirar con normalidad y esbozó media sonrisa. En verdad, no esperaba que cumpliera con traerle ese regalo, pero lo hizo y eso le removió algo en su interior, algo que no estaba segura de qué se trataba y que, de comprobarlo, intentaría esconder, ya que no estaba dispuesta a enamorarse y volver a sufrir por ello.
Intentó calmar el fuego interior que sentía, al mirar el reloj ya faltaban quince minutos para el cambio de turno. En ese instante abrieron la puerta, era el compañero que la relevaría.
—Hola —dijo Carlos—, ¿qué tal el turno?
—Bien, no hay mayores novedades más que las encomiendas que quedan.
—¿No llegaron más durante tu turno? —preguntó revisando el cuaderno en donde las anotaban.
—No, yo solo anoté el retiro de una —contestó guardando los chocolates en su mochila—. Iré a cambiarme.
—Claro, ve tranquila.
Mientras se cambiaba su móvil vibraba incesantemente, por lo que decidió revisarlo.
Martin:
Bueno, perdón.
No quiero hacerte sentir acosada.
¿Te molesto mucho?

¿Hola?

Amanda:
Hola, no, no me haces sentir acosada.
Y no, no me molestas.
Tampoco me incomodas.

Martin:
¡Eso es maravilloso! —le respondió enseguida.

Amanda:
No te emociones tanto que eso puede cambiar.
Mientras, haré una tregua contigo.

Martin:
No sabía que estábamos en guerra.

Amanda:
Jajajaja

Martin:
¿Por qué te ríes?
Espero te guste el regalo.

Amanda:
Por su pollo.
Gracias.
En verdad, no creí que me traerías algo.

Martin:
Jajajaja
Soy hombre de palabra.
Todo lo que digo lo cumplo.

Amanda:
Eso lo veremos.

Martin:
Jajaja.
Obvio que lo veremos. —Emoji de cara sonriente.
Pero hasta ahora solo he prometido esto y lo de comprarte un libro. Solo eso.
Aun no prometo nada más.
¿Cómo va el turno?

Amanda:
De salida ya, estoy cambiándome.

Martin:
Ya te vas, buuu.

Amanda:
Sí, pero si sigo hablando contigo no me iré nunca.

Martin:
Jajaja eso es bueno.

Amanda:
¿Bueno?

Martin:
Sí, porque seguirás en el condominio.

Y podrías venir a mi departamento.

Amanda:
Jajajja, ¡Estás loco!
Eso jamás pasará.
Jote.

Dicho esto, guardó el móvil y salió de allí, en la conserjería cerró el libro de novedades y le entregó el turno a Carlos. Luego caminó hasta el paradero y allí abrió la caja de bombones y probó uno, luego siguió con el segundo y cuando degustaba el tercero revisó los mensajes, ya que su móvil vibraba con insistencia.

Martin:
No soy jote.
Solo quiero conocerte más.
Jajajaja
¿Ya te fuiste?
Oye…
Responde…

Amanda:
Tranquilo, estaba entregando el turno.
Ahora estoy esperando locomoción.
Por cierto, están espectaculares los bombones.

Martin:
Me alegro de que te gustara el regalo.

Amanda:
Siempre las ofrendas de paz o atenciones
para mi deleite serán bien recibidas.

Martin:
Jajajaja
Estás haciendo un tratado nomás.
Jajajaja
Pero sí, obvio que habrá más atenciones.
Oye… yapo cuéntame más.

Amanda:
¿Qué quieres saber?

Martin:
Mmmm…
¿Estás enamorada?
Em…
¿Qué te gusta hacer?
¿Qué música escuchas?
¿Qué te molestaría que te preguntara?
Para saber igual. Jajajaja

Ante tantas preguntas decidió grabar un audio, acercando el micrófono del móvil a sus labios, habló:

—¿Qué me gusta hacer? Ya te lo dije, me gusta crear mundos a través de las letras. Escribir es mi pasión. ¿Qué música me gusta? Escucho de todo, pop, romántica, música en inglés que me

evoque sentimientos por su melodía y voz del cantante, ya que no entiendo mucho la letra. ¿Y qué me molestaría que me preguntaras? pues eso lo sabrás en su momento porque si no me agrada la pregunta derechamente no la responderé.
En ese instante su microbús apareció en la calle anterior, por lo que se preparó para su arribo guardando su móvil. Cuando estuvo sentada en el interior del bus volvió al chat.
Martin:
Bueno, jajaja
Entiendo todo. A mí me gusta y escucho casi todo.
¿Y qué me gusta a mí? La verdad, estar afuera, salir.
Soy callejero jajaja
No me gusta estar encerrado.
Y si salgo es con amistades a beber algo o quizás otra cosa.
Fumo cigarro, weed…. Jajaja
También bebo chela.
Ya le faltaban pocos paraderos para bajarse, por lo que prefirió enviar un audio rápido:
—Yo soy fumadora social, una que otra vez he fumado weed y con las cervezas debo tener cuidado.
Lo envió justo cuando se paraba y tocaba el timbre. El bus se detuvo y descendió. Cruzó la calle y bajó rápido hasta llegar a la reja que daba al patio delantero de su casa.

Capítulo 6

El Chat erótico

◆◆◆

Al entrar al comedor su gatita la esperaba ansiosa y en cuanto la vio saltó a sus brazos, restregando su cabeza en sus mejillas mientras soltaba fuertes ronroneos.
—Querida mía, también te extrañé.
—Hija, ¿quieres ducharte o comer algo?
—Comer algo, me urge. Estoy realmente hambrienta.
Después de compartir una merienda caliente con su madre, fue a su cuarto junto a su felina que se instaló a su lado en la cama. Entonces revisó su móvil encontrando mensajes nuevos.
Martin:
¿Cuidado por qué?
¿Qué podría pasar si tomas cerveza?
Jajajaja

Amanda:
Las más baratas me hacen vomitar.
Solo puedo beber cervezas de
buena calidad o artesanales.

No estaba activo, pero apareció la frase «En el chat» apareciendo sus respuestas en seguida.
Martin:
Entiendo, yo tomo de Coors para arriba.
No tomo Becker, Royal sí y las artesanales.
Uf, que manera de tomar cervezas artesanales.

Amanda:
¿Cómo ayer? —escribió recordando que llevaba un pack de cerveza bajo un brazo el día anterior.

Martin:
Si, jajajaja

Amanda:
¿Y por cuánto tiempo estarás en Valpo?

Martin:
Yo espero estar acá hasta que termine de
hacerme carrera en la empresa.
Aspiro a ser administrador.
Por ahora todo bien, me gusta lo que hago.
¿Y tú? ¿Cómo vas con la escritura?

Amanda:
Pues he vendido libros físicos de los que tengo en mi poder.
También digitales en Amazon y lógicamente seguiré escribiendo.

Mi pasión es escribir y seguiré luchando por hacerme conocida. Aspiro a vivir de lo que amo, que mi trabajo sea escribir. Pero mientras tanto debo trabajar en otra cosa. Pronto tendré libros físicos de mi poemario, pues un amigo me está ayudando con la maquetación y los imprimirá en su imprenta artesanal aquí en Valpo.

Martin:
Buena, qué bacán.
Espero que pueda ser así.
Después serás una escritora connotada.
Póngale bueno, siga luchando.
En serio que te deseo lo mejor.

Amanda:
Gracias.

Martin:
Cambiando de tema, podríamos quemar un día juntos.
Yo saco unas buenas weed.

Amanda:
Jajaja, no, gracias.

Martin:
¿Por qué no?

Amanda:
Porque estoy comprometida
y tú quieres otra cosa.

Martin:
Pero sería solo para compartir y conocernos.
Podríamos salir por acá cerca.
Oye… Amandita,
¿te puedo hacer una pregunta en toda confianza?

Amanda:
Sí, claro.

Martin:
¿Cómo es la escena más erótica que has escrito?
Jajajaja

Amanda:
Ufff

Martin:
Cuéntamela…

Amanda:
¿Con lujo y detalles?

Martin:
Sip jajaja

Amanda:
Espérame un poco que debo prender mi pc.

Martin:
Bueno.

Oye… ¿y si me das tu wsp?

Amanda:
Jajaja

Martin:
Tenía que intentarlo.
Jajaja.

Amanda:
Confórmate con este chat.

Martin:
Bueno jajajaja
Amanda prendió su laptop y mientras rebuscaba en los documentos que tenía de «El Abismo de Emma», los mensajes continuaban.
Martin:
Sigamos con las preguntas.
Te toca preguntar.

Amanda:
¿Por qué te interesa conocerme?

Martin:
La verdad, ¿segura?
Es sin enojarse…

Amanda:
Sí, muy segura.

Martin:
Me pareces guapa, regia.
Vengo saliendo de una relación, o sea
hace meses, ya terminamos. Pero no quiero
nada serio.
Veo tu cara, tu mirada y ¡Uff!
Mejor ni te cuento.

Amanda:
No estoy para eso, la verdad.
O sea, como webeo de alguien, yo paso.

Martin:
Perdón si te molestó.
Pero sí podemos ser amigos.
Además, tienes novio, ¿o no?
Pucha, ¡oh!
Pregunte mejor…

Amanda:
Es que eres muy jote para ser serio jajaja

Martin:
Jajaja
Tienes una mirada que me incita a pecar.
Me… Ayayaiiiiiii

Amanda:

Uy, no jajajaja

Martin:
¿No qué?

Amanda:
Serapio.

Martin:
¿Cómo?
¿Por qué no?

Amanda:
Era solo una expresión jajaja

Martin:
Pucha, yo me imagino esa mirada en unas situaciones.
Quedo mal si te cuento más.

Amanda:
Jajaja

En ese momento copió una parte del texto y se la envió, pero se percató de que el mensaje se cortaba en la mejor parte, por lo que envió lo que faltaba, pero se volvió a cortar.

Amanda:
Es parte de lo que te quería enviar, pero algo es algo.
Esta red social corta los textos largos, una lástima.

Martin:
Lo leo enseguida.

Después de unos minutos obtuvo una respuesta de su lector.

Jajaja ¡qué textual!
Uf, está bien caliente el relato.

Amanda:
Forma parte del segundo libro.

Martin:
¿Te puedo confesar algo en toda confianza? Jejeje

Amanda:
Dale.

Martin:
Me imagino que debes ser bien caliente, ¿o no?

Amanda:
Modestamente. Jajaja

Martin:
Te gusta harto.
Debes follar rico. —Emoji tapándose la boca.

Ante aquella frase, Amanda pegó una sonora carcajada que despertó a su gata y la miró sorprendida.

Oye, ¿no te ha molestado lo que te he dicho?

Amanda:
No.

Martin:

¿Puedo seguir?

Amanda:
Sí.

Martin:
Es que me imagino unas cuantas cochinadas.

Amanda:
Te leo.

Martin:
Imagino tenerte arrodillada frente a mí como una sumisa.

Amanda:
Mmmm…

Martin:
Con esa mirada exquisita que tienes.
Mirándome hacia arriba.

Amanda:
Yo no soy sumisa.

Martin:
Y yo…

Amanda:
Yo soy la que domina.

Martin:
¡Ah!, ¿sí?

Amanda:
Sip.

Martin:
Puedo ser tu sumiso entonces.
Te imagino comi…
Complete la oración jajaja

Amanda:
Felación.

Martin:
No lo iba a decir así jajaja

Amanda:
Lo sé, yo lo resumí jajaja
En una palabra.

Martin:
Dilo completo….

Amanda:
Jajaja
Ya me imagino lo que haces pensando en mí.

Martin:
A ver, cuéntame…
¿Qué crees que hago?

Amanda:
1313

Martin:
Masturbarme, ¿dices tú?

Amanda:
Sep.

Martin:
¿Puedo hablar en toda confianza?

Amanda:
Sí.

Martin:
La verdad es que no me he masturbado.
Pero sí la tengo dura, como piedra.
Jajaja

Amanda ya estaba totalmente interesada en esta conversación, más que divertida ya experimentaba ciertas cosquillas en su zona íntima y un calor le ascendía por todo el cuerpo. Martin le hacía sentirse deseada con este tipo de mensajes, encendiéndole su fuego interno, el cual, había permanecido apagado desde el término de su última nefasta relación.
Se mordió el labio inferior y escribió.

Amanda:
¿Desde cuándo te pongo duro?

Martin:
Desde cuando te vi.
Desde cuando vi tu hermosura.
Y esa mirada que tienes.
Dije: esa mirada tiene que verme
mientras me hace sexo oral.
Jajaja

Amanda:
¿Eso fue cuando te presentaste?

Martin:
Sip.
O sea, antes, cuando pasé por ahí
en el primer día de trabajo.
¿Qué piensas de lo que te he dicho?

Amanda:
Interesante.

Martin:
Y qué pensarías si te digo que ahora…
Mmmm…

Amanda:
¿Este es un chat erótico?

Martin:
No.
¿Pero sería malo si lo fuera?

Amanda:
Jajaja

Martin:
¿¿??

Amanda:
No, me gusta.

Martin:
¿Te gusta imaginar que me masturbo pensando en ti?

Amanda:
Mmmm…

Martin:
¿¿Mmmm??

Amanda:
No sé si confiar más en ti.

Martin:
¿Por qué?

Amanda:
Todo esto puede ser usado en mi contra.

Martin:
Y en la mía igual, así que ten claro que nadie sabrá nada y que esto será un secreto entre usted y yo. Nadie tiene que enterarse.

Amanda:
¿Y no le has hablado de esto a tus compinches del departamento?

Martin:
No, nada.
Que hay buena onda, nada más.
Tampoco lo haré.
Amanda quedó patidifusa mirando la pantalla, no sabía qué responder. Vio que él escribía.
Di algo….
Responde…

Amanda:
Jajaja, ya te dije, no sé si puedo confiar en ti.

Martin:
Confía, juro que no te fallaré.
En serio, ¿qué debo hacer para que confíes?

Amanda:
Nada.
Aparte, me late que Horacio cacha algo.

Martin:
¡Naaaaah!
No están ni ahí jajaja.
No cacha, ni le importa, así que tranqui.

Amanda:
¿Se vinieron juntos de Santiago?

Martin:
Sí, en su auto.

Yapo, responde.

Amanda:
Es que no confío en la privacidad de este chat.

Martin:
Entonces hablemos por otro lado.
Pucha, ¡oh!
Si no lo verá nadie.
Si quieres después lo borro.
Si quieres hablamos por modo efímero,
se borra después que uno lee los mensajes.

Amanda lo pensó unos segundos y sucumbió ante la tentación, aplicando la opción modo efímero en el chat.

Martin:
¿Te masturbas?

Amanda:
Tengo mis juguetes, sí.

Martin:
¡Qué rico!
¿Quieres ver cómo estoy ahora?

Amanda:
Sí.

Martin:
Mira cómo me tienes —le envió una foto de su pene erecto—, *estoy así por ti.*

Amanda quedó mirando la pantalla fijamente, sorprendida, no por la magnificencia que él creería tener, sino porque no esperaba que le enviara este tipo de fotos.

Amanda:
Pues veo que te tengo bien duro.

Martin:
Sí, quiero correrme pensando en ti. Aunque aún
no lo he hecho, creo que ahora es el momento.
¿Podrías enviarme una foto tuya para incentivarme?

Amanda:
No, yo no comparto ese tipo de fotos por redes.

Martin:
Me masturbaré pensando en ti.

Suspiró soltando todo el aire, bloqueó la pantalla y decidió ir a darse una ducha para bajar las revoluciones. Al regresar estaba relajada, ya con su pijama puesto y acostada bajo las mantas de la cama revisó el móvil. Martin ya no estaba en línea y tampoco le había escrito más.

Amanda:
Bueno, ya me voy a dormir. Ahí te ves.

Esa noche le costó quedarse dormida, por más que lo intentaba no podía. No sabía la razón de su insomnio. Cuando por fin pasó a la dimensión onírica, ya faltaban tres horas para la salida del sol y a eso de las ocho de la mañana despertó, ya que su compañera felina le pedía que le abriera la puerta con intensos maullidos. Ella también bajó al primer piso, allí ingresó al baño, se mojó el rostro y luego decidió ir por un vaso de leche. Al regresar a su habitación revisó su móvil, no

tenía ningún nuevo mensaje. En ese momento le entró curiosidad, quería saber más de este hombre extraño e insinuador que se la quería devorar por completo. Entonces comenzó a revisar los perfiles de sus otras redes sociales, allí encontró el nombre de su última novia. Revisó la cuenta, percatándose de que tenía una hija, había fotos de ellos juntos, comentarios cruzados y las fechas de cada publicación eran un tanto antiguas. Aun así, salía que aún estaban en una relación. Eso le era muy curioso, pues él le había asegurado de que hace algunos meses atrás se habían separado, pero no había actualización de estado al respecto.

Martin:
Hola, ¿cómo estás? —le entró un mensaje de él—,
me quedé raja, perdón cariño.

Amanda:
Hola jajaja
Duro y raja, ¿cómo es esa combinación?

Martin:
Me quedé raja después de….
Jajaja

Amanda:
Jajaja
Pues a mí me costó dormir.

Martin:
¿Por qué?

Amanda:
Pues estos días he estado así.
Aun cansada me cuesta quedarme dormida.
No sé por qué.
¿Estás en la pega?

Martin:
Sí, estoy en la pega.
Hace mucho frío.

Amanda:
Bueno, ya que anoche me dijiste que
puedo preguntar lo que quiera….
¿Por qué tanta insistencia
en saber si estoy enamorada?

Martin:
Porque me da curiosidad, solo eso.

Amanda:
Y tú, ¿sigues enamorado de tu ex?
¿De Lorena?

Martin:
Mmmm… No.
De lo contrario no me habría venido a Valparaíso.
¿Y cómo sabes su nombre?

Amanda:
Fácil, revisé tu Facebook.

Martin:
Jajaja ni lo ocupo.

Amanda:
Lo noté.

Martin:
¿Por qué?

Amanda:
Por la fecha de tu última publicación.
Pero eso puede ser porque no somos amigos
y tu configuración de privacidad me impide ver.
Además, sales en una relación con Lorena
desde 2019, con enlace directo a su perfil.
Soy buena investigando gente por internet,
más cuando dejan todo a la vista.
Por cierto, te mandé solicitud de seguimiento a
tu IG, pero no la has aceptado.
¿Qué escondes allí?

Martin:
Jajajaja nada, ¿por qué?

Amanda:
Porque no me has aceptado.

Martin:
Jajaja ¿cómo?
No entendí.

Amanda:
¡No te hagas!

Martin:
Jajaja Tranquila.
Es que tengo fotos antiguas ahí y me
veo como el hoyo.

Amanda:
Jajaja
Acéptame igual, no me importa cómo te veas.
Igual, debo confesarte que me exaspera la
gente que tiene perfiles privados, si no quieren que
los vean, ¿para que se hacen cuentas en RRSS?

Martin:
Jajajaja ¡uy!
Listo.
Le apareció la solicitud de seguimiento aceptada, por lo que aprovechó de revisar sus publicaciones.

Amanda:
Jajaja te ves mejor ahora, aunque estás más pachoncito.

Martin:
Jajajaja gracias, te pasaste.

Amanda:

Jajajaja soy sincera.
Disculpa si te bajo el
autoestima de nuevo. No es mi intención.

Martin:
Sí, seguro jajaja
Dime, ¿estás enamorada de tu pareja?

Amanda:
Jajaja esa pregunta la responderé
cuando sienta la confianza necesaria.
Pasa palabra jajaja.

Martin:
Jajajaja
Perdón, pero debo volver al trabajo.

Amanda:
Claro.

Martin:
Hablamos luego, cariño.

Capítulo 7

Los poemas

◆◆◆

Después de releer los mensajes de la noche anterior esbozando una sonrisa boba, sintió unas intensas ganas de hacer lo prohibido. De dejarse llevar y aceptar lo que le había propuesto este muchacho incitador; pero otra parte de ella le decía que no debía hacerlo porque podría enamorarse, ya había pasado por una ruptura que la dejó muy mal y no quería que eso volviera a ocurrirle.

El sentir esa intensa desazón, ese profundo y ajustado nudo en la garganta, pasar por interminables horas de desconsuelo llorando a mares, reprochándose el por qué entregaba su corazón tan fácil, eran cosas que no quería volver a sentir y el hecho de tener a alguien interesado en pasar un buen rato a su costa podría ocasionar exactamente eso.

Debido a esta mezcolanza de emociones que querían salir de su cuerpo, se vio inmersa una vez más en el mundo de la poesía. Tomó un bolígrafo y unas hojas blancas que estaban en su escritorio y comenzó a dar rienda suelta a sus sentimientos, se sumergió en el vaivén emocional que experimentaba, y sucumbió ante la locura que desbordaba su corazón en una guerra contra su razón.

(I)
«Tus palabras me erizan la piel
y en el instante en que te escucho
me sumerjo en este palpitante placer.

Mi cuerpo reacciona con un apabullante deseo
que calienta las partes más sensibles…»

Al terminar ese primer poema se quedó reflexionando sobre el mejor título que podría ponerle, y casi al instante el nombre le llegó: *«Lujuria en mi piel»*.

Tras cerrar sus ojos y suspirar, su corazón le indicó que la inspiración volvía a poseerla y al abrir sus ojos, su mano comenzó a moverse grácilmente por el papel en el que su pluma describía una danza hipnótica dejando salir las emociones y sentimientos que la azoraban:

(II) «Ardiente pasión».
«Oh pasión embriagante
que humedece mis sentidos
y me hunde en el sulfuroso placer
en donde se agitan ardientes llamas …»

(III) «Te deseo»
«Debo sacarte de mí sistema.
Eliminarte de mis contactos

Tu presencia late en mí,
solo quiero superar esta embriaguez…»

Dejó la pluma sobre una hoja en blanco porque sus manos temblaban, las tenía heladas, pero no era por eso por lo que se estremecían, sino por la mezcla de sensaciones que la invadían. Ese chico le estaba provocando un vaivén emocional y un descontrol lujurioso que le era casi imposible de controlar. Ella ya no tenía el control sobre sí misma, pero debía recuperarlo. No podía ser presa del deseo porque este la podría hacer caer por el abismo de la desolación y no estaba dispuesta a volver a experimentarlo.

Miró por la ventana, afuera corría una suave brisa que movía sutilmente las copas de los árboles. El cielo estaba gris, con nubarrones espesos. Todo indicaba que pronto llovería. Suspiró pensando en todo lo que estaba sintiendo, cerró sus ojos con fuerza y soltó todo el aire. Lo mejor era seguir escribiendo para liberarse, no debía guardarse nada porque eso le haría daño y lo que menos quería era sufrir por no decir todo lo que sentía.

Volvió a su lugar y levantó la pluma entre sus dedos, percibió una presión en su garganta y en su pecho, respiró profundo y su mano comenzó a moverse sin control. Ella solo se dejó llevar por los sentimientos y emociones que la embargaban, no era consciente de sí misma ni de lo que escribía. Solo flotaba entre un mar de letras que componían su más profundo sentir, liberando todas sus presiones y angustias.

(IV)
«Tu frenesí lujurioso me llena de deseo
y naufrago en el placer.
Un placer etéreo que podríamos llamar virtual
quiero tenerte, pero no debo.

Deseo probar tu pasión desbordante,
dejarme llevar por la tentación,
pero el miedo a enamorarme me detiene,
no quiero sufrir por el desamor.

Soy una enamorada de la vida
Sin embargo, mi deseo me traiciona,
sé que no seré correspondida
porque tú solo quieres saciar lo carnal
que te provocan mis secretos».

—Hija, ¿has tomado desayuno? —Su madre la sacó de su ensimismamiento, al sentir los golpes en la puerta.

—Solo un vaso de leche.

—Pues te espero abajo, ya preparé algo.

—Ya voy, no tardo.

Ordenó los papeles y les sacó una foto. Se apreciaban muy bien al hacerles zum. Justo en ese momento recibió un mensaje de su muso.

Martin:

Hola bebita, ahora tengo un tiempo libre para ti.

Te quiero hacer tantas cosas.

Amanda:
He escrito unos poemas pensando en ti.

Martin:
Quiero verlos.

Amanda:
Aquí van —le mandó la foto—, *espero*
que puedas entender mi letra.
Voy a tomar desayuno. Hablamos luego.

Bloqueó la pantalla y lo guardó en un bolsillo. Abajo se sentó junto a la mesa que estaba servida con algunas delicias para degustar y un té verde humeante.

—Hija, ¿cómo van con la impresión de tu poemario?

—Bien —le respondió—, creo que en dos semanas los tendré.

—¿Has pensado en donde hacer una presentación?

—La verdad es que no he tenido tiempo de buscar.

—Deberías plantearte hacer algunas con otros libros ya publicados.

—Sí, está dentro de mis planes —aseguró—, Isabel está buscando lugares.

—¡Qué bien!

Mientras hablaban su móvil vibró incesante, eso le emocionó y solo quería leer los mensajes de Martin, estaba segura de que eran de él. Al regresar a su cuarto, desbloqueó la pantalla y revisó el ansiado chat.

Martin:
Eres muy buena escribiendo.
Me dejas loco.
Cosita rica.
Diosa.

Amanda:
Veo que te gustaron mis poemas.

Martin:
Sí, me dejaste loco.
Y te deseo más.

Amanda:
Mmmm…

Martin:
Tengo la verga muy dura y me masturbo extasiado.
Me imagino que me chupas el pene.
Mmmm… quiero comerte los senos.
Lamerte la vagina, el ano…
Poder mmmm…

Amanda:
¿Poder qué?

Martin:
Poder penetrarte muy duro, muy fuerte.
Que grites de placer.
Acabar en tu boca…
En tus pechos…

Uf…

Amanda:
Estás bien hot, jajaja.

Martin:
Quiero llenarte de leche, bebé.
Follarte como loco.
Darte como nadie.
Que parezca que te violaron de lo tan follada que te dejaré.
Mmmm…

Amanda:
Em… —eso le impactó, le dio un poco de miedo lo perverso que podría llegar a ser en la cama—, *a veces eres escalofriante.*

Martin:
¿Por qué?

Amanda:
Por lo que acabas de escribir.
Que parezca violación
Eso es perverso…

Martin:
¿Es malo?

Amanda:
¿En serio eres así de monstruo en la realidad?

Martin:
No.
Solo soy muy caliente.

Amanda:
Cuéntame más…

Martin:
Quiero tenerte saltando arriba mío
Y que reboten tus pechos.
—Le adjunto una foto de su pene erecto.

Amanda:
¿Cómo es que puedes estar así si estás en el trabajo?

Martin:
Estoy en el baño jajaja
Pero dime…
¿Qué me harías?

Amanda:
Chupártela sensualmente mirándote a los ojos para que te derritas y te pierdas en mis pupilas.

Martin:
Uff, ¿te puedo pedir un favor?

Amanda:
Depende de qué sea. Escríbelo y veré…

Martin:

Regálame una foto para seguir
masturbándome hasta irme.

Amanda:
No, ya te dije que no mandaré por acá
nada que pueda ser usado en mi contra.

Martin:
Buuu
Dime… ¿te masturbas?

Amanda:
Con mis juguetes, a veces.

Martin:
¿Te has masturbado pensando en mí?

Amanda:
No.
Solo he escrito lo que me haces sentir.

Martin:
¿Son todos los poemas que tienes?

Amanda:
Por ahora sí.

Martin:
Quiero seguir leyendo.
Si escribes más compártelos conmigo.

Amanda:
Bueno, lo haré.

Después de terminada esta conversación, su cuerpo ardía, percibía un calor que la envolvía y unas cosquillas en su centro que la incitaban a aliviarse. Acababa de tener una de las conversaciones más cachondas con él y, aunque una parte de ella le pareció perversa, la otra había logrado hacer estragos hormonales, haciéndole sentir lo que no debía.
Siendo sincera consigo misma, su última relación había comenzado de una manera parecida pero no en esta versión de chat erótico, si no algo más presencial y de compartir el día a día. Para cuando se percató del descontrol que ese otro chico le provocaba, fue muy tarde para separar su calentura de sus sentimientos y en cuanto cayó en la tentación, ya estaba completamente enamorada; para cuando todo acabó, sus sentimientos la hicieron caer por un abismo de desolación interminable en el que cada día llegaba del trabajo a su cuarto solo para llorar aferrada a una almohada, intentando ahogar sus sollozos.
Cada nuevo día era una tortura que le destrozaba el corazón. En un comienzo prefería dormir, porque solo en el mundo onírico dejaba de sentir ese profundo dolor en su pecho, pero luego el recuerdo de ese engendro destructor comenzó a invadir sus sueños y todo se tiñó de dolor. Ya no podía escapar de él y la única forma que consiguió para sacarlo de su interior, fue escribir el poemario que ahora tenía la idea de estar ad-portas de ser publicado. Nunca estuvo dentro de sus intenciones el publicarlo porque solo fue un escape, consistió en la liberación de todo su dolor y de todo lo que no pudo decirle a ese monstruo destructor que jugó con sus sentimientos. Ya habían pasado casi dos años que aquella desgracia había ocurrido y le parecía extraño que hasta las fechas calzaran otra vez. En marzo comenzó todo y a comienzos de abril, su corazón había sido destrozado con múltiples estocadas con el filo de una poderosa daga que le desgarró hasta

las entrañas.
No quería volver a sentir esa desolación y, aunque le fascinaban estas conversaciones, ¿por qué no admitirlo? también le excitaban. Sabía que posiblemente esa pseudo amistad iba a terminar mal para ella porque Martín solo quería saciar su apetito sexual, sus más bajas pasiones, mientras ella ya estaba sintiendo algo más profundo, ¿o no? ¿Acaso esos poemas no eran la prueba de ello? No estaba segura de qué era lo que su corazón sentía con exactitud y tampoco quería saberlo, lo único que tenía claro era que estaba muy cachonda y debía aliviarse cuanto antes.
Después de usar uno de sus juguetes pensando en Martín, de imaginarlo acariciándola con frenesí, el rubor comenzó a enloquecerla, sintiéndolo cada vez más real. Imaginó sus manos sosteniéndole de las muñecas, mientras la penetraba, haciéndola vibrar hasta enloquecer y ya casi no era dueña de sus reacciones, dejándose llevar por la sensación repitiendo su nombre en medio de las dificultades de su respiración provocada por la excitación, hasta que ya no pudo más y con su último aliento pronunció su nombre, de a poco se fue calmando hasta quedar tan relajada que no supo cuándo se quedó dormida. A la mañana siguiente, despertó producto de golpes en la puerta avisando que ya debía irse a trabajar.
Al llegar a su puesto estaba extrañamente desconcentrada, no podía hacer nada bien y solo pensaba en lo que Martin le provocaba. Se odiaba a sí misma por no ser capaz de separar lo que estaba experimentando con él del trabajo; su calor salía por los poros y su sobresalto corporal no se debía al sol de ese día, sino a él y lo único que deseaba era verlo aparecer o que le escribiera; aunque deseaba enviarle un mensaje, no lo haría porque no quería parecer desesperada ni interesada por continuar con esta experiencia virtual que le excitaba.
En un intento por tranquilizarse y apaciguar su fuego interno pescó un trozo de papel y un lápiz, comenzando a escribir:

(V)
«Construiste tu camino hacia mí con las palabras,
palabras que desbordaban deseo, lujuria y posesión,
posesión de mi carne,
deseo de probar mis órganos sexuales
y lujuria con la que envolverías cada parte de mi ser…»

Continuó escribiendo hasta terminarlo y entonces le colocó el nombre de: *«Palabras de un Jote»*. Una nueva oleada de inspiración le hizo seguir con una nueva creación poética que tituló: *«Fuego virtual»*.

(VI)
«Eres ese platónico sentir que me derrite,
eres el fuego prohibido,
eres candela,
Un manto de lujuria…»

Suspiró mirando por la ventanilla, el cielo continuaba gris y las copas de los árboles se movían con fuerza. Ya estaba oscureciendo y según la hora era muy temprano para ello. Sin embargo, el interior de los edificios se veían oscuros desde su perspectiva, por lo que decidió encender las luces. Salió a toda prisa y en el panel de cada uno, subió los interruptores. Cuando regresó a su puesto, justo antes de ingresar, la reja se abrió entrando Horacio y Martin, este último se detuvo esbozando media sonrisa coqueta.

—Hola, ¿cómo ha estado el turno? —le preguntó Martin.
—Tranquilo, aunque… —contestó mordiéndose el labio inferior.
—¿Aunque? —repitió Martin alzando una ceja.
—Pues… me has tenido desconcentrada —confesó, Martín sonrió a sus anchas sintiéndose poderoso.
—¿Yo te descontrolo?
—No, tus palabras —aclaró, luego prosiguió susurrando—, me calientan mucho y ahora he estado pensando en lo que me hacen sentir y… No he podido controlarme.
—Bueno, pero eso se puede arreglar fácilmente.
—¿Cómo?
—¿A qué hora sales?
—A las ocho de la noche.
—Vengo por ti y damos una vuelta, podemos ver qué sucede en ese paseo, ¿te parece?
—No, no puedo.
—¿Por qué no?
—Porque mi pareja viene por mí.
—Entiendo.
—Martin, esto no puede pasar más allá de lo virtual —espetó abriendo la puerta y entrando a la conserjería—, por mucho que lo desee, no puedo.
—¿Por qué no?
—Porque tú vives donde trabajo —le recalcó—, no es ético ni correcto, además, estoy comprometida.
—El que tengas pareja no me importa, no es un problema para mí.
—¿No te molesta ser el otro?
—No.
—Eso es muy raro.
—Es que yo sé separar lo carnal de lo sentimental —aclaró—. Bueno, espero que tengas un buen término del turno.
Dicho aquello siguió su camino, pero antes de ingresar al edificio volteó. Ella pudo ver su sonrisa picarona y esos ojos que la desnudaban sin piedad por algunos segundos. Al verlo desaparecer de su campo visual, suspiró percibiendo un calor que ascendía por su cuerpo y le calentaba cada una de sus células. Se sentó y en un nuevo intento por sacárselo de su interior, comenzó a escribir:

(VII)
«Tu existencia es efímera,
tu calor es imaginario
y en el imaginario devenir de mi razón
enciendes la fragua de los deseos.

De probar lo que prometes,
de conocer el placer exorbitante
capaz de hacerme estallar sin control…»

Este poema quedó compuesto por cinco estrofas, al que título: *«Ambición efímera»*.
Ya en casa, lo primero que hizo fue subir a su habitación al percatarse de que su madre no estaba. Encendió su laptop y transcribió los siete poemas que había escrito en papel; luego,

continuó con otros que salieron de la calentura más ardiente de su ser, su cuerpo quería liberar toda la pasión y todo el deseo que sentía hacia él y la forma más rápida que tenía era la poesía.

(VIII) Pecado Inmaterial
«Me pierdo en el deseo
sin lograr recuperar el control.
Tu ardor me enloquece
y caigo en el abismo de la pasión.

Una pasión inexistente físicamente,
pero se siente real en mi interior,
con tus palabras logras avivar la chispa
y me sumerjo en el tormento de lo prohibido…»

(IX) Forastero
«Oh, forastero de la capital,
sin razón apareciste en mi vida.
Una tarde inesperada.

Comenzaste tu cacería
en una búsqueda persistente,
sin motivo.
Depredador de miradas…»

(X) Prisionera
«Soy prisionera de tus deseos,
soy la villana que te ha hechizado con el cuerpo.
Mi mirada es sacrílega, te incita a pecar.
Deseas poseerme cual semental
y yo quiero sentir tu virilidad…»

(XI) Tormento apasionado
«Algo invade mi cuerpo
y me pierde en el deseo,
en un tormento se convierte
y me nubla por completo.

Soy presa del deseo.
Encerrada en una jaula me encuentro,
siendo presa del sufrir.
Y un torbellino de emociones por dentro se agitan…»

(XII) Llamas del deseo
«Ardo en las llamas del deseo,
un deseo que me consume
y me hace perder la razón,
exploto en lo prohibido

y me carcome el interior…»

(XIII) A cada instante
«Tengo ganas de ti a cada segundo
y a cada instante deseo probar tu pasión,
sumergiéndome en tus besos,
saboreando el candente elíxir que cae de tus labios…»

Su móvil vibró incesantemente, pero como estaba concentrada en lo que hacía no se había percatado. En cuanto cayó al suelo salió de su transe literario. Lo recogió y como la pantalla estaba encendida vio un mensaje entrante de Martin.

Martin:
Hola, ¿cómo llegaste a casa?

Amanda:
Hola, Bien.

Martin:
¿Estás con él?

Amanda:
Sí —mintió.

Martin:
¿Y no se molesta porque hables conmigo?

Amanda:
No cacha nada.

Martin:
Buena.

Amanda:
Ahora estaba escribiendo unos poemas.

Martin:
¿Para mí?

Amanda:
Sí, voy en el número trece.

Martin:
Quiero leerlos.

Amanda:
Te los envío, si quieres.
Los pasé a Word.

Martin:
Bueno, ya.

Amanda se los adjuntó y envió a través del ordenador. Estaba un tanto nerviosa por su reacción en cuanto los leyera, si es que lo hacía, no estaba cien por ciento convencida de que lo hiciera. Quizás quedaría este documento guardado en el chat y jamás los leería.

Amanda:
Son todos los que escribí hoy.
Cuando lo leas me dices qué te parecieron.

Martin:

Así lo haré.

Escuchó el sonar de las llaves de su madre y la puerta del comedor se abrió y cerró con un fuerte ruido.
—¿Hija, estás?
—Sí —gritó levantándose y saliendo del cuarto—, hola, mamá. —La saludó abrazándola—. Fuiste a comprar, por lo que veo.
Le ayudó con las bolsas y luego a guardar los víveres.
—¿Llegaste hace poco?
—No, hace dos horas.
—Aún estás con ropa de calle.
—Sí, es que estaba escribiendo —le informó—, sabes que cuando la inspiración llega es mejor oírla.
—Claro, mi niña —dijo vertiendo agua en el hervidor—. ¿Y qué estás escribiendo?
—Un poemario.
—Un poemario —repitió, volteándose hacia ella—, ¿te sucede algo malo cariño?
—No —contestó contrariada.
—La última vez que escribiste uno fue cuando ya sabes quién te hizo sufrir.
—Pues esta vez no, no es así —suspiró—, todavía no.
—¿Todavía no? —repitió—. ¿Estás conociendo a un chico?
—Conociendo no creo que sea la palabra correcta.
—¿Cómo?
—Es más complejo, fue un compañero de trabajo de la constructora, pero ahora me lo he vuelto a encontrar y me ha revelado sus verdaderas intenciones.
—Por tu expresión creo que no son buenas.
—No quiero hablar de eso —tiró un resoplido.
—Te tiene confundida.
—¡Mamá!
—Si no es bueno para ti, debes terminar lo que sea que tienen ahora y de raíz, porque no quiero verte sufrir otra vez.
—Lo sé.
—¿Lo harás?
—Sé que es lo mejor. Ya lo he pensado —aseguró—, y sí, lo haré.
—Eso espero.
Amanda ordenó la mesa con todo lo necesario y junto a su madre, tomaron once. Luego de eso subió a su habitación encontrando más mensajes de Martín.
Martin:
Me gustaron, están buenos.
Bacán, bebé.
Cosita rica.
Tengo muchas ganas de que te sientes en mi cara.

Amanda:
Mmmm… dime más…
Pero ¿qué te pareció este poemario?

Martin:
Me gustaron.
Son bastante lindos y pasionales.

Me dejaste loco.
In Love.
Pero me tratas muy como un monstruo,
un ser sin sentimientos.

Amanda:
Es que así te siento.
¿Qué es In love?

Martin:
La verdad es como enamorado,
pero lo decía porque me dejaste así —Envió un
emoji de una cara feliz con corazones en los ojos.

Amanda:
¡Awa!

Martin:
Mmmm… quiero tener mi pene en tu vagina.
Bebé, quiero tener algo contigo,
pero no quiero que te enganches de mí.

Amanda:
¿Cómo así?

Martin:
Como te dije, no estoy buscando nada serio.
Pero tu mirada y tu cuerpo, ¡uf! Me tientan mucho.

Amanda:
Lo decía por lo de «No te enganches».
Recuerda que soy una poeta, lo que quiere
decir es que soy una enamorada de la vida y los
sentimientos vienen a mí, yo no los controlo.

Martin:
Es que yo no busco una relación seria.
¿Qué nombre le pondrás al libro?

Amanda:
Poemario de un corazón lujurioso.

Martin:
Buen nombre, me gusta.
Me dejas loco.

Bloqueó el móvil y decidió seguir escribiendo en un intento por quitarse la zozobra que tenía dentro. Sus dedos se movían con rapidez sobre el teclado escribiendo sin reparo, dejándose llevar por sus sentimientos. Escribió tres poemas más antes de dejarse llevar por la ensoñación.

(XIV) Fuego de pasión
«Calor embriagante que calienta mi sangre.
Calor extremo que me quema por dentro.
Calor pasional que me quema los labios
y que cala hasta lo más profundo...»

(XV) Placer prohibido

«Placer prohibido que quiero probar.
Placer prohibido que me estremece sin más.
Placer desbordante que vibra en mí
Placer que por dentro en espasmos estalla…»

(XVI) Eres fuego en mí
«Eres la pasión que necesito en mi vida
el fuego en que me quiero quemar.
Eres el complemento que deseo.
El mágico elixir que anhelo.

La fragua encendida de vulcano ha despertado
debido a tus incitantes palabras
que me hacen perder la cordura
y sumergirme en el deseo de gozar junto a ti…»

Al día siguiente despertó con la espalda agarrotada debido a que se quedó dormida con los brazos apoyados en la mesa del escritorio. Se levantó, intentando estirarse lo más posible y se dio una ducha. Al salir del baño, su madre le esperaba con el desayuno. A eso de las diez de la mañana subió a su cuarto y revisó su móvil. No tenía mensajes de Martin, pero los deseaba. Entre su lucha por escribirle sucumbió ante su anhelo de saber de él.

Amanda:
¡Oye, jote!
¿Cómo estás?
¿Cómo va tu día laboral?

Al no recibir su típica respuesta instantánea, lo dejó a un lado y encendió su ordenador dejándose llevar por el vaivén emocional que sentía, creó dos nuevos poemas:

(XVII) Diablo tentador
«Me tienes ansiosa y deseosa,
deseosa de tus mensajes,
y ansiosa por probarte,
eres mi fruto prohibido.

Me quitas el aliento,
me haces suspirar.
Te llevas cada hálito de mi vida
y solo quiero avanzar en tu fuego…»

(XVIII) Ruptura
«Juego de seducción que me hace vibrar.
Juego de seducción que me envuelve en suspiros
y ardo en las llamas de esta pasión virtual.
¡Oh, endiablado Juego, ¡que mal me tienes!»

Al terminar este último poema en su interior se estaba formando un torbellino de emociones y sentimientos, porque con él acababa de tomar una decisión y era terminar lo que estaban comenzando. Sabía que no era bueno para ella, que posiblemente la haría sufrir porque le había dejado claro que él solo quería pasar un buen rato, usar su cuerpo para satisfacer sus bajos instintos y, posiblemente, luego la desecharía tal como Bruno lo había hecho. Pero se sentía muy dependiente a sus palabras, le era adictivo leer cuánto la deseaba, exactamente eso era: el sentirse deseada, su atención constante y sus palabras lascivas la mantenían unida y embelesada a Martin.

Revisó su móvil leyendo el «visto» de su mensaje enviado, eso le impacientó, por lo que escribió una de las típicas respuestas que él le daba cada vez que ella hacía lo mismo.

Amanda:
Visto —emoji de un corazón roto.

Martin:
Perdón, perdón —recibió al fin una respuesta—, *es que tengo mucha pega y ayer caí raja.*

Amanda:
Dale, yo seguiré pensando en lo que me provocas para seguir escribiendo.

Martin:
Jejeje cosita rica.
Me dejas loco.

Amanda:
Esas palabras me agradan.
¿Qué te ha parecido conocer a esta escritora?
¿Y que esta poeta te dedique un poemario?

Martin:
Me dejas loco, pero no te enganches sipo. —Emoji de cara triste.

Amanda:
Virtualmente me tienes loca, pero no sé en el mundo real. Siendo sincera eres algo platónico hasta el momento.
Aparte que yo no me fijé en ti hasta que comenzaste a escribirme.
Siendo super sincera, físicamente no eres mi tipo, así como para fijarme en ti de buenas a primeras.
Y bueno, ya me quitaste la inspiración, así que cerraré el poemario hasta que me baje la calentura otra vez.

Martin:
Pucha, no me digas eso. —Emoji de cara triste.

Amanda:
¿Qué cosa?

Martin:
Que te quité la inspiración.

Wuachita rica, diosa.

Amanda:
Pues así fue. Es que tanto que lo repites que a cualquiera se le va la inspiración. Lo sé, lo tengo claro. No tienes que repetirlo a cada rato. ¿Sabes de dónde se saca la inspiración para la poesía?

Martin:
¿De dónde, Amandita?

Amanda:
De los sentimientos, emociones, sensaciones y, en este caso, también, de la calentura. Si estás dele y dele repitiendo ese mantra me vas a quitar la inspiración indefinidamente. Dame material para inspirarme y no al revés. Jajaja

Martin:
Jajajaja
Bueno, bueno, corazón. Lo siento.

Amanda:
Si quieres que termine el poemario dedicado a lo que me provocas debes darme material. Solo si te interesa ser inmortalizado. Es una sugerencia.

Martin:
Bueno jajaja

Amanda:
Si tienes tiempo hoy, antes de que me vaya al trabajo, podrías inspirarme un poco.

Martin:
Bueno, a la hora de colación podría decirte unas cositas. Jejeje

Amanda:
¿Y a qué hora es?

Martin:
Entre 1 y 2 de la tarde.

Amanda:
Okis.

Capítulo 8

El poema de despedida

◆◆◆

El resto de lo que le quedaba de mañana lo pasó con su madre y almorzó. Ese día entraba un poco más tarde debido a un cambio en los turnos temporales, por lo que a eso de las dos de la tarde estaba a punto de salir de la casa, pero no pudo irse sin escribirle a su placer culpable.

Amanda:
Loquillo, ya estoy por irme.

Martin:
Pucha, lo siento. Aún estoy ocupado.

Suspiró resignada, guardando el móvil salió. La tarde en el trabajo pasó rápida, pero en su interior estaba presa de la angustia que le provocaba esa situación y para quitarse este resquemor ante la decisión que horas antes había tomado, agarró un papel y dejó salir todo lo que le ahogaba.

Adiós a tus mensajes
«Extraño ver tus mensajes en mi móvil,
extraño conversar contigo,
te extraño demasiado,
pero sé que lo mejor es separarme de ti,
cortando nuestros encuentros virtuales de raíz
porque cada día que pasa me encariño más…»

Al terminar de escribir estaba totalmente hiperventilada, su corazón quería escapar de su lugar y tuvo la fuerte convicción que ese poema debía regalárselo a Martin a modo de despedida. En cuanto lo viera se lo entregaría. Lo guardó en un bolsillo y continuó con sus labores.
Cuando el sol estaba por desaparecer vio entrar a Martin, esta vez solo. Él le sonrió y se aproximó a la ventanilla.
—Hola —la saludó—, no has respondido mis mensajes.
—Hola, tengo algo para ti. —Sacó de su bolsillo un papel muy pequeño debido a todos los dobleces que presentaba—. Es mi despedida.
—¿Despedida? —repitió.
—No lo leas aquí, te pueden ver.
—Cierto. —Metió la mano por la ventanilla cubriendo la de ella y de ese modo le quitó el papel —. Nos vemos luego.
Suspiró con una gran desazón al verlo partir, pero debía ser fuerte y sobreponerse. Esta era la mejor decisión que podía tomar, estaba segura de eso.
Minutos después su móvil comenzó a vibrar incesante, al activar la pantalla vio que tenía muchos mensajes, pero no quiso leerlos para evitar el endiablado visto que le delataría.

A una hora del término del turno, Martin apareció. Se veía contrariado y molesto. Este suspiró sacando todo el aire contenido.
—Lo leí y no estoy de acuerdo —especificó—. Entiendo tus razones, son plenamente válidas, pero no estoy de acuerdo.
—Es lo mejor.
—¿Para quién?
—Para los dos.
—No —negó—, para ti quizá lo sea, pero no estoy de acuerdo. Yo quiero seguir hablando contigo y me molesta que quieras terminar esto.
—Pero es que tú quieres algo que yo no puedo darte.
—Lo entiendo, pero no lo comparto.
En ese instante una persona entró, por lo que la conversación se terminó abruptamente y él volteó, siguiendo su camino hacia su departamento.
Al llegar a casa lo primero que hizo fue lanzarse sobre la cama, quería ahogar sus sentimientos en una almohada porque, por un lado, no quería dejar de conversar con él, pero, por otro, sabía que lo mejor era acabar ahora y así evitarse un dolor innecesario que le devastara el corazón otra vez. Entre esos pensamientos se quedó dormida, despertó debido a unos golpes en su puerta.
—Hija, ¿puedo pasar?
—Sí.
—Buenas noches —le dijo entrando con una bandeja—, te vi dormida y supuse que no habías tomado once.
—¿Qué hora es?
—Las diez de la noche.
—No estabas cuando llegué.
—No, salí a dar una vuelta y traje esta tarta.
Después de tomar el té juntas, su madre se retiró y ella prefirió ponerse el pijama y dormir. No quería saber más nada del mundo ni de los mensajes que aún no leía. Seguro tendría demasiados para mañana, pero lo mejor era resistirse ante la tentación de leerlos, debía ser fuerte.
Al despertar, sintió una leve puntada en el corazón al recordar lo realizado el día anterior. Por suerte era sábado y no tendría que ir a trabajar. Se levantó y se bañó, colocándose el pijama, ya que no pretendía salir de casa. En su cuarto, tomó su móvil y sin querer presionó lo que no debía, ingresando al chat que no deseaba leer.
Martin:
Bebé, lo siento. En serio.
Es que tengo mucho trabajo hoy.
Pero sabes que quiero follarte.
¿Diosa, estás?
¿Ya estás en el condominio?
¿Hola?
Ya leí tu nota y no estoy de acuerdo.
Entiendo tus razones, pero no las comparto.
Por favor, no te enojes.
No me prives de tus mensajes.
Amandita…
Hola —Este saludo era el último mensaje, enviado hace cinco minutos.

Salió de allí sin más, debía evitar la tentación de responder a toda costa. Tiró un resoplido viendo

cómo la pantalla se iluminaba y el artefacto vibraba anunciándole un nuevo mensaje del chico.
Visto. —Emoji de un corazón roto.
Amanda se mordió el labio inferior, en serio que quería responder, lo deseaba con todo su ser, pero estaba segura de que lo correcto era alejarse porque no quería sufrir otra vez. Él quería algo superfluo, efímero y pasajero, sin sentimientos involucrados y ella siempre había sido un manojo de ellos, algo que no podía controlar y que estaba segura le jugarían una mala pasada si aceptaba la tentadora oferta de Martin.
Durante todo el fin de semana recibió mensajes del muchacho que le pedían una respuesta, pero ella seguía firme en su decisión.
El lunes por la mañana ya no pudo más y dejó salir su frustración y angustia a través de las letras, escribiendo nuevos poemas.

Desazón por tu recuerdo
«Pensé que ya te había superado,
que ya no necesitaría más de tus llamados,
pero justo ahora es prioridad.
He visto tus mensajes,
pero he decido no responder.

Un nudo en la garganta me quita la calma.
Mi corazón late angustiado
y una parte de mí quiere contactarte,
pero mi razón dice lo contrario.

No debo caer en tu ardiente jaula,
debo ser fuerte.
Debo apartarme de tus garras.
Liberarme de este triste juego.

Lo mejor es huir de ti,
eres un embaucador que solo quiere mi carne
y sé que, si sucumbo ante tus encantos,
perderé toda mi calma…»

Angustia
«Esto es vivir la angustia,
porque solo quiero besarte,
pero debo liberarme
e intentar olvidar.

No quiero enamorarme,
pero es angustiante el tenerte lejos
y no hablarte a cada instante me mata.
Una desazón asfixiante carcome mis entrañas…»

Capítulo 9

Conciliación erótica

◆◆◆

Dejó de escribir, suspiró con los ojos cerrados, colocando el lápiz sobre la mesa. Tomó su móvil y muy a su pesar, hizo lo que no debía. Estaba segura de que era una pésima decisión, pero lo necesitaba y todo su cuerpo temblaba producto de la desesperación.

Martin:
Pucha, no te pongas así.
Creo que todo el fin de semana
sin responderme ha sido castigo suficiente,
pero ¿por qué? No lo sé. ¿Qué hice para
merecer este castigo?
Yapo, respóndeme.

Amanda:
Buenos días. —Escribió mordiéndose el labio inferior—. *Lo siento. Creí que lo mejor era alejarme de ti, por el bien de mi corazón.*

Martin:
Pucha, bebé, pero no me hagas la
ley del hielo por eso. Yo quiero ser tu amigo también.

Amanda:
No sé si creer eso.
Tú solo quieres devorarme, ya me lo dijiste.

Martin:
Quiero culiarte, no te lo voy a negar.
Pero también quiero ser tu amigo.
No pretendo estar poco tiempo a tu lado,
en realidad, quiero conocerte más y estar
harto tiempo contigo.
Además de follarte, quiero saber más de ti.

Amanda:
Mmmm…

Martin:
Mmmm…
Lo que te pasa es que tienes miedo.

Amanda:
Por supuesto que tengo miedo.
Miedo a enamorarme si accedo

a lo que tú deseas. Tú quieres que sea un
ser sin sentimientos y yo soy una enamorada
de la vida. No creo ser capaz de dejar de sentir.

Martin:
Entiendo. Pero eso es fácil de hacer.
Solo debes mentalizarte y así no te enamoraras.
La mente es muy fuerte y puedes usarla para esto,
así no sentirás y podremos pasarla bien juntos.

Amanda:
Ese es el problema, que tú quieres
que sea un ser sin sentimientos.

Martin:
No es así.

Amanda:
¿No? ¿Entonces qué es?

Martin:
Es poner una coraza para no sufrir y
mentalizándolo lo lograrás.

Amanda:
Pues… Igual quería decirte que, aunque no debería,
quiero seguir con nuestras conversaciones prohibidas.
No sé si pase algo más en el futuro —emoji
de una cara pensativa—, eso se verá en el camino.
Pero por ahora seguirás siendo mi placer prohibido virtual.
Debo confesarte que me haces dudar de todo y
eres mi gran tentación.
Cuando puedas enviarme alguna de tus
cochinadas excitantes, estaré encantada
de leerlas.
Ten un buen día, cariño.

Martin:
Cosita rica, me dejas loco.

Amanda:
Me encanta que me digas eso.
Me excita.

Martin:
Sí, me pones la verga demasiado dura.

Amanda:
¡Qué rico! —Emoji con los ojos cerrados
y la lengua afuera—. Me gustaría ver eso.
Con solo estas palabras me tienes toda lubricada.

Martin:
¡Qué rico!
Quiero comérmela toda.

Amanda:
Y yo quiero sentir tu lengua acariciando mis partes húmedas.
También te quiero dentro de mí.
Quiero cabalgarte bien rico y besarte apasionadamente.
Deseo probar tus labios y sentirte dentro de mí.
No sé cómo lograste esto, pero me tienes loca de deseo.

Martin:
Todo lo que me dices suena y sería muy rico.

Amanda:
Sería muy rico probar tu miembro, te deseo.

Martin:
Mmmm, me gustaría lamerte la vagina y que te empieces a dilatar. Quiero sentir cuando te corras en mi boca.

Amanda:
Justo ahora me has hecho suspirar de placer.

Martin:
¿Podrías enviarme un audio calentón?

Amanda:
Es una oferta muy tentadora…
Dime, ¿estás duro?

Martin:
Jajajaja. La verdad, ando en la pega y sí, se me paró. Pero tengo que controlarme.

Amanda:
Me gusta leer eso.

Martin:
¿Por qué?

Amanda:
Porque me gusta descontrolarte, me gusta sentirme deseada y hacerte sufrir de este modo, porque ya lo has hecho conmigo también.

Martin:
Eres mala.

Amanda:
Mira —le adjuntó el poema titulado «Placer prohibido»—. Léelo y dime qué te parece.

Martin:
Me dejas loco, bebé —respondió tras unos segundos—. *Tienes mucho talento.*

Amanda:
Me gustaría saber qué hiciste con el poema en papel que te regalé.

Martin:
Lo tengo guardado en mi billetera, porque
es donde guardo todo lo que considero especial
e importante.

Amanda:
No me esperaba esa respuesta,
suena muy tierno de tu parte.
Entonces hoy te llevaré algo que
sé que valorarás.

Martin:
¿Qué sería?, bebé.

Amanda:

Lo sabrás más tarde.

Martin:
Yapo, dime…
No me gusta quedar con la duda.

Amanda:
Nos vemos.

Las horas en el trabajo pasaron lentas, pero en armonía. Sin problemas que resolver, por lo que tuvo tiempo para escribir unas líneas que salían directo de sus más pervertidos deseos.

(XXVII) Quiero
«Tú me calientas y no puedo seguir aguantando,
solo deseo estar entre tus brazos.
Quiero sentir el calor de tu piel sobre la mía.
Quiero que tus labios recorran cada parte de mi cuerpo.
Y probar el sabor de tus besos.

¡Oh! Endiablado demonio tentador
quiero sucumbir ante tu pasión…»

En ese instante su demonio tentador se materializó fuera de la ventanilla, esbozando media sonrisa picarona, carraspeó sacándola de su ensimismamiento de un sobresalto.
—Hola, lamento interrumpirte.
—Hola, no sentí la puerta.
—Lo noté —dijo, volviendo a aclarar su garganta—, y qué era lo que tenías para mí.
Ella sacó unos papeles muy doblados manteniéndolos escondidos en su mano empuñada, pero él pudo notarlos, entonces colocó una de sus manos sobre la suya y las notas pasaron de la palma de la poetisa a la de su muso, sin que nadie lo notara.
—Bueno, espero que tengas un buen turno —dijo, guiñándole un ojo—, nos vemos luego.
—Chao.

Mientras él se iba, Amanda vio que estaba oscuro ¿Qué hora era? Revisó el reloj de pared percatándose de que eran casi las siete, salió de allí con la clara intención de encender las luces

de los edificios, lo hizo sin mayores inconvenientes dejando para el final en el que vivía el fruto de su perdición. Allí abrió el panel y subió los interruptores, pero justo detrás suyo la observaba Martin, sonriendo. Sigilosamente se le aproximó, colocando sus manos en sus caderas.
—Hola de nuevo —le susurró al oído, haciéndola estremecerse—, me encantaron tus notas. Tienes mucho talento y me dejas loco, en verdad.
—Me alegra que te gusten —musitó volteando y chocando con la nariz del chico.
—El que más me gustó fue este —aclaró, levantando el papel y ella pudo ver que era el titulado *«Quiero»*—, ¿en serio quieres cabalgarme?
—Se suponía que ese no te lo daría —repuso, quitándoselo—, no me di cuenta cuando lo añadí a los otros.
—Pues, debo decirte que me calentó mucho y quiero puro follarte —susurró en su oído más cercano—, ¿podríamos salir hoy? ¿Tarde-noche? ¿A la hora que te vas?
—No, no… —negó quitándoselo de encima.
—¡Eh! —exclamó—. ¿Para dónde vas?
La siguió sin intentar tocarla, ya que estaban fuera atravesando los jardines. Hasta que ella se metió en la conserjería y quedaron separados por paredes.
—¿Por qué me seguiste?
—Tienes algo que me pertenece.
—¿Qué cosa?
—El poema —aclaró extendiendo su mano—, me lo regalaste. Por tanto, es mío.
—No tengo copia de él, lo acabo de escribir…
—Entonces tómale una foto y me lo devuelves. —Ella lo miró sonriente—. ¡Vamos! Hazlo, que yo lo quiero de vuelta.
—Está bien —contestó sacando su móvil y fotografiando el papel, luego se lo entregó del mismo modo anterior—, se feliz con él.
—Diosa, quiero puro follarte bien duro —dijo, lanzándole un beso y volteando—, nos vemos a la hora de tu salida.
—Oye… ¡espera! —lo llamó, pero él aumentó su caminar, perdiéndose al interior del edificio.
Suspiró, volviendo a su asiento, allí tomó una pluma y escribió:

(XXII) Lobo feroz
«Debo alejarme, debo huir,
debo liberarme de tu sentir
y recuperar la estabilidad que perdí.
Fui el venado que acechaste,
tú no descansaste hasta capturarme
en tus enormes fauces…»

Mientras ella se cambiaba de ropa para irse a casa, Martin salió del condominio. Esperaba que Amanda aún no hubiese entregado el turno, subió la empinada calle y aguardó. Estaba nervioso y solo quería verla aparecer. Pasados cinco minutos la vio caminar por la vereda de enfrente, cruzó la calle y la interceptó cerrándole el paso.
—Hola.
—Hola —respondió contrariada—, no esperaba encontrarte por aquí.
—Pretendía dar una vuelta mientras compraba algo de comer.
—¡No me digas! —exclamó entrecerrando los ojos—. ¿Qué tal va el paseo y las compras?

—Ahora que te has cruzado en mi camino mucho mejor —respondió esbozando media sonrisa.
—Claro —repuso entornando los ojos—, bueno, pues yo continuaré caminando porque quiero llegar pronto a mi casa.
—Te acompaño. —Se ofreció abriéndole paso—. ¿Te molesta?
—No —negó sin mirarle y retomando el andar—, no te vi salir.
—Tampoco te vi en la conserjería, por lo que pensé que ya te habías ido.
—Eso quiere decir que tu intención era aguardar mi salida al estilo de un depredador acechando a su presa.
—¡No! ¡Para nada! —negó con un dejo de ironía—. Solo creí que ya no estabas…
—Y que ya era muy tarde para acecharme, pero tuviste suerte.
—Pues, sí, la verdad, salí con la intención de esperarte —confesó—. Quería saber qué tan cierto era eso de que tu pareja venía a por ti. —Miró en derredor—. ¿Hoy no pudo venir o qué?
—Pues, como ves, no.
—¿No pudo venir o nunca ha venido?
—¿Qué estás insinuando?
—Tal vez él no existe.
—¿Cómo?
—Tú lo inventaste para intentar alejarme de ti, ya que pensabas que al estar comprometida me daría por vencido, pero… —Se puso delante de ella—. Yo no soy celoso, si existe te puedo compartir y si no, estoy seguro de que juntos la pasaremos muy bien.
—¡Buena galán! —bromeó.
—Amanda. —La detuvo tomándole de las manos—. Solo un besito —le pidió dedicándole una mirada suplicante llena de deseo—, solo uno, no te pido más. —Ella se mordió el labio inferior —. Sé que lo deseas al igual que yo. Me lo has escrito en tus poemas, yapo di que sí.
Ella se le aproximó en busca de sus labios, por lo que él tuvo que encorvarse un poco, ya que era más alto, y de este modo hicieron el primer contacto entre sus labios. Martin estaba muy nervioso y al percibir los labios de Amanda restregándose con suavidad sobre los suyos, no pudo evitar que le temblaran; al sentir una lengua abriéndose paso en busca de la suya, despabiló tomando el control del beso y apresando esos labios con torpeza, pero decidido a poseerlos con pasión. Antes de llevar a cabo sus planes, su compañera se echó hacia atrás observándolo con una mezcla de decepción y disconformidad.
La realidad era que ese beso le había recordado a una expareja con la que jamás pudo coordinar en ese delicioso arte de los besos, esa luz de lujuria por él se había comenzado a apagar porque tenía las expectativas muy altas respecto al sabor que ellos tendrían, ya que sus palabras incitadoras e insinuadoras de lo prohibido le decían que era un amante apasionado; pero si los besos sabían de esta forma, tan desordenada y poco coordinada, lo mejor sería terminar con este juego de seducción, porque si no le calentaban no tendrían futuro en la cama. Para ella los besos eran lo más importante antes de dar el sí en el lecho.
—Uno más, por favor —le pidió suplicante, cerrándole un ojo—, fue muy poco…
—Lo siento, ahí viene mi bus —anunció haciendo parar su medio de transporte—, que estés bien.
Subió al microbús, pagó su pasaje y se ubicó en un asiento viendo que Martin le observaba contrariado, pero deseoso. Ella solo le sonrió antes de perderlo de vista. Entonces sacó su móvil y comenzó a ver videos en sus redes sociales, hasta que un par de mensajes del chico le entraron.
Martin:
No te gustó, perdón.

Es que igual me puse nervioso. —Emoji de cara triste.
Mmmm…

Amanda:
Mmmm… No quiero herir tu ego masculino, pero he probado mejores besos. Jajaja
Pero te daré el beneficio de la duda y no coordinaste mucho conmigo porque estabas realmente nervioso. Tendríamos que hacer una segunda prueba.

Martin:
Sí, la verdad es que yo igual lo sentí mal, perdón. Aunque yo igual quería más.

Amanda:
Lo sé, lo sentí.

Martin:
Emoji de cara triste.

Amanda:
Sin duda te daré otra oportunidad, así que tranqui jajaja.

Martin:
Pucha —Emoji de cara triste.

Amanda:
Ahora si no coordinas, ya tú sabes, pasa palabra.

Martin:
Tres emojis de caras llorando.

Amanda:
Jajaja, ya, pero no llores.

Martin:
Bueno.

Amanda:
Si igual me gustaron tus labios, son suavecitos.

Martin:
Mmmm… no lo sé, Rick…
Emoji de cara triste.

Amanda:
Jajaja y, ¿por qué te pusiste nervioso?

Martin:
El lugar, la situación, tú jajaja

Amanda:
Jajaja
Yo no estaba nerviosa.

Martin:

Tengo depre…

Amanda:
Oye, que nuestro primer beso no haya sido perfecto no importa porque aún te tengo ganas y sigo adicta a tus mensajes. Sigues teniendo un punto a tu favor, así que no llores.

Se percató de que aparecía el visto, pero no pudo seguir escribiendo, ya que debía bajarse del bus. En casa lo revisó, pero Martin no daba señales de vida. Decidió ducharse y comer algo. Al día siguiente no tenía noticias del muchacho, por lo que la tentación de escribir fue mayor a su razón.

Amanda:
Hola, ¿te herí mucho el ego al ser sincera que ahora no me escribes?

Martin:
Hola, es que anoche estaba ocupado con los cabros y cuando estoy con ellos no pesco mucho, lo siento.
La verdad, es que sí, me heriste un poquito, pero fue solo un poquito. —Emoji de cara apenada.

Amanda:
Entiendo y lo siento.

Martin:
¿Cómo estás, cariñito?

Amanda:
¡Uy! Me encanta que me digas así.
Estoy bien, levantándome.
Quiero hacerte un par de preguntas.

Martin:
Dígame, la leo.

Amanda:
¿Cómo descifraste que el beso no fue del todo de mi agrado?
En realidad, no fue que no me haya gustado, sino que algo faltó.
¿Qué te hizo pensar eso?

Martin:
Se notó. Lo noté por tu cara.

Amanda:
¿Qué cara puse? Jajaja
Dijiste que el beso lo sentiste mal, ¿cómo así?

Martin envió un audio en que decía:
—Pucha, no de desagrado, sino que no era lo que esperabas y me sentí mal por eso. Yo soy perceptivo, veo las caras de las personas y puedo saber lo que están pensando o lo que les pasa, en este caso fue así, y me sentí mal porque yo me desempeñé mal y me sentí mal por eso.

Amanda:
Mmmm… Entiendo.
Oye, ¿tan nervioso te pongo?

Martin:
Más o menos, la verdad es que lo
de ayer fue un complemento de todo,
es decir, el lugar, el momento, tú y todo.

Amanda:
Jajaja, me gusta ponerte nervioso.
Me gusta que me desees y que me
lo digas todos los días.

Martin:
Quiero follarte. —Emoji de cara apenada.

Amanda:
Ahí veremos.

Martin:
Bueno. —Emoji de cara con sonrisa triste.

Amanda:
Pero lo que sí sé es que quiero estar a solas
contigo, sin que nada ni nadie nos moleste.

Martin:
¿Te parece si hoy después de tu turno
vamos a dar una vuelta y vemos qué pasa?

Amanda:
Acepto tu propuesta indecorosa.
Por precaución, compra condones.

Martin:
Bueno, lo haré. —Emoji de cara riendo con
la boca tapada por una mano.

Amanda:
Sin condones no va a pasar nada de
lo que quieres, estás advertido.

Martin:
Bueno, cariño.

Amanda:
Oye…

Martin:
Dígame, cariño…

Amanda:
Ayer me comiste hasta la pera jajaja.
Loco, si no tengo la boca tan grande jajaja
Literalmente me comiste.

Martin:
Ya te dije que estaba nervioso.

Amanda:

La verdad es que me tenías toda caliente,
por eso acepté besarte ayer.
Todavía quiero sentir tus manos sobre mi piel,
tus caricias y, por supuesto, tus verdaderos besos.

Martin:
Qué rico, me dejas loco. —Emoji de cara feliz
y babeando—. Que rico, quiero masturbarte.

Amanda:
Podríamos hacer eso hoy. Creo que hay que ir
paso a paso.
Porque quiero sentir más allá del sexo,
no sé si me entiendes.
Sé que tú quieres follarme bien salvaje y todo,
pero yo no estoy segura de ir tan rápido.
Primero quiero probarte y degustarte. Pero por
si acaso ven preparado hoy. No me cierro a esa posibilidad.

Martin:
Bueno, bebé.

Amanda:
Pero debes darlo todo con tus besos hoy, eso sí.

Martin:
Bueno Bebé, lo haré, cariño.

◆◆◆

ROCES

◆◆◆

Capítulo 10

Conociendo a Martin

◆◆◆

Martin

Al fin Amanda accedió a salir conmigo y hoy será nuestra primera cita. No sé si llamarla así, pero, en resumidas cuentas, nos juntaremos para conocernos un poco más y ver qué sucede entre nosotros.

No puedo negar que estoy algo nervioso porque no sé cómo resultará todo, aunque tengo muy claro que mi desempeño debe ser óptimo, porque no puedo desperdiciar esta segunda oportunidad que me dio para enmendar el desastroso beso de ayer. Debo confesar que estaba bastante nervioso porque no creí que aceptaría besarme, no estaba preparado y me tomó por sorpresa. Eso, sumándole que estábamos en plena calle y su «novio» podía aparecer y sorprendernos infraganti, ¿será que tiene de verdad? Aún me lo cuestiono, pero pondré todo de mí para saberlo, ya que estoy seguro de que ese «novio» lo ha inventado con el objetivo de alejarme de mis propósitos con ella.

Minutos antes de salir del trabajo recibí un mensaje de Amanda, eso me hizo sonreír. No sé porque me gusta conversar con ella, sé que la deseo mucho y que quiero puro follarla, pero también tengo la necesidad de conocerla más, me atrae y me gusta a la vez; me gusta su forma de ser, su personalidad, su manera de pensar y me hace sentir especial al saber que está escribiendo un poemario dedicado a mí. Ser el muso de un artista es algo que te hace pensar y replantearte muchas cosas, entre ellas está el hecho de que con cada nuevo poema que leo siento algo extraño en mi interior, es algo que no había sentido antes, pero que me parece es parte de lo mucho que me gusta.

Amanda:
Hola, mi jote personal, ¿cómo va la pega?

Martin:
Mucha pega, la verdad, apenas
tengo tiempo para respirar.

Amanda:
¿Aún va lo de hoy?
Pregunto porque como no me has escrito en todo el día.

Martin:
Sí, hoy te esperaré en el mismo lugar de ayer.

Amanda:
Entiendo, no faltaré.

Martin:
No podrías hacerlo porque te esperaré
a la salida de tu turno.

Amanda:
Sí podría, solo debo irme en sentido opuesto al
que siempre me voy, así evitaría toparme contigo.

Martin:
¿Harías eso?

Amanda:
Sería lo mejor.

Martin:
¿Por qué sería lo mejor?
Eres una escritora Malvada.

Amanda:
Es que creo que lo mejor es que sigamos siendo
amigos y no demos ese paso que tú quieres.
Continuar con nuestras conversaciones por chat,
mantenernos en la virtualidad erótica
me parece la mejor opción.

Martin:
Sé que tienes miedo, te entiendo,
pero sé que no te arrepentirás.

Amanda:
¿Qué tal si empiezo a sentir cosas por ti?
La única que terminará mal seré yo.

Martin:
Pero para eso no debes sentir, debes
enfocar tu mente en no sentir.
Recuerda que lo nuestro es sin enamorarse.

Amanda:
No sé cómo lo haces, para mí eso es difícil
porque yo no he formado esa coraza que tienes tú.
En serio que te veo como un ser sin sentimientos.

Martin:
Mmmm... sí, lo he notado.

Amanda:
¿Cómo?

Martin:
En tus poemas me dejas muy como
un monstruo sin corazón.

Amanda:
¿Y no lo eres?

Martin:
No.

Amanda:
Entonces explícame tus razones para formar esa coraza.
¿Cómo llegaste a no permitirte sentir?
Porque hasta ahora lo único que veo en ti es que quieres
follarme sin importar nada. No veo que yo o mis sentimientos

te interesen, solo buscas tu propia satisfacción a través de mi carne.

Martin:
Me has malinterpretado porque tus sentimientos sí me importan. No quiero hacerte sufrir y si sientes que lo mejor es que no sigamos con esto, podemos quedar solo como amigos, pero esa decisión debes tomarla tú.

Mientras esperaba su respuesta me sentía nervioso, porque lo que más deseaba era salir con ella. Quiero verla y tenerla a mi lado, disfrutar un buen momento y seguir conociéndola, me interesa todo lo que tenga relación con Amanda.

Amanda:
Necesito entenderte, Martin.
Antes de tomar una decisión.

Martin:
Dime, ¿qué quieres saber?

Amanda:
Si no quieres que siga representándote como un monstruo sin corazón, debes hablarme más de ti.
De tus sentimientos. ¿Alguna vez te has enamorado?

Martin:
Siendo super sincero, una vez creí estarlo, pero no fue así. Nunca me he enamorado y no quiero hacerlo.

Amanda:
¿Por qué?

Martin:
Porque no quiero sentir. No quiero enamorarme y luego sufrir. Tuve una pérdida que me devastó y desde entonces me propuse no sufrir por nada ni por nadie.

Amanda:
¿Qué te sucedió para dejarte así?

Martin:
Fue algo muy duro. Hay muchas cosas de mi vida que no te he contado.

Amanda:
Me gustaría saber más…

Martin:
Son cosas que me gustaría contártelas en persona.

Amanda:
¿Por qué no por aquí?

Martin:
Prefiero hacerlo en persona.

Amanda:
Yo necesito entender la profundidad de tu miedo a sentir antes de tomar una decisión.
Porque hasta ahora sigo pensado que eres

un monstruo sin sentimientos.

Martin:
Bueno, tuve un hijo que murió hace cinco años.
Luego de su pérdida, también perdí a Erika y
eso terminó por desmoronarme. Después de todas esas
pérdidas decidí no sufrir más y creé la coraza
que me hace ver como un monstruo ante tus ojos.

Amanda:
Ahora te entiendo, eres un alma herida.

Martin:
Sí, así es.

Amanda:
¿A Erika la amaste?

Martin:
Creí amarla, pero no estoy seguro.

Amanda:
¿Por qué no estás seguro?

Martin:
No lo sé, es que no entiendo lo que es estar
enamorado o amar a una mujer.
¿Qué es lo que se siente?
Es algo que me he cuestionado desde entonces.

Amanda:
Quiero conocerte más, con estas confesiones
me has dado curiosidad. Así que la salida de hoy va.

Martin:
Excelente, me haces muy feliz.
Hoy te contaré más de mi vida.
Responderé a todas tus preguntas.

Amanda:
Nos vemos pronto.

Martin:
Nos vemos en un rato, cariño.

Guardé mi celular porque debía atender un problema en el trabajo, cuando volví a sacarlo estaba a punto de subir al carro en donde se encontraban mis compañeros de departamento. En breve llegamos a nuestro destino y en la puerta del complejo dejé que ellos pasaran primero, ya que quería hablar un momento con ella. Para mi desgracia no estaba, de seguro andaba encendiendo las luces. En verdad, había llegado muy tarde, pues quedaba solo una hora para el cambio de su turno; si no me apuraba, Amanda podría huir de nuestra salida fácilmente. Con rapidez entré al departamento, me di una ducha rápida y arreglé lo imprescindible que debía llevar, por si acaso. Durante el día, amargo para mí, tenía los recuerdos dando vueltas por mi cabeza y un sabor amargo, recorría mi garganta, aquellos recuerdos para nada eran tema superado, pero siempre intentaba sacudirlos de mis pensamientos, era lamentable. Pensar en mi pequeño, en su risa y sus cosas era algo que deseaba erradicar de mi corazón, olvidar con los amigos, olvidar en las salidas, bebiendo las chelas, conociendo a Amanda.

Salí a toda prisa y eché un vistazo a la conserjería, allí estaba hablando con el otro guardia. Yo pasé de largo, no debía dar ningún tipo de señal de que me interesaba para que no tuviera problemas. Subí la pendiente y me detuve en el mismo lugar del día anterior, desde allí podía ver en ambas direcciones, por lo que si ella tomaba otro camino yo lo vería. Los minutos se me hicieron eternos, a cada tanto revisaba mi reloj de muñeca y no quitaba mis ojos de la puerta por la que debía aparecer. Entre mi desesperación saqué un cigarro, pues fumando se me quitaría esa ansiedad, estaba seguro de eso, ya que jamás me habían fallado.
Cuando lo apagaba la vi aparecer por esa puerta y seguir calle arriba. Cuando estuvo cerca, sus ojos se cruzaron con los míos y la vi sonreír, yo le devolví la sonrisa pues el solo verla me causa eso. No sé qué es lo que compartimos, pero sé que cada vez que la miro ocurre lo mismo en mi rostro y es algo que no soy capaz de controlar, ni siquiera sé el momento preciso en que aparece.
Amanda cruzó, mirando primero hacia ambos lados. Ya frente a mí me ofreció una de sus manos, yo la tomé un tanto nervioso.
—Hola —me saludó—, no te vi salir.
—Estabas de espalda a la salida hablando con tu relevo.
—Tampoco escuché la puerta.
—Estaba entreabierta.
—Veo que todo estaba a tu favor para pasar desapercibido.
—El destino está a mi favor esta vez —bromeé—, ¿vamos por un café?
—Bueno.
Comenzamos a caminar tomados de las manos, esto me ponía nervioso tanto por tenerla con este nivel de cercanía como por el hecho de que nos podían ver.
—¿No tendrás problemas con tu novio si nos ven de la mano?
—Te avisaré cuando vea a alguien conocido.
—¿Y conoces a mucha gente por aquí?
—No, la mayoría me conoce, pero yo a ellos no —rio por lo bajo—. Soy muy despistada en la calle. —Apuntó con su mano libre—. ¡Mira, ahí viene la micro!
Me hizo correr a su lado, tirando de mí. Cuando llegamos a la puerta del bus había perdido el aliento y me faltaba el aire. Intenté calmarme, pagué mi pasaje y me senté a su lado, casi en los asientos finales.
—¡Qué cansado quedaste! —rio por lo bajo—. No estás en forma, eso se nota.
—Es que no te dije que soy asmático. —Al confesarle eso, su sonrisa desapareció mirándome preocupada—. Ya no uso el salbutamol porque lo controlé hace mucho, no quería ser dependiente al inhalador.
—Pero fumas como chimenea, deberías cuidarte.
—De algo hay que morirse —dije, jugueteando con su mano.
—Si tú lo dices…
—¿Tienes hermanos?
—No. ¿Y tú?
—Una hermana, que es la mayor, y un hermano que es el del medio.
—O sea que tú eres el conchito.
—Podríamos decir que sí —rio por lo bajo—. Con mi hermano Hugo tengo una excelente relación, somos muy cercanos.
—Excelente, me habría gustado tenerlos —opinó pensativa—. ¿Tus padres viven juntos?
—Sí, aún juntos y felices. Se aman mucho, no sé cómo han podido estar tantos años juntos.
—¿Cuántos?

—Treinta años.
—Si tienes su ejemplo, ¿por qué te empeñas en no sentir?
—Pues… ya te lo dije, perdí a un hijo —suspiró—, pero esa historia la hablaré con algo de alcohol en el cuerpo, no así.
—Entiendo.
—¿Y a dónde vamos?
—Pues… No creo que encontremos una cafetería abierta a esta hora, pero sí conozco un sitio donde hacen unas estupendas hamburguesas y cervezas artesanales.
—Vamos allí, entonces.
—Claro. —Esbozó una sonrisa nerviosa mirándome a los ojos.
—¿Te puedo besar aquí? —pregunté perdiéndome en sus centelleantes pupilas.
—Adelante —dijo, después de mirar en derredor.
Yo me aproximé lentamente hasta hacer el primer contacto con sus labios, envolviéndolos entre los míos, mientras nuestras lenguas se encontraban en una lasciva danza, terminando el contacto en una larga mordida que le di a su labio inferior. Amanda quedó pletórica, estoy seguro de que quería más, vi un intenso deseo reflejado en sus ojos.
—¿Cómo estuvo? —pregunté.
—Bueno.
—¿Mejor que el de ayer?
—Sí, mucho mejor. —Miró por la ventanilla—. Te besaría de nuevo, pero debemos bajarnos ahora.
Entonces me levanté y toqué el timbre, ya en la calle caminamos tomados de las manos. Entre callejones me detenía para apresar sus labios de manera posesiva y lujuriosa, pero estos encuentros me pusieron muy duro. Lo único que deseaba en esos momentos era quitarle la ropa y unir nuestros cuerpos de forma desenfrenada. Mi deseo por ella iba en aumento, eso era indudable.
—Este es el Muelle Barón —me anunció—, te llevaría al otro lado para que tuviéramos un momento de intimidad. Pero, en verdad, tengo hambre.
—Vamos a comer algo —accedí esbozando media sonrisa—. Luego podemos ir a otro lado.
Me condujo a unos locales con mesas al aire libre junto al muelle. Allí pedimos un par de cervezas y unas hamburguesas con queso de cabra y papas fritas.
Subimos unas escaleras con todos los productos entre las manos y nos ubicamos en una mesa de madera, estábamos frente a frente. Yo bebí un poco disfrutando de la vista, el mar se veía con un oleaje suave y la puesta de sol era magnífica e imponente.
—Martin. —Su voz me trajo de vuelta a la realidad, entonces me percaté de que tenía un cigarro entre mis labios. ¿Cuándo lo había encendido? No lo recordaba—. Estás en otro mundo.
—Sí, perdóname —dije bebiendo un poco—, es realmente hermoso este lugar junto al mar.
—Sí —coincidió ella—, y, ¿me hablarás más de ti?
—¿Qué quieres saber?
—La raíz de tu miedo a amar.
Suspiré resignado apagando la colilla y encendiendo otro cigarro. Tomé un sorbo de mi cerveza para darme valor.
—Mi hijo murió de Leucemia a la edad de cinco años —confesé—, luchamos contra su enfermedad durante cuatro años, viví su deterioro progresivo y manteníamos la esperanza de que mejorara y fuera un niño normal que pudiera correr, jugar, vivir sano, pero la única esperanza para ello era un trasplante de médula ósea cuyo donante no llegó a tiempo —Volví a suspirar—.

Dos días después de su muerte nos notificaron que había aparecido un donante, muy tarde para salvarle la vida. —Fumé un poco antes de continuar—. Ahora, que ha pasado el tiempo, puedo hablar de este tema sin llorar, pero antes no podía pronunciar palabras al respecto —suspiré—. Por otro lado, a quién creí amar, fue a Erika…
—La madre de tu hijo…
—Sí —confirmé—, y a ella la perdí semanas después de la muerte de Andrés, nuestro hijo.
—¿Qué le sucedió?
—Se suicidó, ella estaba muy mal. Lloraba todo el tiempo y yo no fui capaz de contenerla, porque también sufría, me dolía mucho la muerte de nuestro hijo y el hecho de cuestionarme que pude hacer algo más por él… La culpa me carcomía —relaté, escuchando un quiebre en mi voz, pero no debía partirme en dos. Así es que bebí un poco y fumé. Necesitaba calmarme antes de seguir—. A Erika la encontré en el baño bañada en sangre y muy pálida, se cortó las venas, ya llevaba cuatro horas muerta cuando llegué a casa.
Amanda me observó atentamente, con un semblante muy serio y entristecido, se veía preocupada y apenada. Aquello me demostraba su valor humano y eso era algo que me atraía mucho.
—Martin, no sé qué decirte —soltó, tomándome de una mano—, siempre he pensado que no existen palabras para consolar a alguien.
La vi levantarse y ubicarse a mi lado, percibí uno de sus brazos en mi espalda y el otro pasó sobre mi hombro acunándome en su pecho. Ella me abrazó, podía sentir su cariño, su preocupación y una rica energía que logró calmar todas mis angustias.
—Cuenta conmigo siempre —me susurró al oído—, podemos hablar cada vez de que lo necesites. Siempre estaré para ti.
—Gracias —dije oliendo su perfume y sin tener la más mínima intención de terminar ese abrazo —, eres muy tierna.
Ella se inclinó un poco hacia atrás acariciándome una mejilla con su pulgar. Esa cercanía me hechizó y no pude evitar reclamar sus labios con locura, ella se entregó a mi pasión y mientras nuestros labios acariciaban los del otro con desesperación, mis manos se metieron bajo su polera tocando su tersa, suave y tibia piel hasta alcanzar uno de sus senos, este contacto la hizo soltar un gemido que fue ahogado por mi boca. Mientras, mi otra mano alcanzaba una de ella y la guiaba hasta el lugar en que se encontraba mi duro pene, al sentir su mano acariciándolo sobre mi pantalón me llené de un fuego que debía apagar pronto, de lo contrario la desnudaría ahí mismo.
—Quiero follarte —le susurré entre besos—, quiero follarte duro.
—Y yo quiero que lo hagas —repuso, vi en sus ojos el brillo del deseo y me hundí en su cuello dándole unas acaloradas caricias que la hicieron gemir de excitación—. Pero no podemos seguir en este lugar haciendo esto.
—No estamos haciendo nada malo.
—Si llega gente…
—No creo, ya está oscuro.
—Sí, eres mi diablo tentador.
Dejó que le acariciara el cuello un poco más, mientras su mano tomaba la iniciativa metiéndose bajo mi pantalón, alcanzando así mi miembro y frotándolo con decisión. Eso me hizo soltar un gemido y quedar paralizado por unos segundos, segundos que aprovechó para besarme sin que yo pudiera responderle.
—Hay algo que he querido hacer hace tiempo.
—¿Qué? —musité, viendo cómo se levantaba colocándose a horcajadas y reclamando mis labios, enloquecida.

El tenerla sobre mí de este modo me hizo desearla aún más. Sólo quería follarla salvajemente, todo en ella me descontrolaba y esa osadía me puso aún más duro. En ese instante escuchamos unos pasos ascender por la escalera, por lo que ella saltó a su asiento tan rápido que no supe con precisión cómo lo hizo. Yo me acomodé en el mío. Al observarla, me percaté de que sus mejillas estaban enrojecidas y que intentaba recuperar el aliento.
—Debes comer algo —me dijo apuntando al plato—, esas papas ya deben estar frías.
—Y a ti solo te queda la mitad de la cerveza.
—Te dije que tenía hambre.
—Se nota —acepté, intentando comer unas papas—, ¿algo más que quieras saber de mí?
—Pues, ¿has tenido más novias o parejas?
—Sí, aparte de Erika estuve con tres más y después de ella solo amigas con ventaja, a excepción de Lorena que fue una relación de un año y medio.
—¿Por qué terminaron?
—Por una loca que se obsesionó conmigo e inventó unas historias que terminaron por separarnos.
—¿Cómo se llamaba esa loca?
—Adriana, pero estuve con ella sólo una vez, después de dos años de que Erika se fue. Y siempre se mantuvo tras de mí, me decía que estaba enamorada.
—¿Engañaste a Lorena con Adriana?
—No, estuve con ella una noche un año antes de conocer a Lorena. Después no repetí. Pero Adriana se obsesionó y cuando supo que tenía una relación estable, trazó un plan que terminó por separarnos.
—¿Qué hizo?
—Le envió a Lorena pantallazos antiguos de nuestras conversaciones. Para mi desgracia, había eliminado toda la evidencia a mi favor, ya que aparte la había bloqueado —suspiré—. Ella usó Photoshop para cambiar las fechas en esos pantallazos y añadir otras cosas también. —Negué con la cabeza—. Yo no pude hacer nada, Lorena no creyó en mi palabra y todo terminó. Desde entonces no he querido formalizar ninguna relación.
—Me imagino que esas conversaciones se parecían mucho a las que tienes conmigo.
—No, contigo soy más explícito.
—¿Cómo así?
—Digo cosas sexuales muy directas, algo que no había hecho antes.
—¿Por qué?
—No lo sé —contesté pensando en una mejor respuesta—, es que tú eres distinta y me descontrolas mucho más.
—¿Por qué? ¿Qué es lo que te descontrola de mí?
—Tu forma de ser, tu mirada y tu cara de niña buena.
—¿Entonces quieres pervertir a la de carita de niña buena?
—No, no es así —reí por lo bajo—, es solo que me atraes porque detrás de una santa debe existir una mujer muy lujuriosa, más aún, sabiendo que escribes novelas eróticas. Debes ser una fiera en la cama.
—Claro —rio por lo bajo—, creo que ya es momento de partir. Mañana tú trabajas temprano.
—Vamos —acepté levantándome y ofreciéndole mi mano que tomó con gusto—, supongo que me darás tu número.
—Mmmm…
—Ese «mmmm...» no suena bien. —Le miré a los ojos esbozando un puchero—. Creo ser

merecedor de ese honor.
—Está bien. —Accedió sacando su móvil—. Dame el tuyo para agregarte a WhatsApp.

Capítulo 11

Me pierdo en tus besos

◆◆◆

Amanda

Sus besos son muy apasionantes, no puedo decir posesivos, pero sí dominantes, ya que buscan a toda costa tener el control y en su desesperación me muerde sin razón. Pasamos una tarde espectacular y muy ardiente, quedé con las ganas de galoparlo cual potra salvaje. Lo positivo es que hoy nos veremos después del trabajo, dijo que me esperaría para acompañarme a tomar el bus. En ese «paseo» aprovecharé para besarlo porque quiero más, mucho más de él.
¡Debo sacar lo que siento ahora!
Prendí mi portátil y me dejé guiar por las emociones y sentimientos que me azoraban sin piedad:

(XXIII) He sucumbido ante tus encantos
«¡Oh, embaucador, hoy e sucumbido ante tu pasión!
Me has hecho refugiarme en tus besos
a pesar de luchar contra este deseo
y no me arrepiento.

Todo mi cuerpo está ardiendo
y en tus brazos me estremezco.
Jamás imaginé que disfrutaría tanto este momento.
Ansiaba probar el sabor de tus besos…»

(XXIV) Recuerdo del primer encuentro
«Hoy me he sumergido entre tus besos,
probando tu apasionante desenfreno
y a cada instante entre recuerdos me pierdo,
pensando en ti y en nuestro ardiente encuentro…»

Después de escribir esos poemas, los transcribí en papel con la clara intención de regalárselos, por eso me atrasé y tuve que salir rápidamente de casa, ya que estaba con la hora justa para llegar al trabajo. Aunque, en realidad, lo que más ansiaba era verle y estar con él. Las horas pasaron lentas, en cuanto lo vi entrar me levanté de mi asiento.
—Hola —me saludó—, ¿cómo estás?
—Bien, ¿y tú?
—Un poco cansado.
—¿Me esperarás a la salida?
—Claro —aseguró dedicándome media sonrisa—, me doy una ducha y salgo. Te esperaré en el mismo lugar de ayer.

—Tengo algo para ti. —Le mostré los papeles doblados en mi mano empuñada, él metió la mano y me los arrebató sutilmente.
—Nos vemos luego.
Caminó en dirección a su edificio, pero volteó antes de entrar dedicándome una pícara mirada que me sacó una sonrisa tonta. Él siguió observándome mientras caminaba a paso lento, en la puerta se detuvo, sonrió amplio e ingresó pegándome una última mirada traviesa.
Una hora después, vi salir a Martin de su edificio, pero justo en ese momento ingresó mi relevo, por lo que mi atención se fijó en el recién llegado y comencé a darle las novedades.
—Hola —saludó Martin, presionando el botón que abría la reja.
—Hola —lo saludamos al unísono, yo desvié la mirada prestando atención a otro lugar para evitar sonreír.
Al cabo de cinco minutos me encontré con él en el lugar pactado, allí nos tomamos de las manos como dos adolescentes mientras nos mirábamos a los ojos y sonreíamos. Él dio el primer paso restregando sus labios sobre los míos; cuando tomé partido en este contacto, devoró mi boca con su pasión abismal que le era propia, y me asió de la cintura pegándome a su torso mientras sus manos comenzaban una rápida incursión a mis nalgas.
—Tranquilo, galán. —Lo paré—. Aquí no, nos pueden ver.
—Creo que ya nos ha visto mucha gente como para preocuparse.
—Pero ese tipo de agarrones en público no son apropiados.
—Ayer no decías lo mismo —me recordó en un susurro cautivador.
—Estábamos solos, no había nadie a nuestro alrededor.
—Sí, tienes razón —suspiró acariciándome el mentón con su índice derecho—, lo siento.
—Yo también te deseo —le susurré cerca de sus labios—, pero no podemos desnudarnos aquí.
—Lo sé —rugió despacio devorando mis labios por unos segundos—, te tengo una propuesta para resolver aquello.
—Te escucho —dije alejándome de él y comenzando a caminar con su mano entrelazada con la mía—, supongo que es una de tus típicas propuestas indecorosas.
—¿Por qué todo lo que quiero proponerte debe ser indecoroso?
—Porque así comenzaste tu cacería sobre mí y no creo que eso cambie todavía.
—¿Cacería? —repitió a modo de pregunta—. ¿Todavía? Primero, el que quiera conocerte no es indicio de que te esté cazando como un animal. Y, segundo, yo pienso estar mucho tiempo a tu lado, aparte de follarte quiero ser tu amigo y conocerte más porque considero que eres una mujer muy interesante. Esto ya te lo había dicho.
—Pues ante mis ojos siempre serás como un lobo feroz que solo quiere comer mi carne —bromeé, pero en el fondo lo sentía muy real—. El día en que acceda a tus peticiones indecorosas me abandonarás.
—¿Por qué piensas eso?
—Porque ustedes son así, les gusta jugar con las mujeres y cuando se sacian, las abandonan.
—¡Eh! —exclamó, cerrándome el paso—. No sé de dónde sacaste eso, pero yo no soy así, Amanda. —Me tomó el mentón con el índice y pulgar de su mano libre—. Yo no quiero hacerte daño, siempre me han importado tus sentimientos.
—Pues con tu discurso de «no debes sentir ni enamorarte de mí», me dejaste claro que lo que menos te importa son mis sentimientos porque es difícil controlarlos…
—¿Qué estás sintiendo?
—¿En serio quieres saber?
—Sí.

—Pues, no es lo que pueda sentir, pero me da miedo hacerlo porque si lo dejo salir, sé que voy a sufrir —suspiré quitándolo del camino y obligándolo a seguirme—. Dejaste tu regla muy clara y la debo acatar.
—No te enojes por esto —me dijo, y aprovechando que habíamos llegado a la calle principal, hice parar mi bus—, pero Amanda…
Le di un beso rápido y fugaz sobre los labios y subí, no quería seguir hablando del tema; lo mejor era ignorar lo que sea que se estaba despertando en mi interior si quería salir intacta de esta seudo relación sin sentimientos.
En casa me dediqué a compartir una buena merienda con mi madre y jugar un rato con mi felina preferida, quien ya estaba sintiendo mi ausencia y pedía a maullidos atención. Durante la noche me cuestioné la posibilidad de definir lo que sentía, eso me condujo a recordar nuestros últimos encuentros apasionados, quedando totalmente húmeda y extasiada. Las ganas de aliviarme pronto me llevaron a prender el portátil y comenzar a escribir:

(XXV) Cada nuevo encuentro
«Al término de cada nuevo encuentro,
quedo en un profundo embeleso
y solo quiero volver a probar tus besos…»

Justo cuando terminaba de escribir ese poema, un mensaje de WhatsApp apareció en la esquina inferior de mi pantalla: era de Martin, sonreí con mi corazón acelerado a mil. Al revisar me percaté de que tenía muchos mensajes no leídos.
Martin:
¿Por qué te fuiste así?
Debiste quedarte para que conversáramos.
Amanda.
Hola.
Péscame…

Amanda:
Hola, no fue intencional el no contestarte.
Lo que pasó fue que no vi tus mensajes hasta ahora
porque entre compartir con mi madre, jugar con
mi gata y escribir, el tiempo se me pasó.

Martin:
No me gustó que te fueras así.

Amanda:
Es que venía mi bus.

Martin:
Podías esperar otro.

Amanda:
No pasan muy seguidos así que debía aprovechar.

Martin:
Mmmm…

Amanda:
Mmmm…

Martin:
Mañana te espero a la misma hora

y en el mismo lugar, ¿bueno?

Amanda:
Acepto tu propuesta.
¿Leíste mis escritos?

Martin:
Sí, me gustaron mucho. Se nota lo
caliente que estás por mí.

Amanda:
¡Qué modesto!

Martin:
Ahora sé que si di la talla con mis
besos estas últimas veces.
Estás deseosa de probar otra cosa.

Amanda:
No puedo negarlo, quiero que me folles duro.
Deseo sentir tu miembro dentro de ti y probar
todo lo que me has prometido.

Martin:
Me pones duro con tus palabras.

Amanda:
Me encanta leer eso.

Martin:
A mí no tanto porque tendré que aliviarme yo solo.

Amanda:
Es una lástima para ti.

Martin:
Dime, bebé, ¿estás húmeda?

Amanda:
Por ti siempre.

Martin:
Me gustaría verte desnuda, ¿podríamos hacer
una video llamada para vernos de esa manera?

Amanda:
No puedo hacer eso ahora.

Martin:
Bueno, bebé.

Capítulo 12

El bosque es nuestro testigo

◆◆◆

Martin

Después de la conversación de anoche que terminó en un «visto» por su parte, quedé con ganas de más. Deseo todo de ella y a la vez mucho más, no sé cómo explicarlo. Hoy no he tenido tiempo de escribirle porque mi trabajo ha estado muy demandante, entre salidas a terreno y reuniones que han terminado por freír las pocas neuronas que me quedaban vivas. Solo espero que se termine este día laboral para ir a casa y verla, quiero pasar esta tarde con ella, aunque sea solo un instante.

Las horas han pasado lento a pesar de todo el trabajo que hay, pero al fin voy en camino. Solo espero llegar antes de que sea su cambio de turno. Al entrar al condominio no la vi por ningún lado, pero al ver las luces encenderse asumí que en eso andaba. Me apresuré al departamento, me di una ducha rápida y salí con la hora justa para esperarla en la esquina o eso pensé, porque al pasar por la conserjería su relevo estaba en el puesto. Justo en ese instante, la puerta trasera se abrió y la vi aparecer con su ropa de calle. Saludé y salí rápidamente. Ella apareció dos minutos después, sonriendo nerviosa.

—Hola —me dijo ofreciéndome una mano—, hoy no me escribiste y tampoco contestaste mis mensajes.

—Tuve un día agotador —respondí—, pensé que no alcanzaría a llegar hoy.

—¿Querías verme?

—Siempre.

—Desnuda, supongo —bromeó, yo sonreí.

—También, no te lo negaré.

—Vamos…

—Espera.

La detuve tomando su barbilla con mi índice y pulgar derechos, mientras acercaba mi rostro al de ella, logrando alcanzar sus labios y devorarlos como me gustaba. Sus besos eran exquisitos, era una lástima desperdiciar cada erección que ellos me provocaban. Mi miembro despertaba con sus besos y eso era algo muy evidente para mí.

—Tus besos me ponen duro —le susurré entre sus labios.

—Me gusta escuchar eso.

—Eres mala.

—Soy una escritora perversa, pero eso ya lo sabes.

—Sí —gruñí jugueteando con sus labios—. Hoy quiero llevarte a otro lado antes de que te vayas a tu casa.

—¿Sí? —dijo entusiasmada—. ¿A dónde?

—Iremos a aprovechar la naturaleza —le dije conduciéndola a la entrada al bosque más cercano.

—Mmmm…

—¿No confías en mí?
—En tus perversas intenciones no.
—¿Quién crees que soy?
—Un lobo feroz que me quiere devorar.
—¿Entonces tú eres mi caperucita?
Ella me miró risueña soltando mi mano y retrocediendo sin detener el contacto visual, luego volteó y echó a correr. Yo negué con la cabeza riendo y la perseguí, capturándola entre unos árboles. La elevé de la cintura a mi torso y la hice voltear pegándole la espalda a un tronco. Recorrí su mejilla izquierda con la yema de mis dedos hasta tocar la comisura de sus labios, percibí cómo su respiración se agitaba y sus pupilas se dilataban; pero antes de que pudiera hacer algo más, sus labios reclamaron los míos con locura iniciando una danza lujuriosa entre nuestras lenguas.
Mis manos se deslizaron por su cintura metiéndose bajo su ropa, ascendí por su vientre hasta alcanzar sus senos y aprisionándolos entre mis palmas. No pude soportarlo más y le levanté la polera, liberando un seno que me llevé a los labios. Su pezón se endureció al primer contacto de mi lengua. Amanda se veía sobreexcitada, jadeaba y estaba completamente entregada al momento.
—Alguien viene —musitó quitándome del lugar en que me encontraba y cubriéndose.
Sus mejillas estaban sonrosadas y podía percibir su intenso calor corporal. En ese momento vi aparecer a unos hombres montando a caballo que pasaban por la senda definida de junto. Nos miraron por unos segundos, sin detenerse y siguieron su camino. No entendía cómo no los escuché, seguro fue por la excitación del momento.
—Busquemos un lugar más privado —propuse tomando su mano y conduciéndola entre la espesa vegetación.
—No nos adentremos tanto, que ya está oscuro y nos perderemos. Además, tú no conoces el lugar.
—Pero tú sí.
—¿Crees que desde siempre he vivido en Placilla?
—Sí.
—Pues no —negó—, hace seis meses nos vinimos a vivir aquí. Además, este es el bosque de Curauma y no soy muy asidua al lugar.
—¿Dónde vivían antes?
—Cerro Monjas.
—Ven —dije, conduciéndola entre unas matas hasta llegar a un espacio en que había cemento.
En lo que parecía ser el techo de una edificación abandonada. Me senté y la coloqué a horcajadas sobre mí, y ella entrelazó sus brazos tras mi cuello sonriéndome. No pude resistir más a su mirada y la besé, sin que lo previera comenzó a menearse rozando magistralmente mi miembro. Me gustaba, pero me molestaba a la vez. La hice rodar quedando sobre ella y pasé una de mis manos por sobre la ropa en que debía estar su sexo, mis dedos buscaron la forma de meterse entre su pantalón alcanzando su braga que estaba muy húmeda; aquello me excitó más de lo que podía soportar e introduje mis dedos en su húmedo centro provocando que detuviera el beso e inclinara su cabeza hacia atrás como acto reflejo, momento que aproveché para acariciar su cuello percibiendo su agitación generalizada.
—Te deseo —le susurré—, quiero follarte.
—También te deseo —respondió moviendo su cintura al son de mis juguetones dedos que entraban y salían de su húmedo centro—, también quiero que me folles, pero no aquí.

—¿Quieres que te folle, bebé?
—Sí —respondió agitada reteniendo mis labios en un corto beso.
—Bebé —musité descendiendo mis labios por su cuello hasta alcanzar su oído—, ayer, antes que te fueras pensaba hacerte una propuesta.
—¿Cuál sería? —preguntó, sin dejar de sobajarse con mi mano.
—Este sábado podríamos salir juntos, ¿te parece?
—Sí —exclamó sobrexcitada, entonces pude sentir su orgasmo entre mis dedos.
—Te fuiste, bebé —repuse sonriendo satisfecho—, esto me pone aún más cachondo. —Saqué mi mano de su centro viendo lo mojada que estaba—. Eso fue un aguacero.
—Un río que se desbordó —corrigió sonrosada y mirándome relajada—. La respuesta a tu pregunta es sí, acepto salir contigo este sábado.

Capítulo 13

Camila

◆◆◆

Amanda

Después de ese fogoso encuentro que tuvimos en el bosque, el cual me dio la liberación que necesitaba, decidimos regresar y ante la oscuridad reinante, él decidió acompañarme a casa. No le iba a negar aquello, ya que lo que más deseaba era pasar tiempo a su lado y el viaje en el bus, aunque corto, me permitió seguir disfrutando de sus apasionados besos. Debo reconocer que este hombre me calienta más de lo que puedo soportar y entre mis piernas, cayó un río desbordado, aún estaba completamente húmeda y con unas inmensas ganas de montarme sobre su miembro, mientras lo cabalgo bien rico. ¡Uf! Sale vapor por cada poro de mi cuerpo, estoy a 100°C. Necesito apagar esta hoguera que me quema por dentro, debo escribir para apaciguar este fuego.

(XVI) Fuego eterno
«Te siento en mí
como la brisa en verano,
cómo los pájaros volando,
porque eres un amante apasionado…

Eres mi fuego eterno
que me quema por dentro…»

(XVII) Quiero
«Tú me calientas y no puedo seguir aguantando,
solo deseo estar entre tus brazos.
Quiero sentir el calor de tu piel sobre la mía.
Quiero que tus labios recorran cada parte de mi cuerpo.
Quiero saborear tu miembro,
y deleitarme con el gusto de tus besos…»

Justo cuando terminaba de escribir el poema, me entró una llamada al móvil, por lo que dejé el ordenador para concentrarme en la conversación.
—Hola, Camila, ¿cómo estás?
—Hola, bien —suspiró del otro lado—, me gustaría verte. ¿Crees que mañana tienes un tiempo para mí?
—No suenas bien, ¿qué te sucedió?
—Necesito hablar contigo, me han pasado muchas cosas.
—Si quieres podríamos hacer videollamada ahora.
—Prefiero hablarlo en persona.

—Claro, mañana podrías venir a mi casa —accedí—, yo salgo del trabajo a las ocho de la noche. Puedes llegar un poco antes y mi madre te recibirá. Si quieres te puedes quedar, a menos que tengas que trabajar al otro día.
—Pues sí, tengo que trabajar, pero iré preparada para irme directo de tu casa.
—Genial, nos vemos mañana.
—Gracias, amiga. Nos vemos.
—Nos vemos y tranquila, sea lo que sea se solucionará —aseguré—, e insisto, si quieres desahogarte ahora podemos vernos por la pantalla.
—Prefiero esperar, no te preocupes.
Al terminar la llamada, vi aparecer notificaciones del chat que tenía con Martin y sonreí.
Martin:
¿Cómo estás bebé?

Amanda:
Todo bien por acá.
¿Y tú? ¿Ya llegaste a tu depa?

Martin:
Anduve algo perdido, pero ya lo logré jejeje
Dime, bebé, ¿sigues húmeda?

Amanda:
Sigo tan húmeda como me sentiste en el bosque.

Martin:
¿Por mí?

Amanda:
Sí, esta humedad la causaste tú.

Martin:
Me dejas loco.
Me pone duro saber eso.

Amanda:
Me calienta leer eso.

Justo cuando me mordía mi labio inferior y sentía correr un líquido empapando mi braga, una foto del miembro erecto de mi interlocutor apareció en la pantalla excitándome más, por lo que gemí.
Martin:
Así me tienes, bebé.
Duro como una roca.
Quiero follarte y que al
otro día no puedas pararte.

Amanda:
Y yo quiero probar tu pasión.
Quiero probar todo lo que has prometido.

Martin:
Quiero que me mires a los ojos
cuando me hagas sexo oral.
Esa mirada tuya es cautivadora
y excitante. Quiero que te atragantes
con mi pene en tu boca.

Amanda:
Sé que te gusta mi mirada y si te hago una felación te miraré tan sensualmente que te derretirás, pero no me atragantaré con tu pene, eso ya lo habíamos hablado.

Martin:
Lo sé, bebé. Lo siento.

Amanda:
Además, no estoy segura de ir tan rápido. Es que quiero probar tu pasión, pero no sé si tendremos sexo al tiro. Preferiría ir paso a paso. ¿Me entiendes?

Martin:
Sí, como quieras, bebé.
Es solo que estoy ansioso porque sea sábado para que estemos juntos y pueda tenerte solo para mí.

Amanda:
También yo y estoy segura de que la pasaremos muy bien juntos.

Martin:
Mañana te espero a la misma hora y en el mismo lugar para que vayamos un rato al bosque, ¿te parece?

Amanda:
Me encantaría, pero quedé con una amiga así que solo puedo ofrecerte un paseo hasta el paradero.

Martin:
Mmmm, bueno.

Amada:
Pero no te pongas así.
No te enojes.

Martin:
No, no me enojo contigo, jamás podría.
Nos vemos mañana, cariño.
Quiero descansar ahora.

Amanda:
Hasta mañana, ten una buena noche.

Después de este abrupto corte en nuestra conversación, sentí una tremenda desazón porque algo en mí no quería perderle y el sentirlo lejano me azoraba. Esperaba que todo se arreglara pronto y que nos juntáramos el sábado, porque yo también lo deseaba más de lo que le expresaba, pero tampoco podía ser tan evidente, aunque tenía el resquemor de serlo a pesar de mis esfuerzos por

ocultarlo. En esas cavilaciones me quedé dormida.
Al día siguiente, todo marchó tranquilo en el trabajo y en cuanto lo vi aparecer mi corazón se aceleró, no podía más con esta macabra atracción que me mantenía húmeda todo el día.
—Hola —me saludó—, ¿cómo estás?
—Todo bien —musité—, hoy no me escribiste.
—Es que estuve muy ocupado, mi trabajo es absorbente y debo dar el 1000% siempre.
—Me alegra que te guste lo que haces, no todos pueden sentirse así de bien en sus trabajos.
—Así es. —Esbozó media sonrisa coqueta—. Ten un buen término de turno, nos vemos al rato.
—¿Me acompañarás al paradero?
—Sí. —Me recorrió con la mirada—. Nos vemos donde siempre.
Lo vi caminar lento hacia su edificio y voltear un par de veces para observarme con su semblante lujurioso, definitivamente me desnudaba con la mirada y yo quería que lo hiciera. Quería sentir sus labios sobre mi piel y degustar su miembro, quería explotar de placer y experimentar todo lo que me había prometido, aunque temía que solo fueran fanfarronerías muy alejadas de la realidad.
Al término de mi turno lo encontré parado en el lugar pactado, aunque no lo vi salir, y hasta ese momento pensé que no lo vería. Crucé la calle y tomé las manos que me ofrecía, pero con un rápido movimiento me asió de la cintura reclamando mis labios como suyos con esa pasión asfixiante y embriagante que tanto me gustaba. No había nada a nuestro alrededor, estábamos solos y sumergidos en esta espiral fogosa, pues mi mente se perdía entre su pasión y no era capaz de recuperar mi conciencia si lo tenía tan pegado a mi cuerpo y a mis labios.
—Eres mi diosa —susurró entre mis labios—, mi perra sucia.
—No me gusta ese término —contesté irguiendo mi cabeza hacia atrás—, pero diosa me encanta.
—¿A qué hora llegará tu amiga?
—Déjame revisar el móvil para saberlo.
—No has hablado con ella —dijo liberándome—, ¿el turno estuvo muy trabajoso?
—Algo así —suspiré revisando los mensajes no leídos que ella me había enviado—, dice que llega en treinta minutos a mi casa.
—Aún tenemos algo de tiempo —me susurró al oído—, ¿vamos?
—Claro —accedí, comenzando a caminar con él abrazándome por detrás mientras le escribía a mi amiga, por lo que no miraba el camino y me dejaba guiar por mi acompañante. Cuando volví la vista al frente estábamos en el linde del bosque—. ¡Pero Martin!
—Cariño —dijo poniéndose frente a mí—, si no miras el camino yo puedo llevarte a donde quiera y, precisamente, hoy quería un tiempo para los dos.
—Pero…
—Solo quince minutos, no te pido más —pidió juntando sus manos a modo de súplica—, ¿sí?
—Bien —accedí resignada—, sabes que no me puedo resistir a tus peticiones.
—Pero sí a atragantarte con mi pene.
—¡Idiota! —reí pegándole un manotazo en su hombro derecho—. Eso es distinto.
—Ven acá…
Me retuvo entre sus brazos comenzando una danza hipnótica entre nuestros labios, que me dejó completamente húmeda y entregada al momento. Sentí sus manos incursionando bajo mi polera hasta alcanzar mis senos por debajo de mi sujetador y los amasaba afanado, pero de forma delicada mientras su respiración se agitaba. De pronto caímos al suelo quedando él sobre mí, luego de hacerme rodar sin apartar sus labios devoraron los míos como si su vida dependiera de ello. Se acomodó entre mis piernas y sus manos levantaron mi cadera, pudiendo sentir su dureza.

Eso me hizo soltar un gemido plagado de deseo, pero antes de poder moverme, sus labios descendieron hasta mi cuello acariciándolo como solo él sabía para encenderme más. Sus movimientos eran precisos y me hacían mojarme más y desear tenerlo dentro de mí, pero mi móvil comenzó a vibrar enloquecido y eso nos hizo separarnos, jadeando.
—Amiga —dije suspirando—, ¿dónde estás?
—En el paradero pactado para nuestro encuentro, ¿aún no sales del trabajo?
—Voy en camino al paradero, es que me atrasé un poco.
—Ya, te espero. Recuerda que vengo en mi auto y no puedo pasar mucho tiempo aquí.
—Sí, voy corriendo. —Colgué, levantándome—. Debo irme porque mi amiga me espera en el paradero.
—Creí que llegaría directo a tu casa.
—Pues es que olvidó mencionarme que vendría en su auto y ya me espera.
—¿Voy a dejarte o prefieres ir sola?
—Si quieres me acompañas.
—¿Pero no tendrás problemas con tu pareja si tu amiga le cuenta que te vio conmigo?
—Ella no dirá nada.
Martin tomó de mi mano y caminamos a paso rápido hasta llegar a la calle, seguimos del cruce al paradero en que el carro azul de mi amiga se mantenía con las luces intermitentes encendidas.
—Hasta mañana —le susurré soltándole la mano.
—Nos vemos, bebé.
Crucé y me subí de copiloto ante la mirada atónita de Camila.
—¡Estás saliendo con ese chico! —gritó emocionada—. ¡No puedo creer que no me lo hayas contado! —Se cubrió la boca con las manos—. ¿Desde cuándo? ¿Cuál es su nombre?
—No estoy saliendo con él.
—Las hojas en tu cabello dicen lo contrario —dijo sacándome unas cuantas—, tuvieron un buen revolcón en el bosque y no puedes negarlo ante esta gran evidencia.
—Bueno —suspiré mordiéndome el labio inferior—, lo que tengo con él es complicado.
—Pues te escucho —dijo poniendo en marcha el carro—, soy toda oídos.
—Su nombre es Martin y vive donde yo trabajo —confesé—, pero lo que estamos teniendo no es una relación ni nada. Es algo complicado…
—Se están conociendo.
—También.
—Mmmm… —exclamó mirándome de soslayo—, no me suena bien.
—Él no quiere ponerle un nombre, es más como un juego de seducción de su parte hacia mí que ha dado sus frutos.
—¿Ya se han acostado?
—No, aun no.
—Pero piensas en esa posibilidad.
—Le tengo muchas ganas, no puedo negarlo y lo deseo.
—Es un tipo que solo te quiere para sexo, una vez que le des lo que quiere pueden pasar dos cosas y sabes perfectamente cuáles son.
—Dice que quiere seguir conociéndome y permanecer a mi lado por mucho tiempo más —dije sin mucha convicción, escuchando la feroz carcajada de Camila—. ¿De qué te ríes?
—De que te creas ese cuento —dijo secándose las lágrimas de risa—, lo más obvio es que tras el primer encuentro se olvidará de ti y te abandonará, al igual que lo hizo ya sabes quién. Tipos como esos, que no quieren nada serio, solo buscan su placer y no les importan nuestros

sentimientos. Solo quieren jugar y pasar un buen rato gratis. No me extrañaría que te saliera con que no tiene plata y te haga pagar todo a ti.
—No creo que haga eso…
—No lo idealices —repuso tajante—, eso hiciste con el innombrable y después terminaste hecha pebre. Lo que hará este tipo es utilizarte, puede que se quede un tiempo más solo para divertirse con tu cuerpo, pero su interés irá disminuyendo hasta desaparecer. Buscará cualquier excusa para dejarte en segundo, tercer o último plano porque no encajarás en su lista de prioridades, serás su juguete. En conclusión, no te conviene y lo mejor que puedes hacer es terminar esto ahora.
—Nos juntaremos el sábado —solté—, ya quedamos en pasar ese día juntos.
—Veo que ya estás perdida en sus fauces —negó con la cabeza—, él será tu nueva perdición, Amanda. Y tendremos que recoger los trozos que él dejará esparcidos de ti, pero no importa, eres masoquista y te gusta sufrir. —En ese instante se estacionaba fuera de la casa—. ¿La tía sabe?
—Sí y opina lo mismo que tú.
—Eres terca y con eso no se puede. —Esbozó media sonrisa saliendo del carro—. ¿Cómo va la escritura?
—Bien, ahora estoy escribiendo un nuevo poemario, es de tinte erótico —le respondí mientras encajaba la llave en la cerradura de la reja—, se llama *«Poemario de un corazón lujurioso»*.
—Dedicado a este espécimen, supongo —refunfuñó—, y luego harás la segunda parte de Poemario de un corazón destrozado.
—Jajaja —reí de mala gana—, qué sarcástica estás hoy.
—Solo digo lo que pasará porque ese gañán te hará sufrir, eso te lo aseguro.
Al entrar en casa la conversación terminó, ya que mi madre nos recibió y compartimos la merienda con ella. Durante la noche, refugiadas en mi habitación, me contó sus problemas actuales, aquellos que la tenían sumida en la desesperación mientras bebíamos unas cervezas. Y a medianoche, se mostró interesada en leer el poemario dedicado a Martin.
—Pero sí que lo has representado muy bien —enfatizó, riendo por lo bajo—, un lobo feroz que quiere comer tu carne y que te eliminará de su ecuación en cuanto obtenga lo que quiere, todos estos poemas muestran su verdadero rostro y sus perversas intenciones. —Me miró a los ojos—. Tú sabes muy bien lo que él pretende contigo y lo has escrito, así que tan ciega no estás.
—Él dice que lo dejo como un monstruo y que no es así.
—Pues, aunque lo niegue, lo es —aseguró levantándose indignada—, ¿cuándo se ha visto que un hombre te pida ser su amiga con ventaja obligándote a no sentir? Eso es un claro ejemplo de su falta de hombría y empatía, no me extrañaría que fuera un narcisista.
—Es que no quiere que sufra.
—¡Qué no sufras! —tiró un resoplido, molesta—. El hecho de decirte «te quiero como amiga, pero tengamos sexo» es despreciable. ¿Por qué mejor no le paga a una prostituta y te deja en paz?
—Fíjate que lo he pensado.
—Es que es muy cara de raja y dice que su representación en este poemario está mal —negó con la cabeza—, es que es tremendo idiota. —No pude evitar reír—. Y tú más por caer en su red de mentiras y pensar en la posibilidad de darle lo que quiere, así que no te rías.

Capítulo 14

La salida

◆◆◆

Al día, siguiente Camila se fue temprano al trabajo mientras Amanda se disponía a comenzar un nuevo día en que transcribiría en el ordenador aquellos poemas que tenía en papel. No todos se los había obsequiado a Martin y esos eran los que pasaría en limpio, tal vez le cambiaría algunas palabras o frases durante la etapa de corrección, ya que eran solo borradores. Estuvo en eso hasta que fue la hora de almorzar e irse al trabajo.
El turno pasó de forma lenta y aburrida, esperaba ver a Martin, pero no fue así; y en cuanto le entregó su lugar a su relevo, salió de allí con la esperanza de verlo en el camino, pero no lo encontró en el lugar de siempre. Suspiró cabizbaja y continuó hasta el paradero. Allí no tardó en pasar su transporte y en poco tiempo, ya estaba en casa duchándose. Al salir de allí se colocó un pijama y mientras secaba su cabello, su móvil vibró.

Martin:
Hola, bebé. Disculpa por no
llegar a tiempo hoy.

Amanda:
Hola, no tuve noticias
tuyas durante todo el día.
¿Qué te sucedió?

Martin:
Mucho trabajo, pero es lo normal.
Y luego fui con los cabros a tomar unas chelas.

Amanda:
Entiendo.
¿Va lo de mañana?

Martin:
¡Por supuesto!
Lo que más deseo es pasar tiempo contigo.

Amanda:
¿Dónde y a qué hora?

Martin:
Podríamos irnos juntos en el bus.
Sí, me parece que a las diez de la mañana
es buena hora, ¿te parece?

Amanda:
Sí, te envío mi ubicación en
cuanto salga de casa.

Martin:

Buena idea.
Pero no salgas hasta que te lo indique,
porque puede que me atrase.

Amanda:
Entendido.
¿Y cómo va el vacilón?

Martin:
Ya estamos en el depa.
Ya cacho que me voy a dormir para poder
despertarme a buena hora mañana.

Amanda:
Bueno, nos vemos mañana.
Descansa.

Martin:
Bueno. Tú igual, nos vemos.

Amanda decidió acostarse después de compartir una merienda con su madre, pero esa vez encendió el televisor e inició una búsqueda interminable hasta que dio con una película que atrajo su atención, aunque en mitad de la trama se quedó dormida. Despertó al día siguiente gracias a que su felina les pedía a maullidos salir del cuarto, se levantó a duras penas y le abrió; al regresar le echó una mirada a su móvil, percatándose de que faltaba una hora para su encuentro.
Aquello le hizo saltar de la cama como una bala hurgando en su ropa hasta encontrar el atuendo ideal, pero antes de vestirse recordó que la noche anterior no se había depilado y, por prevención, lo mejor fue hacerlo en ese momento. Decidió ducharse para hacerlo.
Mientras tanto, Martin acababa de abrir sus ojos debido a que algunos rayos de sol se colaban a través de las cortinas pegándole de lleno en el rostro, iba a voltear para seguir durmiendo cuando un shock de adrenalina le recorrió el cuerpo al recordar el encuentro que tendría con Amanda. Rápidamente salió de la cama y se preparó algo para desayunar, estaba comiendo cuando recibió un mensaje de la chica.

Amanda:
Buenos día, estoy nerviosa.
¿Y tú?

Martin:
Hola, igual estoy un poco nervioso,
eso no puedo negarlo.

Amanda:
¿Ya estás listo para salir?

Martin:
No, aun no. Me atrasé, estoy
terminando mi desayuno.
Luego me daré una ducha rápida.
Te aviso cuando salga.

Amanda:
Bueno, yo ya estoy lista.

Leído aquello, se levantó y dejó toda la loza sucia sobre el fregadero, sacó una toalla de su armario y se metió al baño.

Martin:
Si no te contesto es porque estoy en la ducha.
Vio la confirmación de lectura y se metió bajo el agua tibia que salía del grifo. Con los nervios se demoró más de lo habitual, pero la ropa se la colocó en un santiamén. Entonces le escribió.

Martin:
Ya estoy listo, voy saliendo.

Amanda:
También yo, ya estoy esperando el bus.
—Le adjuntó su ubicación—. Ahí viene,
me subiré.

Martin:
No lo hagas aún.

Amanda:
Muy tarde, ya estoy arriba. Llego al paradero
señalado en cinco minutos.

El muchacho tomó su billetera y salió del departamento a toda prisa, dando grandes zancadas por la calle. Debía llegar pronto porque la ubicación le marcaba tres calles antes del paradero, por lo que comenzó a trotar sintiendo cómo su pecho se cerraba y le faltaba un poco el aire.
Amanda estaba nerviosa y ansiosa, esperaba verlo en el lugar acordado para irse juntos. Mientras miraba por la ventana, lo divisó llegar justo cuando el bus se detenía. Sonrió. Él subió, pagó su pasaje y la buscó con la mirada hasta que dio con su paradero. Afirmándose del pasamanos cercano caminó hasta su asiento, con lo alto que era debía agacharse para no chocar su cabeza. Hasta ahora no había notado que su altura era casi tanto como la del bus.
—Hola —le saludó sentándose a su lado, se escuchaba agitado—, creo que te dije que soy asmático.
—Sí, perdón —se disculpó—, es que quería verte pronto. Estaba muy ansiosa.
—También yo. —La tomó de una mano y le besó el dorso. Esto hizo que lo mirara conectando con sus pupilas—. ¿Puedo besarte?
—Me encantaría —expresó mirando en derredor—, pero hay gente atrás. Lamento no haber alcanzado los asientos traseros, pero cuando subí ya estaban ocupados.
—No importa —aseguró, entrelazó sus dedos, colocando aquella mano sobre su pierna—, ¿adónde iremos hoy?
—Creía que te encargarías de eso.
—Recuerda que soy de Santiago y no conozco mucho Valpo.
—Pues para estar un rato solos podríamos ir al muelle Barón, pero para el otro lado.
—Tú guías.
—Claro.
Entre conversaciones triviales de familia y trabajo, mientras jugueteaban con sus manos, llegaron a Avenida Argentina y se bajaron cerca de su destino. Caminaron entre calles casi desiertas, él la acorralaba para besarla con su particular pasión ansiosa, devorándole la boca impidiéndole tener el control.
Al cruzar la línea del metro e ingresar a las estrechas calles que conducían a su destino, Amanda

viró hacia la derecha. Se detuvieron en el primer asiento libre, construido por bloques de cemento frente al mar. El oleaje estaba en calma, pero su nerviosismo era evidente.
Martin se le aproximó apresando nuevamente sus labios, haciéndola agitarse lo suficiente como para colocarse a horcajadas sobre su regazo, ubicándola más cerca de su dura erección agarrando sus nalgas con fuerza. El beso parecía no querer acabar y las ganas de poseer el cuerpo del otro aumentaban a pasos agigantados. Martin abrió los ojos viendo a la distancia una bicicleta acercarse.
—Viene alguien —anunció dando por concluido el beso, por lo que ella se le quitó de encima sentándose a su lado. Él sacó una pipa y la encendió—. ¿Quieres?
—Claro —aceptó pegándole una calada—, solo espero no volarme tan pronto —repuso soltando todo el aire—. Igual creo que hay que pensar en qué haremos luego, ya que la gente aparecerá pronto.
Él le acercó el encendedor a la cámara para encender la hierba justo cuando ella aspiraba por la boquilla.
—Me gusta compartir mi hierba contigo.
—Y eso que no me has visto alcoholizada —dijo—, me pongo más caliente y adquiero mayor resistencia.
—Me gustaría ver eso.
—Quizás podamos hacerlo hoy. —Le devolvió la pipa después de pegarle una nueva calada. Él aspiró también.
—Está lindo este lugar y es relajante. Me gusta —opinó, mirándola a los ojos—, pero lo mejor es buscar un sitio en el que podamos estar tranquilos y solos. Además, ya me tienes duro.
—Sí, lo sentí.
—Vamos. —Le tomó de una mano obligándola a caminar a su lado.
—¿Sabes a dónde ir?
—Algo investigué —aseguró entregándole la pipa—, y creo haber encontrado el lugar ideal.
Durante todo el camino fumaron, Amanda ya comenzaba a experimentar los primeros efectos de la hierba y todo le parecía más brillante, percibiendo calma y la sensación de flotar en vez de caminar.
—Ya estoy volada —le informó—, no sé si llegaré en condiciones.
—Tranquila, estás conmigo, no te sucederá nada malo.
La condujo entre calles hasta que llegaron a un restobar en el que subieron una escalera que se bifurcaba a la derecha e izquierda, siguieron esta última dirección. Él tocó el timbre y le abrieron. En la recepción pidió un cuarto y una mujer los condujo por un pasillo hasta una puerta, allí les entregó las llaves e ingresaron. El lugar era acogedor y una cama de dos plazas ocupaba gran parte del espacio.
—Pasaré al baño —dijo ella soltándose de su mano.
Pero él la asió de la cintura empotrándola contra la pared, mientras reclamaba sus labios con pasión y sus manos se metían jugueteando entre sus ropas tocando su piel. Cuando Martin descendió hasta su cuello dándole unas excitantes caricias, ella ya estaba totalmente sumergida en su lujuria.
—Yo… iba…al… baño —tartajeó casi sin aliento.
—Sí —dijo, liberándola—, también iré. Ve antes de que me arrepienta de darte permiso.
La vio entrar suspirando y echándose aire con las manos. No tardó mucho en salir y él también ingresó porque debía prepararse para lo que se venía.

Capítulo 15

Acepto quemarme en tu fuego

◆◆◆

Apenas salió del baño, la divisó lo suficientemente cerca como para aprisionarla entre sus brazos y comenzó a devorarle la boca con una pasión abismal. Estaba desesperado por poseerla, degustar cada parte de su cuerpo y, sobre todo, saborear su sexo; quería sentir sus fluidos en la lengua y follarla tan duro que al otro día no pudiera levantarse. La desesperación le carcomía y sus besos terminaban siendo mordidas en su labio inferior, mordidas que a ella le encendían a cada momento.

Nunca le habían besado de esa manera, le faltaba boca para abarcar la de él, pero sus labios eran tan suaves que le enternecían; le gustaba sentir su suavidad y a pesar de su delgado bigote, que creía le picaría, en ningún momento le molestó. Al sentir las anchas manos de él recorriéndole bajo la ropa hasta alcanzar sus senos, no pudo evitar soltar un gemido que fue ahogado entre aquellos ardientes labios.

La lujuria le calentaba todo el cuerpo y solo deseaba probar su miembro, quería tenerlo en su interior ya. Martin dejó de besarla sumergiéndose en su cuello, con un roce profundo de sus labios le acarició mientras sostenía sus senos con ambas manos. Sin más, le quitó la polera y el sujetador; justo en ese momento cayeron a la cama, ya que durante todo este encuentro habían retrocedido.

Él sostuvo uno de sus pezones entre los labios acariciándolo con pasión. En medio de esas profundas caricias, ella suspiraba y a ratos gemía de placer, estaba demasiado húmeda y lo único que quería era sentir su longitud.

De pronto se levantó, dejándola con la respiración agitada y sumamente encendida. Vio cómo dejaba caer sus pantalones y sacaba a relucir su miembro, este le pareció que era más largo de lo que había visto y probado con anterioridad.

—Ven, bebé, quiero que lo pruebes —dijo, quitando un diminuto trozo de papel higiénico que tenía adosado al glande—, cuando pasé al baño le di una lavadita, así que está limpio.

Ella se mordió su labio inferior y sin más invitación, se lo introdujo en la boca, acariciándolo lentamente con su lengua, degustándolo y tanteando su tamaño.

—Mírame —le pidió, ella obedeció viendo que él se derretía ante la felación y su mirada, soltando gemidos placenteros que le encendían más. Amanda se echó hacia atrás mostrando su sexo e invitándolo a probarlo—. ¿Quieres que entre o quieres sexo oral?

—Lo segundo.

—Claro, bebé —aceptó, esbozando media sonrisa.

La chica se estiró en la cama, mientras él le abría más las piernas y observaba ese hermoso y placentero lugar en el que ansiaba entrar. Al verla tan lubricada se excitó más y como una bestia salvaje se sumergió en su clítoris, dando grandes lamidas y chupando de vez en cuando. En realidad, parecía que su intimidad se perdía dentro de esa boca, percibía esos suaves labios rodeando toda esa zona mientras esa lengua se movía sin parar con movimientos rítmicos y precisos que le derretían. Sin duda, este era el mejor sexo oral que le habían hecho, ya que no le

molestaba y pudo sentir mucho placer, casi tanto como el que le proveía su consolador.
—Quiero entrar —gimió él aun con sus labios pegados a su intimidad.
—Pues dale, ponte un condón.
Él se irguió manoseando su pene.
—Pero un poquito sin…
—No, ya te dejé las reglas claras. Sin gorrito no entrarás.
El chico suspiró sacando unos envoltorios, con rapidez abrió uno y se colocó el preservativo. En ese instante Amanda se le abalanzó reclamando sus labios con locura, él la recibió entre sus brazos, uniéndose al apasionante beso que le aceleraba la respiración, mientras daban la vuelta y caía en el colchón con Amanda pegada a sus labios. Ella se colocó a horcajadas en busca de aquello que le desesperaba poseer.
Martin, con una mano, lo sostuvo justo cuando su compañera se posicionó sobre él y lentamente lo dejaba entrar. Este primer contacto fue lento y profundo a la vez, ya que aun estando bien lubricada su longitud era algo a lo que debía acostumbrarse. Ambos soltaron un gemido de placer, Martin echó su cabeza hacia atrás producto de los exquisitos movimientos de su compañera, sus manos deambularon hasta apresar sus nalgas entre sus dedos, ayudando con el movimiento a aumentar la velocidad y la excitación.
Percibió las manos de Amanda en su pecho por lo que decidió unirlas a las suyas, pero no podía desaprovechar la oportunidad que se le presentaba y primero alcanzó sus senos, acariciándolos con sus labios y lengua; esto hizo que ella se echara hacia atrás para darle espacio y disfrutar sus caricias, pero él alcanzó sus manos y con ese impulso, Amanda comenzó a cabalgar más intensamente haciéndolo gemir extasiado y colocar los ojos en blanco.
Hace tanto tiempo que no sentía este placer extremo, habían pasado casi dos meses desde su último coito y este lo estaba disfrutando al máximo.
—Oh, ya estoy por acabar… —le avisó.
—Pero a mí me falta mucho —repuso ella, deteniendo los movimientos.
—Bebé, sigue…
—Pero…
—Dale, vamos…
Martin comenzó a moverse, pero como sus movimientos eran poco coordinados, por lo decidió no tomar el control y fue entonces cuando la dejó menearse como le gustaba.
—Ya me voy… —anunció poniendo sus ojos en blanco—. ¡Aaah! —Ella se detuvo en ese instante—. Pero sigue, si aún no se baja.
Amanda aprovechó aquello y siguió meneándose e intentando llegar al grado de placer que debía, pero para eso le faltaba mucho. Aun así, pudo sentir algo de placer antes de que se separaran y le impresionó, en parte, el que se mantuviera erecto tanto rato después de haber llegado al clímax.
Después de quitarse el condón, se estiró junto a ella en la cama.
—No me dejarás con las ganas, ¿verdad?
—No, pero es que hace tiempo que no quedaba así de mojado —admitió—, ¡iuh!
—¡Idiota!
—En serio —rio por lo bajo—, ¿hace cuánto que no tienes sexo?
—No me acuerdo.
—Yo sí me acuerdo cuando fue mi última vez y para mí ha sido mucho tiempo, por eso podía terminar luego.
—Sí, lo sé, ya lo habíamos hablado —recordó—, pero ¿cuánto te tardas en recuperar?

—No lo sé ahora. Como te dije, he pasado mucho tiempo sin tener sexo.
—Mmmm…
Martin apresó sus labios en un lascivo contacto en que le engullía la boca por completo, esto le encendía demasiado. A Amanda le fascinaba su pasión abismal, cómo esos labios se la devoraban no dándole cabida a réplicas ni a ser ella quien tuviera el control. Esas anchas manos deambularon por su cuerpo hasta alcanzar sus senos, momento en que él rompió el contacto entre sus labios para darle unas apasionantes caricias en su cuello y descender lentamente hasta ellos.
—Son los primeros pechos tan grandes que me como —aseguró—, y me gustan mucho.
—Me gusta escuchar eso.
Amanda dejó resbalar una mano hasta el lugar en que permanecía oculto su miembro, mientras una de las manos de Martin se metía en su zona íntima y unos traviesos dedos le pellizcaban su clítoris con suavidad. Esas caricias le agradan y le encendían por momentos.
Los labios del chico le acariciaron el cuello y pronto devoraron su boca con esa pasión abismal que le caracterizaba. En cuanto la liberó, ella desvió su mirada al lugar que le interesaba despertar.
—¿Cuánto tardará en revivir?
—¿Tú crees que todavía no?
Ella entreabrió su boca alzando sus cejas y aproximando una mano a aquella zona, la mano que no había alcanzado a llegar con anterioridad debido a las caricias que le habían paralizado. Al sentir su dureza gimió mordiéndose su labio inferior.
—Quiero ocuparlo otra vez, ¿tienes más condones?
—Sí —confirmó—, pero quiero que lo acaricies primero.
Lo liberó ante la mirada lujuriosa de Amanda que no dudó en engullírselo con pasión, sintiendo ese sabor salado y a la vez amargo que poseía el semen, pues aún quedaban resquicios de su primer encuentro. Mientras bajaba y subía en lentas caricias por ese miembro, Martin colocó una de sus manos en su cabeza y la empujó provocando que casi se atragantara con él.
—¡Oye! —reclamó quitándose la mano de encima y dejándolo en libertad—. Te dije que así no.
—Lo siento, lo siento, bebé… es que no me pude controlar.
—Ya, póntelo que te quiero cabalgar.
Por un breve instante compartieron una intensa mirada que soltaba chispas de lujuria. Martin se levantó y se colocó un preservativo. Al voltear, se encontró con Amanda mostrándole su sexo, eso le derritió y encendió aún más al ver lo mojada que se encontraba.
—Quiero que me montes tú ahora.
Él negó con la cabeza esbozando una amplia sonrisa picarona y se lanzó sobre ese cuerpo desnudo que tanto le gustaba, tomó de sus muslos, alzándole las piernas y colocándolas en sus hombros mientras la penetraba duro, percibiendo cómo una y otra vez ese húmedo y cálido lugar lo recibía ajustándose a su tamaño. En cada nueva estocada le apretaba lo suficiente como para hacerlo perder el control, le fascinaba estar en su interior y solo quería quitarse el preservativo para sentir el mayor placer posible que aquella zona pudiera proveerle.
Amanda ya había comenzado a soltar grandes gemidos mientras se aferraba a la cabecera de la cama, producto de las profundas embestidas que le desarmaban por dentro, pero que le hacían gozar de placer. A pesar de su falta de aliento y su extenso grado de calentura, deseaba alcanzar los labios de Martin, pero él estaba muy lejos de su alcance y sus penetraciones aumentaban de velocidad a cada segundo. Con una mano alcanzó la nuca de su torturador apasionado, consiguiendo alcanzar sus labios y fundirse en un corto, pero intenso beso.
—Bebé, quiero penetrarte en cuatro —le susurró al oído—, ¿puede ser?

—Sí —aceptó en un susurro.
Él se le quitó de encima y ella rápidamente se colocó en la posición que le había pedido; Martin, con una mano, le presionó la espalda baja para que se encorvara más y con la otra colocó su pene en la entrada de su vulva penetrándola duro. Amanda gimió al sentir toda esa inmensa longitud entrar y salir convirtiéndose en profundas embestidas que le gustaban, pero le dolían a la vez. Era un dolor placentero que le hacía soltar fuertes alaridos. Sus piernas no pudieron sostener más el peso de aquellas embestidas brutales y se fue hacia un lado respirando con dificultad.
—¿Usualmente te duele esta posición? —preguntó Martin.
—A veces —respondió—, estírate en la cama, ven.
—Pero ya estaba por terminar…
Ella lo guio hasta el lecho reclamando sus labios con pasión, pero una vez más él tomó todo el control de aquel contacto y le devoró la boca, sin darle cabida a réplica. Este lascivo beso la hizo colocarse encima de él en una infructuosa búsqueda de su miembro hasta que consiguió su cometido, teniendo todo el control de la situación, pero no de sus besos.
Amanda comenzó a cabalgar con suaves y profundos movimientos, mientras buscaba el mejor roce que le proveería de todo el placer que su clítoris le demandaba. Se movía de forma sensual y rítmica, mientras unas escurridizas manos se movían por su trasero de forma circular. Le urgía alcanzar sus labios, por lo que se le aproximó alcanzándolos con desesperación y sintiendo nuevamente a Martin tomar posesión de su boca con su particular forma devoradora, terminando el beso con una suave mordida en su labio inferior. Al erguirse, él sostuvo sus senos entre las manos y se sumergió en ellos, haciéndola soltar fuertes gemidos, tanto por sus caricias como porque había logrado un roce muy placentero que satisfacía su clítoris.
—¿Vas a correrte? —le preguntó respirando agitado.
—Para allá voy —musitó entre gemidos—. ¿Puedo?
—Claro, bebé, te toca.
Con más fuerza siguió saltando sobre ese largo pene que para ella era el doble de los pocos que había conocido. Su excitación aumentaba a la vez que su respiración, hasta que consiguió sentir un profundo orgasmo que le apretó el miembro a su compañero. Aquello le hizo abrir su boca percibiendo que él también estaba por llegar a ese momento culmine, pero Amanda comenzó a disminuir su velocidad.
—¡Ay, diosa! —gimió—. No pares —le pidió—, sigue…
Ella asintió comenzando una nueva cabalgata que le hacía jadear y sentir aún más placer. De pronto Martín se levantó sosteniéndola de los muslos, por lo que enredó sus piernas alrededor de su cintura justo cuando la empotraba contra la pared y la embestía con brutalidad, entraba en su vagina una y otra vez con más prisa, más al fondo. El sentir estas profundas e intensas embestidas, junto a esa inmensa longitud que ese miembro poseía, le hacía aumentar su grado de excitación.
—Eres mi lobo feroz —Amanda, entre jadeos, le susurró al oído—, mi perdición.
—Y tú mi caperucita —terminó él.
Los labios del chico devoraron los suyos con locura ahogando sus gritos, pero pronto le acompañaron los de él hasta que juntos estallaron de placer por segunda vez. En cuanto esas embestidas se detuvieron, él dejó reposar su frente en la de ella mirándola a los ojos. Ambos estaban empapados en sudor y sumamente agitados.
—Eres toda una diosa —susurró, dándole un casto beso en los labios y dejándole las piernas en libertad—, me vuelves loco.
—Me gusta escuchar eso —dijo, caminando hacia la cama. Justo en ese instante él le dio una

nalgada que la hizo soltar un gritito ahogado.

Capítulo 16

Después de probar su pasión

◆◆◆

Amanda

Después del candente día de pasión y lujuria, regresé a casa a eso de las cuatro de la tarde. Martin me acompañó en el bus hasta el paradero que lo dejaba más cerca de su departamento. Allí me besó el dorso de la mano mientras me miraba a los ojos, luego se bajó y desde la calle vi esa sonrisa cómplice y a la vez boba con la que siempre me observaba. En verdad, no quería separarme de él, pero debíamos regresar a la realidad porque ya estaba en casa, sola y con un cigarrillo encendido mientras pensaba en todo lo acontecido.

En verdad, no quería sentir y no sabía exactamente qué sucedería a partir de ahora. Las ganas de fumar se habían activado debido a la incertidumbre que me produjo ese encuentro, la cajetilla la tenía guardada desde el cumpleaños de Camila que fue hace seis meses y no pensé en sacarla hasta un nuevo carrete, pero esta situación lo ameritaba. Al terminar de fumar estaba más tranquila y decidí bañarme, ya que aun sudaba y su perfume me impregnaba la ropa. Después de esa relajante ducha me coloqué un pijama y me acosté, pues todo mi cuerpo me pesaba y ya no soportaba tener mis ojos abiertos.

Al día siguiente tenía muchas contradicciones mezcladas en mi interior, la verdad es que no sabía cómo interiorizarlas ni cómo debería actuar. ¿Debería escribirle? ¿O debía esperar a que él lo hiciera? En realidad, ya habíamos hablado esa mañana al respecto y sé que no fue un encuentro de una sola vez, que sigo siendo su amiga y que no me dejará en el corto plazo porque le interesa seguir conociéndome, eso me gusta y no me hace sentir tan a la deriva. Pero, por otro lado, creo que si le escribo él podría pensar que me estoy ilusionando y, cómo me repitió en esa última conversación, lo nuestro es sin enamorarse.

Entonces, creo que si le escribo demasiado puede pensar que eso es precisamente lo que me está pasando. Aunque con exactitud, no sé qué es lo que siento.

Durante todo ese día me repetí mentalmente «no debes sentir, no debes sentir» como un mantra interminable que creo ha funcionado; pero debo confesar que sí, siento algo, no sé describir qué y tampoco quiero saberlo porque de liberarlo corro el riesgo de que todo se vaya al carajo y mi corazón sucumba. No quiero sufrir y sé que Martin ha sido claro, por eso debo luchar contra mí misma y ser una especie de robot sin sentimientos. No debería ser tan difícil, pero lo es, al menos para mí.

Esta tarde he fumado como nunca, tanto que ya parezco una chimenea y he bebido pensando en lo que hicimos ayer; mis contradicciones aumentan y disminuyen, a cada tanto pienso que lo tengo controlado, pero luego regresa esa desazón y el miedo a sentir. Ojalá pueda superarlo pronto y centrarme en lo que debe ser según las normas que pusimos, aunque creo que ese «pusimos» es muy amplio, pues esa norma la puso él y yo la acepté, tal como Martin aceptó las mías.

No sé cómo me quedé dormida anoche, pero aquí estoy, recién despertando y aún siento los

estragos de ese intenso y salvaje encuentro. Las piernas y mi trasero se han recuperado un poco, pero ¡uf!, aún están algo pesados. Antes estaba mucho peor, eso sí.
Me levanté para hacer algo de comer porque tenía hambre. En la cocina y mientras calentaba agua en el hervidor, mi móvil vibró, al revisar vi unos cuantos mensajes de mi placer culpable.

Martin:
Holi, me quedé dormido ayer.
Perdón.

Amanda:
Holi, cariño.
Me lo imaginé.
¿Cómo estás?
¿Ya en la pega?

Martin:
Sí, ya en el trabajo.
¿Y tú cómo estás?

Amanda:
Bien, haciéndome desayuno.

Martin:
¿Escribirás hoy?

Amanda:
No sé, todo depende de si la inspiración llega.

Martin:
Creo que debo darte de qué escribir.
Ya que soy tu musa.

Amanda:
Jajajaja, tú sí sabes.

Martin:
Es que quiero seguir leyendo mi poemario.

Amanda:
Lo siento, tendrás que esperar a que lo publique.

Martin:
¿Y eso para cuánto más?

Amanda:
El próximo año, tal vez.

Martin:
Eso es mucho tiempo… no creo
que pueda aguantar tanto.

Amanda:
¿Aguantar? ¿Qué tienes que aguantar
es solo un poemario?

Martin:
Pero es un poemario que cuenta
nuestra historia.

Amanda:
¡Lo notaste! —Emoji de cara sorprendida.

Martin:

Pues claro.

Amanda:
Pues, ¿qué tal si en uno de los poemas
te mato en un accidente? Jajaja

Martin:
Capaz, po jajajaja

Amanda:
Jajajaja

Martin:
Puede ser, ¡asesina! Jajajaja

Amanda:
¡Qué me haces reír! Jajaja
Y después me follas como fantasma.
Vendrás desde el más allá con tu verga
super poderosa y fantasmal a follarme
todas las noches. Jajaja

Martin:
¡Qué loca eres!
¿Lo sabías? Jajaja

Amanda:
Jajajaja sí, estoy loca, soy escritora.
Pensé que lo habías notado.
Ahora estás conociendo la locura
de una escritora parte 2. Jajaja
Tienes el placer de conocer a una
escritora: sus locuras, su vida,
sus escritos, ser su musa y conocerla
en la intimidad, recorriendo su
cuerpo a profundidad.
Bienvenido al club de la locura literaria.
Me presento, soy Mariana Santamaría, una
loca escritora de romance, erotismo, fantasía y
poesía en cuya mente se tejen diversas historias,
unas más alocadas que otras. Pero que dentro de su
locura existe una mujer con sentimientos y lejos de su alter
ego de Mariana, se encuentra una persona normalmente
loca, porque todos lo estamos, que no teme a asumir su locura
y que puede sacar su sarcasmo en cualquier momento.

Martin:
Estoy pensando seriamente en hacer
un libro de mi vida. Le iría muy bien jajaja

Amanda:
¡Adelante, escribe, yo puedo ayudarte en ese proceso!

Martin:
No soy bueno para escribir jajaja

Amanda:

Yo feliz de ayudarte a corregir lo que sea que escribas.

Martin:
Como escritor seré un farsante jajaja

Amanda:
¿Por qué?

Martin:
Porque no he escrito nada y tampoco
soy bueno para leer, menos para escribir.

Amanda:
Jajaja, pero te puedo ayudar.

El resto de la mañana no hablamos y lo entendía, ya que sabía que estaba trabajando. Yo, en cambio, entraba más tarde y lo vería en cuanto llegara al condominio. No estaba nerviosa, ni ansiosa, pero sí estaba muy caliente por él y lo único que deseaba era tenerlo nuevamente dentro de mí. Su pasión había sido muy avasalladora y el hecho de que me haya dejado tan cansada era un claro signo de su intensidad en la cama, pues no pensé que alguna vez quedaría de esa manera; de hecho, no recuerdo haber quedado tan agotada, ni siquiera podía con mi propio cuerpo después que nos separamos. Es algo que siempre recordaré. Cuando habían pasado dos horas de trabajo, no pude evitarlo y le escribí:

Amanda:
¿Cómo va todo por allá, mi farsante favorito?

Martin:
Jajajaja, bastante trabajo.

Amanda:
Pucha, cariño.

Martin:
Pero poniéndole bueno, si uno viene
a trabajar a arreglar las cagás que tienen.

Amanda:
Lo positivo es que te gusta lo que haces.

Martin:
Sí.

Amanda:
Nos vemos en el condominio, cariño.
Ya estoy acá, por si quieres conversar un rato
conmigo puedes pasarte —Emoji de cara lanzando un beso.

Vi que me dejaba el visto por lo que decidí esperar un rato, pero pasó una hora y ya comenzaba a desesperarme, así que le envié unos emojis llorando. Entonces, su respuesta llegó en segundos:

Martín:
Tengo mucho trabajo, por eso
no pesqué. Perdón.

Amanda:
¿Todavía?

Martin:

Sí. El rubro de la construcción es peculiar porque tienes todo el día y todos los días alguna problemática a solucionar o algo nuevo que hacer, por eso hay que ponerle bueno.

Amanda:
Sipo, si entiendo, es lo que te gusta.

Martin:
Exacto, me encanta.

Amanda:
Lo sé, bebé.
Aún espero que me envíes algo calenturiento.
¿Sabes? Te quiero dentro de mí…

Martin:
Que rico jajaja

Amanda:
¿De qué te ríes?
¿Por qué tan cortante?

Martin:
Es que estaba viendo algo en el pc con Horacio y justo llegó el mensaje y lo leyó, por eso me reí.
Pero no cachó que eras tú.

Amanda:
¡Qué idiota! Jajaja
¿Qué nombre me tienes en WhatsApp?

Martin:
Mariana.

Amanda:
¡Qué vergüenza! Seguro vio mi foto de perfil. ¿Por qué tuvo que ver justo este mensaje?
Ahora debo hacer un hoyo para meter mi cabeza y así no me vea cuando lleguen.

Martin:
No cachó que eras tú y no vio la foto.
Se fue todo rápido.

Amanda:
No te creo, se fue todo rápido a reírse jajaja

Martin:
No, él no es así.

Amanda:
Te tengo unas notas que me gustaría pasarte hoy, pero en un lado más piola y no en la conserjería.

Martin:
Claro, bebé.

Después de dar por concluida esta conversación, mi mente divagaba entre pensamientos que me azoraban. ¿Cómo siento lo que tengo con Martin? Era la pregunta del millón, cuya respuesta es extraña y a la vez complicada porque no creo estar enamorada; sin embargo, siento la necesidad de entregarle cariño, de apoyarlo en lo que me permita, de escucharlo si quiere desahogarse y hablar de algo en concreto. Por otro lado, cada vez que nos veíamos sonreímos tontamente, es esa sonrisa que esconde complicidad, atracción y tensión sexual. Insisto que esto es complicado y que nunca lo había experimentado.
Me gusta no sentir algo intenso y ser libre de ataduras sentimentales, ¿esto será con exactitud lo que se debe sentir por un *follamigo*? Libertad de sentir algo profundo, pero preocuparte por él como si fuera tu amigo con la diferencia que usas palabras cariñosas que se suelen ocupar con una pareja sentimental. Me gusta esta nueva experiencia.
Ahora me cuestiono si me gusta o atrae, pero eso es algo que no puedo definir. Es extraño porque tuvimos sexo muy intenso, puedo dar fe de eso, y al volver a verlo sí sentí algo de nerviosismo. Hasta él lo notó y me preguntó si por su causa me había ruborizado, lo negué, pero en parte había sido por él, por volver a verle.
Como aún había sol yo estaba con lentes, y al verle doblar en la esquina sentí subir calor por mi cuerpo, no puedo negar que estaba un poquitín nerviosa, pero era controlable. Horacio estaba atrás y eso hizo que me escondiera, pero al ver que él seguía en otra dirección me relajé. En cuanto Martin entró, vi su amplia sonrisa cómplice iluminando su rostro, estoy segura de que le respondí con esa misma sonrisa boba.
—Hola, ¿cómo estás? —me preguntó sin dejar de sonreír.
—Bien, ¿tú?
—¿Por qué con lentes si el sol ha bajado? —indagó mordaz.
—Pues porque me llega el reflejo de los autos de fuera.
—Entiendo —dijo mirando en la dirección que le apuntaba—. Estás roja, ¿es por mí o por Horacio y el mensaje?
—Por Horacio, ahora en dónde me voy a meter cuando entre.
—Si no cachó, tranquila.
—No sé si creer eso.
—No pasa nada.
—Mira. —Saqué los papeles doblados—. Te lo entregaré por allá más tarde.
—¿Y por qué no ahora?
—Porque quiero hacerte salir más rato.
—Claro —rio por lo bajo—. ¿Y cómo estuvo lo nuestro?
—Bueno, pero pudo ser mejor.
—¡Sho! —exclamó—. ¿No era que te dejé sin poder con tu propio cuerpo?
—Eso no lo puedo negar, pero estoy segura de que pudo ser mejor.
—Puede ser. —La miró a los ojos sonriendo—. Bueno, nos vemos luego.
Se fue caminando despacio, yo no iba a mirar hacia el lugar en que se encontraba, pero una persona pasó y me saludó. Entonces lo vi, me miraba y sonreía, eso era algo que no me esperaba en realidad. Se quedó unos segundos en la entrada del edificio observándome con la sonrisa boba que me fascinaba, porque nos hacía cómplices de lo ocurrido el fin de semana y me gustaba sentirlo cercano de ese modo.
Al rato entró Horacio que me saludó sin mirar y siguió su camino muy apurado. Confieso que

igual estaba un tanto nerviosa, pero como no lo miré no me afectó su paso por mi lugar de trabajo. Pasados cinco minutos ambos caminaron por fuera de donde me encontraba, Horacio saludó sin mirarme y abrió la puerta, mientras Martín sonreía con la cabeza agachada mientras buscaba hacer contacto con mis ojos. Sé que sonreí, pero intenté que no fuera tan notorio, ya que lo acompañaba su amigo.
Martin volteó para cerrar la puerta y aprovechó ese momento para aumentar la intensidad entre nuestras miradas, no supe definir si era mezcla de tensión sexual o nerviosismo o por el incómodo momento al estar su compañero presente. Me pareció que se quedó mucho tiempo ahí parado, con la reja ya cerrada entre sus manos hasta que despabiló y volteó. Yo solté un largo suspiro intentando calmarme, ya que no podía quitarme la sonrisa boba de la cara.
Regresaron cuando ya estaba oscureciendo, vi aparecer a Horacio primero por lo que supuse que Martin iba detrás. Martin se detuvo un momento, aprovechando que su compañero había seguido su camino sin percatarse de que no lo seguía. Me observó sonriendo, yo hice lo mismo.
—Ya te aviso cuando salga para entregarte las notas.
—Nos vemos luego.
Sin dejar de sonreír siguió caminando, yo no volteé a verlo, solo me quedé con la mirada fija en la pantalla que mostraba las imágenes de las cámaras de seguridad.
Cuando estaba oscureciendo salí a prender las luces, escribiéndole a Martin que ya era hora de salir de su cueva para que nos encontráramos y pudiera entregarle las notas. Al entrar al vestíbulo del edificio en que él vivía lo vi, estaba con su celular en las manos y al verme lo dejó a un lado; yo estiré una mano y él la tomó, procurando hacer el mayor roce mientras pasaban mis notas de mi mano a la de él. Compartimos una mirada pícara junto a nuestra típica sonrisa. Yo volteé para encender las luces, mientras él escribía algo en su celular.
—Estoy contestando algunas cosas para el trabajo, salgo de la pega solo para seguir en la casa resolviendo problemas de allá. Como te dije, es muy demandante.
—Sí —respondí, dando media vuelta y acercándome a él. Solo quería alcanzar sus labios, aunque fuera por unos segundos. Pero él me detuvo.
—Aquí no, nos pueden ver y no quiero que tengas problemas. Además, vi unas personas por allá que creo son de acá.
—Entiendo —suspiré resignada.
—Lo siento, bebé, pero no quiero que tengas problemas en tu trabajo por mi causa.
—Sí, sí, entiendo.
—¿Te vas?
—Sí.
Algo me dijo, pero no le escuché, por lo que volví mis pasos hasta él.
—Yo también quiero besarte —repitió—, pero aquí no. Sé que podremos hacerlo tranquilos en otro lugar más adelante.
—Claro.
—Que estés bien.
—Nos vemos.

Capítulo 17

Sentimientos en conflicto

◆◆◆

Amanda

Ayer al regresar a casa del trabajo, tuvimos un par de conversaciones por chat en las que salió el tema de qué era lo que yo sentía debido a la canción que le dediqué; y era una pregunta que no deseaba responder porque sabía que el abrirme causaría estragos en mi estado de ánimo y así fue. Desde entonces, siento una tremenda desazón y he soltado un par de lágrimas, no muchas, pero que han caído, lo han hecho. Mientras escucho la canción de la discordia *«Deja de jugar»* de FN, fumo un cigarro y veo su foto de perfil intentando alcanzarlo con la yema de mis dedos. Deseo tantas cosas de él, pero sé que nunca lograré alcanzarlas y eso me causa angustia y tristeza. Nunca pensé pasar de ser una fumadora social a una real por su causa, pero siento la necesidad de hacerlo ya que me relaja y calma mi ansiedad, lo malo es cuando el efecto se termina.
Ya ha pasado casi un día desde la última vez que me escribió, y siento desangrar mi corazón al no tener noticias suyas. Sé que sincerarme fue una decisión equivocada respecto a mi sentir, que de seguro lo espanté y ya no querrá hablarme más porque debe temer a mis sentimientos. Desde el comienzo me expresó su deseo de no enamorarse y que yo debía hacer lo mismo, pero cómo me pidió insistentemente saber respecto a lo que pasaba en mi interior, me tocó acceder y ahora pago por mi error.
Estoy en la conserjería, ya está oscureciendo y él no aparece, mis manos tiemblan y necesito sacar esta desazón de mí. Saqué un par de papeles pequeños y dejé que el lápiz que sostenía en mi mano derecha se moviera, escribiendo pensamientos que tomaban forma de poemas:

(XXVIII) Desazón por tu abismo
«Me causa desazón este tormento.
Te tengo y a la vez no.
Me encuentro al borde de un precipicio
del que temo resbalar…»

Suspiré y pasé a la siguiente hoja, escribiendo un nuevo poema:

(XXIX) Debo superarte
«Debo superarte,
eliminar este tormento.
quitarme la angustia.
Debo luchar contra este inmenso dolor…»

Es la hora del cambio de turno y él no llegó a su departamento, me voy con un nudo en la garganta que se aprieta más a cada instante. Creo que lo perdí, lo espanté al sincerar mi corazón,

no debí dejar fluir mis sentimientos y menos decirlo porque él le teme al amor y yo, como una estúpida, le he entregado parte de mi corazón.

Capítulo 18

Miedo a sentir

◆◆◆

Martin

Desde que Amanda me dijo lo que le hacía sentir no he podido pensar con claridad, porque no quiero hacerla sufrir y tampoco creo sentir lo mismo ni lo sentiré nunca. Es una buena chica, sensible y empática, además de muy guapa. En realidad, me encanta todo de ella, pero no de forma romántica y sentimental, es algo más carnal y también de amistad.

No puedo negar que me atrae y me gusta mucho, mucho más que cualquier otra mujer que haya pasado por mí, por ello me importan sus sentimientos y no pretendo hacerla sufrir. Lo malo es que no sé cómo reaccionar ni qué hacer a partir de ahora. Tengo miedo y pienso que lo mejor es dejar las cosas hasta aquí, decirle que podemos seguir siendo amigos es la mejor decisión que puedo tomar, ¿no?

Minutos antes del término de la jornada laboral, Esteban nos planteó ir a relajarnos un rato a un bar y nos pareció una excelente idea. A mí más porque era lo que necesitaba, además de dejar de pensar en qué hacer con Amanda. Lo mejor era ir a tomarme unas chelas con mis amigos.

Estuvimos tres horas en un bar ubicado en Ecuador, dicen que esa es la calle de la bohemia porteña y no está mal. Conversamos, nos reímos y nos distrajimos. La pasé realmente bien, pero al llegar a casa y no verla en la conserjería me hizo sentir una amargura terrible. Pensé que sería mejor no encontrármela, pero siento que fue peor. Una parte de mí me advierte que le estoy haciendo daño, pero otra me asegura que lo mejor es dejar pasar el tiempo.

Al día siguiente, durante mi horario de colación en el trabajo, vi un par de estados en Instagram de Amanda que sentí eran para mí, pero preferí omitir comentarios. Y cuando volvimos al departamento, su turno había acabado hacía diez minutos. Cuando me acostaba vi una foto de dos naranjas podridas en su estado que decía: *«Mira lo que pasa cuando te pones al lado de la persona equivocada y te dejas influenciar. Sin darte cuenta te empiezas a descomponer y sigues poniéndote en peligro hasta que no eres nada»*. Aquella afirmación me dejó atónito y tragué en seco, me llegó tan al alma que no pude evitar escribirle.

Martin:
Siento que este estado es para mí.

Amanda:
Si tú lo sientes, así lo será.

Martin:
Siento no haberte hablado antes,
pero es que he tenido mucho trabajo.

Amanda:
¿Ha sido solo por eso?
Yo pensaba que te habías espantado.

Martin:
Sí, es que el trabajo es muy demandante.
Estoy super estresado y con muchas problemáticas diarias a solucionar.
No he tenido tiempo para nada más.
Lo siento, perdóname.
¿Por qué me espantaría?

Amanda:
Por haberme sincerado respecto a lo que me haces sentir, pues desde ese día que estás esquivo y ausente.

Martin:
No, no ha sido por eso.
Pero sí debo confesarte que me da miedo hacerte sufrir.

Amanda:
Ya lo estás haciendo.

Martin:
¿Cómo?

Amanda:
Tu silencio me hiere, siento que solo me utilizaste para saciarte y ahora ya no te sirvo.

Martin:
No digas eso, no es así.

Amanda:
Antes de que folláramos te preocupabas por mí a diario y ahora no me escribes ni para saludarme.

Martin:
No ha sido intencional, no pienses así.
Tú me importas mucho, me importan tus sentimientos.

Amanda:
Entonces demuéstralo.

Martin:
Prometo escribirte más seguido.

Amanda:
Ojalá eso sea cierto.

Martin:
Lo haré, en serio.

La tarde siguiente llegamos pasada la puesta de sol, pensé que la vería, pero no había nadie en la conserjería. No sabía si ir a verla, la ansiedad me carcomía por lo que encendí mi pipa y le di un par de caladas. Sabía que hoy tampoco le había escrito, pero esta vez fue porque no tuve tiempo ni para almorzar debido a la gran carga laboral. Por eso pensé en quedarme un rato fuera para conversar; como no estaba allí, seguí mi camino hasta el departamento. Saqué mi móvil y vi sus nuevos estados, eran dos fotos de poemas nuevos escritos a mano, muy tristes, que me hicieron sentir una espina en mi garganta.

(XXX) Silencio desgarrador
«Me duele tu silencio
y la angustia me aniquila por dentro.
Me siento tonta por haber sucumbido ante tus besos
y me odio por confiar en tu verbo…»

(XXXI) Me duele el corazón
«Oh, embaucador, que has jugado con mi razón,
de tu pasión me has hecho presa,
sumergiéndome en un juego cruel
que ha terminado con mi corazón.

La angustia me estrangula
y mi pecho se parte en dos.
Deseo terminar con este dolor
que mi corazón ha destrozado…»

Instintivamente volví a escribirle adjuntando uno de estos estados.

Martin:
Shaaa
¿Es en serio?

Amanda:
Es lo que me haces sentir. Solo he dejado salir la angustia que me carcome debido a tu indiferencia.

Martin:
No me gusta que te pongas así.

Amanda:
No hay nada que puedas hacer porque no te nace. Ya me usaste y no te sirvo. ¿Ves cómo sí me estás eliminando de tu ecuación?

Martin:
No es así, es solo que hoy no tuve tiempo.

Amanda:
Quien quiere hacer algo siempre tiene tiempo y quién no, solo da excusas.

Martin:
Amanda, en serio que hoy estuve muy ocupado en el trabajo.
Lo siento mucho, en serio que pretendo escribirte más seguido, pero tiempo es lo que me falta. Perdóname, ¿sí?

Amanda:
Está bien. Entiendo que estés con una sobrecarga laboral, no te preocupes.

Tendré paciencia.

Martin:
Este fin de semana viajo a Santiago para visitar a mi familia, ¿qué te parece si pasamos un día juntos aprovechando que es fin de semana largo? Así compenso en parte lo sucedido esta semana.

Amanda:
¿Me estás invitando a Santiago?

Martin:
Sí, pero solo puedo prometerte un día. ¿Te parece si mañana nos vamos juntos?

Amanda:
¡Claro!

Martin:
Una consulta, ¿tú regresarás a Valparaíso mañana mismo o puedes quedarte durante la noche también?

Amanda:
Esa es una clara propuesta indecorosa.
Sí, la acepto. Pasaré la noche contigo.

Martin:
Excelente, mañana tipo 8 am te escribo para que coordinemos.

Amanda:
Claro, ¿vendrás a verme un rato antes de que mi turno termine?

Martin:
Claro, cariño.

Amanda:
Te espero.

Justo en ese preciso instante, mi móvil vibró y al revisar vi el nombre de mi madre en la pantalla. Mientras conversaba con ella, supe que no podría cumplir la propuesta que le acababa de hacer a Amanda, por lo que apenas colgué salí del depa para hablar con ella. La encontré escribiendo en un libro, al notar mi presencia me miró seria.
—Hola —le dije—, ves que vine.
—Así veo —suspiró—, no tenía muchas expectativas de que cumplieras. Me sorprendes.
—Pues prometí que me preocuparía más por ti.
—Que esa no sea una obligación, espero que te nazca hacerlo.
—Sabes que tengo poco tiempo libre para todo, ni siquiera con mi familia puedo compartir mucho. —Solté todo el aire para darme valor—. Tengo una mala noticia que contarte.
—Tú dirás, te escucho.
—Es respecto a la propuesta de mañana —ella alzó una ceja—, sé que lo entenderás porque eres una chica empática.
—No va lo de mañana porque tendrás que ayudar a tu madre a cambiarse de casa.
—¿Qué comes que adivinas?

—Soy bruja, debes recordar eso —bromeó, esbozando media sonrisa—. Hace un tiempo me dijiste que buscaban un sitio más barato.
—Sí.
—¿Debo suponer que los tres días estarán en eso?
—No, pero es que necesito la plata para la mudanza y pagar arreglos de la nueva casa, por eso no podré invitarte este fin de semana.
—Entiendo.
—Pero prometo escribirte más seguido.
—Claro, no te preocupes, entiendo.
Durante ese fin de semana ayudé en todo para la mudanza y nos instalamos en una casa más pequeña, donde el arriendo era más bajo. Gasté todo lo que había ahorrado entre arreglos y los transportes de enseres. Amanda fue quién me escribía para saber cómo iba todo y yo le respondía apenas veía sus mensajes, pero debido al cansancio y estrés en ningún momento fui yo quién lo hiciera y sé que eso puede molestarla, pero no me lo hizo saber. El domingo regresamos a Valparaíso, Horacio pasó por mí a eso de las seis de la tarde y llegué tan cansado que al apoyar la cabeza en la almohada de mi cama caí muerto al instante.
Horacio nos despertó a todos, ya que nos quedamos dormidos. No pudimos ni desayunar y ahora, trabajando en terreno y a pleno sol, siento que me voy a desmayar, necesito comer algo pronto. Al entrar en la oficina me encontré con Horacio que me ofreció una taza de café junto a un bizcocho de chocolate.
—Come, hermano —dijo ubicándose tras su escritorio—, lo necesitas.
—Gracias —me engullí el pastel—, ahora eres mi secretaria —bromeé, él rio—, has hecho un excelente trabajo.
—Como buena secretaria debo informarte que Mariana te ha escrito.
—¡¿Qué?!
—No fue mi intención ver, pero apareció como notificación en tu computador. Como la vez pasada —aclaró—, no lo leí completo, pero es un texto largo.
Saqué mi móvil y revisé los mensajes, encontrando el texto que mi amigo mencionaba. Este decía:
«Hola, sé que no debería escribirte esto y que seguramente estés muy ocupado en tu trabajo. Hasta tal vez te moleste, pero lo creo necesario para mí y te aseguro que esta será la última vez que lo haga. Últimamente estás tan ocupado en tu trabajo que no te acuerdas de mí, ni me escribes y soy yo quién se acuerda de ti y te busca por chat. No pretendo seguir siendo una molestia para ti, porque siento que no estoy en ningún lugar en tu lista de prioridades.
Dices que soy tu "amiga" de una forma extraña, pero casi ni te acuerdas de mí y eso me duele, porque al comienzo de todo me decías tantas cosas que ahora ya suenan vacías y sin sentido. Ya no hay un "Hola" o un "buenos días, ¿cómo estás?". Cada día que pasa te alejas más y ya no siento tu interés en mí de ninguna forma, es casi como si yo ya no existiera para ti.
Dijiste que estarías harto tiempo a mi lado para conocerme, dijiste que aparte de follarme querías ser mi amigo, pero un amigo se preocupa y te habla, tú no haces eso. Has estado tan ausente que me hace cuestionarme tus reales intenciones; juro que he intentado entenderte, pero tu indiferencia me hiere y ese es el problema porque todo cambió después de que follamos, me hace dudar el creer en tus explicaciones al respecto porque has prometido escribir más y no lo has hecho.
Quiero que sepas que como mujeres no nos gusta que nos pongan en último lugar siempre y para todo, ese es el mayor problema que tendrás toda tu vida y la razón por la que tus

relaciones no perduran. Comienzas bien, pero cuando tu actitud cambia después "de", todo se enfría y terminas hiriendo, aunque digas que no quieres hacerlo. Aseguras que soy tu amiga, pero con tu lejanía ya me siento una extraña que insiste en recuperar una amistad que nunca existió. Ojalá leas esto, aunque lo dudo.
Que estés bien y hasta siempre».

Quedé boquiabierto observando la pantalla, no sabía qué responder. Tenía claro que debía escribir algo, pero las palabras no aparecían en mi mente, ya que mis neuronas estaban petrificadas ante el asombro y desconcierto, pues nunca me imaginé que recibiría un mensaje de este estilo de su parte. Cerré el chat, miré la pared contigua a la puerta, solté todo el aire y volví a abrirlo para intentar escribir una respuesta.

Martin:
La verdad lo leí y me dejas apenado.
En serio no es porque quiera.
Te hablaré apenas pueda.

No me había percatado de que Horacio me observaba atento, lo noté cuando alcé el rostro.
—Hermano, ¿por qué esa cara? —preguntó—. ¿Terminó contigo?
—No pasa nada —dije levantándome—, debo seguir trabajando.
—Pero termina de comer o te desmayarás…
Fue lo último que escuché, pues cerré la puerta y salí corriendo. Necesitaba despejar mi mente porque ese mensaje me había dejado mal, estaba haciéndole daño, algo que no quería y no sabía cómo enmendarlo.

Capítulo 19

La renuncia

◆◆◆

Amanda se había cuestionado todo el fin de semana qué hacer respecto a lo que le hacía sentir Martin, no deseaba seguir sufriendo por su indiferencia. Necesitaba sacar todo el peso de la mochila de aflicción que cargaba sobre sus hombros. En un Word dejó fluir sus emociones y escribió aquel texto que luego le envió como mensaje de WhatsApp. Al verlo en línea con las confirmaciones de lectura, le dolió aún más que le dejara el visto, por lo que se le escaparon unas lágrimas. Luego lo vio aparecer en línea de nuevo junto a «escribiendo», y cuando divisó sus respuestas dejó caer más, pues no creía en sus palabras. Sabía que no cumpliría su promesa y que esa sería la última vez que se escribirían.

Se secó las lágrimas y salió de casa, sus intenciones eran claras, ya no seguiría trabajando en el edificio y para eso debía presentar su renuncia. Lo mejor era alejarse de quien le hacía daño si no, no podría superarlo pronto. Continuaría inmersa en ese círculo vicioso en el que él le prometía la luna y no le bajaría ni una mísera estrella, porque su naturaleza era prometer en vano, ser un cabrón mujeriego sin responsabilidad afectiva que solo jugaba con los sentimientos de todas sus conquistas, y ella no quería sumergirse en la espiral de dolor que a todas luces él le ofrecía.

Después de presentarse en la Inspección del Trabajo donde le ayudaron a realizar la carta de renuncia, era un hecho que ese sería su último día laboral en el edificio. No le importaba quedar desempleada, sabía que pronto encontraría un mejor trabajo y lejos de quien le hacía daño.

Llegó al recinto y entregó el documento en la secretaría, informando que este sería su último día. Luego fue a recibir el turno, mientras, esperaba no ver a Martin. Para desgracia de él, había tantos problemas que solucionar en la constructora que su jornada laboral terminó justo a las ocho de la noche, por lo que al revisar su reloj supo que no alcanzaría a verla. Pensó en escribirle durante su viaje a casa, pero le fue imposible porque iba en el carro con varios compañeros y no quería que vieran sus mensajes. Cuando estuvo refugiado en su departamento le tocó cocinar, por lo que terminó casi de madrugada y ya estaba muy cansado como para acordarse de lo que pensaba hacer.

Durante su nuevo día, vio un par de estados de Amanda en Instagram que lo dejaron dubitativo, pero no tuvo el valor para escribirle al respecto. No quería echarle más leña al fuego y pensaba que lo mejor era el silencio, pues quería hablar con ella en persona y para ello esperaba salir temprano. Para su desgracia, volvió a terminar su jornada tarde pero no tanto como el día anterior. Esperaba verla, pero al llegar había otra mujer en su lugar. Dejó que sus compañeros entraran al edificio para acercarse al puesto.

—Hola —saludó—, ¿qué pasó con Amanda?

—Hola, no sé quién es ella.

—La guardia que estaba en este turno antes que tú.

—¡Oh! —exclamó—. Creo que se fue.

—¿Cómo que se fue?

—Escuché que renunció.
—¿Cuándo?
—Ayer, me parece, porque hoy comencé yo en este turno.
—Gracias —musitó atónito poniendo su cuerpo en movimiento.
Dentro del departamento encontró a Horacio frente a la puerta que él cerraba.
—¿Qué te sucede? —le preguntó—. Parece que murió alguien, ¿alguna mala noticia?
Pero Martin no le respondió, entró a su habitación y encendió su pipa, necesitaba relajarse y recuperar su claridad mental. Cuando al fin tomó una decisión, recibió una llamada de su madre; para variar eran malas noticias: su padre había enfermado y se encontraba en urgencias. Estuvo cerca de una hora hablando con ella y al terminar la conversación, estaba tan agotado que al estirarse sobre la cama se quedó profundamente dormido.
Cada nueva tarde al regresar del trabajo, Martin miraba hacia la conserjería por inercia ya que deseaba ver a Amanda, pero sabía que no la encontraría nunca más allí. No sabía por qué había renunciado, deseaba saberlo, pero entre la carga laboral y sus problemas personales siempre olvidaba mensajearle y ya llevaba una semana de esa forma, sin escribirle ni una sola palabra.
No era porque no quisiera hacerlo, era que estaba tan colapsado que su mente no encontraba un lugar para dárselo a ella. La extrañaba, sí, pero tampoco era tan importante en su vida como para preocuparse por su ausencia. Como era usual, lo primero que hizo al entrar al departamento fue encender su pipa y sacar una cerveza del refrigerador, sentarse en la terraza y mirar hacia la nada.
—Hermano —lo llamó Horacio, sentándose a su lado—, hoy te toca limpiar.
—Lo sé, me tomo la cerveza y comienzo.
—¿Me dirás qué te pasa?
—¿Por qué piensas que me pasa algo?
—Llevas una semana con esta rutina y no te ves bien.
—Siempre hago lo mismo.
—No, antes ni te asomabas a mirar la conserjería y ahora lo haces con tristeza.
—No miro la conserjería.
—¿Entonces qué miras en esa dirección?
—No miro nada en particular.
—Perdona que te pregunte esto, pero ¿Mariana era un alias para Amanda? —Aquella pregunta hizo a Martin mirar sorprendido a su interlocutor—. Ya entiendo —suspiró apoyando su espalda en el respaldo de la silla—. Lo de ustedes era más que una simple amistad y todo terminó lo suficientemente mal para que ella se fuera.
—No fue así, yo solo… —tiró un resoplido—. Eso ya no importa.
—Pues a mí me parece que sí te importa, de lo contrario no estarías así. —Se levantó—. Si no quieres hablar no te puedo ayudar.
—Está bien —accedió sacando su móvil y entregándoselo a su amigo—, este fue el último mensaje que me envió. La verdad es que ella no me entiende. Y sí, me apena lo que dice ahí, la entiendo, pero no puedo hacer nada para remediarlo. —Horacio pegó una carcajada, devolviéndole el artefacto cuando terminó de leer—. ¿Qué es lo gracioso?
—Porque todavía eres un niño inmaduro.
—¿Cómo dices?
—Lo que ese mensaje dice es un grito de auxilio para que te pegues el alcachofazo y le des su lugar, pero con esa respuesta tuya cualquiera se aleja.
—¿Qué?
—*«Sí, me importas, pero estoy tan ocupado, cuando tenga tiempo te escribiré»*, y de eso ha

pasado más de una semana. —Negó con la cabeza—. Ya la perdiste, compadre. Y, como lo veo yo, no te importa lo suficiente como para intentar recuperarla, pero eres tan masoquista que prefieres sumergirte en tu miseria antes que arreglar el desastre que has hecho.
—¿Qué sugieres?
—Eso depende de cuánto te gusta, de qué es lo que sientes por ella.
—Me gusta mucho.
—¿Solo te gusta?
—Me atrae y me gusta mucho, mucho más que otras mujeres con las que he estado.
—¿Enamorado?
—No, solo me gusta mucho y la considero una gran amiga, la aprecio y quiero, me preocupa su bienestar.
—Mmmm… —exclamó—, eso no se nota. ¿Te interesa recuperar esa pseudo amistad con ella?
—Sí.
—El primer paso es escribirle, si no te contesta deberás insistir, así como lo hacías antes.
—¿Cómo sabes eso?
—En su mensaje lo mencionaba —suspiró—. Compadre, darle un buen lugar en tus prioridades es lo que cualquier mujer espera como mínimo en una relación.
—Pero nosotros no tenemos una relación, no busco eso y ella lo sabe.
—Ya sea andante, amiga con ventaja, pareja, polola, incluso amiga sin apellido, requiere preocupación y comunicación —le explicó Horacio—. Si ellas notan que pierdes el interés se alejan, así de simple.
Martin quedó pensativo, mientras bebía y fumaba revisaba el Instagram de Amanda y le daba «me gusta» a un par de sus fotos. No se atrevía a hacer nada más, no entendía por qué su valor se había evaporado cuando él fue quién la buscó por chat, la sedujo, la convenció de aceptar esa relación con esas normas que solo le beneficiaban a él para seguir siendo libre y sin compromisos, obviando también su responsabilidad afectiva con ella.
Se suponía que no eran más que un par de amigos que follaban, sin más compromiso ni atadura. El que Amanda se hubiese confundido era su problema y él no tenía por qué preocuparse por eso, pues había sido claro al respecto con su regla «lo nuestro es sin enamorarse».
Entre aquellos cuestionamientos, abrió el chat que tenía con ella en Instagram y releyó un par de conversaciones que le formaron un nudo en la garganta. ¿Qué era lo que en realidad sentía por ella? ¿Solo le gustaba? ¿Le atraía físicamente? ¿O existía algo más profundo que no quería asimilar? Bloqueó la pantalla antes de que su conciencia lo obligara a escribirle, se levantó y dando zancadas entró a su cuarto cerrando de un portazo.

Capítulo 20

El encuentro inesperado

◆◆◆

Amanda

Ya habían pasado dos semanas exactas desde que presenté mi renuncia al trabajo y no volví a saber de él. Ya no dolía su indiferencia ni su silencio. Sabía que lo mejor para superarlo rápido era salir de ese lugar y no me equivoqué. Ya me sentía liberada, realmente tenía miedo a terminar hecha pebre por la decisión de alejarlo de mí, pero no fue así, ni tiene un parecido a todo el dolor que sentí en mi anterior desilusión amorosa. Ésta había sido más fácil de sobrellevar y superar, me dolió al comienzo, pero desapareció con el correr de los días. Creo que lo que sentía por Martin era solo algo carnal, que lo que pensé eran sentimientos no lo fueron de verdad, sino tendría el corazón roto y estaría marchita por la desolación.
Cuando le comuniqué a Camila sobre mi decisión, ella me apoyó y pasó tres días en mi casa, pues pensó que necesitaría un hombro en donde llorar, pero yo ya había llorado suficiente y no derramé ni una lágrima más. Eso le sorprendió y a mí también. Me alegró sobremanera el haber terminado con esa relación tóxica, creo que lo que me hería era el permanecer en ella porque ya me sentía libre y sin angustia. Lo que me entristecía era saber que él jamás podrá ser feliz porque no quiere serlo. Había creado ese blindaje que le impedía ser como realmente es, y dañar a otros con su indecisión. La sombra de sus miedos lo acompañaba a diario y no era capaz de superarlos, mientras siguiera inmerso en su dolor disfrazado de coraza seguirá siendo un hombre miserable que le teme al amor.
Camila me dijo que soy muy compasiva y que no le justificara su falta de hombría, pero yo podía ponerme en su lugar y lograr entender la raíz de sus miedos. Por eso quizás, no había sufrido tanto por su respuesta silenciosa. Siempre supe que él no estaba preparado para conocerme y que no era una buena influencia para mí. Era una naranja podrida que terminaría pudriéndome a mí también.
Ese día me junté con Camila y Cristina en un bar de Ecuador para la previa, y luego iríamos al Huevo. Me estaba preparando para ello, esa era una salida entre amigas y estaba segura de que la pasaríamos muy bien. Apenas salí de casa me sentí observada, pero no divisé a nadie cerca y me dio miedo encontrar a un pervertido entre los arbustos, por lo que caminé rápido hasta el paradero, que estaba desierto. La espera por un bus fue muy angustiante. Ya arriba del transporte saqué mi móvil para escribirle a mis amigas, pero grande fue mi sorpresa al ver un mensaje de quien menos esperaba.

Martin:
Por favor, perdóname, es que no había tenido
tiempo para escribirte hasta ahora. Espero que
podamos seguir siendo amigos. No quiero
perder tu amistad porque eres una mujer muy

tierna y empática y me gustas mucho.

Suspiré nostálgica y cambié de chat, no tenía intención de responderle. Ya me había acostumbrado a su silencio y lo mejor era que todo permaneciera así, aunque si insistía lo mejor sería bloquearlo de todas mis redes. No quería llegar a eso, pero si no me dejaba otra opción tendría que hacerlo.

Amanda:
Camila, ¿ya estás en el punto de encuentro?

Camila:
Sí, junto a Cristina.

Amanda:
Yo voy en el bus, llego en quince minutos.

Camila:
Genial, acá te esperamos.

En ese instante recibí una nueva notificación de mensaje.

Martin:
No me dejes en visto, por favor.

Tiré un resoplido y cambié de red social para despejar mi mente, mientras veía aparecer más notificaciones de mensajes con su nombre, los cuales no leí. Cuando me bajé del bus subí unas cuadras hasta llegar a la farmacia que siempre era nuestro punto de encuentro para esas salidas nocturnas.
—Hola —me saludó Cristina abrazándome—, tiempo sin verte.
—Lo mismo digo —expresé sonriendo—. Hola.
—Hola, querida mía —dijo Camila dándome un beso en la mejilla—. ¿Vamos?
—Claro.
Subimos la calle hasta que escogimos un bar, allí pedimos unos mojitos de diferentes sabores y comenzamos a hablar de trivialidades. Sin embargo, con el correr de la noche y las copas, sumándole a que constantemente me vibraba el móvil debido a los mensajes de mi acechador, terminé por soltar lo que estaba pasando.
—¿Qué sucede?
—¿Por qué esa cara?
—Has estado toda la noche en otro lado, tu cuerpo está acá pero no tu mente.
—Pues —suspiré—, cuando venía en el bus recibí un par de mensajes de Martin y desde entonces no ha parado de escribir.
—¿A qué se debe su insistencia? —preguntó Cristina.
—Quiere que lo perdone —dije—, pero yo no quiero volver a esa espiral tóxica en que me tenía, prefiero seguir sola que mal acompañada.
—¡Así se habla amiga! —la felicitó Camila alzando su vaso—. Un «salud» por ti.
—¡Ejale! ¡Salud! —exclamó Cristina chocando su vaso con los nuestros—. Ese tipo de hombres no sirven, son pura escoria.
Después de un par de tragos más salimos de ahí y nos dirigimos al Huevo antes de que la entrada dejara de ser gratis. Subimos las escaleras entre mareadas y risueñas, afirmándonos del pasamanos hasta que llegamos a la azotea. Nos ubicamos en un sector y comenzamos a bailar

entre nosotras, hasta que Cristina se mareó más de la cuenta y terminó corriendo al baño. Camila la acompañó, yo preferí sentarme porque estaba agitada y sudada.
—Hola —escuché una voz tras de mí—, Amanda.
Al voltear lo vi, era Martin observándome muy serio. Ubicó una silla a mi derecha y se sentó.
—No creo que este encuentro sea una simple coincidencia.
—No, no lo es —confesó—, fui a tu casa, pero antes de poder tocar tu puerta te vi salir…
—Y me seguiste. —Terminé levantándome—. No tengo nada que hablar contigo.
—No me gusta que te pongas así —dijo, deteniéndome de un brazo—, por favor, escúchame.
—Martin, han pasado más de dos semanas en que pudiste hacer algo y no lo hiciste, no entiendo por qué apareces ahora.
—Porque soy un tonto, ¿qué te extraña? —musitó acariciándome una mejilla con la yema de los dedos de su mano libre—. No supe apreciarte y te dejé ir porque pensé que era lo mejor, pero me di cuenta de que me estaba haciendo daño también.
—Y solo por tu aflicción me buscas ahora —gruñí tirando de mi brazo—. No estoy dispuesta a ser tu premio de consuelo ni tu juguete. Seguro ahora me buscas porque quieres tener sexo gratis, pero yo no estoy dispuesta a ser la sumisa que te complace en todo.
—No busco eso —dijo, pero yo volteé y salí corriendo. Deseaba tenerlo lo más lejos posible y esperaba encontrarme con las chicas en el camino—. ¡Amanda!
Me sostuvo de la cintura apegándome a la pared, estaba envuelta por completo en sus brazos y me miraba a los ojos. Podía ver su tristeza y a la vez su deseo contenido.
—Te quiero —susurró manteniendo el contacto visual—, y quiero seguir contigo. Por favor, perdóname.
—Me quieres solo para follar, eso lo tengo claro.
—No, también como amiga.
—Cágala más —refunfuñé empujándolo, pero no pude moverlo ni un centímetro—. No sabes lo que quieres, no te amas a ti mismo y menos amarás a alguien. Tú destruyes todo lo que tocas. —Vi que abría su boca sorprendida y aflojaba la presión—. Tú no eres bueno para mí ni para nadie, lo mejor es que me dejes en paz.
Salí de allí dando zancadas con la intención de volver a casa, pero terminé sentada en una banca en la Plaza de la Intendencia, muy ofuscada. Cubrí mi rostro con las manos cuando las primeras lágrimas se escaparon de mis ojos, y pronto percibí unos brazos por atrás, junto a un beso en la cabeza.
—Amanda, lo siento mucho, en serio.
—¡Déjame! —lo aparté, levantándome—. ¿Por qué me seguiste?
—Es peligroso que estés sola a esta hora en la calle —dijo—, tú me preocupas.
—Hace dos semanas no te preocupaba, es más, yo era una piedra en tu zapato.
—Jamás me molestaste —aclaró—, solo… solo me dio miedo.
—¿Yo te doy miedo?
—El que te enamoraras de mí me dio miedo porque no quería hacerte sufrir.
—Eres un idiota —tartajeé.
—¡Lo soy! —gritó—. Tuve miedo de hacerte daño, no quería que sufrieras y creí que mantenerme lejos de ti era lo mejor. Pero… —suspiró cerrando sus ojos—, me sumergí en mi porquería y Horacio me aconsejó…
—¿Horacio ya sabe de nosotros?
—Sí, él me vio tan mal que descubrió todo. Yo no quería aceptar su consejo, pero es que ya no puedo más —dijo desesperado tomando mis manos—. Sé que fui un patán contigo, sé que

prometí hablarte a diario y preocuparme por ti, sé que te prometí tiempo para compartir juntos y nada de eso cumplí. Puse excusas tontas y siempre esperé que tú comprendieras, pero yo no me puse en tu lugar y por eso toda mi mierda me explotó en la cara.
—¿Qué pretendes con todo esto?
—Quiero seguir conociéndote —aseguró, a lo que yo erguí mi cabeza hacia atrás—. Esta vez seré más atento y preocupado. Te daré tu lugar y compartiremos más juntos, ¿qué dices?
—No quiero sumergirme en tu mierda —repuse soltándole las manos—. Estoy mejor sola.
—¿Eso quiere decir que no tienes novio? —Yo abrí mis ojos por completo, acababa de confesar la verdad, sin quererlo—. Amanda, ¿desde cuándo estás soltera?
—Eso no te incumbe. —Crucé mis brazos sobre mi pecho—. Lo que haga con mi vida no es asunto tuyo.
—Pero dime, ¿estás soltera ahora?
—Sí —confesé en un suspiro—, pero eso no quiere decir que me lanzaré a tus brazos después de todo lo que me has hecho.
—No, obvio es algo que me debo ganar.
—¿Ganar? ¡No hay nada que ganar ni qué ocho cuartos! —exclamé—. Ya te dije que no me sumergiré en tu toxicidad.
—Sé que no te convengo, pero quiero jugármela por ti y no descansaré hasta que me perdones.
En ese instante mi móvil vibró, era una llamada de Camila.
—Hola.
—¿Dónde estás?
—En la Plaza de la Intendencia.
—¿¡Qué!? ¿Por qué saliste?
—Necesitaba alejarme de alguien, pero ese alguien me siguió hasta acá.
—¿Qué? —exclamó sorprendida—. ¡¿Martin está contigo?!
—Sí.
—Vamos para allá de inmediato, no te muevas de allí. —Colgó.
—Veo que me enviarás al patíbulo —bromeó—. El juicio por mi mala conducta será esta madrugada.
—Puedes irte si gustas.
—Te acompañaré hasta que ellas lleguen, no pienso dejarte sola.
Vi en la calle de frente a mis amigas corriendo, Camila gritó mi nombre alzando los brazos. Yo me aproximé al cruce y en cuanto la luz del semáforo cambió, ellas se me abalanzaron. Cuando volteé Martin ya no estaba.

Capítulo 21

Perseverando con el rabo entre las patas

◆◆◆

Amanda

Nos subimos al automóvil de Camila y emprendimos el viaje a su casa.
—Ese energúmeno —gruñó mientras manejaba—, ¿por qué aparece ahora? Cuando debió hacerlo no fue capaz y ahora que es tarde, aparece con el rabo entre las patas. Espero que no caigas otra vez en sus mentiras.
—Estoy bien sola —aseguré—, no quiero sufrir por su indecisión, así que puede irse a la mierda.
—¡Así se habla!
—Es la mejor decisión que puedes tomar, querida.
Subiendo hacia el Cerro Alegre nos detuvimos en una botillería y en cuanto llegamos a su casa, Camila prendió el televisor colocando música en YouTube. Seguimos bailando con un par de mojitos en nuestras manos. De tantas vueltas que di, sumándole al alcohol que bebí, caí sobre un mullido sofá y no pude levantarme más de él.
Al día siguiente, desperté entumecida y con todos mis músculos acalambrados. En el sillón largo divisé a Cristina y sentada sobre el suelo a Camila, quien mantenía su cabeza y antebrazos apoyados en un extremo del sofá. Me puse en pie a duras penas, tras resistir un mareo caminé hasta la escalera. En el camino recuperé mi móvil que había dejado sobre un mueble, y subí al segundo nivel en donde ingresé al baño. Me mojé el rostro varias veces y luego me senté en el retrete mientras revisaba mi celular.
—¡No es posible! —refunfuñé al ver un mensaje—. ¡Qué insistente!

Martin:
Hola, ¿cómo amaneciste hoy?
Supongo que aún sigues dormida
después del carrete de anoche.
Si hoy tienes tiempo me gustaría verte,
¿podríamos juntarnos en algún lugar del centro?

Suspiré bloqueando la pantalla sin responderle y salí de allí. Abajo encontré a mis amigas en las mismas posiciones.
—Camila. —Intenté despertarla acuclillándome a su lado—. Amiga, despierta.
—¿Qué? —musitó bostezando—. Me duele todo, ¿cómo es que me dormí aquí? —La ayudé a levantarse—. ¿Qué hora es?
—No lo sé, yo caí antes que ustedes —repuse—, son las doce del día.
—Temprano aún para el carrete de anoche —opinó—, pero gracias por despertarme porque esa posición era inaguantable.
—Cami, yo prefiero irme a casa. Ustedes necesitan seguir descansando y yo darme una ducha

pronto.
—Te acompañaré al paradero.
Caminamos dos cuadras y justo el bus estaba tomando pasajeros, me apresuré y subí. Cuando tomé asiento saqué mi móvil, que no había parado de vibrar.

Martin:
Visto —emoji de corazón roto.
Amanda.
Respóndeme.
¡Por favor!

Amanda:
Ándate a la mierda.

Martin:
¿Por qué me dices eso?

Amanda:
Es que no te quiero en mi vida,
eso te lo dejé bien claro anoche.

Martin:
Sé que me he portado muy mal,
pero merezco una oportunidad.

Amanda:
Mish, quiere una oportunidad el perla.

Martin:
No te burles.

Amanda:
¿Y quieres que me lancé a tus brazos
como si nada hubiera pasado?

Martin:
No espero eso, sé que debo hacer méritos.

Amanda:
No debes hacer nada más que dejarme en paz.

Martin:
No haré eso.

Amanda:
Acá no encontrarás sexo gratis otra vez.
Así que mi consejo es que te busques
una puta que cumpla tus cochinadas.

Martin:
No me gusta que te pongas así.
No entiendo qué te pasa.

Amanda:
Me pasa que no te quiero en mi vida,
así que paras este jueguito o te vas
bloqueado.

Martin:
Si quisieras hacer eso ya lo habrías hecho.

Amanda:

¿Me estás retando?

Martin:
No, no quiero pelear contigo.

Amanda:
Chao.

Harta de su insistencia, lo bloqueé de WhatsApp, pero a los segundos recibí sus mensajes por Instagram.

Martin:
¡Me bloqueaste!
Amanda, no te pongas así.
No me gusta.

Amanda:
Pues vete a molestar a otro lado.

Después de responderle, lo bloqueé de mi Instagram personal y en el de escritora, ya no quería saber más de él. Suspiré intentando relajarme, ya era momento de descender del bus para esperar el que me llevaría a casa.
—¡Qué coincidencia! —Escuché esa voz que conocía bien a mi derecha mientras esperaba en el paradero de Bellavista, y al no recibir respuesta, se interpuso en mi campo visual—. Amanda, necesitamos hablar.
—Di lo que quieras y lárgate.
—Dame una oportunidad para reivindicarme, por favor.
—Eso no ocurrirá —me burlé entrecruzando mis brazos—, ¿eso es todo?
—Sabes que yo soy terco y no me rindo hasta conseguir lo que quiero.
—Lo sé, pero esta vez no obtendrás sexo gratis.
—¿Por qué repites eso?
—Porque es eso lo que buscas de mí.
—No es solo eso…
—Desaparece de mi vista —farfullé entre dientes.
—Perdón, no quise decir eso —se disculpó dando un paso atrás—, yo pretendo recuperar nuestra amistad.
—¿Amistad? —repetí riendo—. Entre nosotros jamás existió una amistad, tú solo querías devorarme sin responsabilidad afectiva. Jamás fuiste mi amigo.
—Lo fui, lo soy —suspiró—. Lo que pasó fue un malentendido, yo estaba mal… Tuve muchos problemas familiares, mi padre enfermó y estuvo hospitalizado, mi hermana tuvo un accidente y el trabajo era super absorbente. Aún lo es, todo eso se juntó y no tuve cabeza para nada más. Eso te lo expliqué, pero tú no entendiste.
—Es que ese es el mayor de tus problemas.
—¿Qué cosa? —preguntó Martin.
—Eres un narcisista, piensas solo en tus problemas y esperas que los otros se pongan en tu lugar, pero tú no escuchas a nadie. No eres capaz de ponerte en el lugar de quienes te rodean. Esperas que te den todo y solo das migajas a cambio, eres pura basura —decir eso me hizo sentir liberada —. Ahora, te repito, puedes irte a revolcar en tu mierda, pero mantente lejos de mí.
—No. —Me detuvo del brazo—. Quiero ser parte de tu vida de aquí en adelante.
—¡Ja! —exclamé—. Y así como para saber, ¿qué me ofreces?

—Ser amigos y si en el futuro se da, con derecho a roce. —Yo reí por lo bajo negando con la cabeza—. ¿Qué es lo chistoso?
—Qué sigues siendo el mismo idiota de hace dos semanas. —Me solté de sus garras de un tirón —. Sigue mi consejo, búscate una puta para saciar tu sed de sexo. ¡Ah, verdad! No tienes plata, o no, corrijo, eres muy tacaño como para pagar por sexo, por eso lo buscas gratis.
En ese instante venía un colectivo que hacía la ruta a mi casa y como tenía solo un asiento disponible, lo hice parar y me subí. Él me observó ofuscado, hasta que lo perdí de vista.

Capítulo 22

A la reconquista

◆◆◆

Martin

Vi cómo se alejaba en ese colectivo, si hubiese quedado un espacio me habría subido. Se fue, se escurrió como agua entre mis dedos, y, sin embargo, lo único que sabía era que no iba a descansar hasta lograr convencerla de que estaba arrepentido y que quería seguir siendo su amigo.
Sé que hice muchas promesas que no cumplí, pero estoy dispuesto a reivindicarme y ser el amigo que ella necesita. Saqué mi móvil con la intención de escribirle, pero no pude hacerlo porque me había bloqueado. Odiaba cuando hacían eso. Entonces recordé que ella también usaba Facebook, quizás por ahí podría escribirle, aunque hace más de dos años que no lo usaba y tendría que descargar la aplicación. En ese momento, un carro se detuvo a mi lado y una voz que conocía me habló.
—¡Eh! ¡Compadre! —Era Horacio—. Veo que no tuviste éxito, sube.
—Necesito ir a su casa —dije subiéndome de copiloto—, ¿me llevas?
—Creo que lo mejor es dejarla tranquila, mañana será otro día y puedes continuar tu reconquista.
—Imposible —dije inmerso en mi móvil descargando la aplicación—, mañana trabajamos y no tendré tiempo para ir a su casa.
—Yo te llevo.
—Gracias, pero no sabes si ya tiene otro trabajo.
—Cierto —suspiró—. Si te llevo ahora, ¿qué harás?
—Conversar con ella.
—Ya lo has hecho y no veo que te haya funcionado —me recordó mirándome de soslayo mientras manejaba—, creo que deberías llevarle un regalito.
—¿Chocolate?
—O flores, lo que sea que a ella le guste. —Volvió a mirarme—. ¿Sabes qué cosas le gustan?
—Más o menos.
—¿Te dignaste a conocerla un poco?
—Un poco, sí —suspiré—. Sé qué marcas de chocolate le gustan, sé que le encanta que me muestre interesado en sus libros y sé que, a pesar de mis reglas, ella siempre esperó que yo fuera más atento; quería tener, aunque fuera, un poco de mi atención.
—Un poco no creo, pero ya vas entendiendo el concepto —repuso virando en una calle y estacionándose fuera de un supermercado—. Anda rápido, espero que podamos llegar antes que ella.
—Lo dudo —dije saliendo—, tomó un colectivo.
—Si te apresuras, tal vez pueda hacer un milagro.
—Bien.
Dentro del supermercado, me fui directo al pasillo de los chocolates y saqué un poco de todas las

marcas que a ella le gustaban. En vez de hacer la fila tradicional, me metí en la caja de autoservicio y salí de allí apresuradamente.
—Veo que te trajiste todo el pasillo de chocolates.
—Así tengo para toda la semana —bromeé, él rio y puso en marcha el automóvil.
Gracias a Google Maps tomamos una ruta diferente que nos llevaría a nuestro destino con mayor rapidez, saltando el taco de la carretera y las interminables vueltas por Placilla. Aparcamos cerca del paradero y nos quedamos a la espera de ver algún colectivo. Cuando estaba a punto de bajarme para ir a su casa, un colectivo se detuvo, entonces salí del auto y me acerqué a ella.
—Amanda —la llamé, ella volteó tirando un resoplido y cruzándose de brazos—, disculpa mi insistencia, pero te traigo una ofrenda de paz —dije entregándole una bolsita de Tifany´s—. Son para ti, tómalos.
—Gracias —accedió resignada—, pero no creas que con esta «ofrenda de paz» aceptaré tus disculpas.
—Claro que no —musité esbozando media sonrisa—, ojalá estos dulces sean mérito suficiente para endulzar tu corazón y así me desbloquees de tus redes. —Ella rio, negando con la cabeza—. He hecho algo bueno justo ahora.
—¿Qué? ¿Traerme chocolates?
—No —la contradije—, hacerte reír, eso es lo mejor del mundo.
—Me voy a casa —anunció, dedicándome media sonrisa nerviosa—, pasa una buena tarde con tus amigos, Horacio te está esperando en el carro.
—Sip —acepté—, pero si me dejaras pasar el resto del día contigo sería maravilloso.
—¿Dices que pasar tiempo conmigo es mejor panorama que con tus amigos? —preguntó incrédula alzando una ceja.
—Sí.
—No puedo creerlo, va a terremotear —ironizó gesticulando con sus brazos—, se viene un tsunami.
—No te burles.
—Es que lo que dices es para no creer —río por lo bajo—. Ese cambio en ti nos traerá un cataclismo, seguro.
—Bien —suspiré—, nos vemos mañana.
—¿Mañana? —repitió—. Tú trabajas.
—¿Y tú no?
—Aún no tengo trabajo.
—Amanda —me aproximé, tomándole de una mano—, ¿por qué renunciaste? Siempre temí ser el culpable de eso.
—Lo mejor para mi salud mental y emocional era alejarme de ti, la solución más lógica era renunciar.
—Perdiste un empleo por mi culpa.
—Yo tomé esa decisión, no eres responsable de ella.
—Pero yo lo provoqué.
—Pude seguir trabajando, pero quien decidió renunciar fui yo. Nadie me echó —me atajó—, no seas tan egocéntrico.
—Bueno —acepté con la clara intención de no seguir llevándole la contra—. ¿Te irás a casa o aceptas mi invitación a dar una vuelta?
—Prefiero irme a casa.
—Nos vemos mañana.

—Aja —exclamó volteando—, ten una buena tarde.
La vi alejarse y la seguí respetando una gran distancia, cuando entró en su casa me quedé unos segundos observando hasta que decidí marcharme. A la mañana siguiente, decidí hacer una visita temprano, dejándole un nuevo chocolate junto a una nota que escribí la noche anterior. Era muy breve porque no soy bueno para escribir, pero me esmeré en ella.
Esta decía: *«Recibirás una ofrenda de paz a diario y si no puedo venir un día, tendrás doble regalo al siguiente. Espero puedas perdonarme a futuro, te quiere tu amigo, Martin»*.
En la esquina me esperaba Horacio en su carro, y desde allí emprendimos el viaje al trabajo.
Aún seguía bloqueado en las redes sociales que usábamos para mensajeábamos con anterioridad, pero en Facebook no, así que por ahí le escribí esta vez.

Martin:
Te dejé una ofrenda de paz en tu buzón, ten un buen día.

Amanda:
Hola, no te creo.

Martin:
Pues, sal a revisar.

Amanda:
Eso haré.

Cada nuevo día le dejaba un pequeño presente junto a una nota en el buzón, prefería pasar por su casa temprano. Pero el viernes fue diferente, porque quería hacerle una propuesta que debía hacer personalmente.
Durante esos días solía saludarle y avisarle de la ofrenda de paz que le dejaba por mensaje, pero no hablábamos mucho más, ya que el trabajo me absorbía hasta el alma y llegaba muy cansado al departamento. Tiempo, sin duda, era lo que me faltaba y esperaba que ella en algún momento lo entendiera, pero hacía lo que más podía por darle un espacio en mi ajustada agenda semanal.

Capítulo 23

La propuesta

◆◆◆

Amanda

Cuando recibí el primer mensaje de buenos días de parte de Martin, mi corazón dio un fuerte salto y sonreí como una boba, me alegraba que se acordara de mí. Aún quedaban restos de lo bueno que me hacía sentir, y no de lo que me hacía daño. En cuanto me dijo que afuera me había dejado una «ofrenda de paz», me levanté y cubierta por una bata salí al patio, estaba super helado.

En el buzón me encontré con chocolates que traen licor en el centro que me gustan tanto, y una nota un tanto extraña; agradecí el detalle, pero el decir que quería ser mi amigo me causó un poco de resquemor, ya que claramente su indecisión se hacía latente. No quise escribirle más allá de un *«Gracias por el detalle, ten un buen día»*, porque sabía que estaría ocupado y me prestaría poca atención.

A la mañana siguiente, a eso de las siete treinta de la mañana, volví a tener noticias de él y un nuevo regalo en el buzón, otro chocolate. A este paso terminaría rodando y con diabetes con tanta azúcar. Su nota era más breve: *«Espero que este chocolate endulce tu día, cariñito»*. Eso me hizo reír, parecía que de verdad estaba haciendo méritos, pero sus intenciones no eran las que yo esperaba, pues a claras luces quería volver a sumergirme en esa espiral de «no somos más que amigos que follan», y esa no me parecía una buena idea para mi salud emocional.

Para el tercer día decidí poner la alarma y verlo llegar, pero por desgracia esta no sonó y desperté cerca de las diez de la mañana, ya muy tarde, pero leí sus mensajes de buenos días y salí a buscar su detallito en mi buzón. El chocolate no me importaba tanto como la nota, pues lo que más ansiaba era leer sus palabras sin importar los jeroglíficos que las componían, igual lograba descifrarlos.

«Espero lograr tu perdón para que volvamos a ser amigos, te quiero y me importas mucho, bebé».

Al día siguiente intenté levantarme temprano, pero él llegó antes de lo previsto y cuando salí al patio, su regalo me esperaba en el mismo lugar. Suspiré cuando terminé de leer su nota, no sabía cómo interpretar sus detalles, ya que en cada nuevo escrito sus palabras eran tajantes: *«quiero recuperar tu amistad»*. Y, si hablábamos de «amistad», tendría que ser sin la contraparte que estaba segura él también quería recuperar.

No niego que mi corazón ya saltaba a mil por él, y que la llama de la lujuria interna que había provocado hace tiempo ahora estaba encendiéndose. Comenzaba a desearlo de nuevo, pero no estaba segura de poder ser un robot sin sentimientos. No estaba segura de poder obviar mis sentimientos, antes no lo había logrado y por eso decidí alejarme de él.

La nota del día decía:

«Te quiero mucho y mañana vendré por la tarde, te avisaré para que salgas. Espero que puedas

recibirme porque necesito hablar contigo en persona. Tu amigo, Martin»
Le saqué una foto a la nota y se la envié al chat.

Amanda:
¿Eso quiere decir que no vendrás temprano mañana?

Martin:
Exacto.

Amanda:
¿Cómo a qué hora vendrás?

Martin:
Entre las siete y las ocho, si me atraso te aviso.

Amanda:
Me parece, ten un buen día y gracias por el detalle.

Martin:
No tienes que agradecerlo porque es mi manera de pedirte disculpas. Ten un buen día, cariño.

Ese día convoqué a mis amigas por videollamada para contarles sobre los méritos que Martin estaba realizando. Camila no estaba muy conforme por la insistencia que para ella era un «más que amigos», pues estaba segura de que querría volver a la espiral de incertidumbre emocional y no quería eso para mí. Mientras tanto, Cristina suspiraba y se veía feliz, pensaba que él cambiaría de parecer en algún momento y dejaría que la relación entre nosotros fluyera, siendo capaz de aceptar mis sentimientos.
Al final, quedaron en venir al día siguiente después del trabajo con la intención de acompañarme en la espera de su visita, por si algo salía mal. Yo no creía que eso fuese necesario, pero era viernes y nuestros cuerpos lo sabrían, podríamos hacer algo durante la noche para compartir.
Ambas llegaron a eso de las 18:30 horas y comenzamos a organizar todo sobre la mesa del comedor, ya que trajeron varios vituperios y cervezas.
—¿Realmente crees que vendrá? —preguntó Camila bebiendo un sorbo de su cerveza—. Hoy no te ha escrito saludo alguno, eso es mala señal.
—No lo sé —suspiré—, aún siento que con él todo es incierto.
—Y por eso creo que no te conviene —me recordó—, es un pastel y eso no cambiará.
—Pero dice que tiene mucho trabajo —lo defendió Cristina—, que le falta tiempo y yo creo que deberíamos darle el beneficio de la duda.
—¡Bah! —exclamó Camila—. Esa es una excusa barata. Si dependiera de mí, lo mandaría a volar bien lejos. Hombres así dan puros dolores de cabeza porque siempre privilegian otras cosas sobre la relación. ¡Amiga! —me llamó—. Date cuenta, él no te conviene.
—Lo sé —acepté cabizbaja.
—Pero te gusta —terminó ella apoyando su espalda en el respaldo—, y contra eso eres incapaz de luchar.
En ese instante mi móvil vibró, yo lo saqué ansiosa encontrándome con mensajes de él.

Martin:
Hola, lamento no haberte escrito hoy, pero estuve muy ocupado.

Voy en camino, en cinco minutos estoy por allá. ¿Estás en casa?

Amanda:
Hola, sí, te estoy esperando.

Martin:
Bacán.

Bloqueé la pantalla, viendo que mis amigas me observaban expectantes.
—Dice que llega en cinco minutos. —Me levanté—. Saldré a esperarlo.
—No hagas eso. —Me detuvo Camila—. O pensará que ya estás en sus manos. Ahora tú debes hacerlo esperar.
—Déjala ir.
—No, por ningún motivo —dijo tajante poniéndose en la puerta—. Cuando llegue que te llame o mande mensaje, solo entonces te dejaré salir.
—Tranquila —reí por lo bajo sentándome—, te haré caso, no te preocupes.
—¿Para qué querrá verte?
—Según la nota quería hablar conmigo en persona.
—¿Se habrá arrepentido de ser tu amigo? —soltó Cristina, ante nuestras caras de escándalo prosiguió—. Quiero decir, quizás quiere formalizar a seguir en esta incertidumbre.
—No lo creo —espetó Camila—, es un donjuán y eso jamás cambiará.
—¿Entonces?
—Quizás quiere hacerle una propuesta indecorosa.
—¿Cómo así?
—Una salida en la buena onda con la doble intención implícita —respondió como lo más obvio, luego me señaló con un índice a modo de advertencia—. Si te invita a salir, ya sabes en qué desea que termine todo.
Mi móvil vibró, al revisarlo vi su mensaje.
—Chicas, él me espera.
—¿Lo traerás acá? —preguntó Cristina.
—No, eso sería como traerlo al patíbulo —reí—. Al menos eso me dijo la otra noche.
—Sabe que se portó mal contigo y teme que lo juzguemos.
—Sobre todo tú, Camila —intervino Cristina.
—No es mi culpa que sea una ilusa…
Aproveché ese momento de discordia para salir al patio, caminé rápido hasta abrir la reja y al mirar a la derecha lo vi muy cerca. Me sonrió deteniendo su marcha.
—Hola —le dije—, ¿cómo estuvo tu día?
—Todo un caos, como siempre —respondió—, y el tuyo.
—Tranquilo, me junté con mis amigas.
—Que bien.
—¿Qué querías decirme?
—Bueno, derecho al grano —suspiró entregándome una caja de bombones—, esta es mi ofrenda de paz de hoy.
—Gracias.
—Quería proponerte un viaje para mañana.
—¿Un viaje? —repetí incrédula—. ¿A dónde?
—Es un viaje que quedó pendiente.
—¿A Santiago?

—Sí, ese mismo panorama que tuve que cancelar hace un tiempo atrás, ¿qué dices?
—¿Cuál sería el itinerario?
—Pasaría por ti a eso de las ocho.
—¿Vendrías a buscarme?
—Sí, pero nos iríamos en bus porque Horacio no viaja este fin de semana.
—Pues tengo que ver si tengo dinero…
—Yo pago —intervino—, tanto el pasaje, la estadía y todo el paseo.
—¿Broma?
—Es una propuesta totalmente en serio, ¿aceptas?
—Sí —accedí feliz—, ¿pretendes que me quedé allá también?
—La noche, si puedes, pero es sin compromiso —aseguró esbozando su típica media sonrisa coqueta—. ¿Qué dices?
—Viajar contigo sí, pero quedarme por la noche no sé. No me parece correcto, ya que solo somos amigos.
—Entiendo —suspiró—, nos vemos mañana entonces —sonrió—. Cuando esté cerca te avisaré para que salgas.
—Claro, hasta mañana.
Cuando entré en el comedor mis amigas me observaron expectantes, querían respuestas ya. Yo les enseñé la caja de bombones mientras sonreía.
—Llegaste muy pronto, ¿qué sucedió? —me interpeló Camila.
—Me invitó a un viaje mañana.
—¿Por el fin de semana? —preguntó Cristina.
—No, por el día completo, volveré el sábado en la noche.
—Clásico, quiere pasar la noche contigo —aseguró Camila.
—Dijo que es sin compromiso —repuse—, además, le dije que no estaba segura de aceptar su propuesta de quedarme por la noche.
—Conociéndote accederás —afianzó Camila.
Después de una noche de alcohol y consejos entre amigas, nos acostamos de madrugada, aunque estaba ansiosa y alcoholizada, pude quedarme dormida.

Capítulo 24

El viaje

◆◆◆

Con el dolor de su alma, Martin se levantó con el sonido del despertador sin postergarlo cinco minutos más. Era sábado y levantarse tan temprano le significaba menos horas de sueño, algo que para él era un gran mérito. Tras ducharse y tomar un desayuno rápido, salió. Al poco andar pasó un bus en el que se subió sin miramientos.

Martin:
Voy en camino, creo que llegaré en cinco minutos.

Al no recibir una respuesta por parte de quién esperaba, la llamó, llevándose el auricular al oído.
—Buenos días, cariño —saludó al escuchar ruido del otro lado—, ¿ya estás lista?
—¿Martin? —murmuró Amanda somnolienta—, ¿de qué hablas?
—¿Olvidaste nuestra salida de hoy? —espetó Martin, pasándose una mano por la cabeza.
—Es que fue una noche de locos, lo siento —se disculpó seguido de un bostezo—. Me levanto enseguida, no tardo. ¿Tú dónde vienes?
—A dos calles de tu casa.
—¿Ya en el bus?
—Sí.
—Dame cinco minutos.
—Dale, te espero. Ahora me bajaré.
Dicho aquello, se levantó de su asiento, tocó el timbre y descendió del bus.

Cuando Amanda recibió la llamada, ya estaba lista y esperándolo. Tomaba desayuno junto a sus amigas y tal como habían acordado, fingió estar recién despertando solo para no verse tan ansiosa y disponible.
—Has mentido muy bien, amiga —la felicitó Camila—. Este es tu momento para jugar tus fichas. —Me apuntó con un índice—. Sabes que no estoy de acuerdo con que le des esta oportunidad, porque tipos como él no sirven y nunca cambian.
—No seas aguafiestas —intervino Cristina—, hay que darle el beneficio de la duda.
—Yo ni tonta, a mí me hacen una vez lo que a Amanda y no le vuelvo a dirigir mi atención nunca más —aseguró—, y lo bloqueo de todos lados para que no tenga forma de contactarme. Porque esos cabrones si te la hacen una vez, la seguirán haciendo y caerás en un círculo muy tóxico.
—Si me la hace otra vez no le daré una nueva oportunidad, eso lo aseguro.
—Claro —contestó Camila sin mucha convicción.

—¡Miren ahí está! —apuntó hacia la ventana que tenía enfrente, todas vieron al susodicho parado a la izquierda de la puerta enrejada—. ¡Ya llegó!
—Voy…
—No —la detuvo Camila, impidiéndole levantarse—, espera que te escriba.
—Pero…
—¡Qué la sufra! —exclamó—. ¡No le des todo tan fácil!
El celular comenzó a vibrar, era una llamada entrante de Martin. Ella le contestó tras tres segundos de espera.
—Ya estoy fuera —le informó—, ¿te falta mucho?
—Ya voy, no tardo. —Le colgó—. Bueno, chicas, me voy —anunció levantándose—. Las mantendré al tanto de todo.
—Que te vaya excelente —le deseó Cristina abrazándola—, mucha suerte.
—Pásala bien, amiga —le dijo Camila—, y nos avisas si hay que matarlo, “ya tú sabe”. —Le guiñó un ojo.
Salió de casa con una mochila en el hombro. Fuera de la reja se encontró con el chico que le sonrió con picardía, se veía complicidad y deseo en su mirada. Podía sentir la tensión sexual a su alrededor y eso le hizo ruborizarse.
—Hola —la saludó—, ¿lista?
—Hola, sí —contestó esbozando su típica sonrisa boba sin que pudiera evitarlo—, vamos.
—Vamos —repitió siguiéndolo—. ¿En serio se te había olvidado nuestra salida de hoy?
—No, pero es que anoche me junté con unas amigas y terminamos muy alcoholizadas —le confesó—. Apenas pude abrir mis ojos cuando me llamaste.
—Pues te levantaste muy rápido —opinó deteniéndose para observarla—, y te arreglaste muy bien para el poco tiempo que usaste, ¿segura que dormías cuando te llamé?
—Sí —mintió, sonriéndole nerviosa—, como verás, soy muy rápida y eficiente.
—Ahí viene nuestro transporte —anunció, estirando su brazo para pararla. Cuando se detuvo frente a ellos le hizo un ademán—. Tú primero. Yo pago, así que escoge un asiento para dos más atrás.
—Gracias —dijo subiéndose y buscando el mejor lugar. Se ubicó en el penúltimo asiento a un lado de la puerta.
Cuando él volteó, Amanda alzó sus brazos para indicarle en donde se encontraba. Él se acercó sonriendo y se sentó a su lado.
—¿Puedo? —preguntó haciéndole un ademán indicándole que quería tomar su mano. Ella sonrió asintiendo, él entrelazó sus dedos entre los suyos—. Lamento haberme alejado, en serio.
—No lo lamentes tanto —rio por lo bajo.
—No te burles, hablo en serio.
—No te creo.
—¿Qué puedo hacer para que me creas?
—Nada —aseveró—, ya me trataste mal una vez y eso no se olvida.
—Fui un idiota —aseguró—, pero eso no se repetirá. Es más —suspiró—, hoy cumpliré todo lo que te he prometido.
—¿Y qué me has prometido? —preguntó ella con resquemor—. Refréscame la memoria, por favor.
—Hoy cumpliré la invitación que te hice hace algún tiempo de ir a Santiago —dijo—, y pasar un día espectacular juntos con todo pagado, porque yo invito.
—¿Respetarás mis decisiones?

—Por supuesto —convino—, jamás te obligaría a nada que no quieras hacer.
—¿Todos los límites que te imponga los respetarás?
—Sí.
—¿Y responderás a todas mis dudas?
—Sí.
—¿Por qué decidiste regresar? —soltó escueta—. Te di la oportunidad de hacer tu vida sin mi molesta carga, pero volviste a buscarme.
—Pues… como dije en conversaciones anteriores —prosiguió—, lo nuestro no sería solo una vez.
—¿Entonces solo me buscaste porque te apetece tener sexo otra vez?
—No quise decir eso, no me malentiendas —repuso nervioso—, es que yo… En realidad, te extrañaba.
—¿Te hacía falta solo por sexo? —prosiguió ella—. ¿Algo más en lo que pensar?
—Pues… —Soltó la mano de Amanda y se la llevó a la cabeza—. Me gustas mucho y, no te negaré que quiero follarte cada vez que te veo, pero tú también me preocupas y me haces falta.
—Te haré un favor para que no te hundas más —resopló ella mirando por la ventana—, creo que lo mejor es dejar este viaje hasta aquí porque yo no pienso darte lo que quieres. El otro día te dejé bien claro que, si querías sexo, te buscaras una puta.
—¿Qué respuesta quieres exactamente?
—Una razón no sexual por la que me busques esta vez —repuso haciendo contacto con sus pupilas—, pero veo que eso es imposible. No hay sentimientos en ti y sí, eres un monstruo sin corazón.
—No me digas eso —le pidió suplicante—, yo sí tengo sentimientos.
—Pues los escondes muy bien —dijo intentando pararse, pero él la detuvo—. Déjame pasar, yo me bajo aquí.
—Amanda, no quiero pelear contigo. Por favor, cálmate y siéntate —le pidió en voz baja—. Prometo que será un viaje muy entretenido y la pasaremos muy bien.
—Dijiste que respetarías mis decisiones —le recordó—, y ahora mismo no lo estás haciendo.
—Es que me parece una niñería pelear por esto —opinó, tomando su muñeca y mirándola suplicante—. Amanda, por favor, dame la oportunidad de realizar este viaje contigo. Luego de eso podrás decidir si mandarme a la mierda o no, pero deja reivindicarme.
—¿Por qué crees que este viaje hará eso?
—Porque haré todo lo que esté a mi alcance para enmendar mis errores.
Amanda tiró un resoplido y se sentó, concentrando su atención en el exterior.
—No te creo una palabra —susurró—, pero veremos cuánto te hundes hoy.
El resto del recorrido lo pasaron en silencio, la tensión caía sobre ellos como un manto frío que comenzaba a asfixiar a Martin, que intentaba controlarse. Se bajaron del micro y caminaron a la terminal uno al lado del otro.
—Compraré los pasajes —le dijo cuando ya estaban dentro del recinto—, no tardo. Puedes sentarte, por ahí hay un espacio.
Ella asintió y tomó su lugar. Lo vio hacer la fila y recibir dos boletos, por lo que asumió que solo había comprado de ida.
—¿Solo dos boletos? —preguntó alzando una ceja.
—Sí —respondió extendiéndoselos—, son los tuyos. —Ella los recibió sorprendida—. Te saqué de ida y vuelta, aunque el de regreso lo debes confirmar en Santiago.
—¿Y los tuyos?

—Yo tengo talonarios, recuerda que te lo había dicho.
—Cierto —despabiló levantándose—. ¿A qué hora sale el bus?
—En cinco minutos y es ese —anunció apuntándole al transporte—, ¿vamos o quieres algo más para pasar las horas de viaje?
—Podría ser un jugo.
—¿De qué sabor?
—Durazno.
—¿Algo más?
—Lo que quieras tú.
—Voy.
Él se aproximó a un vendedor ambulante y compró el jugo, una bebida cola y unas galletas. Cuando volteó se encontró con ella, Amanda lo escudriñó con la mirada.
—¿Vamos? —preguntó.
—Después de ti. —Le hizo un ademán, ella solo suspiró y siguió caminando hasta encontrarse al interior del bus subiendo hacia el segundo nivel—. Tu asiento es el veintidós, estaremos juntos.
—Bien.
Se ubicaron en sus respectivos asientos y Amanda, para pasar el rato, se sumergió en su celular. Al mismo tiempo, Martin no sabía cómo llamar su atención, pues no quería hacerla enojar y que el ambiente se volviera aún más tenso de lo que ya era. Finalmente, sucumbió ante el cansancio y se quedó dormido.
Despertó cuando bajaban los demás pasajeros, su acompañante lo remeció en un intento para traerlo de vuelta a la realidad.
—Ya llegamos al Terminal Alameda —le informó sonriendo—, creí que no despertarías y tendría que pasar sobre ti para bajarme.
—Que chistosa —rio él estirando sus brazos—. Estaba cansado, tanto trabajar durante la semana me tiene agotado.
—¿Todavía te dan con el látigo? —bromeó Amanda, justo cuando él se levantaba—. Deberías decirle a Horacio que te deje respirar.
—Los dos estamos iguales —bostezó—, trabajamos a la par y tenemos la misma carga. Él no me manda, de hecho, yo sé más que él y siempre me pide ayuda.
Entre bromas descendieron del bus y bajaron hasta el metro, donde abordaron un vagón con dirección a Los Dominicos. Amanda estaba muy risueña y bromista, toda su ira se había evaporado y el ambiente entre ambos era ameno y relajado. En medio del caos debido a la gran cantidad de gente subiendo al transporte, tuvieron que reducir espacio y quedaron uno frente al otro muy pegados mirándose a los ojos. Aquello solo hizo que ambos compartieran una sonrisa boba, mezcla de nerviosismo y tensión sexual.
Mientras vivían ese momento de complicidad, Martin aprovechó para rozar por un breve instante los dedos de su acompañante haciéndola sonrojar, pero no de vergüenza, sino de deseo. Al sentir aquel contacto, al interior de Amanda se encendió el fuego de la lujuria; esa hoguera que había mantenido a medio apagar durante todo ese tiempo. Ahora deseaba probar sus labios y sumergirse en su embriagante pasión.
Martin, por otro lado, solo deseaba devorar sus labios como si fueran el mejor de los elixires. La deseaba, y el hecho de tenerla así de cerca y no poder tocarla le hacía perder el juicio; su compañero de abajo ya le estaba reclamando y no podía controlarlo, pero gracias a que usaba jeans, sus acometidas insistentes por hacerse notar no eran visibles para nadie, excepto para él. Justo en ese instante, llegaron a la estación en que debían descender y tuvieron que romper ese

contacto visual.
—Llegamos a nuestro destino —le informó Martin, susurrándole al oído. Esto le erizó la piel haciéndola suspirar—, vamos.
Martín tomó su mano, sintiendo electricidad recorriendo el brazo y calor ascendiendo por la columna, concentrándose todo en su rostro. Amanda percibió algo similar, seguido de un estremecimiento perceptible para su acompañante. Así salieron del vagón, pero al haber tal cantidad de personas, él la colocó delante tomándola con sus brazos hacia su torso, mientras eran arrastrados por el tumulto hasta las escaleras. Ella podía sentir su respiración en el cuello, haciéndola excitarse cada vez más.
Cuando al fin salieron a la calle, él la liberó, pero sin soltar la mano que durante todo el camino le había sostenido. Comenzaron a caminar jugueteando con sus dedos.
—¿A dónde me llevas?
—A almorzar —dijo él, sonriéndole con picardía—, te gustará, es un excelente restorán.
—Me traes a un sitio que se ve muy pituco, si las calles son así, el restorán debe ser bien elegante y te aseguro —dijo ella riendo y soltándole la mano, apuntándolo con un índice y retrocediendo —, que quedaremos con hambre.
—¿Por qué piensas eso? —prosiguió él en tono picarón—, ¿qué estás sugiriendo?
—Nada —rio ella—, solo te estoy avisando que será comida gourmet.
—¿Y eso qué? —preguntó sin entender.
—Será un plato gigantesco —indicó realizando un ademán—, con muy poca comida.
—¡No me digas!
—Estás advertido. —Lo apuntó con un índice, riendo por lo bajo—. Dudo que con tamaña ponchera que cuelga de ti esa comida sea capaz de saciarte.
—Ven. —La atrajo hacia sí deteniendo su marcha, ella rio entre sus brazos—. Ya llegamos.
Empujó una puerta de vidrio. El interior era muy elegante con mesas circulares cubiertas por manteles rojos.
—¿Qué te parece? —continuó él.
—Increíble para ser una invitación tuya.
—¡Shooo! —exclamó—. ¿Me estás diciendo pordiosero?
—Es que siempre decías no tener dinero —le recordó—, y esto me parece excesivo viniendo de ti.
—Buenas tardes —los interrumpió un mozo—, ¿tienen mesa reservada?
—Sí, a nombre de Martin Eddoumi. —El hombre revisó una Tablet.
—Por aquí —dijo, haciéndoles un ademán. Ellos los siguieron hasta una mesa que estaba junto a la barra—. Esta es, pueden revisar el menú con este código, volveré luego —anunció, después de acomodar la silla a Amanda.
—Te has lucido con este lugar —repuso ella—, muy elegante. ¿De dónde sacaste plata para traerme aquí?
—Eso no importa.
—¿Vendiste un riñón? —siguió bromeando.
—Las otras salidas no estuvieron mal —le recordó él—, así que algo elegante no está de más, ¿o sí?
—Para nada —aseguró sacando su móvil y enfocando el código QR para abrir la carta—. Me gusta, tienen un menú tentador —opinó después de revisar lo que ofrecían—, pero, estoy segura de que quedarás con hambre.
—Eso lo veremos —repuso—, pediré ostiones a la parmesana como entrada. ¿Y tú?

—Me parece una excelente entrada, pediré lo mismo —convino mirándolo a los ojos—. De plato principal cebiche a las finas hierbas y para beber un Chardonnay Sour.
—Ya que estamos listos, pidamos.
Martin llamó al garzón e hizo el pedido, al cabo de cinco minutos llegaron los ostiones para ambos. Estaban exquisitos, pero eran muy pocos y el plato en el que venían era extremadamente grande. Amanda lo observaba risueña, porque ya le había advertido de aquello y él no le había creído.
El plato que siguió para Martin era demasiado grande considerando el pequeño pedazo de filete y la poca cantidad de papas rústicas que traía. Sin embargo, todo estaba sazonado de forma que su paladar se deleitaba con cada bocado.
Amanda disfrutó tanto los ostiones como su ceviche y su Chardonnay Sour, pero también sentía que le quedaba espacio de sobra para seguir comiendo.
—¿Sabes? —le susurró para que solo ella le escuchara—, mejor te invito a comer a otro lado el postre y tal vez algo más, porque aún tengo hambre.
Ella rio por lo bajo, esa sonrisa le pareció tan dulce que deseó tenerla más cerca para abrazarla, pero la mesa los separaba y estaba muy lejos por el momento.
—Pediré la cuenta y nos vamos.
—¿Dónde? —preguntó ella.
—Al Barrio Bellavista —le informó justo cuando el mozo se le aproximó—. La cuenta, por favor.
Salieron después de pagar. Mientras caminaban a la estación de metro más cercana, un bus pasó y él lo hizo parar, ya que conocía el recorrido y ése permitía llegar sin transbordo.
El viaje estuvo cargado de bullicio, ya que las ventanas producían un ruido ensordecedor que ni con audífonos y música a todo volumen podías dejar oír. Ellos lograron sentarse juntos e intentaron hablar, pero debían gritar para escucharse. Martin bromeaba y ella reía, la interacción y la química crecía, haciéndolos acercarse más de lo debido. Él terminó abrazándola y ella descansando la cabeza en su pecho. Cuando al fin alzó la vista, el chico hizo el primer acercamiento logrando rozar sus labios por unos segundos, pero debido a un fuerte frenazo se separaron.
—Estos buses son un lío —opinó ella—, no puedo escuchar ni mis propios pensamientos.
—Debemos bajarnos en la siguiente parada —le anunció tomándole de una mano—, vamos.
Se abrieron paso entre la multitud, tocaron el timbre, apenas el bus se detuvo y abrió sus puertas, bajaron.
—Hay que caminar un poco —le anunció—, pero valdrá la pena.
—Cuadras santiaguinas son como dos o tres de Valpo —rio Amanda.
—Juro que valdrá la pena.
—Me traes al barrio bohemio de Santiago, ¿qué quieres hacer?
—Que nos divirtamos —aseguró—, pero ahora lo que me urge es comer algo de verdad. —Esa confesión hizo que su acompañante diera una carcajada—. Tenías razón respecto a las raciones miserables que dan esos restaurantes pitucos, debí creerte.
—Lamento repetírtelo —dijo acercándose a su oído—, pero te lo dije.
Doblaron en una esquina entrando a una calle con casitas pintorescas. En cuanto a infraestructura se parecían mucho a las del puerto y más aún, con sus múltiples colores llenos de vida y energía. Pronto se detuvieron fuera de un restobar, se ubicaron en una mesa del interior y pidieron una chorrillana para dos. Cuando la sirvieron era inmensa, junto a un mojito de mango para ella y un shop de cerveza para él. Mientras comían, hablaban y reían, no se dieron cuenta de que una

mujer los observaba desde una mesa cercana. Se veía molesta, echando chispas de fuego por sus ojos.
Amanda pidió otro mojito y Martín más cerveza, continuaron conociéndose mientras en ellos se reiniciaba la chispa del deseo una vez más. Ambos deseaban lo mismo: besarse y dejar fluir sus más bajos instintos, eso se notaba a kilómetros. Y quien los espiaba lo podía percibir con claridad, aquello le irritaba de sobremanera.
Salieron de allí después de beber más de lo que Amanda podía recordar. Ya estaba oscuro y la temperatura había disminuido. Martin, en un gesto de caballerosidad, le pasó su chaqueta y la contuvo entre sus brazos.
—Gracias —le agradeció—, ¿qué hora es?
—Las ocho —respondió consultando su reloj de pulsera. Ella lo miró aterrada—. Es muy tarde para que regreses a Valpo, podríamos buscar un panorama para esta noche y vemos qué resulta.
—¡Martin! —exclamó ella—. Me distraje tanto que no me di cuenta del paso del tiempo.
—Tampoco yo.
—Eso no lo creo —negó riendo, luego lo apuntó con un índice—. Esto lo planeaste, ¡admítelo!
—No, no fue así —negó escueto—, esto surgió por casualidad, pero si te molesta —suspiró—, te acompaño al terminal y vemos qué encuentras. —Ella negó divertida, tomándole de una mano y trayéndolo hacia sí—. ¿Qué?
—Haré lo que hace rato quiero —pronunció con voz ebria, él le sostuvo la cabeza entre las manos con la respiración acelerada.
Amanda se le aproximó rápido rozando sus labios por un segundo apenas, ya que él los reclamó desesperado con su pasión devoradora; sus lenguas danzaban con lujuria, cubriendo por completo sus labios sin dejarla tener el control.
El corazón de Amanda se aceleró clamando por salir y su centro se humedeció al instante, ya estaba lista para recibirlo. Mientras que Martin, totalmente excitado, la hizo retroceder hasta chocar con una pared, sus escurridizas manos descendieron hasta encontrar un lugar por el que meterse para tocar su piel. Alcanzó los senos prominentes que tanto le gustaban, gimió entre aquel beso sintiendo cómo su miembro luchaba por escapar de su pantalón, ella pudo percibir esas insistentes estocadas en su vientre y rio por lo bajo con su respiración agitada.
—¿De qué te ríes? —preguntó haciendo su cabeza hacia atrás.
—De que ya ha despertado —le indicó con un índice a su entrepierna—, me gusta tener el control de él.
—Te gusta ser la causante de mis erecciones, ¿verdad? —ronroneó acariciándole el cuello con sus labios—. Eres malvada. —Ella rio profundamente excitada, justo en ese instante la palma de su acompañante le frotaba sus partes privadas—. Estás muy húmeda.
—Siempre lista para ti.
—Mmmm —gimió, liberándola y tomándole de una mano—. Tenemos dos opciones.
—¿Cuáles serían?
—Ir a un lugar privado y pasarla bien juntos.
—Y la siguiente opción es…
—Ir a una disco, bailar un rato y ver luego dónde quedarnos.
—Me gusta la última opción.
—Bien —accedió devorándole la boca por unos instantes—. Vamos, aquí tenemos para escoger.
Siguieron caminando, esta vez abrazados y felices, sin percatarse de que la mujer del restorán había salido tras ellos y se escondía entre los postes de la calle. Al amparo de la oscuridad, los observaba encolerizada, hasta les había sacado un par de fotos. Los siguió hasta el local de baile

y entró tras ellos. Martin no sería feliz y menos volvería a rehacer su vida con otra mujer que no fuese ella, eso se lo había jurado el día en que decidió rechazarla.

Capítulo 25

Reconciliación lujuriosa

◆◆◆

Entraron en una disco, la música era extremadamente fuerte. Martin tomó de la mano a Amanda y la guio por la primera planta hasta la barra.
—¿Quieres beber algo más? —le gritó cerca de su oído para que lo escuchara.
—No, ya ha sido suficiente por esta noche —aseguró justo cuando él le tomaba de su otra mano dándole un par de vueltas y luego la asió de la cintura. Ella no pudo evitar reír.
—Me encanta verte feliz —gritó cerca de su oído—, cuando ríes tu rostro se ilumina. Tienes una sonrisa muy hermosa.
—Buena, galán.
—Lo digo en serio.
—Haré como que te creo.
—Sé que debo recuperar tu confianza —repuso a viva voz—, pero me conformo con esta tregua que has aceptado y el verte sonreír me hace aún más feliz.
—¿Y recuperar mis besos? —le recordó insinuante.
—También —ronroneó—, me tienes todo duro.
—Y a mí toda húmeda —reconoció; él pudo ver chispas de lujuria en sus pupilas—, me gusta tenerte duro, me excita escucharte decir eso.
—¡Uy!
Martin no pudo más contra su deseo, reclamó los carnosos labios mientras sus manos recorrían bajo la polera de ella tocando su suave y tibia piel. La respiración de ambos se agitó y, en cuanto sintió las anchas manos de él masajeando su trasero, Amanda gimió sobre sus labios. Entonces la levantó de los muslos empotrándola contra la pared, mientras le acariciaba el cuello con cortos besos, causaban un roce tan placentero para ella que su centro se humedecía más.
—No te negaré que esto está muy bueno, pero… —La voz de su chica lo trajo de vuelta a la realidad—. Este no es el lugar adecuado para estás muestras de lujuria.
—Tienes razón —reconoció, liberando sus pies con cuidado—, es que me tienes loco.
—Me gusta causar este descontrol —pronunció con seguridad—, y ponerte duro solo para mí.
—No me digas eso… —gruñó excitado—, si no quieres que te baje los pantalones aquí mismo.
—Vinimos a bailar, ¿no? —dijo ella, entornando una ceja.
—Sí, pero…
—Pero te pongo duro con mi presencia y tú me mojas con tu pasión —repuso insinuante, pasándole su lengua por los labios—. Pero aquí tendrás que controlarte… ¡Ay! —gimió al sentir dos nalgadas seguidas de sus manos que las amasaban vigorosamente—, ¡Martin!
—Si quieres bailar así, bailaremos —aseguró levantándola de las nalgas, colocándola unos centímetros más lejos y comenzando a moverse con las manos en aquel lugar que le causaba tanto descontrol—, pero bajo mis condiciones.
—Una de ellas sería con tus manos en mis nalgas —él asintió—, bien, no me molesta. ¿Algo más?

—Que me bailes muy sensual —le susurró, provocándole un escalofrío en la espalda—, y tus labios son míos hasta mañana.
—O sea que me quieres solo para ti hasta mañana.
—Sí.
El chico se le arrimó más y dio unas suaves mordidas junto a cortos y mojados besos recorriendo su cuello, presionando aún más sus nalgas. Excitada, Amanda comenzó a menearse al ritmo de la música, sintiendo la erección de su acompañante en un muslo. Escuchaba su agitado aliento cerca del oído, a veces acompañado de profundos jadeos que la hacían humedecerse más; percibía cómo sus fluidos descendían empapando su braga.
Estuvieron alrededor de dos horas bailando pegados, besándose y manoseándose al amparo de la poca luminosidad del recinto. Cuando sintió que la presión sobre su trasero disminuía volteó, pero él le sostuvo de la cadera trayéndola hacia su entrepierna; en ese momento, percibió la dura erección muy cerca de su centro y eso la encendió más de lo que podía soportar, comenzando a sobajearse muy sensual. Él le sostuvo del mentón con su otra mano acercándola a su hombro, en ese camino le devoró la boca con lascivia.
—Esta noche serás mi perra —le susurró excitado—, menéate más fuerte, quiero sentir tu humedad. —Ella obedeció soltando profundos gemidos que lo encendieron más—. Eso, así.

Mientras más se meneaba, él sentía más placer y era capaz de percibir la humedad de Amanda traspasar la tela de su pantalón, invadiendo su ropa interior. Mientras perreaban no pudo evitar pegarle una nalgada que la hizo soltar un grito ahogado. Justo en ese momento, el tema cambió comenzando la canción *«Reggaetón Champagne»*, él aprovechó su inercia para darle un par de vueltas, pero cuando intentó besarla ella escapó y comenzó a cantar a viva voz la letra en que *«Bellakath»* recitaba sus líneas.
—Te recito un poema —cantó apuntándolo con un índice—, que bonitos ojos tienes, quiero chuparte el pene…
Comenzó a dar vueltas a su alrededor, gritándole al oído la letra en un jugueteo de sensualidad que a él le desesperaba e intentaba alcanzar, sin éxito. Se le escurría entre los dedos, literalmente.
—Baby, ponme como quieras, eso no me molesta. Introdúcela completa… —siguió cantándole, en una clara dedicación de sus intenciones con él esta noche—. Puedo ser tu puta, también tu princesa y si soy honesta quiero que me chupes una…
No pudo seguir cantando porque fue capturada y sus labios devorados con locura, terminando en un fuerte choque contra la pared.
—¡Eh! —Lo detuvo cuando intentaba bajarle los pantalones—. Aquí no, ten un poco de respeto y decencia.
—¿Respeto? —repuso irónico mirándola a los ojos—. ¿Decencia? ¿De qué decencia me hablas si me dedicaste esa asquerosa y pervertida canción? Es un cruel juego de seducción.
—Pues si quieres que cumpla todo lo que canté, tendremos que salir de aquí e ir a un lugar más privado —le aclaró—, donde estemos solos tú y yo.
—Cumpliré tu deseo porque me tienes tan duro que casi no puedo soportarlo —ronroneó, tomándole de una mano y arrastrándola consigo entre el tumulto de parejas que aún bailaban.
A empujones, llegaron a la salida y corrieron sin soltar sus manos. Se detuvieron fuera de un hostal, el primero que se les cruzó en su carrera—. Vamos.
—¿Este lugar estaba dentro de tus planes?
—No —negó—, pero igual nos servirá, si es que encontramos una habitación.
Se detuvieron en la recepción, él pidió un cuarto y le comunicaron que quedaba solo uno disponible. Andaban con suerte. La chica los guio por un pasillo hasta unas escaleras, en el

segundo nivel abrió la última puerta del fondo del corredor. Para ese entonces, el amigo super poderoso de Martin clamaba por salir de su pantalón y el caminar se había convertido en una tortura.
Amanda fue la primera en entrar examinando el lugar con la mirada, pero en cuanto la puerta se cerró, las manos de Martín aprisionaron sus senos en un excitante masaje, mientras sus labios se movían por su cuello. Volteó, tomándole la cara y besándolo con pasión.
Martin la despojó de su polera y de su brasier sumergiéndose en sus senos, pasándoles su lengua y aprisionando los pezones entre sus labios. Sin previo aviso, la levantó de los muslos y la tiró contra la cama, intentando bajarle el pantalón con dedos torpes que temblaban por la desesperación que le producía no tenerla completamente desnuda para él y degustar cada parte de su cuerpo. Amanda lo detuvo, reclamando su boca enloquecida, mientras sus manos se metían entre la camisa para quitársela, luego procedió a bajarse el pantalón y la braga.
Martin se apoderó de sus piernas, acariciándolas con fogosidad hasta llegar a su clítoris. Lo aprisionó entre sus labios realizando un excitante masaje. Parecía que besaba con gran pasión la zona erógena de su cuerpo, haciéndola soltar fuertes gemidos encorvando su espalda y respirando con dificultad; pronto, una traviesa lengua se abrió paso por su vulva con movimientos circulares, ella enredó sus dedos en el cabello de su amante y comenzó a moverle la cabeza a su ritmo hasta casi alcanzar su clímax, pero las caricias se detuvieron.
—Bebé —la llamó, ella abrió sus ojos agitada, lo divisó manoseándose su largo miembro erecto —, ven por él.
Amanda enjugó sus labios, haciendo un gesto que demostraba su deseo por acariciar aquel instrumento que tanto le gustaba. El verlo le hacía agua la boca, se deslizó por el colchón hasta sentarse y lo tomó entre sus manos, se lo llevó a la boca y lo introdujo lentamente de arriba a abajo, varias veces; luego deslizó su lengua desde la base hasta el glande devorando la cabeza al llegar allí, esto lo hizo soltar un fuerte gemido colocando sus ojos en blanco.
—¡Ah! —gritó Amanda al ser alzada y colocada en cuatro, siendo penetrada de una estocada—. ¡Martin! Dame duro.
—¿Eso quieres? —farfulló tirando del cabello con una mano—. ¡Dímelo!
—Dame duro —gritó excitada—, sí, así.
Martin aumentó la velocidad de sus acometidas, embistiéndola profundamente mientras tiraba de su cabello con una mano y con la otra le sostenía la cadera. Amanda gritaba de placer y respiraba agitada, sentía que todo su cuerpo le ardía tanto por dentro como por fuera y ya había comenzado a sudar. El chico se detuvo volteándola y lanzándose sobre ella, volviendo a penetrarla con brutalidad mientras le sostenía el cuello con una mano, presionando lo suficiente para excitarse y producir lo mismo en su compañera, quien abrió sus ojos mostrando un brillo lujurioso en ellos.
—Más fuerte —le pidió—, aprieta mi cuello un poco más.
Él la miró con profunda lascivia y presionó más, ella soltó un suave gemido que, le hizo suponer, era la señal para no seguir apretando. Tomó una de sus piernas y la colocó sobre un hombro, embistiéndola con salvajismo. Amanda colocó sus ojos en blanco y entre resoplidos comenzó a gritar de placer.
Al verla tan sumergida en esa pasión descomunal, gritando salvajemente y gozando a ese nivel, sintió que por su cuerpo ascendía una llama que se convertía en una hoguera inmensa. Sin percatarse le presionó más el cuello y la penetró más fuerte. Ambos gritaban enloquecidos y sumergidos en el profundo gozo que les producía la danza entre sus cuerpos.
La chica no pudo contenerse más y explotó de placer estremeciéndose todo su cuerpo, su vagina se contrajo con insistencia, mientras que Martin se dejó ir sin apartarse de ese tibio y húmedo

lugar al que por primera vez había entrado sin preservativo, por lo que las sensaciones del encuentro aumentaron por mil.
Después de unos segundos en que sus respiraciones comenzaron a normalizarse, él se hizo a un lado. Ambos quedaron observando el techo, atravesados en la cama, pues no se habían tomado la molestia de ubicarse como debían. Cuando Amanda recuperó su respiración, se apoyó en su pecho y restregó sus labios en los de él.
—¿Cómo estuvo? —le preguntó Martin.
—Exquisito —manifestó con una amplia sonrisa dibujada en su rostro—, llegamos juntos al clímax y me dio la impresión de que lo gozamos más que la otra vez.
—Ahora que lo dices —prosiguió él, acariciándole la espalda con la yema de sus dedos—, esta vez fue más intenso, pero creí que solo yo lo había sentido.
—¿Por qué solo tú?
—No sé —repuso pensativo—, quizá sea porque no usé condón. —El rostro de Amanda se ensombreció al instante y miró hacia sus piernas, percatándose de la ausencia del preservativo—. Tranquila, mañana vemos lo de la pastilla del día después. —Ella se sentó en la cama restregándose la cara con las manos—. Es que se me olvidó ponérmelo, pero debes aceptar que así estuvo más rico.
—¡Martin! —gritó enojada—. Tú sabes que yo no me cuido y las reglas eran claras.
—Es que se me olvidó, perdón. —Le sobó la espalda en un intento por tranquilizarla—. Me dejé llevar por el momento…
—Mañana a primera hora quiero esa pastilla. —Lo apuntó con un índice—. Tú serás el encargado de comprarla.
—Sí, tranquila, yo lo haré —aseguró confortándola entre sus brazos y besándole en la cabeza—. No te preocupes.
—Me daré una ducha —dijo, levantándose y caminando hacia el baño. Al abrir la puerta se encontró con una enorme tina. Martin fue tras ella y al ver aquello, una idea pervertida apareció en su mente—. ¿Habrá sales de baño?
—O espuma —repuso él, abriéndose paso y revisando lo que había en el lavamanos—. Aquí hay —anunció alzando dos sachet y mirándola—. ¿Te parece si preparamos un baño de espuma para dos?
—¡Martin! —exclamó negando y entrecruzando sus brazos, sin evitar esbozar media sonrisa cómplice—. Eres un caso perdido.
—Lo acepto —dijo—, soy culpable. —Abrió el grifo esperando que el agua se calentara, cuando eso ocurrió colocó el tapón en la coladera—. Pediré algo para beber.
—Ya hemos bebido suficiente —le recordó.
—Nunca lo es —le besó despacio—, ya regreso.
Amanda cerró la puerta del baño para tener un poco de privacidad, mientras Martin llamaba por citófono. En cuanto colgó, pasaron unos minutos y tocaron a la puerta, traían una botella de espumante junto a unas copas de cuello alto.
—Amanda, ¿puedo entrar? —golpeó la puerta—. Traigo algo que te gustará.
—¿Tu pene? —respondió con picardía, él negó con la cabeza riendo por lo bajo. Escuchó que quitaba el seguro—. Pasa.
—También, pero no me refería a mi compañero —aclaró, empujando la puerta. Amanda estaba sumergiéndose en el agua espumosa y le sonreía. Él mostró la botella—. Ya estás lista.
—Me hacía falta —repuso—, me dejaste toda sudada.
—¿Qué hay de tu cabello? —apuntó al moño ajustado.

—Es muy tarde para lavarlo, tendrá que esperar para mañana —respondió sacando sus brazos del agua y recibiendo las copas.
Martin le quitó el corcho a la botella, que salió despedido por los aires cayendo fuera del cuarto. Sirvió el espumante y luego se metió al otro lado de la bañera. Su acompañante tuvo que mover sus piernas para darle espacio cuando se acomodó, ella ubicó las suyas sobre las de él quedando un pie a cada lado de su cadera. El chico aprovechó para tocarlas con suavidad.
—Esto es muy relajante.
—Y muy excitante a la vez —ronroneó él—, me encanta tenerte así. —Amanda bebió de un sorbo lo que le quedaba en la copa—. ¿Quieres más?
—Por favor —pidió, él la llenó con el burbujeante licor—. Quiero hacer un brindis.
—¿Sí? —dijo él alzando la suya—, ¿por qué?
—Por esta espectacular salida juntos y esta desenfrenada noche de pasión —brindó chocando las copas—, a nuestra salud.
Martin la observó beber, estaba muy alegre e irradiaba felicidad, aquello le dio miedo y tras beber un sorbo, se animó a hablar.
—Recuerda que esto es sin enamorarse.
—Lo sé —contestó dejando de sonreír—, ¿será que por una vez podemos disfrutar sin ese discurso tuyo?
—Es solo que no quiero que te ilusiones y luego sufras —le aclaró—, yo no lo valgo.
—¡Ash! —exclamó bebiendo más espumante—. ¿Entonces me buscaste solo para tener sexo?
—Me gustas mucho y quería pasar un poco de tiempo contigo, eso es todo.
—Bien, gracias por recordármelo —refunfuñó cerrando sus ojos y estirando su cuello—. Ahora, déjame disfrutar de este relajante baño y no vuelvas a hablarme.
Martin se quedó observándola impávido. Su rostro reflejaba molestia. Sabía que había arruinado un bello momento con sus palabras, pero ¿qué más podía hacer? Él no estaba preparado para una relación seria y tampoco se sentía con el valor suficiente, por eso debía poner las cosas claras. Mordió su labio inferior, no quería hacerle daño, pero sus ganas de tenerla de nuevo le habían incitado a buscarla. ¿Qué tenía Amanda que la hacía tan irresistible? ¿Por qué no era capaz de dejarla cuando ya había tomado esa decisión?
Entre aquellos predicamentos se percató de sus intensas ganas de besarla. Ahora se veía tan relajada y sus pómulos rosados le hacían ver aún más bella. Deslizó sus dedos por las piernas que tenía a cada lado y se movió poco a poco en el agua hasta quedar sobre ella haciendo contacto con sus labios, su respiración se agitó y no pudo soportarlo más, la despertó con un beso sin pensarlo, ella se entregó por completo, acelerando su pulso y la respiración.
Amanda pronto percibió el duro miembro de su compañero muy cerca de su centro, se movió un poco dejándole el camino libre, Martin se meneó penetrándola lentamente y con suma facilidad. Aquello le hizo abrir su boca y gemir. Ella comenzó unos excitantes movimientos que lo paralizaron, momento que aprovechó para llevarlo de regreso al agua y montársele encima, tomando el mando. Lo galopó con movimientos de cadera profundos y sensuales, el jabón hacía que el roce fuera más estimulante y las penetraciones más fáciles y profundas. Ella comenzó a suspirar y a gemir, encorvando su espalda. Martin apenas podía moverse, pues se sentía en éxtasis y el gozo lo mantenía paralizado. Cuando abrió los ojos, movió una mano para tocar entre sus senos, mientras la otra se deslizó hasta su nalga derecha y la apretó.
—Me encantas, Amanda —susurró—, eres divina.
—¿Soy tu diosa?
—Eres mi diosa.

—Repítelo —le susurró al oído—, ¡repítelo!
—Eres mi diosa, ¡ah! —gimió cerrando sus ojos y encorvando su cuello hacia atrás—. ¡Diosa! ¡Exquisita!
Amanda soltó un fuerte gemido estirando su cuello hacia atrás porque acababa de explotar en múltiples orgasmos, mientras, él gritó apretando sus nalgas y liberando todo su semen. Ambos acababan de terminar ese encuentro juntos, bajo el agua, disfrutándolo tanto como el anterior. Ella dejó reposar su frente en la de él suspirando; pasados unos segundos, abrió sus ojos encontrándose con las brillantes pupilas de su compañero. Se le quitó de encima, pero su intento por regresar a su lugar fue obstaculizado por los brazos que la asieron al torso de Martin, recibiendo un beso en la mejilla.
Siguieron abrazados y bebiendo espumante hasta que el agua se enfrió, entonces se dieron una ducha rápida para quitarse el jabón. Durante eso se besaron y acariciaron. Después de secarse, se acostaron desnudos y abrazados. Ambos estaban agotados, pero satisfechos y deseosos por repetir tan intensos encuentros.

Capítulo 26

Me asfixias

◆◆◆

Por raro que pareciese, el primero en despertar fue Martin. Ya eran casi las diez. Se levantó, vistió y salió sigilosamente del cuarto evitando despertarla. En la recepción pagó la estancia y allí le indicaron que el desayuno era hasta las once de la mañana y que, si lo necesitaba, podrían llevárselo al cuarto. Él aceptó indicando que su acompañante los recibiría, entonces salió a la calle y se perdió entre la multitud.

Amanda despertó, al no encontrar a Martin supuso que estaría en el baño, pero se percató de que su ropa no estaba. Comenzó a vestirse con su mente armando historias que la dejaban como una tonta por creer en él, ¿sería que la había abandonado allí? ¿Qué haría ahora? Mientras estaba con sus cavilaciones, tocaron a la puerta anunciando que traían el desayuno. Abrió y recibió la bandeja que, extrañamente, traía comida para dos personas. La acomodó sobre la cama y sacó su móvil, decidida a llamarlo.

—Aló —escuchó al chico del otro lado—, veo que ya despertaste. ¿Llevaron el desayuno?

—Sí —contestó mordiéndose el labio inferior—, ¿volverás?

—Por supuesto, ya estoy cerca del cuarto. —En ese momento la puerta se abrió, apareciendo el muchacho—. ¿Creíste que te había abandonado a tu suerte aquí?

—Algo así —aceptó.

—Pues no. —Se sentó a su lado—. Solo fui por esto —dijo entregándole una cajita—. Debes tomarte las dos pastillas que trae.

—¡Qué eficiente!

—Toma —le entregó un vaso de jugo—, tómatelas ya y nada de alcohol por hoy, ya que puede disminuir la efectividad del medicamento.

—Entendido —aceptó tragándose las pastillas con ayuda del jugo.

—Después del desayuno te acompañaré al terminal, pero no me iré contigo —le dijo.

—¿Qué? —se extrañó—. ¿Por qué?

—Quiero ir un rato a la casa de mis padres —repuso—, aprovechando que estoy aquí, espero que lo entiendas.

—Sí, claro.

—Dentro de la semana podremos vernos, pero tarde —le dijo al ver su expresión de tristeza—, porque salgo a las seis del trabajo.

—Sí, lo sé.

—Hablamos por chat o llamadas.

Martin cumplió su palabra, la acompañó hasta el terminal y antes de que se subiera al bus, se despidieron con un intenso beso que la dejó sin aliento y completamente empapada, mientras que él experimentó una incómoda erección que no era visible gracias a sus jeans.

—Si pudiera te follaría aquí mismo —musitó entre sus labios—. Ten un buen viaje, nos hablamos.

—Estamos en contacto.
Subió al bus, desde su asiento lo vio sonreír y perderse entre la multitud cuando el bus se puso en marcha. Durante el trayecto se sumergió en la música que salía por sus auriculares, mientras pensaba que debía comenzar a cuidarse, ya no dudaba en que esos encuentros se repetirían; tenía que estar preparada para ellos. Martin era un pilluelo y si ella no estaba pendiente de que se pusiera el preservativo, él no lo haría y no podía seguir dependiendo de ese método de emergencia. Al día siguiente se encargaría de solucionar ese asunto.
Llegó a casa temprano, su madre no estaba por lo que aprovechó para ducharse pensando en la fogosa noche de pasión, su cuerpo le dolía al igual que la vez pasada. Estaba agotada y lo único que quería era dormir. Después de secarse el cabello y colocarse el pijama, se dejó caer sobre la cama y se tapó. Estaba estirada para que sus músculos descansaran y se recuperaran, cerró los ojos cayendo en un profundo sueño.
Su madre la despertó, la luz del cuarto estaba encendida, al revisar su móvil se percató de que eran las ocho de la noche.
—Hija, ¿a qué hora regresaste?
—A las tres de la tarde me acosté —confesó bostezando—. Tú no estabas.
—Salí —dijo—. ¿Te fuiste con ese muchacho?
—Sí.
—Sabes que no me gusta —refunfuñó—, no es bueno para ti.
—¡Mamá! —exclamó tapándose.
—Hija, ese muchacho te quiere solo para eso y sabes a qué me refiero —prosiguió—, en cuanto lo tenga te va a abandonar porque así son la mayoría de los hombres. Solo nos usan para sexo, son unos animales despreciables. —La apuntó con un índice—. Y ese chico lo es, te lo aseguro. Ojo de madre no se equivoca.
—¡Ya, mamá!
—Cuando encuentre a otra te dejará sin miramientos, pero mientras le sirvas y no se sienta atraído por nadie más te seguirá acechando —suspiró—, es una desgracia que se te haya cruzado en el camino. Te hará sufrir si no te alejas pronto de él, eso te lo doy firmado.
—¡Ash! —Amanda se destapó—. Lo sé mamá, lo tengo claro, pero ya sabes que soy una tonta en estos temas y siempre escojo mal, ¿contenta?
—No, jamás lo estaría —negó quitándole unos mechones de cabello de la cara—. Aléjate de él, no es bueno para ti. —Le sonrió—. ¿Comiste algo?
—No.
—Haré once, ¿o prefieres cenar? —le preguntó—. Queda almuerzo, ¿quieres?
—Sí, prefiero cenar.
Después de comer junto a su madre y escuchar su sermón otra vez, volvió a su cuarto. Revisó su móvil en busca de mensajes, pero nada encontró. Estaba cansada así que antes de decidirse a escribirle se quedó dormida. Al despertar, ya estaba claro y el sol le pegaba directo en los ojos. Abrió la ventana para que entrara aire fresco, tomó su celular y le escribió.

Amanda:
Hola, ¿cómo estás?

Martin:
Hola, bastante ocupado, trabajando.

Amanda:
¿Cuándo nos juntaremos?

Martin:

Te escribo luego, estoy ocupado.

Amanda:
Okis.

Dejó el móvil sobre la cama y se sentó apoyando su cabeza entre las manos. La respuesta le formó un nudo en la garganta. Se suponía que él no volvería a dejarla de lado, pero con esta respuesta fría todo indicaba que le había mentido. Se había dejado enceguecer por la pasión dejándolo entrar sin protección. Intentó calmarse, pero la opresión en su pecho le ahogaba y necesitaba sacar su frustración de algún modo. Sin poder controlarse más, dejó salir unas lágrimas, que secó al instante.

Ese día la pasó con una profunda amargura en el corazón. Su madre la notó triste, pero prefirió no preguntarle nada. Antes de las ocho de la noche se encerró en su cuarto con la esperanza de que él le escribiera, pero nada pasó. Los días prosiguieron y su ausencia se hizo presente, cayendo sobre ella como un manto de filosas dagas de indiferencia. El silencio le consumía por dentro y se extendió por alrededor de una semana, tiempo en el que ella compartía historias en sus redes sociales dedicadas a lo que estaba viviendo y sintiendo.

Mientras, buscaba empleo en línea, hasta que encontró lo que necesitaba. Quedó seleccionada y compartió la noticia en sus redes y, como era usual, Martin vio aquella historia y le escribió.

Martin:
Hola, ¡felicitaciones! —escribió adjuntándole
el estado—. Me alegro de que hayas encontrado trabajo.

Amanda:
Hola, sí, ya era hora. Mañana comienzo.

Martin:
Eso es maravilloso. Te felicito sinceramente.
Sabes que siempre te desearé lo mejor.

Amanda:
¿Y me sigues deseando ya sabes cómo?

Martin:
Estoy ocupado, trabajando.

Amanda:
¿Pero no puedes responder si sigues deseándome?
Es tan simple como un sí o un no.

Martin:
Tengo mucho trabajo en estos momentos.

Amanda:
Entiendo que estés estresado
Pero te he esperado todos estos días
y no me has escrito.

Martin:
No he tenido tiempo.
Llego al depa cansado y lo único que
quiero es dormir.
Lo siento, pero no he podido porque
el cansancio me gana.

Amanda:

¿Ni siquiera para un simple «hola»?

Martin:
Como te dije, el cansancio es superior.
Si no te escribo es porque estoy ocupado.

Amanda:
Entiendo.
¿Podrías responderme si me sigues deseando?

En respuesta obtuvo un audio desgarrador con unas cruentas palabras pronunciadas con rabia y desdén:
«Tú solo me presionas, quieres que te dé atención y cariño y eso es algo que no puedo darte, recuerda que siempre fui claro y te pedí que no te enamoraras. Si no te escribo es porque estoy ocupado y con tu insistencia me asfixias, tu interés me asfixia, tú me asfixias».
Escuchar esas palabras con aquel tono despreciativo la dejó petrificada, el nudo en su garganta se acentuó más y no pudo evitar que las lágrimas descendieran como cascadas por sus mejillas.
Se sentía tonta y utilizada, había vuelto caer en su juego, metiéndose hasta el fondo solo para que él saciara sus bajos instintos y la abandonara con crueles palabras que le desgarraban el alma. Se aferró a una almohada, dejando salir todo su desconsuelo, las lágrimas salían acompañadas de profundos lamentos y todo su cuerpo se estremecía de dolor. Pasados unos minutos, se calmó y volvió al chat.

Amanda:
Perdón, no quería molestarte, y quédate
tranquilo porque no volveré a «asfixiarte» y
ya no sabrás más de mí, chao.

Martin:
Es que yo solo te escribí para felicitarte
y desearte lo mejor, pero todo se tergiversó.

No quería seguir leyendo sus disculpas así que otra vez lo bloqueó, tanto de sus redes sociales personales como de las de escritora. Luego de eso continuó llorando, solo deseaba sacar toda su pena, rabia y frustración, quería sanar las heridas causadas por ese gañán y volver a levantarse.

Capítulo 27

Perdón sin sabor

◆◆◆

Se levantó como pudo al día siguiente. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Había pasado la noche entre lamentos y pesadillas donde revivía todos sus momentos con Martin, hasta que la miraba con despreció y le escupía con desdén las perversas palabras que resonaban en su mente como un mantra: «tú me asfixias». Debía darse valor, pues sería su primer día en el trabajo nuevo y poner su mejor cara sonriente era lo apropiado, aunque por dentro se estuviera desmoronando.

Apenas probó un bocado durante el desayuno y salió apresurada. El nuevo condominio estaba más cerca de su casa, pero igual debía tomar transporte. Al llegar al edificio conoció a su compañero de turno, se llamaba Ramón y era el conserje oficial. Ella debía hacer la ronda y moverse por todos los rincones del recinto. Se componía de cuatro edificios de cinco pisos, dos jardines enormes, un quincho y la piscina. Con todo lo que debía recorrer, estuvo muy distraída y no apareció el recuerdo de Martin.

Cuando fue su hora de salida, su sonrisa habitual había regresado y entre bromas con su compañero se retiró, pero al llegar a casa y revisar su móvil la desazón regresó. Sin embargo, no estaba dispuesta a seguir soltando lágrimas por su causa, ya había sido suficiente. De este modo transcurrieron dos semanas en donde vivía del trabajo a la casa y viceversa; la pasaba muy bien y el recuerdo de Martin no le torturaba.

El último sábado del mes sus amigas llegaron de sorpresa a su casa para invitarla a salir, ella aceptó y tras arreglarse para la ocasión, subió al auto de Camila y partieron. Mientras bebían unos mojitos en un bar, Camila decidió develar lo que su amiga ocultaba.

—No quiero traer malos recuerdos aquí, pero ¿qué pasó con Martin? —indagó, observando que Amanda sorbía exageradamente de la bombilla—. Amanda, no nos volviste a hablar desde entonces y eso es muy raro.

—Ese imbécil ya pasó a la historia.

—¿Sí? —repuso incrédula, entornando una ceja— ¿Qué te hizo?

—Pensé que habían arreglado sus diferencias y que él te mantenía distraída —se aventuró Cristina—. Ya sabes, cuando un pico te absorbe, las amigas pasan a segundo plano.

—Pues no fue así —suspiró revolviendo el trago con la bombilla—, después de usarme toda la noche, decidió hacerme la ley del hielo y luego mandarme un audio donde me decía que yo lo «asfixiaba».

—¡¿Qué?! —exclamó sorprendida Cristina cubriéndose la boca con las manos—. ¡No!

—Maldito bastardo —gruñó Camila—, se merece las penas del infierno, ojalá obtenga su merecido pronto.

—Pero no sigamos con ese tema —intervino Cristina alzando su vaso—, estamos aquí para disfrutar y no para sufrir por huevones, así que hagamos un brindis por esta reunión mensual entre amigas.

—Salud —dijeron las otras dos chocando sus copas.

—¡A disfrutar que la noche es joven! —gritó Camila.
Al terminar sus tragos, salieron y se metieron en una discoteca cercana donde bailaron, saltaron y rieron. Cristina conoció a un chico con el que bailó por alrededor de tres horas y terminaron muy acaramelados, besándose apasionadamente. Mientras las otras dos bebían y bailaban, sin aceptar las invitaciones que les llegaban por parte de otros muchachos que querían bailar con ellas. A eso de las tres de la madrugada, Camila decidió que ya era hora de marcharse. Amanda estuvo de acuerdo y aprovechando que el acompañante de Cristina se alejaba en dirección a los baños, se aproximaron.
—Cristy —gritó Camila para que la escuchara—, nosotras nos vamos a mi casa que está más cerca. ¿Te vas o te quedas?
—Me voy con ustedes —repuso levantándose de la silla en que se había dejado caer para descansar un poco—. Vamos.
—¿No te despedirás de tu chico?
—Ya intercambiamos números —informó—, le escribiré luego.
Afuera buscaron el auto y se subieron, Amanda aprovechó para acomodarse como copiloto. Mientras las otras charlaban, ella miraba el chat vacío que tenía con Martin; tenía ganas de escribirle para reprocharle lo desgraciado que había sido con ella, pero una parte de sí le decía que no lo hiciera porque lo más probable era que él ignorara sus mensajes o, de contestarle, sería aún más hiriente y déspota de lo que había sido la última vez
Bloqueó la pantalla, miró por la ventana, suspiró y volvió a desbloquearlo, esta vez para escribirle sin temor a lo que ocurriera en el futuro.

«Se que no debería escribirte porque a ti no te importa lo que suceda conmigo y de seguro te molestará este mensaje, pero no me importa y solo quiero que sepas lo que me hiciste sentir con tus palabras. Eres un hombre despreciable, un imbécil que me usó, fui tu juguete y me desechaste sin piedad cuando te cansaste de mí. Me prometiste tantas cosas y no cumpliste nada, todo lo que me dijiste eran mentiras y yo caí en ellas. Sabía que no debía acceder, sabía que no eras bueno para mí y sabía que tus reales intenciones eran perversas, tu intención siempre fue usarme como un pedazo de carne».

Se sintió liberada al enviarlo, suspiró y guardó el artefacto. En el departamento de Camila se acomodaron en su cama de dos plazas y no despertaron hasta el mediodía siguiente. La primera en salir del lío de sábanas fue Amanda, quien al recuperar su celular vio tres mensajes de Martin. El corazón le latió con fuerza, pues no esperaba una respuesta y temía que le hiciera más daño con sus palabras. Se fue al baño, en donde los leyó. Le había respondido a las 7:30 am y visto sus estados a esa misma hora, ya que al desbloquearlo había tenido acceso a todas sus publicaciones.

Martin:
Amanda, en verdad lo siento, nunca quise hacerte daño.
Mi intención, al no volver a hablarte, fue que rehicieras
tu vida sin mí. Yo no soy bueno para ti y temí que te
estuvieras enamorando, creí que lo mejor para evitar que
sufrieras era alejarme de ti porque con el paso del tiempo, si
seguíamos juntos, tú sufrirías más.
Perdón.

Amanda:
Eres un maldito bastardo.

Martin:
Claro, Amanda.
Yo lo único que quise hacer fue evitarte un dolor mayor a futuro. Lo mejor fue dejar esto hasta aquí ahora que después.
Quise evitarte un sufrimiento innecesario.

Amanda:
Sí, claro, mentiroso.
No creo nada de lo que dices.

Martin:
Bueno, Amanda.
Perdón por hacerte sufrir igual, yo pensé que estaba a tiempo.

Amanda:
No entiendo para qué me buscaste y me hiciste nuevas promesas si te ibas a alejar así de mí luego de usarme.

Martin:
Mi intención nunca ha sido usarte.
El que te haya buscado era porque en verdad me gustabas mucho, pero esta vez tuve miedo de que te enamoraras y yo no puedo darte lo que quieres.
Amanda, perdón.

Amanda:
Espero que el destino te dé tu lección, sinceramente.

Iracunda volvió a bloquearlo, le había llegado aquel mensaje, pero a pesar de estar en línea no lo había leído. Esperaba que lo hiciera, sin tener la oportunidad de responder.

Capítulo 28

Como un puñal directo al corazón

◆◆◆

Después de la conversación decidió ir por un poco de agua. Tenía la boca seca y necesitaba beber algo para aplacar su enfado.
—Maldito bastardo infeliz —refunfuñó revisando el refrigerador del que sacó un mojito embotellado, lo abrió y bebió, encendiendo un cigarro—. Ojalá te enfermes, te deseo lo peor.
—¡Eh! —exclamó Camila abriendo la puerta corrediza al balcón—, ¿por qué bebes tan temprano?
—¿Y por qué fumas? —preguntó Cristina en medio de un bostezo—. ¿Será que cierto esperpento dio señales de vida?
—Sí, me pidió perdón —respondió escueta, dejando su móvil desbloqueado sobre la mesa—. Lean.
Cristina lo tomó y leyó todo en voz alta, provocando una carcajada en Camila.
—Pero qué tóxico es este tipo —opinó Cristina negando con la cabeza—, y yo defendiéndolo y dándole el beneficio de la duda, que ilusa fui.
—Lo mejor es que se haya ido —aseguró Camila—, ese saco de weas no vale un peso. Te hizo un favor.
—Sobran pasteles y faltan bombones, literal —repuso Cristina—. No te achaques por esto, él es un weón que no sabe lo que quiere y huye del amor. No se ama a sí mismo y tiene miedo al afecto, me da lástima, en serio.
—Es un pobre weón, sin duda —suspiró Camila dejándose caer sobre el sofá, aun lado de Amanda—. A mí no me da lástima, me da coraje, me gustaría pisotearlo como a un gusano.
—Se merece las penas de infierno —refunfuñó Amanda—, si pudiera lo mataría lentamente extendiendo su sufrimiento hasta que dé su último aliento.
—Escalofriante —comentó Cristina, tragando saliva—, a veces como escritora eres escalofriante.
—Lo sé.
—Pero es necesario sacar todo eso de dentro —avaló Camila—, ambas sabemos que no lo hará. Tipos como él no deberían existir.
—Pero los hay —le recordó Cristina—, y por montones. Por eso el dicho, sobran pasteles…
—Ya lo sabemos —dijeron al unísono las otras dos.

El lunes llegó con gran rapidez, Amanda solo deseaba ir a trabajar para despejar su mente y olvidar el incidente con el «pastel». En cuanto llegó, se percató de que su compañero necesitaba ayuda, ya que estaba enfermo del estómago; necesitaba muchos relevos para ir al baño. Más de seis veces lo cubrió, convirtiéndose en la conserje por largos minutos. A una hora de terminar el turno, estaba sentada y recibió una nueva llamada por citófono.
—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle? —contestó.
—Hola, Amanda, está por llegar mi novio y ocuparemos la piscina, para que lo dejes entrar —le informó Claudia, la vecina—. Yo bajaré ahora para pedirte las llaves de la reja.

—Claro, no hay problema —le respondió revisando el libro de pedidos de dicha área—. La tiene pedida para las siete y no hay nadie, puede venir cuando guste.
—Voy en seguida —aseguró—, el nombre de mi novio es Martin Eddoumi y viene con Horacio Rivas y Esteban Campusano.
—Claro —tartajeó.
La mujer colgó y ella quedó paralizada por unos segundos ¿Sería un alcance de nombres o se refería al Martin que conocía? No podía ser. Su corazón se aceleró y sus manos comenzaron a temblar. Cuando Claudia se acercó a la conserjería, Amanda le entregó las llaves y le hizo firmar el libro.
—Mira —apuntó afuera—, allá vienen.
A través de la reja vio descender de un carro al Esteban que conocía, seguido de Horacio y Martin. Este sonrió abiertamente, pero en cuanto cruzó la reja y vio a Amanda su rostro se ensombreció. Claudia se le colgó del cuello y lo besó, pero él no le respondió, pues solo podía observar a Amanda quien le dedicaba una profunda mirada de odio. Eso le hizo bajar la cabeza.
—Amanda, tanto tiempo —la saludó Horacio—. Así que ahora trabajas acá.
—Sí.
—¿Ustedes se conocen? —preguntó Claudia.
—Sí, ella trabajó un tiempo como conserje en nuestro condominio —respondió Esteban—, un gusto volver a verte.
—¿Y por qué te cambiaste? —le preguntó la mujer.
Tenía atragantada la frase «no es por qué, sino por quién», pero se contuvo. Tragó en seco, esbozó una leve sonrisa y habló.
—Quería un mejor sueldo.
—Entiendo —dijo risueña—, siempre hay que abrirnos a mejores oportunidades.
—Bien, antes de ingresar deben darme sus RUT, tengo sus nombres, pero comprenderán que no memoricé sus RUT.
—Claro.
Los visitantes dieron sus números de identificación, pero cuando fue el turno de Martin a este apenas se le escuchaba la voz.
—Cariño, parece que estás afónico.
—A de ser por tanto cigarro —bromeó Horacio—, sí parece chimenea y eso que es asmático.
—Deberías cuidarte. —Claudia se le arrimó, tomando de su mano—. Bueno, nosotros nos vamos. Ten un buen turno.
—Ten un buen turno, Amanda. —Le desearon los otros dos.
Amanda los vio recorrer el recinto a través de las cámaras y en la piscina, tanto Esteban como Horacio se lanzaron al agua. Sin embargo, Martin hablaba con Claudia, hasta que se volvió evidente que discutían. Él se apartó de ella, alejándose de las manos que intentaron pegarle con los puños en el pecho. Los otros dos detuvieron su incursión en el agua y Horacio salió colocándose en medio, se convirtió en el mediador y pronto todo se arregló. Martin se lanzó al agua al igual que Claudia, pero nadaban muy alejados el uno del otro.
—Ya volví —anunció Ramón, colocando las manos sobre sus hombros, asustándola—. ¿Qué malo estabas haciendo, para asustarte así con mi regreso?
—Solo observaba lo que sucedía en la piscina —le informó apuntando a la pantalla.
—Esos chicos otra vez —dijo—, el sábado vinieron y la señorita Claudia la pasó muy mal.
—¿Qué sucedió?
—Raúl me contó que ella discutió con Martin, su relación no está muy bien, al parecer.

—¿Sabe desde cuándo están juntos?
—Creo que solo andan, como le llaman ustedes, pero es una relación tormentosa. —Negó con la cabeza—. Hace apenas dos semanas que la visita y ahora trae a sus amigos. Esperemos no se forme un escándalo, porque ese joven es muy conflictivo.
—Buenas, buenas —los saludó Roberto, uno de los nocheros—. ¿Qué hacen?
—Tienes al joven tormentoso a cargo —le informó apuntando a las cámaras.
—¡El andante de la señorita Claudia! —Silbó mirando la pantalla, para luego levantarla—. ¡Pero qué alejados están! ¿Volvieron a pelear?
—Sí, los vi discutir y Horacio se volvió el mediador —informó Amanda—. ¿Entonces siempre son así?
—Bueno, yo lo vi aparecer por aquí hace dos sábados, llegó muy temprano y la señorita Claudia lo recibió —río por lo bajo—, y al rato tuve que llamar por citófono porque era muy temprano para los ruidos que salían de su departamento.
—¿Cómo así? —preguntó ella.
—Bueno, digamos que fue una visita amistosa. —Hizo comillas con sus dedos—. Y sus gemidos se escuchaban hasta acá, pero no sabía que se trataba de ellos hasta que recibí el reclamo de sus vecinos.
—Esa no me la sabía —repuso Ramón.
Aquella información le cayó como un balde de agua fría, sintió miles de puñaladas desgarrando su corazón. Tiró un resoplido e intentó contener las lágrimas, justo en ese instante el otro compañero nocturno llegó. Momento que aprovechó para salir de allí y meterse en los camerinos. Mientras se cambiaba de ropa, silenciosas lágrimas descendían por sus mejillas. Cuando estuvo lista, se las secó e intentó esconder la hinchazón de sus ojos con retoques de maquillaje; aun así, se notaba, por lo que se colocó la capucha y salió. En la conserjería firmó su salida, se despidió y se fue. Quería llegar a casa y no saber nada del desgraciado de Martin.
Había renunciado a su anterior trabajo para alejarse de él, y la vida lo volvía a poner en frente en su nuevo trabajo y de la peor forma posible. ¿Por qué el destino se ensañaba con ella? Ya no podía volver a escapar, no podía renunciar de nuevo a otro trabajo por su desafortunada aparición. Debía ser fuerte y enfrentarlo, aunque aquello significara su propia destrucción. Huir no era una opción.

◆◆◆

DESTRUCCIÓN

◆◆◆

Capítulo 29

Novedades

◆◆◆

Destrozada, entró en casa. Las lágrimas descendieron silenciosas durante todo el viaje. Sin más, se metió al baño y abrió el grifo, se quitó la ropa metiéndose de inmediato. Quería que el agua le tranquilizara, llevándose toda su pena. Se sentía tonta y culpable por haberse dejado engañar dos veces por el mismo patán. La frustración la invadió y comenzó a pegar con sus puños a la pared mientras sollozaba a viva voz y sus lágrimas se unían con las gotas tibias.

Su maquillaje comenzó a mancharle bajo los ojos, se los restregó mientras la espuma del Shampoo descendía por su rostro. Abatida, resbaló hasta el suelo y se abrazó a sus rodillas ahogando sus gritos de dolor. Martin había sido su perdición, quien la llevó del cielo al infierno dos veces, pero en esta ocasión había caído en el abismo sin poder evitarlo y permanecía en caída libre, llena de dolor y desesperanza.

—Hija. —Su madre golpeó la puerta—. ¿Qué tienes?

—Nada. —Se secó las lágrimas, pero su voz sonaba gangosa—. Ya salgo.

—Estás llorando, ¿verdad?

—No, estoy así por una alergia —mintió—, hoy me comenzó en el trabajo. Necesito mis antialérgicos.

—Bueno —suspiró—, los buscaré. Creo que están en mi botiquín, en cuanto salgas te los pasaré.

Cuando pudo calmar su desazón, salió envuelta en toallas. Su madre salió a su encuentro desde la cocina, entregándole la caja con las píldoras. La escudriñó con una mirada preocupada, hasta que su semblante se ensombreció por la ira, pero no dijo nada. Sabía que su hija estaba sufriendo y no quería hacerla sentir peor.

Mientras se colocaba el pijama, su móvil vibró; era un mensaje de Cristina preguntándole cómo se encontraba. Lo miró por arriba para no dejarle el visto. Luego prosiguió con el secador de pelo, no podía acostarse así.

—Hija, la once está lista.

—No tengo hambre —le contestó—, comí algo en el camino —mintió, en realidad no tenía deseos de comer.

Se cobijó bajo las mantas e intentó dormir, pero los recuerdos comenzaron a torturarla. Su móvil vibró insistente, pero decidió silenciarlo para que nadie la molestara. Quería sufrir sola sin que nadie le mostrara lástima. Muy entrada la noche se quedó dormida y no despertó hasta que la alarma de su celular comenzó a sonar; era hora de iniciar su día, pero el peso del desamor acababa de caer sobre sus hombros.

Suspiró, se levantó, colocándose lo primero que encontró. Bajó la escalera con rapidez y salió de la casa. No quería desayunar, un nudo en el estómago le impedía comer y el solo hecho de pensar en comida le instaba a vomitar.

Llegó al trabajo, encontrándose con la jefa de turnos. Al verla, puso sus brazos en jarras.

—Al fin aparece quien no contesta mis llamadas —exclamó irónica.

—No las vi, no he revisado mi móvil.

—Bueno, te presento a don Luis Aranda, será tu compañero hasta que don Ramón mejore —le informó—, y cómo tú llevas poco más de un mes y conoces a las personas, tomarás el lugar del conserje. Don Luis hará las rondas.
—Entendido —aceptó.
—Los dejo para que lo pongas al corriente.
Amanda se quedó a cargo de la entrada todo ese día, recibiendo llamadas y encomiendas. Se saltó la hora de almuerzo. Cuando ya quedaba una hora para el término de su jornada y su compañero se había marchado para cumplir con su última ronda, Martin apareció con cara de perro arrepentido. Se veía muy triste, pero no le creyó ni por un segundo.
—Ya le aviso a Claudia que llegaste —dijo levantando el citófono.
—No vine a visitarla —le aclaró—. Vine a charlar contigo.
—No hay nada de qué hablar —gruñó colocando el citófono en su lugar—, no me interesa saber de tu nueva relación.
—No tengo una relación formal con ella.
—No me importa —recalcó mordaz letra a letra—. Si a esto viniste puedes irte.
—Amanda, escúchame —le pidió—. Por favor.
—No.
—Ayer terminé con ella —repuso—, por eso peleamos en la piscina.
—Seguro ella también te asfixiaba —se burló—, típico de ti.
—Ella es muy posesiva y a todo el mundo le decía que yo era su novio, pero no éramos eso —repuso—, tú sabes que yo no busco una relación formal.
—¿Y eso limpia tus culpas conmigo?
—No, pero yo no sabía que trabajabas acá y no fue mi intención que nos vieras así —especificó mostrando su mejor cara de arrepentimiento—. Si hubiese sabido que trabajabas aquí no habría venido en tu turno.
—¡Qué bien! —exclamó molesta—. Ese es un gran alivio para mí.
—No te burles, estoy diciendo la verdad.
—La verdad, ¿eh? —recalcó—. Déjame recordar, sí, más veces de las que puedo contar me has dicho esa palabra, pero siempre termina siendo una gran mentira llena de promesas incumplidas.
—¿Por qué te pones así de tóxica?
—¡Yo, tóxica! —pegó una carcajada—. Hay que tener cara para decir eso.
—Yo vine a arreglar los malentendidos contigo y me tratas como si te debiera algo —resopló, cruzándose de brazos—. Sabes que no somos nada y por ende no te debo explicaciones sobre lo que hago o dejo de hacer…
—Tú lo has dicho, no debes contarme sobre tus cochinadas, así que te pido de buenas maneras que te retires ahora. —Le apuntó a la reja—. Y no vuelvas a molestarme, porque nada tenemos pendiente ni por aclarar.
—Bien. —Volteó saliendo, molesto.
Cuando regresó a casa, estaba de mejor ánimo y tenía un hambre feroz. Al parecer, ese encuentro con él le había ayudado a liberar las frustraciones y su apetito había regresado en gloria y majestad. Mientras calentaba un plato de cazuela, se engullía un sándwich de carne con mayonesa.
—¡Hija! —Su madre entró a la cocina y la abrazó—. Qué alegría verte tan animada y comiendo como si no existiera un mañana.
—Tengo mucha hambre —dijo atragantándose con el pan—. ¿Cómo estuvo tu día?
—Bien, trabajando en esa casa —respondió—, pero tú me tenías preocupada.

—¿Por qué?
—Porque hoy te fuiste sin desayunar, no te despediste y tampoco te llevaste tu almuerzo.
—Es que iba tarde.
—¿Tarde?
—Nuestra supervisora me necesitaba más temprano porque don Ramón está enfermo, y su reemplazo es alguien nuevo por lo que yo quedé a cargo de todo —le contó—. Como anoche me dormí temprano no le contesté los mensajes y las llamadas, y me enteré al despertar con la alarma, en ese momento ya iba con el tiempo justo.
—Entiendo —suspiró resignada, parecía una historia convincente, pero su instinto materno le indicaba que algo más le sucedía y tenía que ver con ese tal Martin, al cual ya comenzaba a detestar—. ¿Te parece si cenamos juntas?
—Claro —accedió—, arreglaré la mesa.
La cena con su madre estuvo muy amena y relajada, hasta se rieron recordando momentos graciosos del pasado. Se fue a su cuarto pasadas las diez de la noche, ya cubierta por su pijama se acomodó bajo las mantas de su cama y comenzó a responder todos los mensajes de sus amigas. Al final, Camila convocó a una reunión por videollamada entre las tres que Amanda aceptó con gusto, ya que deseaba hablar al respecto.
—Hola —las saludó en general con una gran sonrisa en su rostro—, ¿cómo están?
—Bien, pero esperando saber de ti —repuso Cristina.
—Nos tenías preocupadas —prosiguió Camila—, anoche te llamé muchas veces.
—Y yo te escribí mucho.
—Ya les dije que no me sentía ni con fuerzas ni ánimo para hablar con nadie —les recordó—. Pero hoy fue un día estupendo y ya tengo deseos de contarles todo.
—Supongo que el responsable es Martin —dijeron al unísono las otras dos.
—Pues… ¿Adivinen la verdadera razón por la que me dejó? —Las instó—. Ayer la descubrí en vivo.
—Por otra —terminó Camila.
—Sin duda, te cambió por otra —convino Cristina.
—Sí —confirmó—, y es una chica que vive en el nuevo condominio donde trabajo.
—¡No! —exclamaron las otras dos.
—La tipa me avisó de que unos amigos llegarían y me dio sus nombres, cuando mencionó a Martin, pensé en que podía ser un alcance de nombres —tragó saliva—, pero en cuanto lo vi bajar del auto mi corazón se rompió y quedé aún más herida cuando ella lo besó.
—Puto bastardo —gritó Camila—, es un descarado.
Cristina la observaba boquiabierta y con los ojos muy abiertos.
—Luego supe un chisme que me destruyó por completo.
—¿Cuál? —preguntaron al unísono sus amigas.
—El nochero había visto la primera visita del esperpento este hace dos sábados atrás, y cómo habían realizado ruidos molestos que causaron que sus vecinos reclamaran.
—¿Ruidos molestos? —se extrañó Cristina.
—Mejor dicho, gemidos molestos —aclaró—, le estaban dando bien duro y sus gritos se escuchaban hasta la conserjería.
—Pero cuánto exhibicionismo —opinó Cristina.
—Y hay más —prosiguió—. Hoy me fue a pedir disculpas por lo de ayer, me aseguró que no había sido su intención causarme daño al visitar a su nueva conquista, porque si hubiese sabido que trabajaba allí él nunca habría ido durante mi turno.

—Pero qué maldito —gruñó Camila—, dan ganas de quemarlo en la hoguera por maricón.
—Espera, que hay más. —La detuvo riendo por lo bajo—. Se enojó porque no quería escucharlo y me acusó de tóxica.
—¡No lo puedo creer! —Cristina se cubrió la cara con las manos.
—¡Es que es muy care raja! —exclamó Camila—. Maldito maricón, no es por desearle mal, pero ojalá que lo atropelle un tren o lo parta un rayo.
—Luego de eso le pedí en buenos términos que se fuera y lo hizo muy indignado —relató—. Si hubieran visto sus caras, comenzó por una muy sufrida, luego arrepentida y finalmente indignada.
—Imbécil —rio Camila—. De seguro lo verás el resto de la semana.
—¿Por qué? —se extrañó Amanda.
—Algo me dice que volverá a acecharte —respondió Camila muy segura—. A ese espécimen no le gusta perder y como se quedó sin su nuevo juguetito, saltará de nuevo sobre ti porque te ve vulnerable y fácil.
—¿Fácil?
—Ya has caído en sus juegos dos veces, eso te hace accesible para él —le explicó Camila—. Mi consejo es que, esta vez, te pongas firme y lo "mandes a laar".
El miércoles fue un día tranquilo para Amanda hasta que apareció Martin, esta vez no le abrió la reja. Él colocó sus manos en los barrotes mostrando su mejor cara de arrepentimiento.
—Hola, Amanda —saludó, pero ella solo lo ignoró—, me gustaría hablar contigo, por favor.
—Lárgate si no quieres que llame al departamento de Claudia para avisarle que estás acá —dijo sin mirarle.
—No serías capaz —sonrió—. Sé que aún sientes cosas por mí, todo tu cuerpo responde conmigo.
—Claro que siento algo por ti —aceptó enfadada—, te odio, siento mucho rencor hacia ti y lo único que deseo es que desaparezcas de mi vida para siempre.
—No es lo que veo —ronroneó muy seguro de sí—. Tú aún me deseas.
—Deseo que mueras para liberar al mundo de ti —recalcó mordaz, letra a letra—. Eres tóxico y un imbécil sin responsabilidad afectiva que lo único que sabe es causar daño. ¡Lar-ga-te!
—Pero…
—Hola. —Don Luis se aproximó a la conserjería—. ¿Quién es usted?
—Es un visitante —le informó Amanda—, acaba de llegar, pero no lo puedo dejar entrar sin la autorización de la señorita Claudia.
—¿De qué departamento es?
—Del 51C —le informó—, pero no contesta el citófono —aseguró volteando hacia Martin—. Si no te contesta el teléfono, te pediré que regreses más tarde, ya que estás obstruyendo la entrada.
Él miró hacia donde le señalaba, encontrándose con tres personas. Entonces suspiró y se hizo a un lado. Después de observar a Amanda por algunos segundos, dio media vuelta y se perdió por la acera.
La tarde siguiente volvió a aparecer con el mismo semblante compungido. Al verlo, Amanda suspiró, colocando cara de pocos amigos. Se cruzó de brazos, pero no pudo negarle la entrada, ya que justo debía abrirle a un residente y él aprovechó para entrar. Se quedó junto a la ventana de conserjería esperando que la persona se alejara.
—Me tienes harta —musitó—, ¿hasta cuándo me acosas?
—No te estoy acosando.
—Por supuesto que sí —repuso—, ¿o vienes a visitar a Claudia?

—Ya te dije que no te debo explicaciones al respecto.
—Y no te las estoy pidiendo —recalcó—, solo quiero que te vayas y me dejes en paz.
—En serio que no quiero pelear —aseguró bajando la guardia—. Solo quiero saber de ti y pedirte disculpas.
—Ya lo has hecho, ahora puedes irte.
—No, quiero que entiendas que el hecho de estar con ella fue solo para alejarme de ti, pero eso no funcionó —aclaró él, viendo como ella levantaba el citófono—. ¿Qué haces?
—Señorita Claudia —saludó ella con una sonrisa triunfal en su rostro—, justo iba a llamar a su departamento.
—Hola, Amanda —la saludó, entrando—, ¿para qué sería?
—Para avisarle de su visita —apuntó al chico, este a regañadientes volteó—. Martin vino a verla.
—¿Qué haces aquí? —rugió—. Ya te dije que no quería volver a verte. ¡Deja de acecharme! —Amanda abrió sus ojos sorprendida—. No quiero saber de ti, por eso te bloqueé de todas mis redes y tú insistes en escribirme con cuentas falsas.
—No he hecho eso —alzó la voz—. No me importas y jamás te buscaría, eres tóxica, manipuladora y mentirosa.
—¡Largarte! —gritó a viva voz apuntando a la salida—. ¡Y no regreses o pondré una denuncia por acoso!
—No puedes hacer eso porque no tienes pruebas —dijo victorioso.
—Los mensajes que me has enviado.
—Tales mensajes no existen, forman parte de tu imaginación —recalcó.
—Estoy segura de que las cámaras de seguridad de este lugar avalarán mi versión —aseguró, luego se dirigió a Amanda—. Don Luis me comentó que ayer, éste se apareció, ¿es así?
—Sí —contestó ella.
—Las cámaras lo grabaron, ¿verdad?
—Sí, pero yo no lo dejé entrar porque usted no estaba.
—Lo sé, linda.
—Hoy fue la excepción porque entró detrás de la señora Rosa.
—Entiendo —repuso, enfrentándose a Martin—. Lárgate ahora o llamaré a Carabineros.
Martin, resignado y sin decir una sola palabra más, se fue. Cuando lo perdieron de vista, Claudia le habló.
—Si regresa no lo dejes entrar —le pidió—, él no está autorizado a entrar y no es bienvenido en mi departamento. Si insiste llama a Carabineros.
—Así lo haré, no se preocupe.
Estas novedades le produjeron sentimientos encontrados. Por un lado, Martin ya no estaba con Claudia y eso le alegraba montones; por otro, podría mantenerlo lejos del condominio ya que tenía la orden de llamar a Carabineros si insistía en entrar. Lo que le causaba un poco de desazón era que también buscaba a Claudia por medio de internet, o sea que no quería perder pan ni pedazo. Lo mejor era mantenerse firme, no dar su brazo a torcer y seguir alimentando su odio hacia él. No debía permitir revivir los sentimientos que había guardado muy en su inconsciente.

Capítulo 30

El atraso inesperado

◆◆◆

Era el último día de trabajo, la semana había transcurrido en completa calma y Amanda quería irse a casa. Tenía un excelente panorama entre amigas. La noche la pasarían en su casa compartiendo unas bebidas y charlando. Ya quedaba media hora para el término del turno. Al alzar la vista divisó a su acechador en la vereda de enfrente, la observaba con atención e indeciso. La camioneta que traía encomiendas se estacionó afuera impidiéndole la visión al lugar donde él se encontraba. El hombre descargó un montón de paquetes y se le aproximó, ella le permitió el acceso.

—Hola, Juan —lo saludó efusivamente—, ¿para quiénes me traes hoy?

—Hola —repuso risueño—, son bastantes hoy.

—Así vi.

Juan comenzó a recitarle los nombres y números de departamentos. Anotó todo en el libro de encomiendas y las ordenó sobre la mesa trasera, quedando un montículo de ellos. El hombre se despidió y salió, ella comenzó a llamar por citófono a todos los dueños de los paquetes y cuando terminó, vio a Martin cruzando la calle. ¿Sería que no la dejaría en paz?

—Hola —dijo cabizbajo—, ¿cómo estás?

—Estaba bien hasta que te acercaste.

—Lamento todo lo que ha pasado entre nosotros, en serio, no fue mi intención hacerte daño.

—Eso me lo has repetido ya mucho.

—Esta es la última vez que vengo.

—Ya era hora —respondió—, pero no creo que sea cierto.

—Por trabajo nos cambiarán de edificio, nos iremos a Playa Ancha —le informó—. Así que será muy difícil para mí venir.

—Me parece estupendo, que te vaya muy bien en tu nuevo hogar —le deseó mirándolo a los ojos —. Quizás allá encuentres a otra mujer que te sacie y que puedas engatusar para tus cochinadas. La compadezco, porque contigo sufrirá.

—No me digas eso —repuso acongojado—, creía que eras una mujer empática y de buenos sentimientos —ella rio—. ¿Qué es chistoso?

—Que eres muy care raja —terminó.

—Bueno, Amanda —suspiró—. Te vuelvo a pedir perdón.

—Ya puedes irte. —Le hizo un ademán indicándole que se fuera.

—Pensé que Claudia me ayudaría a olvidarte, por eso comencé algo con ella —prosiguió—, pero me equivoqué. Amanda, yo te necesito.

—Ahora que quedaste sin pan ni pedazo vienes a mí con el rabo entre tus patas. Pues no —alzó la voz molesta—, esta vez no caeré en tus patrañas. Eres un mentiroso patológico que promete y promete y luego no cumple. Un estúpido que no tiene responsabilidad afectiva y que huye al más mínimo atisbo de cariño. No te importa hacer daño si con ello consigues satisfacer tus deseos. Eres… —Calló de pronto, pues vio asomarse por una esquina a don Luis—. Llamaré a

Carabineros si continúas aquí, esas fueron las órdenes de Claudia, por favor, retírate.
—Pero…
—¡Señor! —Don Luis intervino—. No le está permitido el ingreso y está obstruyendo la entrada.
—Le decía que si no se va llamaré a Carabineros —agregó Amanda.
—Bien, bien. —Alzó sus manos a modo de rendición—. Me iré, no llamen a nadie.
Cuando desapareció de su campo visual, el hombre habló.
—Es muy insistente ese chico —opinó Luis—, no se cansa.
—Sí —tiró un resoplido—, espero que no regrese la próxima semana.
Después de entregar el turno a su relevo, Amanda se fue tranquilamente por la calle hasta que divisó a Martin en el paradero. Ya cansada, prefirió caminar en dirección opuesta hacia la siguiente parada.
—Amanda.
Escuchó que la llamaba, por lo que aceleró el paso.
—Por favor, no seas así. —La sostuvo del antebrazo—. Necesitamos hablar.
—Saca tus pezuñas de mi brazo —refunfuñó mirándolo directo a los ojos, enfadada. Él obedeció al instante—. No entiendo por qué me persigues, quiero que esto se acabe ya o te denunciaré por acoso.
—Si me permites contarte mi versión te dejaré en paz.
—Bien —accedió de mala gana cruzándose de brazos—, te escucho.
—¿Recuerdas que te hablé de Adriana?
—¿La tipa obsesionada con tu pene?
—No lo digas así, suena…
—Es que lo único decente que hay en ti es tu pene —se burló—, el resto vale mierda. Tú eres una mierda de persona.
—No me digas eso —le pidió con ojos suplicantes—. Ella nos vio en nuestro viaje a Santiago y me amenazó con hacerte daño si no te dejaba. —Amanda rio por lo bajo—. Lo digo en serio.
—Entonces tú, como macho protector, decidiste hacerme el vacío, cortarme mediante un audio en que decías enojado que yo te asfixiaba y para colmo te metiste con otra y me lo restregaste en la cara, ¿solo para protegerme de Adriana? —Pegó una carcajada—. ¡Qué mala excusa! Parece que ya no te queda imaginación para inventar mentiras.
—Eso fue exactamente lo que pasó —aseguró—, pero sé que no me crees. Adriana es una loca, créemelo.
—Así como Claudia es, ¿cómo le dijiste? —intentó recordar—. ¡Ah, sí! Una mentirosa, manipuladora y tóxica. Así hablas de todas las mujeres que no te dan todo lo que quieres. El imbécil mentiroso, manipulador y tóxico siempre has sido tú, pero ves reflejado lo que eres en los demás. —Alzó sus brazos—. Seguro yo soy una loca, tóxica y asfixiante para ti.
—No, no eres eso…
—Hazme un favor y tírate por un puente, tu muerte le hará un bien al mundo. —Dio media vuelta y siguió su camino a grandes zancadas.
—¡Amanda, espera! —gritó trotando en su dirección hasta detenerla, allí le pasó un papel doblado—. Este es mi nuevo número, por si lo necesitas.
—Lo que menos quiero es verte la cara, maldito infeliz —gruñó tirando el papel al suelo—. Estoy segura de que todos los poemas que te regalé los leías en voz alta con tus compinches y se burlaban de mí, siempre fui un juego para ti y yo caí una y otra vez como una estúpida, Pero eso no sucederá nunca más. —Su voz se quebró y su barbilla tembló—. Recuerdo que en uno de los poemas que te regalé, escribí que cuando ya te saciaras de mí me eliminarías de tu ecuación, pero

tú me dijiste que eso no pasaría. Qué mentira fue esa, una de las mejores porque yo sabía que así sería, pero opté por creer en ti y… —suspiró intentando contener las lágrimas— ¡Vete al infierno! —recalcó estas últimas tres palabras silaba a silaba.

Salió corriendo, pero antes de que se alejara, Martin le metió el papel en un bolsillo de la mochila. La vio correr despavorida. Su intención jamás fue hacerle tanto daño, pero lo había hecho y era algo que no podía reparar.

Amanda corrió hasta el siguiente paradero, estaba dolida en lo más profundo de su ser y quería alejarse lo más posible. Se dejó caer en el asiento secándose las lágrimas con el dorso de su chaleco, luego sacó su celular y llamó a Camila, ésta le contestó casi de inmediato.

—Amiga, ya vamos para allá —respondió Camila, usando el altavoz mientras manejaba.

—No vayan a mi casa —musitó entre lamentos—, yo no quiero que mi mamá me vea así.

—Cariño, ¿qué te sucedió? —Cristina habló—. ¿Estás llorando?

—Sí —respondió, su barbilla temblaba—, Martin no me deja en paz y me está haciendo mal. Hoy me esperó a la salida del trabajo y…

No pudo seguir hablando, pues el llanto explotó y Amanda se ahogó entre hipidos y lágrimas.

—Amiga, mándame tu ubicación al WhatsApp —le pidió Camila—, vamos por ti y vemos qué hacemos luego.

—Ya —musitó, revisando su móvil y dando con la aplicación—, está enviada.

—Estamos cerca, llegamos en dos minutos —le informó—, no te muevas de ahí.

La llamada terminó e intentó guardar su teléfono sin éxito. Sus manos temblaban y ya casi no podía ver por las lágrimas. Escuchó el viraje brusco de un auto y que luego se detenía junto a ella. Alguien la abrazó, por el aroma estaba segura de que era Cristina.

—Amanda, ya pasará, vamos —la reconfortó, ayudándola a levantarse—, ese energúmeno no puede ganar, por favor.

—Lo sé, es solo que el tenerlo cerca me quiebra, más aún con todo lo que me dijo —sollozó, mientras caminaban hacia el carro—. Todas sus palabras llenas de mentiras me hieren.

—Ese maldito bastardo —gruñó Camila—, espero que pronto tenga su merecido por maricón. Poco hombre. ¡Och! ¡Cuánto lo detesto sin conocerlo!

Cristina cerró la puerta del carro, acomodándose junto a Amanda en los asientos traseros, tomándola entre sus brazos.

—Vámonos de aquí —le pidió la acongojada—, no vaya a ser que se aparezca.

—Si aparece, juro que le pegaré qué cornete al animal ese —gruñó Camila pegándole al manubrio—. Merece que le partan el hocico.

—Amiga, Martin no vale ninguna de tus lágrimas —prosiguió Cristina.

Camila puso el carro en marcha, mientras Cristina le decía palabras de consuelo. Amanda no paraba de temblar y llorar. Finalmente, la conductora decidió ir a su departamento. Era mejor estar en un lugar privado para consolarla, ya se encargarían de lo demás.

Esa noche Amanda se durmió temprano gracias a una píldora que Camila le dio.

—Que lata que Martin la persiga después de todo lo que le ha hecho —opinó Cristina cerrando la puerta del cuarto—, este sí que se ganó la medalla de oro al más maricón. El anterior que la hizo sufrir se quedó corto con este experto rompecorazones.

—Me preocupa su estado, nunca la había visto tan deshecha —opinó dejándose caer en un sofá —, y menos que perdiera el control de esta manera.

—Es que no sabemos qué le dijo —le recordó Cristina—. Entre sus balbuceos no le entendí mucho.

—Cierto —aceptó—. Algo debemos hacer.

—No hay nada que podamos hacer, a menos que vayas a buscarla todos los días a la salida del trabajo.
—Eso no —suspiró—, quizá ir a encararlo o algo parecido.
—Creo que es mucho.
—No, Cristy, ella es nuestra amiga y yo estoy dispuesta a decirle unas cuantas verdades a ese saco weas.
—Entonces tienes que averiguar en dónde vive.
—En el antiguo trabajo de Amanda —recordó—, y sé dónde queda. Mañana me levantaré temprano e iré a confrontarlo.
Amanda despertó temprano y con mucho asco, tenía el estómago revuelto y la boca seca. Tras intentar respirar con pausas, tratando de controlar su malestar estomacal, salió corriendo al baño y terminó abrazada al retrete, vomitando. Cristina estaba en el salón y la escuchó, fue hasta el lugar en que se encontraba y le sostuvo el cabello. Cuando todo acabó, se acuclilló a su lado, preocupada.
—Estoy algo mareada, pero ya pasará —repuso Amanda respirando agitada—. No sé qué me pasa… debe ser el estrés por todo esto.
—No quiero ser pájaro de mal agüero, pero ¿cuándo fue tu última menstruación? —le preguntó con calma, Amanda se quedó pensativa hasta que su piel perdió color y sus ojos mostraron terror —. ¿Qué pasa?
—Es que no puede estarme pasando esto —sollozó, cubriéndose el rostro con las manos—, se suponía que la pastilla del día después era efectiva.
—¿Cómo dices? —se sorprendió su amiga—. ¿Cuándo pasó esto?
—Hace un mes y medio, cuando fui a Santiago con él —lloriqueó—, y no me ha llegado la regla desde entonces, pero no le había tomado importancia por todo lo que ha sucedido.
Cristina la abrazó, sobándole la espalda con una mano, sentía un apretado nudo en la garganta, pero debía resistir. No podía echarse a llorar si quería consolarla.
—¡Soy una tonta!

Capítulo 31

La conversación que lo cambió todo

◆◆◆

Camila aparcó a una cuadra del condominio en que debía vivir Martin. Ella lo había visto solo una vez y de lejos, pero recordaba su rostro muy bien. Bajó del carro y se dirigió a la cuadra anterior, cuando estaba cerca vio salir a un par de muchachos y mientras se le acercaban, se percató de que uno de ellos se parecía mucho a quien buscaba.
—¡Martin! —alzó la voz y el aludido la miró—. ¿Puedo hablar contigo?
Quienes lo acompañaban le miraron expectantes.
—¿Quién eres? —preguntó.
—Necesito que hablemos solos —repuso mirando a los otros.
—Bien, yo iré por el auto —dijo Horacio.
—Sí, compadre, mejor te esperamos en él —apoyó Esteban.
—Claro, no tardo —aseguró viéndolos marcharse apresurados—. Bien, ¿quién eres?
—Camila, la mejor amiga de Amanda —respondió escueta—. No quiero ser grosera, pero estoy harta de que la acoses y ella termine desecha por tu causa. —Se le aproximó apuntándole con un índice—. Déjala en paz.
—Mira —suspiró—, lo que pase entre ella y yo no es de tu incumbencia, por muy amiga que seas. Además, te aseguro que no me alejaré solo porque tú lo quieres así. Yo tomo mis propias decisiones.
—Sí, decisiones que destruyen a otras personas por tu falta de empatía y responsabilidad afectiva.
—Ya me tienen harto con esas frasecitas —repuso molesto—, «responsabilidad afectiva» —la remedó—. Métetela por dónde te caiga y anda a molestar a otro.
—Mira, pedazo de mierda —gruñó Camila, molesta, reteniéndolo de un antebrazo—, te alejas de ella o verás de lo que soy capaz.
—¿Me estás amenazando?
—Te estoy advirtiendo —recalcó mordaz—, yo puedo ser muy mala cuando me lo propongo y por proteger a mis amigas soy capaz de todo.
—No te tengo miedo. —Se zafó de un tirón e inició su caminata alejándose de ella—. Haz lo que quieras.
—Veremos quién ríe último, maldito marica —le gritó, recibiendo por respuesta un ademán obsceno que la encolerizó más.

Amanda se había calmado y su estómago había soportado un vaso de leche tibia preparado por su amiga. Se encontraba acurrucada bajo las mantas de la cama, pensativa y triste. No sabía si lo correcto era contactarlo o enfrentar lo que se le venía sola. Se levantó en busca de su móvil y cuando lo sacó, un papel doblado cayó al suelo. Al levantarlo, recordó que se parecía al que él le había dado la tarde anterior, aunque lo había botado. ¿Sería posible que Martin lo hubiese metido

allí sin que lo hubiese notado? Lo desdobló encontrándose con una nota y un número de teléfono:
«Me alejé de ti para protegerte de Adriana, juro que es cierto. Cuando me necesites llámame, Martin».
Se mordió el labio inferior, suspiró y dándose valor ingresó el número a sus contactos, pero antes de llamarlo se acobardó y lo lanzó contra la cama. No quería hablar con él. Mejor sería enviar un mensaje. Si lo leía y le respondía era cosa de él, pero estaría avisado. Ingresó a la aplicación de WhatsApp y lo actualizó, encontrando el nuevo número.

Amanda:
No quiero saber nada de ti, pero creo que no tengo el derecho de ocultarte esto. Si luego de saberlo decides no hacerte cargo, que creo es lo más probable, es problema tuyo. Estoy con atraso, no me he hecho la prueba, pero creo que la pastilla del día después no funcionó.
Ojalá me equivoque.
Amanda.

Lo envió y casi al instante aparecieron los dos tiques anunciando que había sido leído por el destinatario.

Martin:
Necesitamos juntarnos para hablar de esto y tomar una decisión. Ahora estoy llegando a mi nuevo departamento. Cuando tenga tiempo te escribiré para que coordinemos.

Tiempo, nuevamente ponía esa excusa. Que tonta había sido al escribirle, de seguro ya se le había inflado el pecho creyéndose el más importante de todos. Mejor ni le hubiera escrito, Martin nunca cambiaría y como padre sería un lastre inmaduro y ausente en todos los sentidos.
Escuchó el abrir y cerrar de la puerta principal, seguido de la voz de Camila sumamente encolerizada hablando pestes de Martin, y la de Cristina que intentaba tranquilizarla.
—¡¿Puedes creer que ese saco de weas me hizo un oyuo?! —gritó indignada—. ¡Que se vaya a la mierda el puto bastardo!
—Baja la voz —le pidió entre susurros—, que Amanda está despierta y…
—¿Qué sucedió? —Amanda se inmiscuyó en la conversación llevándose la atención de sus amigas—. ¿Estuvo aquí?
—No, nada de eso —aclaró Camila—. Solo tuve una conversación con ese maricón, que no acabó en buenos términos y no fue aquí, ni cerca, para tu tranquilidad.
—¿Cuándo fue?
—Hace una hora más o menos —le informó—. Fui a encararlo y todo terminó mal.
—Creo que estoy embarazada —soltó, dejando a Camila boquiabierta—, y él es el padre.
—Mierda —musitó—, ¿te hiciste una prueba de embarazo?
—No. —Se mordió el labio inferior, suspirando cabizbaja—. Pero creo que las posibilidades de que salga positivo son altas, y le escribí para contarle.
—¿Y qué te dijo? —preguntó Cristina.

—Que cuando tenga tiempo me escribirá para que nos juntemos a hablar —respondió—. Me siento tonta porque puso la misma excusa de siempre.
—Falta de tiempo —repitió resignada Camila—. No lo necesitas, nosotras siempre estaremos para ti y, ¿sabes? En este mismo instante iré a comprar una prueba a la farmacia para que salgamos de dudas.
Camila salió de allí y regresó media hora después con una prueba. Esperaba que Amanda siguiera en el departamento junto a Cristina, porque había intentado contactarse con ellas sin obtener ninguna respuesta. Mientras subía al ascensor, su amiga Amanda recibió una llamada de Martin.
—Hola —escuchó la voz de Martin—, Amanda, ¿estás ahí?
—Sí —musitó.
—Disculpa el haber sido tan cortante en mi mensaje, pero es que se juntaron muchas cosas y… —suspiró—. Me gustaría ir por ti ahora para que hablemos, solo si me lo permites.
—Sí, tenemos que hablar sobre esto —repuso—, ven.
—¿Quieres que vaya por ti a tu casa?
—No estoy en mi casa.
—¿Dónde estás?
—En casa de Camila —escuchó un resoplido de molestia—. Te aclaro que yo no la mandé a hablar contigo, ella me lo confesó hace media hora y no tengo idea de qué hablaron…
—Eso no importa —intervino—, nuestra prioridad es saber si realmente estás embarazada. Si me envías tu ubicación paso por ti.
—Te la envío al WhatsApp ahora.
—Bien, la espero.
—Listo, revisa tus mensajes —dijo después de enviarla.
—Estás más o menos lejos —repuso—, pero al menos está en el centro. Calculo que estaré por allá en una hora, ojalá antes.
—Bien, es el departamento 145B.
—Te llamaré cuando esté afuera, no entraré —le aclaró—. Nos vemos.
—Chao.
La llamada terminó. Tocaron a la puerta del cuarto en ese momento.
—Amiga, ¿puedo entrar?
—Sí, Cami, entra.
La muchacha ingresó, traía consigo una cajita rectangular en su mano, que le entregó. Amanda suspiró, recibiéndola resignada.
—¿Cuánto te debo? —le preguntó.
—No seas ridícula, ¿cómo te voy a cobrar por eso?
—Pero…
—Nada —negó, reteniéndola de un brazo y sacándola del cuarto—. Ahora, señorita, irá al baño y se hará la prueba.
—Bien —suspiró empujando la puerta y cerrándola al entrar.
Muy nerviosa realizó todos los pasos requeridos y dejó el artefacto sobre el mueble de las toallas, a la espera del resultado. Se sentó sobre la tapa del retrete con la cabeza entre las manos, moviendo sus piernas de forma incesante. Fueron angustiantes minutos que para ella se convirtieron en una eternidad. Vio aparecer la primera línea bien marcada, luego apareció muy lentamente una segunda bastante difuminada, pero se lograba ver con claridad. Quedó patidifusa, no sabía qué hacer, ya que se suponía que las dos líneas debían ser igual de intensas y la última

que había aparecido no cumplía con las especificaciones de la prueba. Se levantó, se mojó el rostro varias veces y salió con la prueba en la mano.
—¿Y?
—¿Qué salió?
—La prueba salió fallada —aseguró, entregándosela a Camila—. Se supone que las dos líneas deben ser igual de intensas.
—¡Mierda de prueba! —refunfuñó Camila—. ¿Cómo nos deja así?
—Pero aquí se ve la segunda línea, con poca intensidad, pero se ve.
—Lo que indica que salió fallado —le aclaró Amanda—, según las instrucciones las dos líneas deben ser igual de intensas.
El móvil de Amanda vibró, al revisar la pantalla vio que era una llamada de Martin que contestó de inmediato.
—Aló.
—Hola, ya estoy a una cuadra. —Se escuchó jadeando—. Sal pronto.
—Voy. —Colgó.
—¿Quién era? —indagó Camila.
—Martin. —Le quitó la prueba y se la guardó en un bolsillo—. Nos vemos pronto.
—¿A dónde vas?
—A solucionar esto con el responsable.
—¿¡Qué!? —exclamó Camila—. ¿Martin está aquí?
—A una cuadra —respondió abriendo la puerta principal—. Les informo cómo me va.
—Pero amiga —intervino Camila siguiéndola—, ¿cómo puedes confiar en esa mierda después de todo lo que te ha hecho?
—Te aviso cómo me va —dijo desde el interior del ascensor.
—Pero…
No pudo seguir escuchándola porque la puerta se cerró. Fuera del recinto se encontró con un jadeante Martin quien, al verla, esbozó una sonrisa nerviosa.
—Hola —la saludó.
—Hola —respondió un tanto nerviosa—. ¿Qué hacemos?
—Pues —comenzó él—, te invitaría al depa para que estemos más cómodos y puedas hacerte la prueba, ¿te parece?
—¿Y tus compinches?
—Salieron —contestó—, hoy nos cambiamos a Playa Ancha y necesitamos mercadería, ellos se encargarán de eso.
—Les dijiste algo, ¿verdad?
—¡Qué comes que adivinas! —exclamó riendo por lo bajo—. Pero no te preocupes, solo les pedí un par de horas para que estemos solos, yo les avisaré cuando todo termine.
—¿Les contaste?
—No, de esto no —negó rotundo—. No me atrevería a revelar algo tan delicado sin tener la seguridad, ¿vamos?
—Sí, vamos.
Caminaron juntos hasta el paradero más cercano, en silencio.
—Quiero que sepas que si estás embarazada yo me haré cargo, no estarás sola. Te doy mi palabra. —Ella suspiró entornando los ojos—. Es una promesa, no debes dudar.
—Me has hecho tantas promesas que no has cumplido, que ésta, para mí, es una más —aseguró cabizbaja—. Si te soy sincera, aún me cuestiono el haberte avisado.

—Juro que comprendo tu desconfianza —afirmó—, pero recuerda que yo fui padre y estuve presente cuidándolo, amándolo y protegiéndolo hasta el final de sus días.
—Claro.
—Por otro lado, si sale negativo —prosiguió—, me gustaría que reconsideres tu decisión.
Ella lo miró escandalizada, pero justo en ese instante el transporte que los llevaría a su destino apareció y tuvo que subir. Estaba repleto, por lo que tuvieron que ir afirmados de donde podían hasta que Martin tocó el timbre y descendieron. La guio hasta un edificio de veinte pisos, con jardines enrejados en el exterior y una gran puerta de vidrio doble que estaba cerrada. Él puso la clave y esta se abrió con un clic.
—Adelante —le indicó sosteniéndola, ella obedeció—. Hola, Mario —lo saludó—, ella es Amanda Gutiérrez y viene a mi departamento.
—Igual debo pedirle el RUT, señorita Amanda —dijo el conserje.
Después de dar sus datos, Martin la condujo por el pasillo de la izquierda ingresando al primer ascensor que se abrió. Descendieron en el piso cinco y, doblando a la izquierda, entraron al departamento del fondo.
—Este es nuestro nuevo hogar —anunció alzando sus brazos—, disculpa el desorden, pero en nuestra defensa acabamos de llegar hace cuatro horas.
En ese instante se abrió una puerta por un estrecho pasillo a la derecha apareciendo Horacio. Este al verlos quedó boquiabierto.
—Hola, Amanda, no pensé que serías tú —repuso, ella se ruborizó—. Disculpa, compadre, sé que me pediste desocupar, pero el llamado de la selva fue superior. —Aclaró apuntando al baño —. Bien, no se preocupen por mí, yo voy de salida. Los dejo.
Como una bala salió de allí, dejándolos sorprendidos y tensos.
—Bueno. —Martin rompió el silencio—. ¿Quieres algo de beber?
—Agua, si tienes.
—Solo de la llave.
—Déjalo así —negó—, no me traigas nada.
—Disculpa, por…
—Quiero que sepas que ya me hice uno —prosiguió, sacando la prueba que se había hecho—, pero el resultado es muy ambiguo, prefiero hacerme otro.
—Sí, no es cómo debería verse—concordó, sacando una cajita de un bolsillo interno de su chaqueta, colocándola en sus manos—, yo compré este cuando iba a buscarte. Cuando estés lista puedes ir, es aquella puerta por donde vimos salir a Horacio.
—Voy ahora.
Martin la vio entrar y cerrar la puerta. Se apoyó en la pared, pero la ansiedad no le permitía estar tranquilo y comenzó a caminar de una esquina a otra, hasta que decidió encender un cigarro. Salió al balcón fumando. No supo cuánto tiempo estuvo allí, pero ya estaba terminando el segundo cuando escuchó la voz de Amanda.
—Martin.
La vio seria. No mostraba ningún atisbo de sentimiento que delatara el resultado. Se le aproximó recibiendo la prueba.
—Para mi suerte, salió negativo —aseguró ella. Él quedó pensativo viendo la única línea que se había marcado—. Me siento aliviada, mi atraso seguro se debe al estrés…
—¿Sueles ser irregular? —intervino.
—No, pero…
—Quizá sea bueno un chequeo médico, solo así lo descartamos del todo —repuso.

—Pero salió negativo.
—Y el otro casi positivo —le recordó—, yo no me confiaría.
—¿Quieres ser padre? —preguntó incrédula.
—No, pero me hizo ilusión —confesó—, además, no me gustaría dejar a un hijo mío desamparado.
—No te creo —se burló, pero al ver su semblante serio, dejó de reír.
—Amanda, el lunes irás al médico —repuso tomando de sus manos—. Lamento no poder acompañarte, pero yo cubriré los gastos. ¿Tienes a un especialista de confianza?
—No.
—Entonces lo buscamos ahora mismo.
Lo vio tan seguro que no se opuso a su petición. Martín se dirigió al segundo cuarto y salió con un portátil entre sus manos. Se ubicó en la mesa del comedor e inició la búsqueda por internet.
—¿Prefieres que sea hombre o mujer? —preguntó mirándola—. Hay una amplia oferta de ginecólogos en Valparaíso, pero mujeres hay solo en Viña.
—Prefiero mujer —se le aproximó—, mira esa…
Juntos siguieron en la búsqueda de una profesional que les diera confianza, hasta que dieron con la indicada.
—¿Quieres comer algo? —le dijo cerrando su laptop—. Podemos pedir pizza y vemos una película en mi cuarto —propuso, haciendo contacto visual con ella que estaba sentada en una silla contigua—, ¿qué dices?
—Que tus compinches regresarán en cualquier momento —le recordó esbozando media sonrisa —, y no queremos que me vean, ¿verdad?
—A mí no me importa eso —respondió—, me gustaría que compartieras con ellos, pero sé que no te sientes cómoda en su presencia.
—No es eso —aseguró soltando una risita—, de hecho, ahora ya no tengo razón para seguir ocultándome de ellos, no trabajo en el mismo lugar donde viven.
—¿Eso quiere decir?
—Que me da igual si ellos me ven aquí —aclaró.
—¿Te gustaría compartir con nosotros hoy?
—Sí —aceptó—, ¿por qué no?
—Les diré que se vengan —repuso tomando su móvil—, quizá podamos hacer algo entre todos.
El verlo tan entusiasmado le hizo sonreír y algo en su interior comenzó a despertar. Lo veía de una forma distinta. Pero no podía dejarse llevar otra vez por sus sentimientos, tenía que luchar y poner una barrera pronto.
—Bien —dijo levantando su mirada del móvil—, traerán pizza y bebida, les pedí jugo para ti, ya que no estamos seguros aún de tu estado.
—Me agrada que te preocupes por mí.
—A mí me agrada verte sonreír —aseguró mirándola feliz, mientras jugueteaba con uno de sus mechones—, tus ojos se iluminan cuando sonríes y me encantan.
—Lo dices para congraciarte conmigo.
—¿Qué es congraciarse? —preguntó genuinamente intrigado.
—Me dices cosas lindas para apaciguarme y que vuelva a creer en ti —respondió—, o sea que te estás haciendo el lindo conmigo, como el buen jote que eres.
—No, no, no —negó—, esa no es mi intención.
—Nunca lo fue, ¿verdad?
—Pues solo sale de mí de forma espontánea.

—Claro —rio por lo bajo—, haré como que te creo.
—Amanda —suspiró armándose de valor—, sé que me he portado como un patán contigo, pero en serio quiero enmendarlo y hacerte ver que no soy una mala persona, me gustaría pedirte una última oportunidad para estar juntos. —Al ver su cara seria, juntó sus manos en súplica—. Por favor, juro que esta vez estaré super pendiente de ti, no te dejaré de lado, hablaremos a diario, saldremos juntos y puedes venir a quedarte cuando quieras… Si quieres podemos poner fechas específicas o dejarlo al azar, ¿qué dices?
—No lo sé…
—Yo quiero estar contigo, en serio.
—¿De qué forma?
—Pues como estábamos antes, nada formal, pero sí con exclusividad —aclaró—, y prometo responder a tus mensajes como al inicio. ¿Qué dices?
—Tú me haces mal y lo sabes —le recordó, negando con la cabeza cabizbaja—, estar contigo me causa angustia, me hace sentir a la deriva y como plato de segunda mesa. Si acepto terminaré desecha, porque estoy segura de que volverás a hacerme sufrir. No entiendo por qué sigues buscándome.
—Porque me gustas más que a cualquier otra mujer con la que he estado, hay algo en ti que me atrae demasiado —le confesó, acariciándole una mejilla con el pulgar y haciendo contacto con sus pupilas—. No sé qué tienes, pero me encantas, no puedo estar mucho tiempo sin ti porque comienzas a aparecer en mis sueños, de día me atormenta tu recuerdo, no puedo concentrarme en el trabajo.
—No te creo.
—Entiendo tu desconfianza porque te he fallado dos veces —suspiró, luego colocó su palma abierta en el vientre de Amanda—, pero por un hijo soy capaz de todo y no quiero que crezca sin un padre, menos pretendo hacer sufrir a su madre. Así que desde ahora prometo cambiar y ante cualquier problema lo hablaremos, no volveré a ausentarme.
—¿Pero seguirás ausente sentimentalmente conmigo?
—Afecto te daré.
—Pero no será real.
—Oye, no soy el monstruo que crees —aclaró—, yo sí siento. Solo que no me siento capaz de involucrarme en una relación de pareja todavía. Quizás en el futuro eso cambie, eso lo veré con el tiempo.
—Tú sabes lo que me haces sentir —le recordó—, yo siento algo más intenso que solo sexo o una amistad. No quiero decirlo…
—Lo sé —musitó reposando su frente en la de ella—, sé que estás enamorada de mí…
Se miraron con intensidad a los ojos y no pudieron contener sus profundos deseos de volver a unir sus labios, él dio el primer paso acercándose peligrosamente a su boca. Amanda podía sentir su tibia respiración acelerándose, hasta que los suyos fueron apresados, la intensidad subió y ella terminó a horcajadas, mientras él le recorría con las manos bajo la polera hasta alcanzar sus senos. Sin más, las anchas manos de Martin la tomaron de los muslos alzándola y pronto, su espalda fue acomodada en el sofá con él entre sus piernas, sin detener el intenso beso que les consumía, haciéndoles perder la razón.
En ese instante la puerta se abrió entrando Horacio seguido por Esteban, quienes al verlos en ese plan se quedaron en silencio, sin articular movimiento alguno. Mientras, los amantes detuvieron su arremetida, observándolos sorprendidos.
—Lo sentimos. —Horacio rompió el silencio—. Dejaremos esto por aquí —dijo dejando las

cajas con pizzas sobre la mesa—, y les daremos su espacio. Cuando estén listos, nos avisan. —Le pegó un codazo a su acompañante—. Deja eso y vámonos.
—Ah, sí, claro —despabiló dejando el pack de cervezas y una botella de jugo junto a las pizzas —. Iré a mi pieza.
—Yo igual.
Desaparecieron por el pasillo y ellos escucharon cerrarse las puertas. Se miraron a los ojos y rieron por el vergonzoso e incómodo momento vivido.

Capítulo 32

Tercera oportunidad

◆◆◆

Después de un par de besos apasionados, Martin se quitó de encima asomándose al pasillo. Amanda, por otro lado, se levantó dirigiéndose al baño.
—¡Cabros, salgan! —los llamó, sacando una cerveza—. ¿Podríamos ver una peli mientras comemos?
Horacio fue el primero en aparecer, al verlo solo se extrañó.
—¿Y Amanda? —preguntó sacando una cerveza—. ¿Se fue?
—No —respondió mientras tragaba un pedazo de pizza—, está en el baño. Ya regresa.
—Me alegra que hayas arreglado el desastre que dejaste —opinó, palmeando su espalda—. Supongo que la veremos más seguido por acá.
—No lo sé —contestó—, eso depende de ella.
—Compadre —exclamó jocosamente Esteban, llevándose la atención de los presentes—, te lo tenías escondido, ¿eh?
—¿De qué hablas?
—De Amanda, claro —repuso con obviedad—. Jamás noté nada raro entre ustedes y hoy los encontramos en ese plan.
—Tú no lo habías notado —intervino Horacio—, pero yo ya lo sabía.
—Silencio —les pidió al escuchar la apertura de una puerta.
—¿Qué…? —exclamó Esteban mirando hacia el pasillo.
Amanda caminó hacia donde ellos se encontraban, se veía incómoda.
—Hola, chicos —saludó con un ademán—. Martin.
—¿Sí?
—Siento que lo mejor es irme.
—¿Por qué?
—Para que estés cómodo con tus amigos.
—Estoy cómodo con ellos y contigo aquí —aseguró—. Ven acá —la llamó, ella no se movió. Su semblante mostraba nerviosismo—. Amanda, tranquila, ellos no muerden.
—Amanda, quédate a compartir un rato —la invitó Esteban amigablemente—. Tenemos pizzas de sobra y veremos una película —anunció encendiendo el televisor e iniciando la aplicación de streaming y pasándole el control—. Como eres nuestra invitada puedes escoger la película. —La chica le sonrió ya más relajada—. Ten, una cerveza para que te relajes.
—Cariño —la llamó Martin, ofreciéndole un vaso de jugo e indicándole que dejara la lata sobre la mesa. Ella obedeció y se acomodó a su lado, mientras observaba la parrilla programática—, come un poco.
—Tranquilo, ya lo haré.
Él le dio un beso en la mejilla haciéndola ruborizarse, mientras sentía un calor ascender por todo su cuerpo.
—¿No bebes? —preguntó Esteban—. ¿No te gusta el alcohol?

—Sí bebo, pero hoy no siento la necesidad de hacerlo —contestó.
Escogió una película de terror y comenzó a degustar trozos de pizzas bebiendo jugo. Martin le pasó un brazo por arriba de sus hombros para mantenerla pegada a él. Estaba más concentrado en tocarla que en las escenas que mostraba el televisor. Para estar más cómoda, Amanda prefirió cambiarse al sofá y él la siguió, acomodándose a su lado y tomándola de los hombros, tal como lo había hecho antes.
Sus compinches lo miraban y reían por lo bajo haciendo comentarios inaudibles y con mímica entre ellos. Después de que la película terminó y antes de que Martin pudiera proponerle a su compañera lo que tenía en mente, sus compañeros se le adelantaron.
—Amanda, supongo que te veremos muy seguido por aquí —repuso Esteban.
—Pues… —balbuceó mirando a Martin—. No sé…
—Por supuesto que la verán seguido —contestó él—, pero eso depende de ti, cariño. De tus tiempos libres y de que nos organicemos.
—Se lo tenían escondido, ¿eh? —exclamó en tono jocoso Esteban—. Nunca noté nada entre ustedes, saben actuar muy bien.
—Solo tú no lo notaste —lo atajó Horacio, riendo por lo bajo—, yo ya los tenía identificados, esas sonrisitas, esas miraditas —apuntó a Martin—, y este sufriendo porque ella ya no trabaja en el condominio.
—¡Oh! —exclamó—. ¿Te refieres a esas veces en que bebía y fumaba solo mirando la nada?
—Sí, pero miraba la conserjería y no la nada —le aclaró.
—Ya, ya, ya. —Martin se levantó—. No se pasen, cabros.
—¡Pero, compadre! —exclamó Esteban—. ¡No te pongas así!
—Amanda, ¿vamos a mi cuarto un rato? —le propuso, tendiéndole una mano—. ¿Vamos?
—Bueno —accedió aceptando su ayuda—. Chicos, ya tendremos tiempo para hablar de esto y otras cosas que me interesan —acentuó—. Nos veremos seguido, así que tiempo nos sobrará.

Martin la condujo asida de la cintura por el pasillo hasta la tercera puerta que abrió. Adentro había una cama a medio hacer, sobre una cómoda se hallaba una maleta revuelta y de algunos cajones colgaban prendas de ropa.
—Disculpa el desorden —dijo cerrando la puerta tras de sí—, no alcancé a ordenar mucho antes de ir por ti.
—No importa —repuso sentándose sobre el lecho—, mi cuarto es peor.
—No te creo —rio por lo bajo acomodándose a su lado.
—Los artistas tenemos mucho en qué pensar, por lo que el desorden también lo llevamos al exterior —aseguró sonriendo y fundiéndose en su mirada—, quizá tienes algo de artista…
—Pues, lo único que se me ocurre es… —susurró, apresándole los labios por unos segundos—, artista en las artes amatorias.
—Puede ser —rio ella entre sus labios.
—Si aún no te convenzo —repuso susurrándole al oído—, esta noche sí lo haré.
—¿Pretendes que me quede aquí esta noche? —lo detuvo en seco, él la observó boquiabierto, pero profundamente excitado—. Yo debo irme a casa, hasta puedo asegurar que necesito una ducha.
—¿Si te parece podemos ducharnos juntos ahora? —le propuso insinuador—. ¿Qué me dices?
—Tus compinches pueden escucharnos.
—Eso es lo de menos.
—Pero…
—No me importa, a ti tampoco debería.

—Puede molestarles.
—No, no lo creo —aseguró Martin, esbozando media sonrisa—, y si les molesta es porque nos tienen envidia, ya que no pueden gozar como nosotros.
Conectaron sus miradas con intensidad, compartiendo la sonrisa boba, mezcla de tensión sexual y deseo contenido. Ella dio el primer paso aproximándose lo suficiente para sentir su tibia respiración agitada. Él no pudo contenerse más y le comió la boca con pasión abismal. No existía nadie más que Martin a su alrededor, sentía sus manos tocándole la piel bajo la polera, ascendiendo lentamente hasta sus senos, ese contacto la hizo soltar un suave gemido encorvando su espalda.
Percibió los labios de Martin acariciándole el cuello mientras sus anchas manos amasaban sus pechos. Fue despojada de la prenda que la cubría seguida por el brasier y sus juguetones labios se turnaron acariciando sus pezones.
—¡Martin! —exclamó deseosa—. ¡Termina con esta tortura!
—¿Qué deseas, mi diosa? —preguntó mirándola sin dejar su faena cachonda.
—Te quiero dentro de mí —repuso en un profundo suspiro que más pareció un gemido.
Él sonrió apoyándose en sus rodillas para quitarle el pantalón, cuando la tuvo semidesnuda ante sí, vio lo empapada que estaba su braga.
—Bebé, pero qué mojada te tengo.
—Siempre lista para ti —aseguró quitándose su braga y procediendo a desnudar a su compañero —, ven ya.
—Espera —dijo saliendo de la cama y hurgando en su maleta, cuando encontró lo que buscaba volteó—. Esta vez no cometeré el mismo error, por si las moscas.
Se colocó el preservativo, acomodándose entre sus piernas hizo el primer contacto en sus genitales. Ella realizó un movimiento brusco logrando su objetivo, ya que no podía más del deseo y ese largo miembro se abrió paso al interior. Martin entreabrió su boca soltando un gemido ahogado mientras sentía cómo ese tibio y húmedo lugar se adaptaba a su tamaño. Aún entraba algo apretado, pero aquello le provocaba un roce que lo dejaba sin aliento.
Ella movía su cadera de forma salvaje y cuando él se unió a esos movimientos, convirtió ese encuentro en profundas estocadas que la hacían gritar de placer. En un momento, la tomó de sus piernas y las ubicó en sus hombros embistiéndola profundamente y aumentando la velocidad en cada nueva penetración. Amanda sudaba, gemía y sentía un intenso placer que la llevaba hasta el éxtasis más absoluto en donde no existía nada más que el gozo que experimentaba.
—Ya me voy —anunció apretándole con más fuerza la cadera—, ¿tú cómo vas?
—Dame duro —gimió—, profundo y no pares.
Él asintió con sus labios separados y jadeando, mientras escuchaba los gritos apasionados de su compañera. No podía evitar sobreexcitarse más y sus movimientos se volvían más brutales y profundos, pronto percibió que aquella zona que tanto le gustaba comenzaba a palpitar incesante, apretándole el miembro y provocando que se liberara por completo, gimiendo dejó reposar su frente en la de ella.
—Somos unos salvajes —opinó Amanda, respirando agitada.
—¿No te gusta? —respondió Martin, abriendo sus ojos.
—No, no me gusta —negó ella sonriendo—, me fascina, alucino.
Martin se hizo a un lado riendo por lo bajo, después de quitarse el preservativo y limpiarse un poco se acurrucó a su lado, ya que ella se había acomodado y parecía dormitar. Cuando la sostuvo entre sus brazos, Amanda suspiró y con su mano derecha le sostuvo el antebrazo izquierdo. De este modo se quedaron dormidos con el abrigo de una sábana y el calor de sus

cuerpos unidos.
Despertaron debido a que Esteban tocó a la puerta, estaba oscuro.
—Hola, no hemos escuchado sus gemidos en varias horas, ¿siguen vivos? —bromeó Esteban.
—¡Cállate weón! —gritó—. Déjanos en paz.
—¡Horacio, siguen vivos! —vociferó.
—¿Amanda también? —Escucharon la voz de Horacio lejana.
—¿Amanda, sigues viva?
—Sí —respondió ella riendo por lo bajo—, ¡qué entrometidos son!
—Ganaste la apuesta —gritó Horacio—, yo pensé que habían muerto en plena cacha.
—No, solo su pasión es desbordante y necesitaban dormir —rio el otro, alejándose por el pasillo —. Págame.
—Lo siento —le susurró Martin—, así somos, nos molestamos. Me parece que te lo había dicho.
—Sí, cuando compartíamos poemas —recordó sonriendo—, y yo te decía que los leías con ellos y se reían de mí.
—Pues ya ves qué habrían hecho si eso hubiera sido como pensabas. —Apuntó con la cabeza a la puerta—. Ahora nos molestarán por los gritos que soltamos.
—¡No! —exclamó cubriéndose el rostro con la sábana—. ¿En serio grité muy fuerte?
—Esta vez sí —confirmó él—, pero me excitó mucho escucharte.
—Mmmm…
—¿Qué te parece si les damos más de qué hablar?
—¡No, por favor! —rio—. No quiero ser el hazmerreír de este departamento.
—Ya es muy tarde para retractarse.
Le quitó la sábana y comenzó a acariciarle el cuello, mientras su mano derecha se metía entre sus piernas hasta alcanzar su clítoris, comenzando un masaje circular con suaves pellizcos que la hacían suspirar de placer. Esos dedos se movieron traviesos, más abajo penetrándola despacio con dos de ellos.
—Ya, para —le pidió jadeando—, o no lo soportaré más.
—¿Y qué harás si no me detengo? —ronroneó.
Lo hizo rodar quedando ella a horcajadas, apresando sus labios con locura en un beso muy intenso que no dejaba nada a la imaginación.
—¡Eh! —escucharon golpes en la puerta—. No coman pan delante de los pobres —Esteban volvía a interrumpirlos—, que las paredes son muy delgadas y escuchamos todo.
—¡Anda a llorar a la FIFA! —le gritó Martin justo cuando su compañera se hacía a un lado y el otro se carcajeaba por el pasillo—. ¿Qué sucede?
—¿Tienes más condones?
—¡Ah! —dijo levantándose y colocándose uno—. Listo, soy todo tuyo.
Amanda se lanzó como una fiera, besándolo apasionadamente. Él la asió de las nalgas masajeando con premura, la levantó de los muslos empotrándola contra la pared y penetrándola duro. Al sentir su largo miembro embistiéndola, Amanda comenzó a gemir, pero antes de que sus alaridos aumentaran de volumen él le sostuvo del cuello con seguridad. Eso le hizo abrir los ojos y mirarlo con lujuria, eso le excitó sobremanera.
Mientras la penetraba, ella sentía que todo su cuerpo ardía y comenzó a sudar, por lo que su espalda resbalaba y él debía sostenerla con más fuerza haciéndola chocar con la pared en cada embestida.
—Si seguimos así pasaremos a la otra habitación —le susurró—. Martin, sé que está muy bueno, pero…

Él detuvo sus movimientos y la llevó hasta la cama, sentándose con ella a horcajadas y su miembro se deslizó lento, pero profundo en el tibio y húmedo lugar que le enloquecía. Entonces ella lo besó iniciando una fogosa cabalgata que aumentaba de velocidad haciéndolo gemir de placer. Martin le sostuvo de las nalgas para profundizar las penetraciones. consiguiendo su objetivo; eso provocó que ella gritara de placer y aunque le encantaba escucharla, pensó en lo que sus compinches le dirían luego y deslizó una mano hasta su cuello y lo apretó.
—Me encanta cuando haces eso —ronroneó ella dejando de gemir al instante.
—¿Te excita?
—Sí —musitó, aumentando la intensidad de la cabalgata—, apriétame más. —Él obedeció—. Eso, así…
—¡Ah! —gimió dejando caer su espalda en la cama mientras ella se movía como toda una experta dándole tanto placer que ya se le hacía insoportable el aguantarse más—. Me voy…
—Dale —ronroneó—, juntos. Dame duro.
La hizo rodar, quedando sobre ella y embistiéndola con brusquedad una y otra vez, mientras apretaba su cuello y gemían de placer. Amanda encorvó su espalda suspirando, justo cuando él llegaba al máximo grado de placer y sentía como las paredes vibraban con locura. Siguió penetrándola por unos segundos hasta que decidió detenerse quedándose en su interior un rato más.
Al día siguiente la primera en despertar fue Amanda, encontrándose entre los brazos de Martin fuertemente apretada. Estaban desnudos. Intentó liberarse, pero él la asió hacia sí impidiéndole moverse.
—Martin —musitó—, ya es hora de levantarse. Esta habitación es un horno y yo debo regresar a mi casa.
—Mmmm… —balbuceó liberándola. Ella salió de la cama recogiendo su ropa—. Antes de que te vayas, ¿me concederías una ducha juntos? —Ella sonrió—. Dime que sí, por favor.
—No confío en que solo sea una ducha —respondió.
—Pues si quieres voy preparado —dijo sacando un preservativo—. ¿Qué dices? —Ella se mordió su labio inferior mirándolo con lujuria—. ¿Eso es un sí?
—Te cabalgaría aquí mismo —ronroneó insinuante.
—¡Qué intensa eres!
—Aun no me conoces del todo. —Lo besó despacio, por primera vez se dejó besar reteniendo sus ganas de devorarle la boca—. ¿Dónde tienes toallas?
—Ve al baño, yo las llevo —dijo. Amanda se apresuró a la salida cubierta por una ancha polera de él—, recuerda dejar la puerta sin seguro.
—Esperaré a que toques la puerta para asegurarme de que eres tú. —Le lanzó un beso y cerró tras de sí.
Caminó rápido por el pasillo hasta llegar a su destino y cerrar la puerta. Allí se sentó en el retrete y comenzó a revisar su móvil. Tenía muchos mensajes y llamadas perdidas de sus amigas y de su madre. Comenzó a responderlos todos, avisando a su mamá que hoy regresaría a casa en un rato más y a sus amigas de que había regresado con Martin. Sabía que eso significaría una reprimenda por parte de Camila, pero ya no le importaba porque estaba feliz y dichosa de haber recuperado la relación que tenía con él. Solo esperaba que esa vez sí funcionara.
—Amanda. —La voz de Martin, acompañada de golpecitos en la puerta la sacó de sus cavilaciones y dejó su móvil en un mueble esquinero—. Soy yo, ábreme. —Le abrió y entró, cerrando con seguro—. Aún no has abierto el agua.
—No, estaba haciendo otras cosas —confesó, recibiendo las toallas entre sus manos.

Martin deslizó la puerta corrediza de la ducha y abrió el grifo. Cuando el agua se temperó, se colocó bajo el chorro. Ella lo siguió abrazándolo por atrás, deslizó sus manos en su ancha espalda y le besó. Pronto él volteó para besarla, mientras el agua caía sobre sus cabezas.
—Te enjabonaré —musitó apartándose de sus labios y vertiendo un chorro de jabón entre sus manos—, ponte de espaldas a mí.
Mientras Martin movía sus manos por la suave espalda de Amanda, el jabón formaba espuma. La aprovechó para masajear los senos que tanto le gustaba acariciar y la acercó a él. Ella pudo sentir su erección entre sus nalgas, seguido de la agitada respiración del chico en su oído. Los labios se deslizaron por su cuello haciéndola encenderse más. Él la liberó y escuchó el abrir del preservativo, ella lo puso en su sitio y antes de que pudiera hacer algo, Martin hizo que colocara sus manos en la puerta corrediza en un intento por afirmarse y conseguir la estabilidad que necesitaba para lo que seguía.
Sin más, la penetró duro haciéndola gemir y continuó embistiendo profundamente mientras sus gritos eran ahogados por el agua que caía sobre sus cuerpos.
Al terminar esta fogosa ducha, ella se vistió con la ropa del día anterior y se dirigieron a la cocina en busca de comida, pero no encontraron nada.
—Me habría gustado que desayunáramos juntos, pero los cabros no nos dejaron nada —dijo haciendo puchero—. Te propongo que esta tarde salgamos a comer algo, ¿te parece?
—He pasado mucho tiempo contigo —respondió—, pero acepto tu invitación.
—Genial —repuso Martin, sonriendo—, nos juntamos fuera de Ripley, ¿te parece?
—Sí —contestó pasando sus antebrazos tras su cuello—, ¿a qué hora?
—Por honor al tiempo, creo que para ti sería mejor a las cuatro.
—Me parece bien —convino jugueteando con sus labios.
—Vamos, te acompañaré al paradero —dijo tomándole de una mano y saliendo del departamento.
Esa tarde, Martin fue el primero en llegar al punto de encuentro, estaba ansioso y nervioso. Cuando la vio aparecer cubierta por un vestido rojo, su corazón latió con fuerza y una sonrisa boba se le dibujó en el rostro. Ella se le aproximó dichosa, se veía radiante.
—Hola —lo saludó, pero antes de que pudiera hacer algo más él la asió de la cintura devorando sus labios—. Que buen saludo, ¿así serán de aquí en más?
—Eso pretendo —aseguró acariciándole una mejilla con un pulgar—, ¿vamos?
—Sí.
Se tomaron de las manos y caminaron por calle Condell, llegando a Bellavista bajaron hacia la Intendencia y allí se metieron a un local de Sushi. Pidieron una tabla de cincuenta piezas y unos jugos naturales. Mientras esperaban la comida, hablaron de lo vivido la noche anterior y no podían evitar sentir las enormes ganas de devorarse, pero en ese lugar debían contenerse.
Después de comer, salieron y se sentaron en una plaza cercana. Allí comenzaron a besarse y a tocarse con desesperación, pero estando pendiente de su entorno, no querían montar un espectáculo que a la gente le molestara. A eso de las ocho de la noche la acompañó hasta el paradero y se despidieron con un lujurioso beso, antes de que subiera al bus que la llevaría a su hogar.
Al llegar a casa estaba pletórica, su corazón latía con fuerza y lo único que deseaba era volver a besarlo, sentir sus manos recorriendo su piel y tenerlo dentro de sí. Se acostó, quedándose dormida al instante.
Al día siguiente, Martin tuvo un agotador día de trabajo y cuando tuvo un tiempo libre le escribió, ya que la hora de su cita con la especialista ya había pasado y no había tenido noticias al

respecto.

Martin:
Hola.
Bebé, ¿cómo te fue?

Amanda:
Hola, pensé que no te acordarías más de mí.

Martin:
No digas eso, si no te escribo es
porque estoy ocupado.
Pero dime, ¿qué te dijo la especialista?

Amanda:
Me gustaría que nos juntáramos
hoy para hablar de esto.
¿Tienes tiempo después del trabajo?

Martin:
Sí, le diré a Horacio que me deje en el centro.
¡Pero dime! ¡Quiero saber!

Amanda:
Lo sabrás hoy cuando nos veamos.

Martin:
¡No seas así!
¡Escritora malvada!

Amanda:
Muajajaja
En el mismo lugar de ayer, ¿te parece?

Martin:
Me queda más cerca a la altura del congreso.

Amanda:
Entonces ahí, ¿entre Pedro Montt con
¿Avenida Argentina?

Martin:
Sí.

Amanda:
¿A qué hora?

Martin:
Te aviso a la hora que salga, para que bajes.

Amanda:
Bueno.

Ansioso y preocupado, continuó con sus labores. A eso de las seis y media de la tarde terminó con todo y cuando se subía al automóvil de su amigo, le escribió.

Martin:
Vamos saliendo para el centro, cariño.
Nos vemos allá. Llego como a las siete treinta.

Amanda:
Allá te espero.

Llegaron al lugar diez minutos antes, descendió del carro despidiéndose de sus compinches. Cuando los vio alejarse sacó su móvil, pero unas manos le cubrieron los ojos.
—¿Quién es?
—¡Amanda! —Volteó bruscamente tomándola de la cintura y sonriéndole—. Que novedoso recibimiento.
—También debo esmerarme por sorprenderte.
Lo besó despacio, jugueteando con roces hasta que él le devoró la boca nuevamente. Cuando se detuvo, ella soltó un largo suspiro y, para su desgracia, ese beso había causado estragos en su entrepierna.
—Bueno, cariño, ¿me dirás qué te dijo la especialista? —le recordó.
—Puedes leerlo tú mismo —dijo liberándose y hurgando en su pequeña cartera de la que sacó un sobre—. Ábrelo y lee.
—¿Por qué tanto misterio?
—Ábrelo —lo instó.
Él con dedos torpes sacó el papel y leyó sin entender hasta que llegó a lo que buscaba.
—Negativo —musitó—, no estás embarazada.
—Pues no —suspiró—, y tenerlo confirmado es un gran alivio para mí. —Al ver la mirada triste de Martin prosiguió—. ¿Acaso tú sí querías ser papá?
—No te negaré que me hacía ilusión —suspiró—, pero si es mejor así para ti, yo estoy bien.
—También le pedí anticonceptivos —le informó—, ya comencé con las píldoras y en siete días ya estaré completamente protegida. Le pedí unas que eviten la menstruación, así que tendremos chipe libre por siempre.
—Me parece estupendo —opinó esbozando media sonrisa coqueta—. Eso quiere decir que me visitarás seguido.
—¿Te parece si voy lunes, miércoles y viernes para pasar esas noches contigo? —propuso coqueta.
—¿Eso quiere decir que hoy irás? —Ella asintió mirándolo directo a los ojos—. Me gusta tu descaro. —Jugueteó con sus labios un poco—. Antes de irnos, me gustaría pactar otros términos.
—Te escucho.
—Me gustaría que semana por medio me liberes un viernes para viajar a Santiago, ¿puede ser?
—Sí, pero solo si me dejas pasar la noche del jueves contigo.
—Me parece bien —aceptó—. Por otro lado, los feriados yo viajaré la tarde antes.
—Tendré que aceptar eso —suspiró—, sin remedio.

Capítulo 33

Las capturas de pantalla

◆◆◆

Amanda llevaba tres meses compartiendo fogosas noches en el departamento de Martin. Los chicos la habían recibido como una más del grupo y, a veces, bromeaban por los gemidos que escuchaban salir del cuarto de Martin cuando ellos dormían juntos. Era normal verla deambular por el lugar y a veces pasaban por ella al centro de Valparaíso, subiendo juntos en el auto de Horacio.
Por otro lado, Camila estaba completamente en contra de la relación y odiaba a Martin. Por lo que Amanda sabía, no podía hablar con ella al respecto y optaba por pedirle consejos a Cristina, quien intentaba ser imparcial al respecto, aunque igual tenía sus aprensiones respecto a las reales intenciones de él y no confiaba del todo.
Amanda quería unirlo a su grupo de amigas, así como él lo había hecho con los suyos. Cristina sí quiso conocerlo, para tener una impresión propia y dejar atrás la mala imagen que tenía de él.
—¿Y qué te pareció Martin? —le preguntó Amanda, una tarde de sábado en su casa—. No pudimos hablar antes sobre él.
—Se ve buena onda —respondió Cristina.
—¿Solo eso?
—Mira, te seré sincera —suspiró—, él no es para ti.
—¿Por qué dices eso?
—Es muy buena onda, pero no está preparado para una relación formal y eso te mantiene insegura, aunque se ven regularmente y se escriben a diario —opinó colocando una mano sobre el dorso de la de su amiga—. Como amigo se ve bien, pero como pareja no. No quieres darte cuenta, pero te está haciendo sufrir y eso me lo comentas casi a diario porque tú quieres algo formal y él te sigue recordando que no son pareja.
—Sí —aceptó agachando su cabeza.
—Lo peor es que ya te enamoraste —repuso—. Yo creo que debes replantearte el seguir con él, para mí lo mejor es terminar lo que tienen de raíz, aunque eso te hiera.
—Es que no puedo dejarlo —balbuceó—, no ahora, después de todo lo que hemos pasado.
—En mi opinión, él vale caca como pareja. Es cierto que te trata bien, lo vi muy cariñoso y atento contigo. Parece que está interesado en ti, pero sigue recordándote que no debes enamorarte y eso duele, sé que te hiere.
—Sí —aceptó—, pero ya soy adicta a él.
—Estás perdida —exclamó alzando sus brazos—. Ya te di mi opinión.
—¿Crees que se esté enamorando? —preguntó esperanzada.
—No me atrevería a decir eso—contestó—, los hombres son difíciles de leer y el brillo en sus ojos puede significar mil cosas distintas. No quiero ilusionarte en vano. Yo paso.

La tarde del lunes llegó con rapidez y, como era usual, el auto de Horacio la llevó a su destino, con Martin besuqueándola en el asiento trasero, a ratos los molestaban diciéndoles que esperaran

al departamento para desvestirse. Al llegar a su destino, se prepararon una merienda que llevaron al cuarto, para tener privacidad.
Mientras se daban frutillas con crema el uno al otro, ella jugaba sensualmente al engullirse aquella fruta, él no resistió más y se lanzó apresando sus labios con su pasión devoradora. Pronto se le quitó de encima y buscó algo en su cómoda.
—Antes que lo olvide, hace semanas traje esto para ti, pero siempre me dejaba llevar la calentura antes de proponértelo. —Sacó un traje rojo muy sensual—. ¿Podrías usarlo ahora?
Ella lo tomó entre sus manos observando los detalles.
—¿Quieres que sea tu caperucita?
—Sí —ronroneó en su oído.
—¿Y tú te vestirás de lobo o qué?
—Estoy preparado para eso —aseguró—. Creí que querrías que ambos personificáramos a esos personajes así que te sorprenderé.
—Me parece un juego fenomenal —aseguró sonriendo picaronamente—, pero yo me cambió acá. Tú usarás el baño.
—Pero…
—¿Esperas que me vean los cabros con este atuendo? —inquirió, alzando una ceja—. Prefiero que te vean a ti semidesnudo.
—Bien —aceptó, riendo por lo bajo—. Ya vuelvo.
Esta previa le excitaba a Martin, esperaba que ese atuendo se viera muy sensual en ella. En el baño se quitó todas las prendas y solo se colocó un slip marrón que terminaba en una cola del mismo color. En la cabeza se ubicó unas orejas de lobo y salió al pasillo. Mientras caminaba escuchó un chiflido, seguido de una carcajada burlona.
—¡Qué rico te ves como lobo, primor! —exclamó con tono socarrón Esteban desde el comedor, lanzándole un sonoro beso—. Pero te falta culo.
Escuchó la risotada de Horacio, seguida por una bufonada que decía:
—Que decepción será para caperucita este lobo con tanta guata y poco poto.
—¡Excelente, hermano! —lo ovacionó Esteban, mientras ambos se carcajeaban.
El aludido apresuró el paso, sin responder ante sus provocaciones. Abrió la puerta del cuarto encontrando a Amanda cubierta por ese hermoso traje de encaje negro que le cubría los senos y se unía a la corta falda entablillada roja por dos delgados hilos azabaches dejándole al descubierto el vientre. Sus manos y antebrazos permanecían cubiertos por guantes de encaje negro, con ellas se cubría la boca para evitar que la viera reír. Y de su espalda caía una capa hasta la altura de su cintura. Quedó deslumbrado por tanta sensualidad, pues se veía realmente exquisita.
—Mi caperucita, te ves muy sabrosa —ronroneo coqueto.
Ella quería responder, pero se ahogó en una carcajada que no pudo contener y desde afuera la acompañó un coro de risotadas masculinas.
—¿De qué te ríes?
—Juro que intenté contenerla, pero es superior a mis esfuerzos —balbuceó riendo—. No me río de cómo te ves, sino de lo que ellos te gritaron.
—Eres una caperucita insolente —rugió insinuante— y eso amerita un castigo.
Se lanzó sobre su presa, pero ella lo esquivó soltando una traviesa risita. Intentó apresarla entre sus brazos nuevamente, sin embargo, la chica saltó a la cama.
—Pero que brazos más largos tienes —dijo Amanda.
—Son para capturarte mejor —ronroneo correteándola por el cuarto en cuanto bajó del lecho.

—Pero que boca tan grande tienes —musitó escapando de él, sin perder el contacto visual.
—Son para devorarte mejor.
En ese instante Amanda intentó subirse a la cama, pero fue capturada por su depredador y cayeron sobre el colchón. Las escurridizas y traviesas manos de Martin recorrieron las partes desnudas de su cuerpo, mientras le acariciaba el cuello. Percibió la dura erección sobre su vientre y con ayuda de sus manos la liberó.
—Mi lobo feroz —exclamó entre jadeos—, pero que verga tan larga tienes.
—Es para follarte mejor.
Aquella afirmación le hizo sofocarse, mientras su centro se humedecía más. Eso sumado a las caricias sobre su piel hacían que Amanda soltara suaves gemidos, mientras sentía las manos de Martin rompiendo el encaje que le cubría los senos y luego su lengua jugueteaba con ellos. Esos labios descendieron por su vientre y con ayuda de sus manos levantó la falda, descubriendo que no tenía nada abajo. Hambriento apresó su zona íntima en busca de su clítoris. Ella tomó de su cabello, tirando de él con la intensión de que aquellas caricias aumentaran su ritmo.
—Me encantas —gimió—, eso, sigue así. —Percibió su lengua jugueteando en su clítoris activando todas sus terminaciones nerviosas y haciéndola gemir más fuerte—. Me harás estallar…
Pero no pudo terminar su oración porque Martin se ubicó entre sus piernas y la penetró duro, mientras la besaba. Le sostuvo de su cadera, alzándola, y volvió a embestirla profundamente. Tomó de sus piernas ubicándolas sobre sus hombros, e inició rápidos movimientos pélvicos que la hacían gritar de placer con cada profunda penetración. Cuando llegó al orgasmo y Martin dejó reposar su frente en la suya, no pudo evitar soltar lo que le asfixiaba.
—Te quiero —musitó, él abrió sus ojos observándola con un brillo deslumbrante en sus pupilas —, ¿tú me quieres?
—Claro que te quiero —dijo dándole un corto beso—, pero como amiga. —Ella suspiró, cerrando sus ojos, ya que aquella afirmación le había dolido en lo más profundo de su corazón—. Amanda, ¿qué pasa?
Se le quitó de encima, ella se colocó en posición de loto.
—No importa —dijo levantándose, pero él lo evitó—. No te atrevas a decir lo que creo que dirás.
—Desde el comienzo te dije que lo nuestro es sin enamorarse —le recordó—. Tú me gustas mucho —dijo acariciándole una mejilla con el pulgar—, pero solo eso. No puedo mentirte respecto a mis sentimientos y lo sabes.
—Claro —musitó cabizbaja, se levantó cubriéndose con una polera ancha del chico—, ya regreso.
Se encerró en el baño, abrió la llave del lavabo y se mojó el rostro varias veces. Lo único que deseaba era salir de allí y volver a casa, pero era de madrugada y no era seguro irse a esa hora. Sentía una desazón tremenda que le apretaba el pecho. Solo quería llorar, pero debía contenerse, no era el momento ni el lugar para hacerlo.
Salió y decidió ir a la cocina, quizás allí encontraría algo de alcohol que le ayudara a silenciar su herida. Al abrir el refrigerador encontró latas de cerveza, sacó una y la abrió bebiendo un gran sorbo; luego se ubicó en el sofá del salón, pero en vez de acallar su dolor, el alcohol lo aumentó y terminó sollozando en silencio.
—¿Tan mal estuvo? —preguntó Esteban sentándose a su lado—. Creía que mi compadre era excelente en la cama.
—No es eso —dijo, secándose las lágrimas y bebiendo un poco más.
—¿Entonces? —insistió.

—No es nada.
—Mmmm… —siseó incrédulo—, ya veo que mi compadre está en problemas y de los grandes. —Colocó una mano sobre su hombro—. Si quieres desahogarte puedes confiar en mí.
—No te preocupes —dijo bebiéndose lo último que le quedaba y levantándose—. Igual, gracias por tu preocupación.
Se marchó cabizbaja, encerrándose en el baño se mojó el rostro otra vez intentando calmar su dolor y bajar la hinchazón de sus ojos. Cuando se sintió más tranquila, volvió al cuarto y se acostó al lado de un dormido Martin. Como no podía conciliar el sueño, revisó su móvil encontrando mensajes de una chica desconocida que tenía por nombre Adriana Campos.

Adriana:
Hola, Amanda, soy Adriana sé que no me conoces, pero es importante lo que tengo para decirte. Es sobre Martin.

Amanda:
Hola, ¿qué tienes para decirme?

Adriana:
Lamento decirte esto, pero tu novio no te es fiel, pues yo he sido su amante estos tres últimos meses. Acabo de enterarme de tu existencia hace dos días y no sabía qué hacer, pero siento que lo correcto es contártelo.

Amanda:
¿Qué dices?

Adriana:
Si no me crees, te adjunto los pantallazos de las conversaciones que hemos tenido, las cuales no dejan mucho a la imaginación.

Amanda:
Creo que te equivocas de chica, pues yo no tengo novio.

Adriana:
¿Martin Eddoumi es tu pareja?
Linda, sé que es duro enterarse de una infidelidad, pero siempre hay que tener sororidad femenina y sé que lo correcto, en este caso, es abrirte los ojos. Porque no te mereces estar con un tipo así.

Adriana envió capturas de pantalla en que hablaban de citas y encuentros sexuales entre ellos, muy subidos de tono, parecidos a los que Amanda tuvo con Martín al principio. Eso la hizo sentarse tapándose la boca para evitar soltar lamentos, pero las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas como una cascada. Martin despertó de pronto y la vio llorando con el móvil en su mano, al ver parte de los mensajes se le heló la sangre y su corazón se detuvo por unos instantes.
—Te lo puedo explicar —comenzó e intentó tocarla, pero ella salió de la cama—. Amanda…
—Sé que no tenemos una relación formal, ¡pero se suponía que teníamos exclusividad! —gritó enojada, quitándole su móvil—. Nunca debí confiar en ti ni darte otra oportunidad.

—Amanda, espera…
Ella salió, pero en el pasillo se encontró con Horacio. Él se preocupó al verla en ese estado.
—¿Qué sucedió? —Ella le entregó su móvil, él al leer quedó de piedra—. Si quieres me ofrezco para llevarte a tu casa.
—Gracias —sollozó—, la verdad es que no quiero seguir aquí.
—Amanda. —Martin le llamaba, al ver la mirada molesta de Horacio supo en seguida que ya sabía todo—. No es lo que piensas.
—No quiero escucharte —farfulló—. Esos pantallazos están muy claros para mí, incluso para Horacio.
—Sí, compadre, la cagaste brígido —opinó—. Amanda, ve por tus cosas, salimos en cinco minutos.
—¡¿Qué?! —exclamó Martín, viendo a Amanda correr de vuelta al cuarto, sin lograr alcanzarla. No pudo abrir pues ella cerró por dentro—. Amanda, hablemos. Tengo que aclarar este malentendido.
—Déjala en paz —le pidió Horacio haciéndolo voltear—. Ya la cagaste, no tienes nada que explicar. Déjala tranquila.
—Tú no te metas —gruñó, empujándolo—, esto no es asunto tuyo.
—Amanda ya es parte de nuestro grupo y no permitiré que le hagas más daño.
—¿Qué sucede? —Esteban salió de su cuarto.
—Este aweonao engañó a Amanda y su amante le mandó toda la evidencia por chat hace poco —le informó.
—¡Entonces por eso lloraba en el sofá! —exclamó—. Ya sabía yo que se debía a algo que involucraba a Martin.
—No se metan —refunfuñó logrando abrir la puerta y la cerró tras de sí, Amanda ya estaba vestida a un lado de la salida—. Necesito contarte mi versión —dijo trancando la puerta—. Sé que no me quieres escuchar, pero Adriana siempre hace lo mismo. Yo te había hablado sobre ella…
—Esos pantallazos son muy convincentes —sollozó, secándose las lágrimas—. Además, yo no soy nada más que un juguete sexual para ti…
—No digas eso —la atajó—, eso no es cierto.
—¡Sí lo es! —gritó—. Ahora puedes deshacerte de mí, no entiendo por qué insistes en que me quede…
—Porque me gustas mucho y te quiero —le aclaró—. Mira, ella es una experta en Photoshop, no sé cómo lo hace, pero modifica siempre ese tipo de conversaciones según su conveniencia —aseguró tomando su móvil y buscando en sus archivos—. Tengo las pruebas, aquí están —afianzó y le entregó la evidencia—, estos son los que le envió a Lorena, me atrevería a decir que son idénticos solo le cambió las fechas y horas.
Amanda comenzó a leer, evidentemente sonaban muy similares y al compararlos con los que ella tenía en celular eran idénticos, salvo por las fechas y horas. Se sentó en la cama más calmada y suspiró.
—No te he engañado. —Se acuclilló tomándole de las manos—. Ya te había dicho que cuando estoy con una mujer sigo con ella hasta que la relación se termina, soy completamente monógamo y fiel —aseguró acariciándole una mejilla con el pulgar—. ¿Me crees ahora?
—¿Por qué haría esto? —musitó casi sin fuerzas.
—Ella está obsesionada conmigo —le recordó—, y me había amenazado para que te dejara cuando nos vio en Santiago. Yo, pensando en protegerte, le obedecí. Pero me di cuenta de que tú

me gustas mucho y no soy capaz de estar lejos de ti, me haces mucha falta.
—Yo mejor me voy a mi casa —dijo levantándose—, es mejor que esto se acabe aquí y ahora.
—Pero, Amanda… —Se levantó cerrándole el paso.
—¡Déjame ir! —chilló—. Esto ya no tiene razón de ser.
—¿Por qué dices eso? —le preguntó con ojos suplicantes.
—Porque no me quieres.
—Sí, te quiero.
—¡Cómo amiga! —gritó—. ¿Sabes lo que sentí cuando me lo dijiste ahora? ¿Sabes lo que siento cada vez que me repites que no debo enamorarme de ti? —negó dejando escapar un par de lágrimas—. No lo sabes porque no tienes sentimientos, ¡pero yo sí los tengo! Esos pantallazos ya me dan igual, no tiene sentido saber quién dice la verdad porque lo nuestro no existe, nunca existió y yo no seguiré humillándome ni mendigando tu atención.
—¿Por qué dices eso?
—Eres un idiota —graznó secándose las lágrimas—. Yo siempre albergué la esperanza de que esto funcionara, pero me equivoqué y tropecé contigo tres veces. —Se zafó de su agarre logrando abrir la puerta—. Sé feliz con tu miseria, eres una mierda de hombre.
Horacio la esperaba fuera de la puerta, al verla se le aproximó pasándole un antebrazo tras el cuello y la abrazó. Esteban, al ver a Martin salir, se interpuso en su camino.
—Compadre —le dijo haciéndolo voltear—. Creo que lo mejor es que la dejes ir por esta noche, ya mañana u otro día pueden hablar más tranquilos. Ahora los ánimos están caldeados y es mejor no echarle más leña al fuego.
Martin los vio irse abrazados, por primera vez sintió una ira tremenda al ver a su amigo dándole tanto cariño a Amanda. Era una sensación tan insoportable que, de haber podido, le habría partido la cara solo para alejarlo de ella. Pero él nunca asumiría que lo que acababa de sentir eran celos, y mucho menos que ya se había enamorado de ella, porque al hacerlo demostraría debilidad; los sentimientos lo hacían vulnerable y eso era algo que debía evitar a toda costa.
Horacio llevó a Amanda a su hogar, durante todo el viaje estuvo pendiente de su estado. La vio llorar en silencio mientras su mirada se perdía por la ventana. No entendía cómo Martin podía ser tan ruin. Sabía que esa no era la primera vez que le hacía daño, solo esperaba que no volviera a ocurrir ya que ahora que la conocía le importaba. Era una chica maravillosa, muy risueña que no se merecía que alguien la hiciera sufrir así.
—Llegamos —le dijo estacionándose fuera de su casa—. Amanda, quiero que sepas que si necesitas cualquier cosa puedes contar conmigo.
—Gracias —dijo secándose las lágrimas—, y gracias por traerme a esta hora, aunque no debías.
—Eres parte de nuestro grupo —aseguró esbozando media sonrisa triste—, y no podías venirte sola.
—Eres buen amigo —aseguró abriendo la puerta—. Espero que llegues bien a tu depa, chao.
Se bajó. Horacio la vio abrir la reja, entrar al patio y perderse tras la puerta principal. Suspiró, encendió el motor y se puso en marcha.

Capítulo 34

Las amenazas

◆◆◆

Esteban logró tranquilizarlo y convencerlo de sentarse en la sala para charlar. En compañía de unas cervezas, Martin le contó toda la verdad y le mostró las capturas de pantalla que tenía del caso de Lorena.
—Pues Adriana es una bruja —opinó devolviéndole el móvil—. ¿Qué harás?
—Tienes razón en que debo darle tiempo para que se calme y piense —suspiró resignado—, pero no me gusta que por su culpa mi amistad con Amanda se haya fracturado así.
—A ver —lo detuvo—, ¿escuché bien? ¿Dijiste «amistad con Amanda»?
—Sí.
—Yo no veo que lo de ustedes sea una amistad, ya que los amigos no follan.
—Lo nuestro es algo así como amigos con ventaja.
—¡Ah! —exclamó—. Pues si es así, no veo para qué buscarla. —Bebió de su lata—. Mejor la dejas hacer su vida en paz alejada de la loca de Adriana.
—Es que —suspiró—, me gusta mucho…
—Pues a leguas se ve que ella te ultra quiere, pero más que a un simple amigo —repuso—, está enamorada de ti.
En ese instante se abrió la puerta principal, ingresando Horacio. Se veía cansado y triste, pero al verlos conversando decidió seguir hacia su habitación.
—¿Cómo sigue Amanda? —preguntó Martin, a lo que Horacio no tuvo más que voltear—. ¿La dejaste en su casa?
—Por supuesto que la dejé en su casa —aseguró—, y estaba igual de deshecha que cuando se fue de aquí, no creo que eso cambie en mucho tiempo.
—¿Por qué lo dices?
—No te hagas el weón —exclamó molesto—, el que la cagó fuiste tú. Por tu culpa ella está sufriendo. Metiste las patas hasta el fondo, ¿cómo se te ocurrió cagarla con otra mina?
—No hice eso —aclaró levantándose—, Adriana mintió.
—Sí, cumpa —afianzó Esteban—. Martin acaba de mostrarme los pantallazos que esa tipa le envió a su antigua novia. Yo no leí los que le envió a Amanda, pero supongo que deben parecerse.
—¿Me los muestras? —le pidió, el aludido hurgó en su móvil y le pasó las pruebas. Horacio al leerlos quedó de piedra—, pero… esta tipa es una desquiciada.
—¿Se parecen? —preguntó Esteban.
—Son idénticos —aseguró—, según recuerdo. Salvo por las fechas y las horas. —Lo miró sorprendido—. Pero, es de no creer, si yo fuera Amanda no me tragaría este cuento.
—¿Qué sugieres?
—Que la dejes en paz —objetó Horacio—. Ella se merece a un hombre que le dé su lugar y la respete y tú, mi amigo, no estás dispuesto a eso y pretendes mantenerla a tu lado en total incertidumbre —repuso apuntándolo con un índice—, y créeme que a las mujeres no les gusta

que no les den su lugar.
—En otras palabras, te decides o la dejas hacer su vida —terminó Esteban.
—Yo creo que lo mejor es que la dejes seguir con su vida lejos de ti —opinó Horacio—. No eres bueno para ella…
—¿Y tú sí eres bueno para ella? —soltó molestó, a lo que sus amigos lo observaron sorprendidos —. ¿Es eso lo que insinúas?
—No me metas en tus problemas —sentenció Horacio—. Si no querías escuchar la verdad, no debiste preguntarme.
—¡No te hagas el weón que vi como la abrazabas!
—¡Aweonao! —exclamó irritado, pero antes de seguir exaltándose se tranquilizó—. Mejor me voy, tu aweonamiento puede ser contagioso.
Volteó y se perdió por el pasillo, Martin iba tras él, pero Esteban lo detuvo.
—No hagas algo de lo que luego te puedas arrepentir —le susurró—. Ahora cálmate, respira y piensa qué harás. Lo importante es encontrar la mejor solución a todo este problema.
Martin se quedó pensando, mientras daba vueltas en su cama sin poder conciliar el sueño. Cuando se levantó, unas grandes ojeras le ensombrecían el rostro. Revisó su móvil con la intención de enviarle un mensaje a Amanda, pero descubrió que lo había bloqueado de todas sus redes sociales y no tenía forma de comunicarse con ella. Pero llamó su atención un mensaje en la bandeja ocultos de Instagram. Al revisar había uno con el nombre de su acosadora.

Adriana:
Me alegra haber logrado separarte de ella.
No creí que fuera tan fácil, pero en plena
madrugada te abandonó, solo espero que Horacio
tome tu lugar a su lado para que así seas solo mío.

Martin:
Eres una desgraciada loca que necesita
tratamiento psiquiátrico.

Adriana:
Gracias por los complidos, cariño.

Martin:
Jamás volveré a estar contigo y ten la seguridad
de que lucharé por recuperar a Amanda.

Adriana:
Eso está por verse, cariño.

Martin:
Arreglaré este desastre y te denunciaré por acoso.

Adriana:
Cariño, si haces eso, quién pagará
tu insolencia será tu querida Amanda.
Si vuelves con ella me encargaré de
separarlos y esta vez para siempre.
No me desobedezcas o verás de lo que
soy capaz. Verás que puedo convertirme en
una asesina con tal de no verte con otra mujer
que no sea yo y la perderás para siempre.
¿Queres cargar con el peso de su muerte

en tu conciencia?

—¡Maldita loca desquiciada! —chilló, lanzando su móvil al sofá.
—¡Eh, campeón! —Esteban aparecía por el pasillo—. ¿Por qué tan enojado?
—Adriana me está amenazando —farfulló irritado—, dice que si intento arreglarme con Amanda es capaz de matarla.
Horacio tomó el móvil y leyó la conversación, mientras Esteban actuaba de mediador. Al leer su nombre en la conversación se le heló la sangre.
—¿Cómo sabe mi nombre? —interrumpió—. Ésta enferma es una sicópata con todas sus letras… ¡¿Yo qué tengo que ver en esto?! —Le miró a los ojos—. Compadre, no le creas a esta loca, yo nunca he mirado de esa forma a Amanda.
—¡¿Qué?! —Esteban le quitó el artefacto, al terminar de leer chifló—. Pues ya entiendo de dónde surgen todas tus inseguridades, esta esquizofrénica ha jugado con tu mente todo este tiempo.
—Debes denunciarla.
—Sí, concuerdo con Horacio —convino Esteban—. Esta es evidencia de una amenaza, si convences a Amanda para que te envíe los otros pantallazos tienes un caso sólido.
—No creo que quiera verlo —intervino Horacio—, pero tal vez yo pueda hablar con ella. Mándame las capturas y me encargaré personalmente —se ofreció—. Ahora vámonos o llegaremos tarde al trabajo.

En su rato libre en la oficina, mientras su compañero hacía terreno para chequear que todo estuviera en orden, Horacio decidió escribirle a Amanda. Ella aceptó verlo esa tarde, pero le pidió expresamente que Martin no lo acompañara. Después del trabajo dejó a sus amigos en el departamento y bajó al plan, mientras buscaba donde estacionarse, la divisó y abrió la ventana de su lado para hablarle.
—¡Amanda! —gritó—. ¿Puedes venir un momento? —Ella se aproximó intentando ver el interior—. Estoy solo—Ella sonrió abriendo la puerta del copiloto—. Estaba buscando estacionamiento, pero está todo ocupado. ¿Cómo estuvo tu día?
—No muy productivo —suspiró—. Además, recibí más mensajes de Adriana.
—¿Sí? —Se interesó mirándola de soslayo—. ¿Qué te escribió?
—Que estaba muy de acuerdo con mi decisión de dejarlo y que eso era lo mejor —suspiró—, no entiendo cómo supo que anoche me fuiste a dejar a mi casa y eso —suspiró—, me da miedo.
Se detuvo a un lado de la plaza Simón Bolívar, colocando el freno de mano movió medio cuerpo para mirarla a los ojos.
—Esa mina también me da mala espina —se sinceró Horacio—. No quiero que te alteres así que te mostraré algo. —Sacó su móvil y buscó las imágenes, se las enseñó. Mientras ella leía el prosiguió—. Hoy en la mañana le escribió eso y tiene más mensajes de ese estilo desde otras cuentas con ese mismo nombre —suspiró—. Es cierto que las amenazas vienen de antes, pero no puedo asegurar que él se haya alejado de ti por ellas la vez pasada, eso solo él lo sabe.
—Está enferma.
—Pal psiquiátrico, sin duda —suspiró—, el punto aquí es hacer la denuncia para pedir una orden de alejamiento para ti, creo es la mejor opción. Debes protegerte de su locura.
—Concuerdo contigo —aseguró—, Martin me ayudará.
—Sí, pero no vino porque —volvió a suspirar—, supusimos que no le creerías y lo mejor sería que alguien imparcial te lo contara.
—Pues acertaron —apoyó la cabeza en el asiento—. Nunca pensé que Martin traía a una loca

sobre su espalda. Esto es digno de una teleserie venezolana. —Horacio rio—. No te rías, si es cierto.
—¿Te llevo a tu casa?
—No, prefiero ir a tu departamento.
—¡¿Qué?! —se sorprendió—. ¿Para qué?
—Debo hablar con él.
—¿Segura que estás lista?
—Al final —suspiró—, no me mintió y debemos ponernos de acuerdo para hacer la denuncia.
Al entrar en el departamento, Martin fue el primero en mirar hacia la puerta. Sus pupilas se iluminaron al verla.
—Esteban —lo llamó Horacio, ya que estaba de espaldas a ellos—, dejémoslos solos, necesitan su espacio para hablar.
—Amanda, que alegría verte —le saludó alegremente, Esteban—. Claro, los dejamos solos.
Cuando los chicos se perdían por el pasillo, ella se aproximó lentamente y Martin se levantó de su asiento.
—Vine porque necesitaba hacerlo —repuso—, anoche lloré mucho por algo que era una total falacia. Ahora sé que tú decías la verdad y que te ha estado amenazando con hacerme daño. Eso es amenaza y extorsión, debemos denunciarla.
—Estoy de acuerdo —dijo, recibiendo una sonora y dolorosa cachetada—. ¿Y eso por qué fue?
—¡Porque me pusiste en peligro al no contarme de esto la primera vez! —vociferó—. ¡Solo le obedeciste sin saber si me haría daño o no! ¿Qué tal si ella no hubiese cumplido? ¿Yo cómo habría quedado? ¿Querías verme muerta?
—No, pero…
—Callar ha sido lo más arriesgado que pudiste hacer, porque esa loca con toda facilidad pudo atacarme y yo ni la conocía, era un blanco perfecto —gruñó molesta—. ¡Eres un idiota!
—Lo soy —convino, aun con su mano sobre el pómulo golpeado—, estoy absolutamente de acuerdo contigo. Pero soy un idiota que pensó que la mejor manera de protegerte era alejándome de ti —le tomó de una mano—, porque te quiero y me importas mucho.
—Tu manera de quererme es muy singular —se mofó—, me has hecho sufrir y me has puesto en peligro. No es una manera sana de querer.
—Lo siento, perdón —musitó—. Es que no sé qué más hacer para que me perdones.
—Tú nunca cambiarás.
—Amanda, no me dejes —le pidió—. Dame una última oportunidad. Adriana no debe seguir ganando…
—Tú has ido destruyendo lo nuestro, no le eches la culpa. Tú eres el responsable de que esto se haya ido a la mierda.
—¿Qué puedo hacer para que me perdones?
—Nada —espetó soltándole—. Ya me has hecho demasiado daño para enmendarlo. No sabes lo que quieres y no eres capaz de amar porque no te amas a ti mismo.
—No me digas eso —pidió cabizbajo.
—Lo que quiero saber es cuándo iremos a denunciarla, ¿vamos ahora?
—Claro —accedió—, estoy seguro de que Horacio puede llevarnos para mayor seguridad.
—Vamos.
Amanda dio media vuelta, pero una mano en su antebrazo la hizo detenerse y otra en su espalda la asió con fuerza. Martin la beso con la misma intensidad de los reencuentros anteriores
—Dime que no sentiste nada —le susurró, mirándola a los ojos—. Dime que a pesar de esta

conexión que compartimos quieres dar por terminado lo nuestro.
—Martin —musitó embobada—, por mucho que me derrita en tus brazos y me funda en tus besos no podemos seguir juntos.
—¿Por qué?
—Porque me lastimas con tu desprecio.
—¿Desprecio?
—Tú no sientes lo mismo que yo por ti, y eso me lo recuerdas cada vez que puedes.
—Pero yo puedo dejar de recordarte eso. Es más, me comprometo a no repetir más los términos de nuestra relación.
—No entiendes…
—Adriana no debe ganar, ella quiere separarnos y si me dejas le darás la razón —repuso desesperado—. Por favor, no me dejes.
—No se trata de que ella gane, se trata de sanar mis heridas —le aclaró—, y contigo no seré feliz, ya me lo has demostrado.
—Amanda…
—Vamos —dijo apartándolo de sí—, debemos hacer la denuncia ya.
Horacio los llevó a la comisaría más cercana. Hablaron con un suboficial y este escribió toda la historia en un papel que luego tuvieron que firmar. Serían notificados cuando la denuncia pasara a fiscalía. Luego, la dejaron en la puerta de su casa y regresaron al departamento. Mientras, en la mente de Martin aparecían ideas que le ayudarían a reconquistarla, pues no quería rendirse.
Amanda se dejó caer sobre su cama, estaba cansada y desolada. Negarse a seguir con Martin, pese a todo lo que sentía por él, le carcomía las entrañas. No sabía de dónde había sacado el valor para oponerse a su petición. Entre sus cavilaciones su móvil comenzó a vibrar locamente, al revisar tenía mensajes en Instagram.

Adriana:
Sé dónde vives y dónde trabajas. Lo
que acabas de hacer no quedará impune.
Maldita puta, lo pagarás. Conmigo no
se juega, te di la oportunidad de alejarte
de Martin sin repercusiones, pero decidiste
perdonarle y denunciarme, pagarás tu error,
lo juro.
Maldita perra, quita la denuncia si no
quieres morir, juro que te aplastaré como
a un gusano.
Te doy tres días para que quites la denuncia
y dejes a Martin o atente a las consecuencias.

Con manos temblorosas, sacó un pantallazo de las amenazas y desbloqueó a Martin para enviarle las capturas. Este al instante le respondió.

Amanda:
Mira lo que Adriana me acaba de escribir.

Martin:
Iremos a la comisaría y luego a tu casa.

Amanda:

¿Para qué vendrás?

Martin:
Aunque no te guste, prefiero montar
guardia fuera de tu casa por esta noche.

Amanda:
¡¿Qué?!
¿Te has vuelto loco?

Martin:
Sé que no me dejarás quedarme,
por eso vigilaré desde el auto.

Amanda:
Mañana trabajas, no puedes ir sin dormir.

Martin:
Prefiero no dormir a que te pase algo por mi culpa.

—Hermano —lo interrumpió Horacio—, yo creo que lo mejor es devolvernos y asegurarnos de que esa desquiciada no está cerca de su casa. Por último, la llevamos con nosotros.
—Sí, tienes razón —aceptó—. Además, estamos cerca.
—No se diga más —repuso, virando para tomar la calle que lo conducía de vuelta—. No entiendo cómo te metiste con una loca de patio como esa.
—Se suponía que sería cacha de una sola vez, pero ella se pasó rollos.
—¿Por qué será, galán?
Mientras tanto, Amanda bloqueó la cuenta de Adriana. Pero en menos de cinco minutos le entró un WhatsApp.

Adriana:
No creas que te librarás de mí, yo sé todos tus movimientos.
Sé que le mandaste un pantallazo de nuestra anterior
conversación y va camino a tu casa.
Dile que no vaya o atente a las consecuencias.
Te estoy vigilando muy de cerca.

Bloqueó el número y sacó nuevas capturas. Luego envió todo al chat grupal que tenía con sus amigas. Mientras más personas se enterarán era mejor. Lástima que su madre esa noche no estuviera, le habría contado de inmediato y no se sentiría tan asustada.
Escuchó el quebrar de cristales, por lo que salió de su cuarto y entró a la pieza del lado sin encender la luz. Vio que unos pedruscos de gran tamaño rompían la ventana.
—¡Amanda! —oyó una furibunda voz femenina—. ¡Sé que estás ahí!
Amanda empezó a grabar con su celular acercándose sigilosamente a la ventana hasta enfocar a su atacante.
—¡Perra maldita, deja a mi hombre! —gritó lanzando una nueva piedra—. ¡Martin siempre será mío! ¡Ninguna otra mujer estará con él! ¡Yo haré todo para separarlos y tú no serás la excepción!
Una nueva piedra pasó muy cerca de donde se encontraba, por lo que perdió el enfoque de la grabación al esquivarla. Pero rápidamente volvió a enfocar al exterior.
—¡Amanda! ¡Sal y enfrentarme! —reía enloquecida—. ¡Si lo quieres, primero debes pasar sobre mí y estoy segura de que tú perderás!
En ese momento el carro de Horacio apareció en la esquina y este, al ver a esa mujer lanzando

piedras a la casa de su amiga, aceleró.
—¿Esa es tu ex loca? —le preguntó.
—Sí, apresúrate.
Cuando estaban cerca, Martin saltó del carro aun en movimiento y se enfrentó a Adriana, mientras Horacio llamaba a la policía sin salir del auto.
—¡Eh! —La tomó fuerte de los antebrazos obligándola a soltar la piedra que sostenía—. Déjala en paz.
—¡Hoy estuvo en tu departamento y fueron a denunciarme! —Le enrostró enloquecida—. ¡Además, volvieron y eso es algo que no permitiré porque tú eres mío! ¡Escuchaste, Amanda, él es solo mío! ¡Martin me pertenece!
—¡Yo no te pertenezco! —gruñó remeciéndola con fuerza—. ¡Ya lograste separarnos! ¡Amanda no accedió a volver conmigo y la estás atacando en vano!
—No te creo —rio psicótica—. Sé que volvieron.
—No lo hicimos, ella no quiere saber nada de mí —gritó enervado—, y todo es por tu maldita culpa.
Adriana lo empujó con tal fuerza que cayó pegándose en una sien con la berma. Eso le hizo ver borroso por unos segundos, segundos que ella aprovechó para huir, ya que acababa de escuchar unas sirenas de emergencia. Al ver a Horacio cortándole el paso, Adriana decidió correr en dirección opuesta metiéndose al bosque. Él no corrió en su búsqueda, prefirió ver el estado de su amigo. Tenía los ojos abiertos, pero no le escuchaba. En ese instante la puerta principal de la casa se abrió, saliendo Amanda muy preocupada, se acuclilló a un lado.
—No sé ve bien —opinó Horacio—, llamé a Carabineros, dijeron que llegarán en un rato porque están en otro procedimiento.
—Lo sé, la sirena era de un carro de bomberos.
—No se preocupen por mí —dijo Martin—, el golpe me dejó atontado. Pero ya estoy mejor.
—Debo llevarte a un hospital…
—No, no podemos dejarla sola —recordó—. Esa enferma puede regresar.
—Vamos adentro —propuso Amanda—, para que descanses y hablemos más cómodos.
Ambos ayudaron a Martin a pararse y Horacio fue su apoyo hasta que se dejó caer en el sofá.
—¿Tu madre no está? —le preguntó Martin.
—No, salió de paseo con unas amigas —respondió—, vuelve el sábado.
—No puedes estar sola aquí con esa loca acechándote —la interpeló Horacio—, deberías irte con nosotros estos días. Allá todos te protegemos.
—No puedo dejar sola esta casa, ¿qué tal si se le ocurre quemarla?
—No lo creo —repuso Martin—, ella intentará atacarnos en donde estemos. Eso quiere decir que, si te vas con nosotros, su objetivo será nuestro departamento, pero no podrá entrar sin la clave.
—Tengo una mascota que alimentar, no puedo dejarla aquí sola.
—En el departamento están autorizadas las mascotas —aseguró Horacio—. Puedes llevarla contigo.
—¿Dónde dormiré?
—En mi cuarto.
—Ni loca compartiré cama contigo.
—Yo dormiré en el sofá, no te preocupes por eso —aclaró Martin—. Ve por tus cosas, apenas Carabineros tome el procedimiento nos iremos.

Amanda subió y en su habitación preparó una mochila. Luego las cosas de su gata y buscó la

bolsa porta mascotas. Ubicó todo junto al sofá en que seguía desparramado Martin.
—¿Quieren un té o algo para la espera?
—Un té me vendría de maravilla —aceptó Horacio—, ¿te ayudo?
—Vamos.
La siguió hasta la cocina, mientras preparaban unas tostadas y esperaban que el agua hirviera. Horacio habló.
—Mi compa no se ve bien —repuso—, parece que a ratos se va. El golpe lo dejó muy mal.
—Sí, lo noté —convino—, espero que lleguen pronto porque él necesita atención médica. ¿Podrías llamar de nuevo para intentar apurarlos?
—¿Por allá salgo al patio trasero?
—Sí.
Le abrió la puerta de la cocina y Horacio salió con el móvil pegado a su oreja. Amanda se engulló una tostada mientras vertía agua caliente en las tazas.
—Listo, dicen que en quince minutos estarán aquí —le informó cerrando la puerta tras de sí. Ambos volvieron dónde Martin.
—Cómo sigues?
—Mareado —respondió—, pero ya se me pasará.
Horacio se ubicó a su lado y Amanda frente a él, mientras bebían de sus tazas y comían. Pronto vieron las luces de una baliza fuera de la casa. Amanda salió y los hizo entrar, les relató lo que pasó y los condujo al segundo piso para que vieran el desastre. Luego regresaron al primer nivel donde Martin, a duras penas, pudo contar su versión de los hechos.
—Bueno —dijo el suboficial—, hay testigos, pero la acusada puede rebatirlos, ¿tienen cámaras de seguridad?
—No, pero yo grabé con mi celular —anunció ella—, tengo todo aquí. —Les mostró el video—. Incluida la caída de Martin.
—Bien, ahora debemos llevar a don Martin a constatar lesiones —repuso otro—. ¿Usted no salió herida con los peñascazos que lanzó su atacante?
—No, estoy bien.
Subieron a Martin al furgón. Horacio y Amanda los siguieron en el automóvil. Martin fue ingresado en urgencias del Hospital Carlos Van Buren, y quedó hospitalizado para mantenerlo vigilado toda la noche. Por lo que Horacio la llevó al departamento y ella pudo acomodarse junto a su gata en el cuarto de Martin.
Al día siguiente, Amanda se fue con ellos en el auto y la dejaron en el centro de Valparaíso para que tomara locomoción a su trabajo. Esteban le entregó sus llaves por si llegaba antes al departamento, así no tenía que esperarlos.
Amanda llegó al departamento a eso de las cuatro de la tarde, cargada con algunas bolsas de mercadería y se encontró con un maltrecho, pero más recuperado Martin.
—¡Ya te dieron el alta! —exclamó sorprendida—. Iba a ir a la hora de visita.
—Estoy bien —dijo con el cuello inmovilizado y un chichón con moretón en el lado derecho de la frente—, pero los doctores me dieron siete días de licencia, malditos sean.
—No puedes trabajar en este estado —repuso, dejando las bolsas sobre la mesa—. Veré qué puedo hacer para acompañarte.
—¿Cómo dices?
—Necesitas ayuda, eso es obvio.
—No soy un desvalido, puedo vérmelas solo —dijo tajante—. Además, ¿qué hace un gato en mi cuarto?

—Anoche lo hablamos y estuviste de acuerdo —le recordó—, dijiste que yo ocuparía tu cuarto y, por tanto, mi gata también. Si te molesta su presencia, puedo regresar a mi casa.
—No me malentiendas —suavizó su tono de voz—, es que no lo recordaba. No tengo problemas en que se quede.
—Bien —suspiró preocupada—, ¿quieres algo de comer?
—No hay almuerzo, pensaba pedir una pizza.
—No te preocupes por eso —lo atajó—, yo cocinaré estos días. Si quieres puedo prepararte un sándwich mientras esperas la cena.
—Bueno —aceptó.
—Ve a descansar a tu cama, yo te lo llevo para allá.
—Pero la estás ocupando tú.
—Ahora no lo haré porque no voy a dormirme tan temprano —le aclaró—. Sé que quieres descansar, ve, y si mi niña te molesta puedas dejarla salir.
Al rato llegó con una marraqueta con queso y jamón, junto a un tazón de café con leche.
—¿Qué es lo que huele tan bien? —preguntó degustando el sándwich—. Está exquisito, gracias.
—El almuerzo de mañana —respondió sentándose a su lado—, es arroz con pollo al horno.
—Eres buena para la cocina —opinó.
—Gracias —repitió—. Martin, me apena que estés así. Nunca pensé que esa tipa fuera tan peligrosa.
—Tampoco yo —respondió dejando el pan sobre el plato—. En verdad, solo la obedecía por precaución. Pero nunca la había visto así. Lo que hizo anoche es enfermizo. No sé de dónde sacó tanta fuerza. Se supone que yo tengo más que ella, pero…
—Está loca —terminó—. Transcurrieron un par de días y todo permaneció tranquilo.
Me llamó alguien de la oficina del fiscal a cargo de nuestro caso.
—¿Tan pronto? —se sorprendió—. Pensé que tardarían más.
—También yo, pero hoy me llamaron al móvil —le explicó—, y por las lesiones y los daños causados nos dieron la orden de alejamiento. No creo que la cumpla, pero me aseguraron que ya fue notificada y detenida, a esta hora pasa a control de detención y será procesada por daños a propiedad privada, amenazas reiteradas, coerción y agresiones.
—No creo que le den mucho —opinó él, volviendo a comer—, pero es un buen comienzo para mantenerla alejada de nosotros.
—Estoy de acuerdo —convino, levantándose—. Yo seguiré con lo mío, descansa.
Cuando los muchachos llegaron, ella tenía la mesa lista y charlaba muy amenamente con Martin.
—Chicos, tengo lista la once —les informó—. Si gustan pueden ducharse y venir.
—Sí —aceptó Esteban—, prefiero meterme ya bajo el agua.
—Yo prefiero comer algo —repuso Horacio—. Encenderé el hervidor.
Tomaron once juntos, Esteban se les unió tiempo después y continuaron hablando del trabajo. Martin estaba muy enojado por estar con licencia, pero Horacio lo convenció de continuar con su descanso.
Había algo de tranquilidad después de los conflictivos últimos días.

◆◆◆

PARAÍSO

◆◆◆

Capítulo 35

El último reinicio

◆◆◆

Esa tarde, después de la once, Martin se fue a recostar quedándose profundamente dormido. Amanda entró al cuarto y él ni se percató, sacó su pijama y se cambió en el baño. Luego se ubicó en el sillón largo del salón y Horacio le pasó unos cobertores, esperando que no pasara frío. A eso de la medianoche, el lesionado muchacho despertó en medio de una profunda oscuridad preguntándose en dónde estaría ella. Se levantó, encontrándola arropada en el sofá del salón.
—Amanda —la llamó—, ve al cuarto, yo dormiré aquí.
—¡Estás loco! —repuso—. Tú estás con licencia y necesitas descansar, yo puedo estar aquí. Además —se destapó mostrando a su compañera peluda entre sus brazos—, estoy en buena compañía.
—Y bueno —dijo dejándose caer en el sofá de junto—, tampoco dormiré allá. No me parece justo que estés durmiendo acá.
—¡Ash! —exclamó—. ¡Qué testarudo!
—Igual que tú.
—Vamos —lo llamó, levantándose a regañadientes—. Te llevaré a tu cama.
—No dormiré si tú no estás ahí.
—¡¿Qué?!
—Podemos compartirla y prometo no tocarte. —Colocó sus manos a modo de súplica—. Sé controlarme, además, no creo que en estas condiciones pueda hacer algo.
Ella rio negando con la cabeza. Lo ayudó a levantarse.
—Pondré una muralla de ropa entre los dos, aunque creo que mi pequeña estará en medio —repuso—. ¿Cierto, mi niña?
La gata maulló en respuesta, siguiéndolos con su cola en alto.
Él ocupó el espacio hacia la pared y ella el de la orilla, mientras que la felina se ubicó en medio. Martin deseaba abrazarla, oler su cabellera, sentir el calor de su piel. Pero contuvo sus deseos hasta que se quedó dormido.
Amanda abrazó a su compañera peluda quedándose dormida en segundos, pero al despertar, tenía un brazo de Martin sobre sí y su rostro estaba muy cerca del suyo, a juzgar por su respiración apacible aún dormida. Con mucho cuidado se levantó y su gata la siguió a la espera de su comida. Después de servirle en su plato, se metió en la ducha y salió fresca como una lechuga cubierta por ropa limpia.
—¡Amanda, siempre la primera en levantarse! —Esteban entraba a la cocina y se servía un vaso de leche—. ¿Cómo amaneció mi compa?
—Durmiendo, no quise despertarlo.
—Noté que durmieron juntos —comentó, ella se atragantó con su té—, supongo que volvieron también.
—No hemos vuelto, todavía.
—Bien —contestó—, solo espero que mi compa no la cague de nuevo. Aunque ese trae una loca

incrustada en la espalda y creo que tampoco te conviene por ese lado.
—Que no hemos vuelto —repitió.
—Yo pensé que sí, ya que no estabas en el sofá —Horacio se metió en la conversación—. De madrugada me levanté por un poco de agua y no te encontré, tu gata tampoco así que asumí que…
—No, no pasó nada —negó con rotundidad—, y, ¿qué pasa? ¿En este depa no me puedo mover sin que todos se enteren?
—Pues digamos que es un espacio pequeño —repuso Esteban—, y solo lo asumimos.
—No seguiré hablando de esto. —Salió de allí con su tazón y su pan, ubicándose en la mesa.
Los chicos no volvieron a tocar el tema y el viaje al centro de la ciudad fue silencioso. Ella se bajó en el puerto y tomó la micro al trabajo. Su nuevo horario era de mañana sin rotación y su turno terminaba a las tres de la tarde. Apenas llegó su relevo huyó, quería llegar lo antes posible al departamento. Necesitaba ver cómo seguía el enfermo.
—Hola —lo saludó al entrar y verlo saliendo de la cocina—, ¿cómo has estado?
—Aburrido —contestó—, pero mucho mejor que ayer. Ya no estoy mareado.
—Eso es positivo —Se alegró—. ¿Ya almorzaste?
—Estaba calentando el almuerzo —contestó—, en el microondas.
—Pues me uniré a ti —dijo entrando a la cocina—, tu plato ya está listo.
Revolvió el contenido y le dio a probar con ayuda de una cuchara, él lo degustó feliz.
—¿Ahí o más caliente?
—Está bien para mí —aceptó sacándolo del electrodoméstico. Entonces ella sirvió en otro plato introduciéndolo allí también—. Te espero en la mesa.
—Voy contigo, esto tardará.
Se ubicó en la silla de junto.
—No te esperaba tan temprano —comenzó, mientras probaba el arroz—, ¿cambiaste los turnos?
—Sí, ahora solo estoy de mañana —le informó—, de ocho a tres.
—Buen turno.
—Sí, es más liviano y me deja la tarde libre, lo prefiero así.
—¿Y cuándo lo pactaste de este modo?
—Ayer —suspiró Amanda—, aprovechando el cambio de administración.
—Entiendo.
—Me quedaré aquí hasta que te mejores —prosiguió—, necesitas alguien que te cuide y me siento en deuda contigo por lo que pasó.
—No debes sentirte así, al final la responsabilidad fue mía —aseguró—, porque si hubiera parado esto cuando debía nada habría sucedido. Y aun no entiendo de dónde sacó esa fuerza, era sobrehumana para un cuerpo tan delgado.
—Lo positivo es que sigue detenida —le recordó—. La tendremos lejos por un largo tiempo.
—La justicia en este país es un asco —comentó—, no me extrañaría que la liberen la próxima semana.
—Espero que no —rio nerviosa—, o no podré irme de aquí nunca.
—¿Tan malo es tenerme cerca?
En ese momento, la alarma del microondas sonó y ella aprovechó para ir por su plato.
—¿Cuándo tienes control? —le preguntó sentándose frente a él.
—El próximo martes. Estoy haciendo mi mayor esfuerzo para mejorarme, no me gusta estar en la casa sin trabajar.
—Lo sé —rio por lo bajo—, eres un maniático del trabajo.

—Eso suena como si fuera mi obsesión.
—Lo es, sin duda.
—¡No es cierto! —exclamó divertido—. Pero no puedo negar que es mi pasión. Después de ti, claro.
Ella lo observó sorprendida.
—¡Martin! —musitó—. ¿Bromeas?
—Amanda —repuso tomando de la mano que había dejado reposando sobre la mesa—. No tienes idea de cuánto me arrepiento… Yo…
—Tú nada. —Se zafó de su agarre—. Sé que jamás cambiarás. Esto lo dices porque quieres engatusarme y que caiga en tus encantos de nuevo.
—No es así, yo…
—No seguiré escuchándote —sentenció—, cambiamos de tema o saldré a dar un paseo sola.
Martin suspiró resignado y no volvió a hablar, formándose un incómodo silencio entre ambos.
—Ve a descansar —le dijo, recogiendo la loza utilizada—, ¿quieres que te lleve un té?
—No, no quiero ir al cuarto —contestó sacando su cajetilla de cigarros—, ya descansé toda la mañana. Estoy chato de la cama. Además, ese colchón jamás me ha gustado. Saldré a fumar al balcón.
—Pero estás convaleciente, no deberías fumar.
—No me lo prohibieron —contestó encendiendo el cigarro—, así que lo haré.
—Prefiero que fumes aquí a que salgas porque en el balcón te puedes caer.
—No soy un niño.
—Te puedes marear —contestó mientras Martin abría la puerta corrediza que daba a la terraza—, y luego tendremos puré de sesos justo afuera del edificio.
—Ja —rio de mala gana—, que chistosa.
—Pienso en ti, ahora siéntate en el sofá —le indicó con un índice, él obedeció—. Bien, no quiero otro accidente.
—Esto no fue un accidente —la corrigió—, fue un ataque.
—De una loca psicótica —terminó ella desde la cocina—, lo sé.
—¿Qué sabes de ella?
—Nada, hoy no me llamó el asistente del fiscal, pero tengo su número, si quieres te lo envío para que lo contactes.
—Por favor.
—Listo —repuso Amanda, el móvil de Martin vibró—. Me daré una ducha, no quiero que salgas a la terraza.
—Tranquila, no lo haré —aseguró.
La escuchó entrar al cuarto y luego al baño. Se decidió llamar al asistente, pero tras tres intentos sin respuesta decidió no continuar. Estuvo navegando en internet por un rato, hasta que se percató que la ducha no sonaba. Amanda había entrado a la pieza. Siguió por el pasillo hasta su cuarto, la encontró tumbada en la cama. Se veía tan hermosa con sus mejillas coloreadas y su tranquila respiración. Sacó una cobija y la cubrió con ella, con cuidado se ubicó a su izquierda quedando frente a su rostro. Deseaba besarla y tenerla así era tan hipnótico. Cerró sus ojos en un intento desesperado por controlar su deseo. De ese modo se quedó dormido.

Los chicos llegaron minutos después y al no encontrar a nadie en el salón, pero ver el bolso de Amanda, supusieron que estaban juntos en el cuarto. Con cuidado abrieron la puerta y los vieron durmiendo abrazados.
—Se ven tan tiernos juntos —susurró Esteban, cerrando despacio—. Deberíamos hacer algo para

que se arreglen.
—Yo no me meteré en eso —se negó Horacio—. Si Amanda lo perdona será su decisión y no por un par de weones que hicieron de cupidos.
—¡Qué amargado!
—¡Bah! —Se metió al baño—. Yo me ducho primero.
Amanda despertó al sentir olor a tostadas y café. Cuando se intentó mover, las manos de Martin la aprisionaron con más fuerza, apegándole la espalda a su torso.
—Te quiero, Amanda —escuchó un balbuceo en su oído—, pero tengo miedo por eso no… no asumo mis sentimientos.
—¿Miedo a qué?
—A perderte para siempre —balbuceó aflojando la presión. Ella volteó encontrándose con un Martin dormido—. No quiero sufrir otra vez.
—¿Sufrir cómo?
—Como sufrí cuando Erika se suicidó —balbuceó, parecía que lloraba en su sueño—. Erika, ¿por qué lo hiciste? Lo siento mucho, fue mi culpa… Mi descuido…
—Martin. —Comenzó a moverlo en un intento por despertarlo, ya que sollozaba y se veía desesperado—. Despierta, Martin…
—¡Ah! —gritó abriendo los ojos, al verla se relajó—. Lo siento, no debí acostarme a tu lado, yo…
—Tranquilo —musitó cariñosamente, acariciándole el mentón con la yema de sus dedos—, no te desperté por eso, sino para liberarte de una pesadilla.
—Sí —se restregó los ojos—, supongo que eso te despertó.
—No quiero tocar un tema sensible para ti, pero dijiste que no quieres sentir por miedo a perderme como a Erika y sufrir por ello.
—No me hagas caso, solo soñaba —contestó sentándose—. No quiero confundirte.
—Claro —resopló—. Yo iré a tomar once —dijo saliendo de la cama—. Si quieres descansa.
—Amanda —la llamó, ella volteó—, lo que pasa es que no estoy preparado para entregarme a alguien. No quiero sufrir. Asumo que me da miedo perderte, pero es porque en verdad te aprecio y deseo lo mejor para ti, y si sientes que lo mejor es alejarte de mí yo lo respetaré. Pero si decides darme otra oportunidad, pondré todo de mi parte para que lo nuestro funcione. Pero por mis malditas inseguridades te he arrastrado en mi mierda y por eso seguiré pidiéndote perdón hasta que me muera.
Amanda abrió la puerta y salió, dejándolo contrariado por la nula reacción ante su arrebato de sinceridad. Él esperaba una respuesta, ya fuera positiva o negativa, pero en cambio obtuvo silencio, que no esperaba.
Encontró a Horacio y Esteban fumando hierba sentados en el sofá. Ellos, al verla, dejaron de reír.
—¿Por qué esa cara? —preguntó Esteban—. ¿Qué te hizo mi compi?
—¿Me dan? —les pidió con un ademán.
—Claro —aceptó Horacio, entregándole el pito. Ella le pegó una fuerte calada—. Hay pan en la mesa, si quieres pongo el hervidor.
—Gracias, necesitaré comer algo después de esto —indicó al cigarrillo de marihuana.
—Voy en seguida.
Horacio se levantó a la cocina. Ella se sentó en un sofá individual junto a la puerta corrediza, fumando otra vez.
—¿Qué te dijo mi compi? —insistió Esteban—. ¿O fue porque se acostó a tu lado sin tu consentimiento?

—No sé qué hacer —contestó aspirando de nuevo—, ¿cómo se supone que debo reaccionar?
—¿Sobre qué?
—Me confesó que tiene miedo y que por eso me aleja de él. Todo este tiempo me ha mantenido en esta incertidumbre por ese motivo. —Fumó manteniendo el humo en sus pulmones el mayor tiempo posible—. Seguro pensaba que me lanzaría a sus brazos al escuchar su confesión de pseudo amor y promesas que jamás cumplirá.
Horacio le quitó el pito, reemplazándolo por la taza de té y un plato con un sándwich.
—Lo vas a necesitar para pensar —le indicó—. Mira, no lo conozco de toda la vida y tampoco estaba al tanto de sus miedos, pero creo que es tu decisión si quieres cargar con todos sus demonios mientras intentas recomponer la relación que tenían.
—Ese es el punto —repuso, engullendo su pan—, no quiero que sea la misma relación de antes.
—En ese caso —intervino Esteban—, antes de reiniciar con él debes plantearle las nuevas reglas del juego y si las acepta le das otra oportunidad y si no —suspiró—, le das senda patada en la raja. ¿No?
—Suena bien —convino, dejando el plato vacío y la taza sobre la mesita de centro—, voy a resolver esto ya.
Amanda entró al cuarto, encontrando a Martin despierto navegando en su móvil. Al verla, lo dejó a un lado.
—Tenemos que hablar —anunció, él se sentó sobre el colchón—. Estuve pensando lo que me dijiste. Por más que he intentado resistirme a lo que siento, esto ha sido más fuerte que yo.
Se le aproximó, tomó de su rostro y lo besó. Por primera vez ella le devoraba la boca y él se dejaba engullir, cuando lo liberó estaba sin aliento.
—¿Qué significa esto? —balbuceó embobado.
—Estoy dispuesta a volver contigo, pero tengo mis condiciones y si solo una vez las incumples, lo nuestro se terminará —espetó tajante—. Si las aceptas regresamos y si no, me dejarás en paz.
—Bien, te escucho.
—No quiero volver a escuchar tu frase “esto es sin enamorarse”.
—Dalo por hecho.
—No volverás a decirme que me quieres como amiga.
—Hecho.
—Si alguna vez tus sentimientos cambian, házmelo saber.
—¿Para bien o para mal?
—Ambos —aclaró—, y nada de ocultarme cosas que puedan ponerme en peligro ni alejarte de mí.
—Es una promesa, no lo volveré a hacer.
—¿Te comprometes para que esta relación funcione?
—Sí.
—¿Piensas formalizarla en el futuro?
—¿Eso quieres? —repuso, tragando en seco.
—Deseo algo más sólido y formal —le explicó—, pero no te obligaré a hacerlo porque eso es algo que debe nacer de ti como una necesidad y no por obligación.
—Entiendo —convino—, acepto todas las condiciones. Prometo poner todo de mí para cumplirlos porque quiero que lo nuestro funcione.
Le acarició las mejillas con sus pulgares y reclamó sus carnosos labios, besándolo con su pasión devoradora. Martin intentó quitarse el cuello ortopédico, pero ella lo detuvo.
—No te lo quites —lo atajó—, eso puede esperar.

—Quiero follarte hace tiempo, ya me he contenido suficiente —ronroneó suplicante—, por favor.
—Para eso deben quitarte el cuello ortopédico, antes de eso no pasará nada.
—Eres malvada.
—Eso ya me lo has dicho muchas veces —rio por lo bajo—. Soy una escritora malvada.
—¡Ven acá!
La sostuvo entre sus brazos aspirando su dulce aroma y le besó en el cuello. Luego se ubicaron bajo las mantas, abrazados de costado. De ese modo se quedaron dormidos. Amanda fue despertada por múltiples besos en su rostro hasta terminar en sus labios.
—Buenos días —le susurró coqueto—, ya es hora de levantarte para ir a trabajar.
—No ha sonado mi alarma.
—Sí, ya lo hizo, pero yo la silencié tres veces.
—¡¿Que?! —Saltó de la cama, revisando su móvil—. No vuelvas a hacerme este tipo de bromas.
Se sentó sobre la cama mientras él reía.
—Tranquila, solo sonó una vez hace cinco minutos —le aclaró—, por eso decidí despertarte.
Los días pasaron y la relación entre Martin y Amanda iba progresando. Almorzaban juntos, veían películas o serie en el salón, compartían con los chicos el té para finalmente irse a dormir juntos. Él solía abrazarla apegándose lo más posible a su cuerpo y en la mañana, la despertaba con un reguero de besos que le alegraban el día.
El sábado los chicos se despidieron de ellos, ya que viajarían a sus respectivos hogares, pero Martin había decidido quedarse por tres motivos: el primero, no quería que sus padres lo vieran en ese estado, se preocuparían y tendría que contarles lo sucedido; el segundo, porque debían reponer el vidrio roto; y tercero, porque quería proteger a Amanda, ya que no confiaba en que Adriana reaparecería en sus vidas para cumplir con sus amenazas.
El sábado aprovecharon para sacarle copia a las llaves y devolverle su juego a Esteban, así ella tenía uno propio; luego, la acompañó a su casa, midieron el ventanal y compraron uno nuevo. Él se encargó de instalarlo después que limpiaron el desastre. Para su suerte, su suegra regresaría el martes próximo porque había decidido extender unos días más las vacaciones con sus amigas.
En la tarde, por primera vez, entró al cuarto de su Amanda. Era un espacio muy acogedor con colgantes y figuritas místicas que le daban un aire relajado y ceremonial. Junto a la cama, había un escritorio repleto de papeles y un laptop, de la pared contigua colgaba un televisor.
—¿Qué te parece mi santuario? —le preguntó ella sentándose en la cama—. ¿Muy desordenado?
—Para nada —dijo—, salvo por el escritorio, todo está ordenado y tiene un aire ideal para escribir o meditar. Me gusta mucho.
—En ese escritorio escribí muchos de los poemas que te obsequié —le confesó—, y en esta cama lloré pensando en ti.
—Lo siento —se disculpó preocupado—, mi intención jamás ha sido hacerte daño.
—Tú me has llevado del cielo al infierno muchas veces —prosiguió soltando suspiro cargado de incertidumbre—, y aún me cuestiono si lo correcto ha sido darte esta nueva oportunidad.
—Lo ha sido, en serio —musitó con cariño tomando de sus manos—, juro que no te arrepentirás. Esta vez no te decepcionaré.
Le besó en la frente y la acunó entre sus brazos, pronto se tendieron sobre el lecho y entre besos se quedaron dormidos. Despertaron cerca de la medianoche, muy tarde para regresar al departamento.

Capítulo 36

Oídos sordos a los cuestionamientos

◆◆◆

Después de permanecer toda una semana cuidando de Martin, en su último día de convalecencia lo acompañó al doctor y se quedó más tranquila al saber que ya estaba totalmente recuperado. Él también lo estaba porque al día siguiente regresaría al trabajo. La acompañó a su casa para ayudarla con sus cosas y mientras compartían un acalorado momento en el cuarto, escucharon el abrir de la reja.

—Es mi madre —le anunció tras salir del cuarto y mirar por la ventana, colocándose la ropa, ya que estaba medio desnuda—, vístete, apresúrate.

Lo hizo bajar a prisa y justo cuando llegaban al salón la puerta principal se abrió, al verlos el rostro de la recién llegada se ensombreció.

—Hola, mamá —la saludó su hija—, ¿cómo te fue en el paseo?

—Excelente, la pasamos muy bien y conocimos varios lugares —le relató sin apartar su vista de él—. ¿Y me presentarás a tu amigo?

—Sí, él es Martin —le indicó—, y ella es Adela, mi mamá.

—Martin, ¿a secas? —insistió su madre—. ¿Tiene apellido? ¿Qué es de ti?

—Martin Eddoumi —se presentó él—, y nos estamos conociendo aun, somos un poco más que amigos.

—Tú eres el famoso Martin —refunfuñó arrugando las cejas—, hace meses que se están conociendo.

—Ya, mamá —la detuvo—. Igual él ya se iba.

—Sí, hasta luego señora Adela —se despidió—. Fue un gusto conocerla.

—Sí, claro.

Salieron de allí y ella lo acompañó hasta el paradero. Se despidieron con varios besos apasionados antes de que se subiera al transporte. Tras un ademán de despedida, regresó a casa.

—Hija, ese chico no te conviene. —Fue lo primero que su madre le dijo al verla entrar—. Será tu perdición, no es bueno para ti.

—Tranquila, va todo bien entre nosotros —aseguró bebiendo un vaso de jugo—, no te preocupes.

—Nada bueno saldrá de la relación que tienen —tiró un resoplido—, si se puede llamar así, pues veo que no tiene los pantalones para formalizar nada.

—Mamá, no nos vamos a casar.

—No me refiero a eso, tampoco me agradaría que lo hicieran —aclaró—. Pero estoy segura de que jamás pasará y eso me tranquiliza.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no son pololos ni novios —le rebatió—, y dice que son amigos… Ese chico no te conviene, es una bala perdida y sé que ya te ha hecho llorar más de una vez. No me gusta para ti.

Amanda suspiró, no le rebatió y prefirió ayudarla a cocinar. A eso de las cinco de la tarde recibió una llamada de Camila, que respondió refugiada en su cuarto.

—¡Al fin contestas mis llamadas! —le reprochó—. Es que ese te tiene hipnotizada y…
—Ese tiene nombre —le recordó—, se llama Martin.
—Amiga, Martin no te conviene, te ha hecho sufrir más de una vez y ahora tiene a una loca a cuestas que quiere matarte, ¿no ves el peligro que corres a su lado?
—Adriana está en prisión, ya no nos molestará más.
—¿Qué pasará cuando salga? —Camila la interpeló—. Sabes que no estará ahí por siempre.
—Pues disfrutaré mi tiempo con él sin que ella nos moleste —espetó—, luego veremos qué sucede. Además, hay una orden de alejamiento en su contra.
—¡No me digas! —dijo irónica—. ¿En serio crees que ella va a respetar eso? Te aseguro que apenas salga se la va a pasar por la raja, lo mejor que puedes hacer es alejarte lo más posible del energúmeno ese.
—¡Ash! ¡Estás insoportable! —exclamó molesta—. ¿Para esto me llamaste?
—Quería saber de ti, ya que con cuea respondes mis mensajes —le reprochó—, últimamente los dejas en visto.
—Es que prefiero no discutir contigo por mi decisión de volver con él.
—Cuando esto termine mal, te gritaré un «te lo dije» monumental.
—A palabras necias oídos sordos, chao.
Le colgó, dejándole con la palabra en la boca. Al rato Cristina le hizo una videollamada, pero no hablaron de Martin en ningún momento, eso le alivió porque pensaba que todas la cuestionarían.
Las siguientes semanas las pasó muy bien compartiendo con Martin por tres días a la semana, con su fogosidad ahora aumentada al doble. Él se mostraba más receptivo y cariñoso, preocupado de escribirle durante los días en que no se veían y la llenaba de cariño cuando lo hacían. Ya no le mencionaba las frases que la herían, y cada vez que ella le decía que lo quería, él le sonreía en silencio.
Por otro lado, la relación con sus amigas estaba algo floja. Compartía y hablaba más con Cristina e intentaba evadir a Camila, ya que está siempre atacaba a Martin e intentaba convencerla de terminar con él. Por lo que incluso la excluyó de sus reuniones y solo salía con Cristina; ésta era más hermética y solo opinaba cuando Amanda se lo pedía.
Al cabo de dos meses, se enteraron de que el abogado de Adriana había conseguido internarla en un hospital psiquiátrico, que intentaba absolverla de todos los cargos con la excusa de que sufría de sicopatía y psicosis paranoide. Un mes después, Martin recibió una llamada que lo puso en alerta máxima, mientras desempeñaba su ronda en el trabajo.
—Aló —contestó.
—¿Habló con Martin Eddoumi? —preguntó una voz masculina.
—Sí, con él.
—Usted habla con el fiscal Marcos Diaz.
—Hola, dígame en qué puedo ayudarle.
—Lo llamo para darle una mala noticia de la que me acabo de enterar.
—No me asuste —comentó parando en seco su caminar—. ¿Adriana salió en libertad?
—Se escapó del psiquiátrico hace una semana —le informó—. No me habían informado de eso hasta ahora, ya que se ha levantado una orden de captura.
—Gracias por avisarme —repuso—, hablaré inmediatamente con Amanda.
—Pensaba llamarla apenas terminara de hablar con usted.
—Si quiere puede hacerlo, pero lo haré también. Adiós.
Le colgó y marcó de inmediato. Amanda le respondió de inmediato.
—Hola, cariño —lo saludó con voz sensual—, no pensaba recibir una llamada tuya, pero me

gusta.
—Bebé, no sé cómo decirte esto —suspiró buscando las palabras apropiadas—. Necesito que el resto de esta semana te quedes en el departamento. Estarás más segura con nosotros que en tu casa, eso es seguro y hoy prometo llegar a las seis, pediré permiso para salir un poco antes.
—¿Qué pasó?
—Es por Adriana —contestó, obteniendo silencio en respuesta—, escapó del psiquiátrico y temo por ti. ¿Estás sola en casa?
—Sí, mi madre salió ayer y vuelve mañana.
—Me gustaría estar contigo ahora —expresó ofuscado—, sé que estás por terminar tu turno, apenas salgas ten cuidado. Ve a casa a buscar tus cosas y luego te vas al depa, ¿bueno?
—Lo haré —confirmó—, pero a qué hora llegarás.
—Te aviso —respondió—, pero estarás más segura allá porque necesita la contraseña para entrar y hay conserje, ahora le escribiré para que esté pendiente por si aparece y llame inmediatamente a Carabineros.
—Bueno, cariño —suspiró resignada—, nos vemos en el depa.
—Nos vemos, bebé y cuídate.
Amanda pidió un Uber desde el trabajo a su casa y no salió del recinto hasta que vio aparecer el coche. Ya en su casa, preparó una maleta con sus cosas y le envió un mensaje a su madre avisándole que se quedaría en casa de Martin por una semana, pidiéndole que cuidara a su felina. Mientras esperaba otro Uber, se encargó de dejarle el agua y la comida suficiente para ese día y el siguiente, momento en que su madre regresaría. Tras acariciar a su peluda compañera y darle un beso en el entrecejo, salió al coche que la esperaba fuera de la puerta. Entró al condominio con rapidez.
—Señorita Amanda, ya me avisó Martin que vendría —le dijo—, y estaré pendiente por si ella aparece.
—Hola, gracias —le respondió más calmada—. Yo subiré.
Caminó por el pasillo y subió al elevador. En su piso caminó más tranquila, sacó su llave y abrió. Pero no se percató de que al cerrar tras de sí, el pestillo no encajó, quedando medio abierta. Depositó sus llaves en la cesta que estaba sobre un mueble a la derecha de la puerta, dejó su maleta en el cuarto y se metió al baño.
Su teléfono vibró, al revisarlo tenía un mensaje de Martín que le anunciaba de su llegada a eso de las seis y cuarto de la tarde, para eso faltaba media hora. Sintió alivio al saber que ya iba en camino.

Capítulo 37

Venganza

◆◆◆

Adriana ya había estudiado todo a la perfección, sabía las horas en que Martin salía del complejo de apartamentos, a qué hora regresaba del trabajo, incluso dónde trabajaba y, sobre todo, había estudiado las rutinas de Amanda y sabía que ese día estaría sola en el lugar.

La vio entrar y dejó pasar quince minutos antes de aproximarse a las ventanas que daban al vestíbulo, percatándose de que el guardia no se encontraba, entonces ingresó la clave de acceso y la puerta se abrió. Estaba nerviosa y llena de adrenalina, entró cubierta por una capucha y lentes de sol. Caminó a prisa, pues debía llegar a las escaleras de emergencia para evitar que las cámaras la grabaran. Subió los escalones de dos en dos hasta llegar al piso cinco, en donde abrió la puerta que daba al pasillo viendo que la puerta que buscaba estaba entreabierta.

A grandes zancadas llegó a su destino y la empujó. Estaba en donde quería. Silenciosamente cerró la puerta, Amanda no se veía por ningún lado, por lo que deambuló sin hallarla, solo le faltaba el baño. Pensó esperarla fuera y tomarla por sorpresa. Se arrimó a la pared justo cuando Amanda salía.

—Hola —dijo con voz perversa haciendo que Amanda volteara—, al fin te encuentro sola.

Se le abalanzó agarrándola del cabello, mientras Amanda intentaba quitársela de encima, ambas cayeron sobre la mesa de centro del recibidor, la que se partió en filosos pedazos de cristal, recibiendo ella los mayores cortes en su espalda; su polera azul se tiñó de rojo en segundos.

—¡Escúchame bien, estúpida! —graznó Adriana, tirándole del cabello en un intento por arrastrarla por el piso—. Martin no será de nadie más. Si no está conmigo no estará con nadie.

—¡Estás loca! —musitó casi sin aliento.

—Hoy tendré mi venganza.

—Matándome no conseguirás nada —aclaró.

—Claro que sí —aseguró—, eres su mayor tesoro y hoy le quitaré a quién ama.

—Martin no me ama —soltó dolida, no solo por los cortes, sino porque sabía que era verdad.

Lo que ellos tenían era algo efímero que estaba destinado al fracaso, pero ella se había quedado a su lado en una extraña no relación debido a la gran pasión que él le entregaba. Y aunque siempre deseó tocar su corazón, eso no era posible y estaba resignada a ser el fruto prohibido que él degustaba con deleite.

—Martin no me ama y jamás lo ha hecho.

—Eso es mentira —recalcó letra a letra— ¡No te atrevas a negarlo!

—¡Eso no te incumbe! —Adriana recibió una bofetada que la hizo soltar un escupo sanguinolento—. Él no me ama —lloriqueó con un aguijón clavado al corazón—, solo somos amigos con derecho. No tenemos una relación formal y siempre me ha pedido que no me enamore de él porque lo nuestro es solo carnal. Si me matas, no lo harás sufrir porque no soy un tesoro invaluable… Yo soy totalmente reemplazable…

—¡No es así! —gruñó—. Tú eres su pareja y se nota cuánto te ama.

—¡Qué no me ama! —gritó con vehemencia.

Justo en ese instante el citófono sonó.
—No te atrevas a contestarlo —le advirtió Adriana—. Esto es entre tú y yo.
—Te has metido a propiedad privada sin autorización, esto ya dejó de ser un entre tú y yo.
Adriana gruñó enfadada abalanzándose sobre ella, pero Amanda la esquivó propinándole una patada en su estómago y mandándola lejos, haciéndola chocar con el mueble en que se encontraba el televisor. Momento que aprovechó para pararse y alcanzar el citófono que seguía sonando.
—Hola, me avisan de una pelea en su departamento…
—Llame a Carabineros, por favor… ¡No! ¡Suéltame! —chilló al sentir sus dedos jalándole la melena y alejándola del aparato.
—No más juegos —le susurró al oído.
—Martin está por llegar…
—Martin sale del trabajo a las seis, lo sé porque estudié cada uno de sus movimientos y tú estarías sola hasta las siete.
En ese instante, Amanda vio su oportunidad ya que en la forma en que su atacante la sostenía podía liberarse con facilidad. Realizó unos bruscos movimientos terminando con un codazo en su vientre que la dejó sin aire. Corrió hacia la puerta, pero extrañamente estaba trancada, necesitaba las llaves para salir.
—No puedes ir a ninguna parte —dijo alzando las llaves—, las tomé al entrar y cerré para que estuviéramos solas. —Entonces se percató de que en la otra mano sostenía un largo cuchillo—. No puedes ir a ninguna parte…
Martin acababa de entrar al edificio percatándose del revuelo que allí había. Mucha gente se encontraba junto al conserje y este intentaba hablar.
—Pensábamos que estaba en el departamento —dijo una mujer.
—¿Qué sucede? —preguntó.
—Una pelea… No lo sabemos bien —se impuso el guardia—, pero ya llamamos a Carabineros…
—¡¿Qué?!
—Se escuchan gritos, cosas rompiéndose…
Pero no pudo seguir escuchando y se abrió paso a toda velocidad, comenzó a subir las escaleras de emergencia, ya que el elevador estaba atascado en pisos muy superiores. Debía llegar cuanto antes para ver qué estaba sucediendo.
Al llegar al pasillo de su piso, escuchó gritos. Intentó empujar la puerta, pero estaba cerrada. Con la adrenalina a flor de piel sacó las llaves y entonces pudo abrir. Sobre Amanda había una mujer de cabello castaño intentando clavarle un cuchillo. A su alrededor había vidrios rotos y sangre, todo estaba revuelto. Sin pensarlo más, se fue en contra de la desconocida desarmándola al instante y empujándola con tal fuerza que fue a dar a la cocina, chocando con los muebles que allí había, cayéndole encima platos y vasos junto a trozos de madera de los muebles colgantes que se rompieron con la fuerza del impacto.
—Amanda. —Se arrodilló revisándole las heridas que sangraban copiosamente—. Debemos salir de aquí.
Intentó ayudarla a levantarse, pero ella no pudo pararse por un profundo corte en una de sus piernas, entonces la levantó entre sus brazos.
—¡Alto ahí! —Escuchó el clic de un arma, por lo que volteó encontrándose con Adriana apuntándole con una pistola—. Si fuera tú no daría un paso más. —Martin se quedó de piedra con los ojos muy abiertos observándola—. Déjala por allá —indicó con un movimiento de su

cabeza—, ahora.
—Adriana, ¿por qué haces esto?
—Esto lo provocaste tú…
—Yo no…
—¡Eres el culpable! —graznó—. ¡Me usaste y me desechaste como si fuera basura!
—Fue solo una vez, no entiendo…
—¡Sabes perfectamente que eso no es cierto! —gritó encolerizada—. Nos conocimos por largo tiempo, ¡conversábamos por chat a diario! ¡Me prometiste muchas cosas que jamás cumpliste!
—Adriana, lo que tuvimos fue algo efímero y no estaba dentro de mis planes tener una relación seria. Eso te lo dejé claro…
—¡Me enamoré de ti! —exclamó—. Quería estar contigo, pero solo querías usar mi cuerpo y ahora estás con esta estúpida. ¿Qué tiene ella que no tenga yo?
—Cordura —bromeó ante lo cual ella dio un disparo al aire. Haciendo que Martin volteara para cubrir el cuerpo de Amanda protegiéndolo de las balas.
—No permitiré que me vuelvas a insultar —refunfuñó—, la otra bala será para cerrarte el hocico. Ahora, suelta a esa perra para que hablemos tranquilos.
Él miró a los ojos a Amanda, ella ya estaba muy pálida producto de la pérdida de sangre. Pero aún se mantenía despierta, aunque podía ver en ellos el reflejo del dolor, temor y la angustia, incluso un resquicio de despedida.
—Lo siento —musitó en su oído—, saldremos de esta, lo prometo. —Le besó en la frente, depositándola en lo que quedaba de sofá. Luego volteó para enfrentarla.
—Bien, así me gusta, que seas obediente…
—¿Qué quieres de mí?
—Verte sufrir tal como me hiciste sufrir a mí, ¡maldito bastardo! —chilló apuntándolo con el arma—. ¡Te mereces ir al infierno y yo soy la que te hará pagar todas tus malas acciones!
—Bien —dijo intentando guardar la calma, mientras alzaba las manos—, hazme lo que quieras, pero a ella déjala fuera de esto.
—Ella debe morir para que tú sufras.
—No, ella no tiene que ver…
—Ella es tu mayor tesoro, ¡no mientas! —graznó como una loca—. Si la vez morir te causará tanto dolor como el que me hiciste sentir.
—No la metas en esto, por favor —le pidió.
—¡Tú la metiste en esto! —gritó con vehemencia cargando una bala—. ¡Al meterte con ella y conservarla! ¡Tú te enamoraste de esta zorra, la amas!
—¡Qué no me ama! —gritó sollozando—. ¡Solo soy un juego para él! —Martin la miró de soslayo, sintiendo un apretado nudo en la garganta— ¡Martin jamás me amará y mucho menos se enamorará de mí!
—¡Cállate! —gritó enloquecida disparando, momento que él aprovechó para abalanzarse sobre ella e intentar quitarle el arma—. ¡Suéltame! ¡Maldito mujeriego!
Dos balas se dispararon durante la lucha, ambas le impactaron a Martin, una en un pie y la otra en su abdomen, cayendo al suelo. Adriana, altiva, lo apuntaba con el arma y en su semblante se dibujaba una sonrisa perversa.
La observó por unos segundos respirando agitadamente, luego miró hacia el sillón encontrándose con Amanda sangrando por su abdomen, mientras hacía presión en la zona herida. Aquella bala que él intentó repeler la había alcanzado. Ahora su semblante empalidecía a cada segundo. Esta escena lo desesperó comenzando a cerrársele el pecho, debía calmarse o sucumbiría ante un

ataque asmático que la dejaría aún más a su suerte. No podía permitirlo.
—Ahora la verás morir —refunfuñó con perversidad, disparándole a Amanda
—¡No! —gritó levantándose, pero antes de que alcanzara su destino la bala le llegó a Amanda en el vientre bajo, haciéndola chillar de dolor—. Lo siento —se disculpó cubriéndola con su cuerpo y tomando su blanquecino rostro entre sus manos—. Amanda, mírame —le pidió, al ver que sus ojos se cerraban—. Por favor, no te duermas. —Sus ojos se anegaban con lágrimas y pronto comenzaron a descender por sus mejillas—. Amanda, no te duermas…
—Martin —musitó—, la pasamos muy bien juntos —sonrió débilmente—. Quiero que sepas que yo no pude cumplir la promesa de no enamorarme de ti.
—Amanda… —sollozó.
—Te quiero —susurró cerrando sus ojos y su cabeza se ladeó.
—Amanda, Amanda —comenzó a moverla, pero no consiguió despertarla.
Mientras Adriana escuchaba esta conversación, cargó el arma, ya que había utilizado todas las balas. Tras hacerlo observó la escena en que Martin lloraba sobre el cuerpo de la joven.
—¿Ya murió? —preguntó con un deje burlón y desquiciado—. ¿Estás llorando?
Martin ya no podía más con la frustración, la desesperación y el dolor. Por lo que se levantó y se le abalanzó sin importar que ella le acertara tres balas más, gracias a la adrenalina no las percibió. Con toda su rabia, le pegó un puñetazo en el rostro haciéndola caer al suelo de espaldas y la pistola se deslizó muy lejos de su alcance.
—¡Te mataré! —gritó dejando caer todo el peso de su cuerpo sobre el de ella, sus manos le apretaron el cuello, la mujer comenzó a contorsionarse, intentando quitarse aquellas anchas manos que le impedían respirar—. ¡Muérete de una vez! —Recibió un botellazo en la cabeza que lo hizo caer de soslayo hacia su derecha y su mano tocó la pistola.
—¡Ah! —escuchó un grito femenino y volteó con el arma entre sus dedos, sin pensarlo jaló el gatillo, parando en seco el ataque en su contra. La bala impactó en el abdomen a su atacante. No quiso esperar, volviendo a dispararle, esta vez directo al entrecejo.
Adriana abrió su boca, comenzando a salir sangre a borbotones, sus pupilas perdieron el brillo de la vida y cayó despatarrada al suelo. Al fin todo había terminado, Martin dejó caer el arma y se arrastró hasta el sillón, tomó una mano de Amanda. La besó.
—También te quiero —pronunció perdiendo la conciencia lentamente.

Capítulo 38

Todo termina conmigo

◆◆◆

Martin

Entre mi somnolencia, vi entrar a Carabineros y me apartaron de Amanda. Luego recuerdo que me movían en una camilla que metían en una ambulancia, y lo único que decía era *«Amanda, ¿dónde está Amanda? ¡ayúdenla!»*. Esas imágenes se repetían en mi mente, no sabía si todo eso había sucedido o si era un sueño cruel.
Cuando desperté, estaba en una cama de hospital con una máscara de oxígeno y al intentar moverme, sentí fuertes punzadas por todo mi tronco. Una máquina pitaba a mi lado, aumentando la velocidad de ellos, ya que me había desesperado y me costaba respirar.
—¡Ha despertado! —Escuché a mi derecha, viendo a mi madre—. ¡Hijo!
—¡Amanda! —pronuncié—. ¿Dónde está Amanda? —pregunté con la esperanza de que todo lo vivido no hubiese sido real—. ¿Cómo está Amanda?
—Viva —contestó, eso me calmó un poco, por lo que apoyé mi cabeza en la almohada aliviado —. ¿Dónde está?
—En el Hospital Van Buren, en Valparaíso —me informó.
—Quiero verla.
—No, no puedes.
—¿Por qué no?
—Hace dos semanas pedimos tu traslado y ahora estamos en el Hospital El Pino.
—¡¿Qué?! —gruñí—. ¿Por qué?
—Es más fácil tenerte aquí que en Valparaíso, hijo.
—¿Cómo está Amanda?
—Hospitalizada.
—¿Despierta? —Al ver la cara desencajada de mi madre, me desesperé—. ¿Qué le sucedió? ¡Dímelo!
—Tranquilo, está bien.
—Tu cara me dice lo contrario —refunfuñé intentando levantarme—, debo ir a verla.
—Estás a casi dos horas de…
—Eso debieron pensarlo antes —tiré un resoplido—, ¿pensaron que no la recordaría?
—Primero debes recuperarte.
—Ya estoy bien —aseguré, pero una enfermera me impidió levantarme.
—Hermano, me alegra tenerte de regreso. —Hugo me sostenía de la otra mano, luego me susurró para que solo yo le escuchara—. Si te calmas y dejas que la enfermera haga su trabajo te contaré todo lo que sé, aunque nuestra madre no quiera.
Patidifuso dejé de luchar y me recosté. Al cabo de una hora, los dejaron entrar, pero esta vez de a uno. Primero mi padre, seguido de mi madre y finalmente mi hermano.
—¿Y bien? —Fue lo primero que dije en cuanto cerró la puerta—. Cuéntamelo todo.

—Te lo diré si me prometes que no te levantarás enloquecido.
—¿Tan malo es?
—Puede serlo —repuso observándome con atención—, estás muy preocupado por ella y eso me indica que ha tocado tu corazón.
—Pensé que había muerto por mi culpa.
—Primero, tú no la atacaste ni disparaste —aclaró con un índice alzado—. Segundo, Adriana, la loca, lo hizo y para tu buena puntería le acertaste dos balas mortales, así que ya te liberaste de ella. Está muerta.
—Genial —suspiré más tranquilo.
—Tercero, arriesgas prisión por haberla matado.
—¡¿Qué?! —solté abriendo mis ojos al máximo—. ¡Fue en defensa propia! ¡Intentó matarnos!
—Lo sé, pero la familia de Adriana tiene un excelente abogado y por eso debemos prepararnos.
—¡Maldita sea! —grité—. ¡Se metió a mi departamento y nos intentó matar! ¿¡Qué no ven eso!?
—Nos estamos encargando, tú relájate —repuso con calma—. Cuarto, Amanda está entubada desde hace dos semanas. Llegó sin signos vitales al hospital, pero lograron traerla de vuelta. Lo malo es que está con respirador artificial y no se sabe si despertará.
—Ella recibió dos disparos, yo como cinco —recordé en voz alta—, ¿cómo es posible que yo siga con vida?
—Porque estás blindado —repuso irónico—, tienes la grasa más que suficiente en el abdomen para parar balas de nueve milímetros. A veces la obesidad puede salvarte la vida. —Alzó sus cejas esbozando media sonrisa burlona—. Pero Amanda no tuvo la misma suerte, no digo que esté en los huesos, pero una de las balas se alojó en su útero y esa fue la que casi la mata.
—¿Qué? ¿Por qué?
—Le provocó una herida vaginal que casi la desangra, por eso llegó sin signos vitales —le aclaró —, y espérate, que hay más…
—La visita ha terminado —le anunció una mujer abriendo la puerta—. Debe salir ahora.
—Ya voy —dijo, luego miró a su hermano—, seguimos esta conversación mañana.
—¡No me jodas!
—Ha sido mucha información por hoy —aseguró guiñándole un ojo—. Descansa.
—No creo que pueda, ¡oye!
Lo vi cerrar la puerta tras de sí, no pude evitar sentirme frustrado y sumamente preocupado. Al día siguiente, después del desayuno, comencé con mis fisioterapias para recuperar mi fuerza y masa muscular. En verdad, esas dos semanas de inconciencia me había pasado la cuenta y parecía una momia en todo aspecto.
Por la tarde solo vinieron mis padres a visitarme y por más que les pregunté por Amanda, no tuve las respuestas que necesitaba escuchar. Para mi mala suerte, Hugo no apareció en toda la semana y al preguntar por él obtenía como respuesta que el trabajo le impedía venir, pero que me mandaba sus saludos y esperaba que me recuperara pronto.
En mitad de la semana siguiente, me dieron el alta. Las heridas de bala ya están cicatrizadas y se suponía que los puntos se caerían solos, por lo que no debía preocuparme por eso. Estar en casa de mis padres era agobiante, ya que mi mamá no me dejaba solo ni un segundo y yo solo deseaba escapar.
—Hermano —me llamó desde el umbral del comedor—, tiempo sin verte.
—¿Dónde te habías metido?
—Viajé a Valparaíso para ver el estado de mi cuñadita —me informó—, pero todo sigue igual. Le pedí a Horacio que viniera por nosotros, así el viaje será más cómodo y rápido. —Miró a su

alrededor y me susurró—. Está afuera, distraeré a mamá. Si algo sale mal le avisaré por mensaje para que partan sin mí.
Hugo se metió en la cocina, cerrando la puerta tras de sí. Escuché la voz de mi madre alejarse hasta dejar de oírla, pues al parecer habían salido al patio trasero. Entonces me levanté y salí, afuera divisé el automóvil de mi amigo. Rápidamente me aproximé subiéndome de copiloto.
—Hola, compadre —me saludó con un apretón de manos seguido de un abrazo—. Me alegra verte recuperado.
—No sé si haber sobrevivido sea tan bueno.
—Lo es —dijo contrariado—, después de ver cómo dejó el departamento el huracán Adriana te sorprenderías tanto como yo de ver un sobreviviente.
—¿Qué sabes de Amanda?
—Que está intubada desde que ingresó al hospital.
—¿La has ido a ver?
—Sí, pero de lejos. Solo su madre puede entrar. Yo la he visto desde la ventanilla de UCI —suspiró—. Allá te enterarás de más, por lo pronto… —Su móvil vibró, deteniendo la conversación. Después de revisarlo puso en marcha el auto—. Debemos partir antes de que tu madre nos descubra.
Siguió recto por la calle, mientras lo observaba intranquilo.
—¿Puedes decirme la razón de tanto misterio? —inquirí—. Mis padres guardan silencio y no me dejan ir por ella. Además, me trasladaron lejos, todo me parece tan sospechoso.
—Créeme —repuso—, hay una buena razón para tanto misterio —aseguró mirándome de soslayo—. Cuando la madre de Amanda supo todo se volvió loca, estaba furiosa y te echaba toda la culpa. Cada vez que se cruzaba con tus padres en los pasillos del hospital les gritaba que esperaba que murieras. —Negó con la cabeza—. Y no la culpo, la ira puede transformar a las personas, aún más cuando es tu única hija.
—Ya entiendo —suspiré resignado apoyando mi cabeza en el asiento—. Deberé tener cuidado de que no me vea visitándola.
—A lo más la verás por la ventana, pero tengo todo listo para que hables con su doctor y sepas su diagnóstico completo —me informó—. Te ayudaré en lo que pueda.
Tanto misterio me frustraba, pero Horacio tenía razón y lo mejor era esperar a llegar al hospital para hablar con su doctor, quién mejor que él para explicarme todo.
Aparcamos a unas cuadras del recinto y caminamos a la entrada. Horacio habló con un guardia que parecía muy amigo de él, este nos dejó entrar y caminamos por un pasillo largo, deteniéndonos fuera de una ventana.
—No está tu suegra, puedes asomarte —me informó. Yo contrariado me aproximé—. Así ha estado, veo que no ha mejorado.
Amanda estaba llena de máquinas por todo su cuerpo, por su boca salía un tubo. Recorrí todo de ella con la mirada, me partía el corazón verla en ese estado, no pude evitar que un par de lágrimas escaparan de mis ojos. Me detuve en su abdomen al verlo más abultado de lo que le recordaba.
—Se supone que debería estar más delgada —bisbiseé, pero no pude seguir viéndola, pues mi amigo me obligó a caminar en dirección opuesta a la entrada—. ¿Qué sucede?
—Silencio y no mires hacia atrás si no quieres problemas —me susurró, pronto doblamos hacia la izquierda escondiéndonos tras la pared—. Su madre acaba de entrar y no puede verte aquí. Ven —espetó tomándome de un antebrazo—, iremos a hablar con su médico.
Caminamos por dos pasillos más, hasta que nos detuvimos fuera de una puerta marrón. Horacio

la golpeó, saliendo por ella un señor canoso con lentes cuadrados, cubierto con un delantal blanco.
—Hola, doctor, él es Martin —me presentó.
—El famoso Martin. Bien, pasa —convino abriendo la puerta para que entrara.
—Yo esperaré por aquí, amigo.
—Claro.
—Señor Martín —suspiró tirando un resoplido y dejándose caer tras el escritorio—, siéntese por favor —me pidió haciendo un ademán—. Quizá se está preguntando la razón por la que acepté a hablar con usted, ya que solo familiares cercanos pueden acceder al expediente de los pacientes.
—Pues sí, pero prefiero saber cómo se encuentra Amanda primero —expresé.
—Amanda estuvo consciente después de que la trajimos de vuelta y nos habló de sus intenciones de compartir esta información con usted —prosiguió—, pero tuvimos algunos problemas en el quirófano que nos obligaron a intubarla y seguirá así por unos cinco meses más.
—¿Cinco meses más? —repetí—. ¿A qué se refiere?
—La razón por la que está con respirador, a pesar de su diagnóstico desalentador, es porque ella está embarazada, tiene casi cuatro meses. —Aquella información me cayó como un balde de agua fría, estaba atónito—. Nos dijo que usted era el padre y ella quería contárselo justo el día en que fueron atacados. Para sacar las balas e intentar frenar la hemorragia entró a quirófano, logramos extraer ambos proyectiles, paramos el sangrado y salvamos al feto. Debo decir que fue un milagro porque todo apuntaba a que no lo lograríamos —suspiró—. Pero desgraciadamente ella entró en paro dos veces más. Tuvo dos paros cardiorrespiratorios simultáneos, intubarla fue la única solución para intentar conservar al feto. Esperamos que el embarazo siga su curso y a los ocho meses realizaremos la cesárea de emergencia para sacarlo. El crecimiento fetal es normal, pero por la falta de oxígeno que tuvo los segundos en que ella dejó de respirar, pensamos que podría tener alguna secuela, pero eso se verá en su momento.
—¿Ella despertará? —El médico suspiró apoyándose en el respaldo de la silla—. ¿Volverá en sí? ¡Dígame!
—Puede conservar la esperanza —pronunció al fin—. Eso es lo importante.
—¿No hay esperanzas reales de que despierte?
—Es difícil decirle esto —suspiró—, pero en su caso y viendo su nula evolución, médicamente no es factible que despierte. Pero pueden ocurrir milagros.
—Quiero verla —musité—, déjeme entrar a su cuarto, por favor.
—No puedo, la única autorizada es su madre.
—Tal vez si me escucha despierte.
—Haré una excepción por hoy —accedió—, en cuanto su madre se vaya tendrá cinco minutos.
—Gracias.
Esa tarde pude entrar a su habitación. Tomé su mano derecha entre las mías, a pesar de los guantes que me cubrían pude sentir su fría piel.
—Amanda —pronuncié su nombre con voz cortada—, lo siento mucho. Fui un egoísta, te quería solo para mí y pensé que si no teníamos algo serio ella no nos atacaría, pero lo hizo y te atacó… y no fui capaz de cuidarte… esto es mi culpa… Debí romperte el corazón más para que no quisieras volver a verme nunca más… —Sollocé, concentrando mi atención en su vientre. Entonces una de mis manos se posó allí y lo acarició—. Nuestro hijo —musité conmovido—, espero que despiertes para que podamos criarlo juntos. Juro que lo que más quiero es que recobres la conciencia y pueda volver a ver esos hermosos ojos observándome con esa sonrisa cachonda que reservas para mí. —Le besé en el vientre—. Hola, hijo, espero que estés bien y

sigas creciendo sano y fuerte. Ansío conocerte, papá te espera y te ama.
Tuve que irme a mi pesar. Me despedí de ellos con un beso, aunque ella recibió por partida doble. Juré que no me movería de Valparaíso para regresar cada día, si debía verla por unos segundos y desde la ventanilla lo haría, porque no estaba dispuesto a perder más tiempo; debía aprovecharlo al máximo.
Horacio me alojó en su nuevo departamento. Mis padres vinieron por mí a los tres días de perdido, pues mi hermano no pudo seguir con la mentira y les confesó mi paradero, pero yo me negué y ellos debieron regresar a la capital.
Tras un mes de visitarla a hurtadillas y de hablar con su médico a escondidas, ya estaba al tanto de que el embarazo iba bien y que el bebé que esperaba era varón. Pude ver una de sus ecografías grabada en un CD. Me alegró escuchar sus latidos. Era emocionante volver a vivir un embarazo, pero lo malo era que no estaba ella a mi lado disfrutando de estos momentos. Me entristecía el hecho de saber que su pronóstico no auguraba una pronta mejora, y todo indicaba que, tras su nacimiento, la desconectarían. Aquello me atormentaba noche y día, haciéndome sentir como una basura y extremadamente culpable.
Tras su ecografía de seis meses, me dispuse a salir para una nueva visita en las sombras, cuando mi móvil vibró. Lo saqué de mi bolsillo y mientras caminaba al paradero más cercano, contesté.
—Aló.
—Hola, ¿habló con Martin Eddoumi? —dijo una voz femenina del otro lado.
—Sí, ¿con quién hablo?
—Lo llamó del hospital. —Al escuchar aquello el alma salió de mi cuerpo y un frío recorrió mi espalda—. Es para comunicarle que la señorita Amanda ha sufrido un alza de tensión arterial y producto de eso ha entrado a pabellón.
—¿A pabellón? —musité incrédulo—. ¿Le pasó algo al bebé? ¿Ella cómo está?
—Su estado es reservado, sigue con vida, pero tuvo una hemorragia y se decidió adelantar el parto.
—¿La cesárea de emergencia?
—Así es.
—Voy para allá enseguida —dije colgando y apresurándome.
Llegué al paradero casi sin aliento, mi pecho se me cerraba y producto de los nervios no podía controlar mi respiración. Desde que volví a esta realidad, tras el incidente con Adriana, decidí portar un inhalador por precaución, y ya se había vuelto una costumbre que tras una mala noticia tuviera que utilizarlo. Esta vez no fue la excepción Hice parar un colectivo y me subí, debía llegar lo antes posible al hospital y no me importaba enfrentarme con su madre. Sabía que eso sucedería y ya no me escondería más.
Entré al hospital y pregunté en la recepción por ella, me derivaron al ala de los quirófanos en maternidad. Subía al elevador y me bajé en el piso señalado. Busqué por los pasillos hasta dar con los números más cercanos al que me habían dado y la vi, su madre estaba sentada con su cabeza entre las manos, a su lado había un hombre unos años mayor que ella y al otro estaba Camila, que me miró con furia. Luego se levantó tapando la visual de la madre de Amanda.
—Iré al baño —le informó—, ya vuelvo. —Le besó en la cabeza e hizo un gesto al hombre que las acompañaba, este contuvo a la mujer evitando que me viera. Camila se acercó a mí dando zancadas, tomó de mi antebrazo obligándome a voltear—. ¿Qué haces aquí? Debes irte.
—No, Amanda me necesita —me negué a aceptar su petición.
—Ella no te necesita —refunfuñó—, eres una peste. Lo mejor es que te vayas.
—No, yo tengo derecho a estar aquí tanto como ustedes —alcé la voz—, mi hijo está luchando

por vivir en ese quirófano y no me moveré hasta saber de su estado y el de Amanda.
—Camila, ¿con quién hablas? —La señora Adela nos hablaba, yo volteé y vi cómo su rostro se desencajaba pasando de la pena extrema a la ira descontrolada.
—¡¿Qué haces aquí?! —gritó con vehemencia levantándose—. ¡No estás autorizado para ver ni saber nada de mi hija!
—Señora —dije de forma calmada, alzando mis manos a modo de rendición—, no he venido a pelear. Solo quiero saber sobre mi hijo y Amanda. —Recibí un bofetón en respuesta que me dio vuelta la cara, luego puñetazos por todo mi cuerpo. Por lo que me cubrí el rostro.
—¡Eres un maldito infeliz! —gruñó sin detener su ataque sobre mí—. ¡Maldito el día que apareciste en su vida! ¡Por tu culpa está en este estado! ¡Si muere serás el único responsable! ¡Me encargaré de que no se te olvide!
Dejé de sentir sus puños, y vi como el hombre que las acompañaba la abrazaba e intentaba tranquilizar.
—Deberías irte —espetó Camila—, deja de hacernos daño con tu presencia. Aquí nadie te necesita.
En ese instante las puertas del quirófano se abrieron y salió una mujer, yo estaba enterado de que era su obstetra.
—¿Mi hija cómo está?
—Sigue con pronóstico reservado, sobrevivió a la intervención —informó, se veía contrariada—. Sin embargo, el niño murió. Cuando lo sacamos estaba sin signos vitales —su voz se quebró y yo sentí que mi interior se partía en mil pedazos—. Intentamos reanimarlo sin éxito, lo siento mucho.
Escuché voces y gritos femeninos lastimeros a lo lejos, no era capaz de conectarme con mi entorno. Cuando volví a reaccionar, ninguna de las mujeres estaba cerca y el médico que atendía a Amanda, quien había sido mi cómplice todo este tiempo, permanecía acuclillado a mi lado e intentaba despertarme.
Yo estaba sentado sobre el suelo aferrado a mis rodillas y silenciosas lágrimas caían por mis mejillas. El dolor en mi interior era muy palpable y real, sentía que no podría salir de esta situación y no veía un futuro muy alentador.
—Hijo —escuché su voz, vi que me sonreía con cariño—, me alegra que regresaras.
—Mi hijo murió —susurré en un hilo de voz—, y Amanda… ¿qué sucederá con ella?
—De eso quería hablarte también —dijo ayudándome a levantar—. Vamos a mi oficina.
—Prefiero que me responda ahora.
—¿Tienes algún número de contacto? —me interpeló.
—¿Tan malo es?
—¿Tienes?
—Sí —contesté, él me pasó lápiz y papel que sacó de un bolsillo.
—Escríbelo allí.
Le obedecí mientras caminábamos, subimos al ascensor y nos bajamos unos pisos más abajo, en el ala de UCI y muy cerca de su despacho. Abrió la puerta y entramos. Me dejé caer en una silla y él a mi lado, aquello me pareció extraño.
—Ya hablamos de esto con la señora Adela —suspiró—, y aunque ella se negó en un momento, no puede mantenerla más tiempo con respiración asistida, ya que no tiene cómo costearlo.
—¡¿Qué?! —exclamé—. ¿Piensan desconectarla?
—El seguro ya no cubre más tiempo —suspiró y continuó con calma—, el hecho de que la mantuviéramos con vida era solo porque mantenía una vida en su interior y al llevar cuatro

meses sin actividad cerebral, se hace imposible un pronóstico que justifique que permanezca con el respirador.
—¡No! —gemí, cubriéndome la boca con las manos y unas lágrimas escaparon de mis ojos—. No pueden desconectarla.
—Posiblemente mañana se realizará ese procedimiento —dijo—, puedo autorizar que pases ahora para que te despidas de ella. Creo que mañana estará su madre y te será imposible entrar. Supe lo que sucedió hoy fuera del quirófano.
—Amanda, no —sollocé—, no puedo perderla también.
—¿Pasarás hoy a despedirte?
—Quiero verla —musité, mi barbilla trepidaba—, sé que despertará si me escucha.
El médico me miró con un brillo triste y sin esperanzas en sus ojos que decía «te entiendo, muchacho, pero ella no despertará». Se levantó y al abrir la puerta de su despacho volteó.
—Prepararé todo para que puedas entrar a despedirte —dijo en un tono suave—. Ya regreso.
Me quedé llorando en silencio, no podía resignarme a que este sería su último día con vida. Recordé todos los poemas que me dedicó, aquellos que guardé en mi billetera y que leía cada vez que decidía alejarme de su lado.
Sabía que si moría toda la culpa caería sobre mí, ya sentía esa pesada mochila sobre mi espalda. Llevaría su muerte a cuestas y aquello no me dejaría vivir, pues sería la segunda mujer que moría por mi causa. Erika había sido la primera, y no existía momento que no me sintiera culpable por haber sido tan ciego al no ver cómo se encontraba tras la muerte de nuestro hijo. Para rematarla, Amanda también había perdido a nuestro bebé, pero antes de nacer. La historia se repetía de otra forma cruel y todo esto me devastaba.
Entre mis cavilaciones, el doctor regresó y me llevó a la zona de descontaminación. Como un autómata hice todo lo que me dijeron y pronto, tenía una mano de Amanda entre las mías. La acerqué a mi boca y la besé, bajándome la mascarilla para percibir su piel. Estaba fría, como las últimas veces.
—Amanda, sé que estás ahí. Sé que me escuchas —suspiré intentando retener las lágrimas, sin éxito—. Por favor, despierta. Todos acá estamos esperando a que abras tus ojos y vuelvas a sonreír, a hablar y a ser la mujer fuerte que expresa sus sentimientos al máximo.
Me detuve porque mi voz se quebró por la pena y mi barbilla no dejaba de temblar.
—Por favor, regresa, tienes un futuro brillante como escritora y poeta, no puedes irte así y dejar todos tus sueños literarios a medio terminar. Cariño, aún guardo tus poemas en mi billetera —le susurré acariciándole una mejilla con mis dedos—, y los leo todas las noches, pero me hacen llorar porque no estás a mi lado.
No pude más con el dolor y caí de rodillas sobre el suelo, aferrándome a su cuerpo llorando.
—Bebé, te extraño y me siento muy culpable por todo lo que sucedió. No fui capaz de protegerte, soy el único culpable de que estés así. No te vayas, por favor. Nuestro hijo se fue hoy y mañana te desconectarán, no puedo vivir con dos muertes más por mi culpa. Por favor, despierta… Juro que mi intención nunca fue hacerte daño, pero soy un tarado que no supo cuidarte. ¡Amanda! —grité profundamente desgarrado—. ¡Despierta! ¡Despierta! ¡No puedes morir así! ¡No me dejes!
Mientras gritaba, mis lamentos aumentaban de volumen y me aferraba más a su cuerpo en un intento desesperado por despertarla. No quería que muriera, deseaba con todas mis fuerzas que abriera sus ojos y me sonriera, pero eso nunca pasó. Entre mi dolor y mis lágrimas, salí de allí con ayuda de una enfermera y la miré a través del ventanal por última vez.
Salí a la calle, era una noche fría, sin estrellas ni luna en el firmamento. Vagué por las calles de

Valparaíso sin tener claro de dónde iba ni en dónde me encontraba. Terminé entrando a un bar, pedí un par de shots de tequilas, seguido por una cantidad que no recuerdo de botellas de cerveza en un intento estúpido por borrar el dolor; pero a medida que consumía más alcohol mi estado de ánimo empeoraba y los recuerdos me apuñalaban con más fuerza. No sé cómo, pero terminé aliándome con un grupo de hombres y mujeres que consumían diversas drogas en un espacio reservado del local al aire libre, era una terraza.

—Te daré algo para que cambies esa cara y seas feliz —me dijo el hombre que estaba a mi lado sacando una diminuta pastilla—, abre la boca que esta hermosura va bajo la lengua.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Algo que te hará olvidar tus penas, es solo para que la pruebes.

—Bien —accedí recibiendo la píldora y colocándomela bajo la lengua.

—Debes probar la mercancía antes de decidirte a comprar, ¿no? —me guiñó un ojo—. Deja que se disuelva. —Me pasó un brazo por sobre mis hombros—. Por acá tenemos coca —apuntó a una mesa donde había unas líneas que eran aspiradas por unas chicas—. Y acá está el sector de fumadores. —El olor a marihuana me abdujo y me senté en una de las sillas que allí había—. Denle a fumar a nuestro invitado.

Recibí el pito y le di un par de profundas caladas que me relajaron, ya no recordaba por qué estaba allí, ni siquiera quién era yo. Todo me resultaba superfluo y etéreo, sentía que mi cuerpo levitaba y, a pesar de la poca luz, podía ver con claridad, como si estuviera de día.

—¡Eh! —escuché con eco una voz masculina y vi un rostro que se difuminaba en muchos colores, volviéndose amorfo—. Ya has fumado demasiado, necesitas centrarte. —Mis pies se movieron como levitando y me encontré de pronto junto a una mesa en que había unas líneas—. Dale, campeón, aspira.

Algo entraba por mi nariz, no sabía que era. Pero fue tan intenso que mi cuerpo se paralizó por unos segundos y todo lo amorfo y psicodélico desapareció, siendo remplazado por la realidad. Un sopor helado me recorrió por todo el cuerpo, me tambalee cayendo sobre la mesa. Mi cuerpo temblaba en exceso y ya casi no podía respirar.

—Cálmate campeón. —El hombre me levantó—, quedaste con tu chaqueta llena de coca. Ven. —Me sentó en un sofá—. Ya regreso.

Mis manos trepidaban locamente, podía ver sus estremecimientos y sentirlos por todo el cuerpo. Mi respiración se agitaba y mi corazón parecía que se escaparía de su lugar, podía sentirlo muy cerca de mi garganta. Miré hacia el frente y vi a Adriana mirándome con malicia, sonreía con perversidad.

No pude soportarlo más y me levanté iracundo, caminé hacia ella chocando con personas que no distinguí. Ella pegó una carcajada y bajó las escaleras corriendo. Me afirmé del pasamanos y logré llegar al primer nivel sin resbalar. Ella volteó cuando abría la puerta, entonces di grandes zancadas en su dirección.

—¡Eres una maldita asesina! —le grité corriendo tras ella, pero a cada paso mi cuerpo se tambaleaba chocando con las paredes y mesas—. ¡Te odio! ¡Arruinaste mi vida!

En un callejón la detuve, ella me sonrió altiva.

—Estás hecho un desastre —rio—, tal como te quería ver. No me equivoqué al atacar a Amanda, ella era a la persona que más amabas y me alegra haberla matado, porque al fin te veo sufrir y revolcarte en tu propia mierda.

—¡Ah! —grité, pegándole un puñetazo, pero su silueta se evaporó. La busqué con la mirada dando vueltas—. ¡Maldita! ¡Sal! ¡No te escondas, cobarde!

—¿Qué tenemo' aquí? —Un hombre encapuchado me habló, a su lado lo acompañaban otros dos

—. Está' ha'ta atrá'.
—Ete' angurri no' selvidá —dijo el otro.
—Dano' todo lo que tiene' si no quiere' que te rajemo' el paño —me amenazó con un puñal.
Me rodearon e intentaron intimidarme, pero yo me resistí y le di un puñetazo al que me amenazaba. Los otros dos se me fueron encima y comenzaron a pegarme, sentía cómo me reventaban la cara y cuando caí al suelo siguieron con patadas que me hacían soltar escupos sanguinolentos. Una patada me voló un par de dientes, dejándome mareado y con un fuerte zumbido en mis oídos. Algo afilado se clavó algunas veces en mi abdomen y mis latidos se agitaron, me costaba respirar y el pecho se me cerraba.
Ya casi no podía ver con claridad y me ahogaba, tanto con la sangre que salía por mi boca como por una nueva crisis de asma fulminante. Me coloqué de lado dejando que la sangre escurriera por mi boca, cerré los ojos y la imagen de Amanda sonriéndome apareció, tomé su mano y caminé a su lado. Todo se veía muy luminoso e irreal.
—Lo siento —me dijo, su voz sonaba lejana y distante.
Soltó mi mano y todo lo bello y luminoso a mi alrededor se convirtió en un espacio negro que me tragaba, haciéndome dar vueltas en un espacio atemporal y sombrío.

◆◆◆

RENACER

◆◆◆

Capítulo 39

La despedida

◆◆◆

Amanda

Muchas veces, entre mis sueños, escuchaba voces lejanas y mal sintonizadas. A veces eran femeninas y otras pocas masculinas. No lograba distinguirlas y me encontraba en una habitación blanca en la que flotaba sin rumbo, no tenía otro panorama y ya comenzaba a aburrirme.
Cuando al fin salí de este lugar me encontré con mi abuela, flotaba y me sonreía. Estábamos justo en la salida de un oscuro túnel en cuyas paredes había antorchas encendidas que iluminaban tenuemente el camino.
—Hola, mi niña —me saludó cariñosa envolviéndome entre sus brazos—. Me alegra verte.
—La extrañé mucho estos años —expresé separándome de ella para mirarla a los ojos—. ¿Dónde estamos?
—En el túnel que conduce a la otra vida —me informó, yo me cubrí la boca con mis manos—, pero tranquila. Estoy aquí para ayudarte a regresar, ya que este no es tu momento.
—¿Cómo llegué aquí? —pregunté atónita—. No recuerdo nada.
—Has estado mucho tiempo dormida —repuso—, pero ya es tiempo de despertar.
—¿Cómo despierto?
—Ven. —Caminó en dirección opuesta a la salida, tomando de mi mano me hizo voltear—. Mira, ¿ves eso? —A lo lejos lograba ver algo parecido a una cuna. Flotamos hasta alcanzarla, en ella había un bebé que me observó risueño—. Este sería tu hijo —me dijo sacándolo de allí y entregándomelo con suavidad—, pero él no consiguió sobrevivir, luchó mucho, pero su hora llegó.
Yo observaba a esta ricura profundamente embelesada y el pequeño alzaba sus manitos intentando alcanzar mi rostro.
—Mi hijo, ¿es varón? —le pregunté haciendo contacto visual con ella.
—Sí, lo fue —aseguró—, ahora ya ha vuelto a la dimensión de la que salió. Pero no tengas pena, él volverá, en algunos años más, pero como niña, porque su destino en esta encarnación es tenerte como madre. Así que este no será un hasta siempre, sino un hasta pronto.
Lo besé en su frente oliendo su exquisito aroma natural y percibiendo la suavidad de su piel, no entendía cómo podía percibir tanto si estaba en una dimensión etérea.
—Nos vemos pronto, cariño —me despedí dejándolo en la cuna y no pude evitar que unas lágrimas resbalaran por mis mejillas.
—Mi niña —me habló, sacándome de mi ensimismamiento—, debes regresar ya porque están por desconectarte. —Apuntó hacia mi derecha, vi a mi madre junto a mi cama. Mi cuerpo estaba repleto de aparatos y mangueras, ella sostenía mi mano y lloraba—. Acércate para que puedas escuchar.
Obedecí sin más, entonces pude sintonizar con claridad lo que decía.
—Hija, todos estos meses he esperado a que despiertes, pero no lo has hecho, cada día me siento

aquí, tomo tu mano y te hablo con la esperanza de que me escuches —decía mi madre con su voz quebrada y sus ojos anegados en lágrimas—. Ayer mi nieto falleció y era la única esperanza para ti, ya que por él te mantenían con vida. Hoy te desconectarán y no puedo hacer nada para impedirlo, hija, ¡por favor! ¡Despierta! —sollozó, dejando caer su cabeza sobre mi pecho y aferrándose a mí—. Abre tus ojos… No puedo vivir sin ti, eres mi única compañía, sin ti mi vida no tiene sentido ¡Por favor!

Sus súplicas me habían roto por dentro, sentía una profunda desazón y ya comenzaba a llorar tanto como ella.

—¿Cómo regreso a mi cuerpo? —le pregunté a mi abuela—. ¡Ayúdame!

—Vamos —sonrió satisfecha, ofreciéndome su mano derecha. Yo la acepté y pasamos de ese mundo etéreo al cuarto—. Sigue tu cuerda de vida —me dijo, apuntando al grueso lazo azul que salía de mi plexo solar y se unía a mi cuerpo físico a la misma altura—, tira de ella con fuerza. —Tiré una vez, percibiendo un fuerte jalón que me hizo levitar un trecho—. ¡Otra vez! —La jalé nuevamente, eso me acercó más—. ¡Jala más fuerte!

Tiré de ella varias veces hasta que sentí una fuerte succión y quedé completamente inmóvil, en un espacio negro. Al abrir los ojos me costaba respirar, sentía un fuerte dolor en mi garganta y mi madre lloraba y sonreía a mi lado.

—¡Despertaste! —se alegró, saliendo de allí apresuradamente.

Entonces me pareció ver la silueta de mi abuela sonriéndome desde el umbral, pero se desvaneció con rapidez al entrar uno de los especialistas. Me sacaron el tubo que me dificultaba tragar y respirar, por el que me ahogaba cuando desperté. Después de hacerme unas pruebas de rutina, dejaron entrar a mi madre.

—Hija. —Me abrazó, besándome por toda la cara—. No sabes cuánto me alegra que hayas despertado.

—Mi abuela me ayudó.

—¿Mi madre?

—Sí, ella se me apareció al final del túnel y me dijo que este no era mi momento de partir —le conté, mi mamá me miró atentamente y podía ver un brillo en sus ojos—. Me ayudó a regresar y la vi desaparecer de esta habitación cuando entraron los médicos.

—¿Estaba aquí? —preguntó, yo asentí—. ¿Cómo está?

—Se veía bien —le sonreí—. Con unos años menos y podía moverse por sí misma.

—Que bien.

—Conocí a mi hijo. —Mi madre me miró sorprendida—. Su piel era tan suave y tersa. La abuela dijo que después volvería como niña, en unos años más.

—Me dejas sin palabras.

—¿Quién era el padre de mi hijo? —pregunté, ya que no recordaba nada—. ¿Tuve un accidente con él?

—¿No recuerdas qué te trajo aquí?

—No —negué—, si mi abuela no me hubiera mostrado a mi hijo, tampoco lo recordaría. —Tragué saliva—. ¿Cuántos meses tenía?

—¿Cuándo murió? —asentí—. Murió ayer a los seis meses, es que tuviste un alza de tensión que no pudieron controlar a tiempo y… ya sabes.

—Claro —suspiré—, ¿y mi hijo tenía padre o desapareció en cuanto supo?

—No, no tenía padre.

—¿Y qué me trajo aquí?

—Una ex de él te disparó por celos.

—Guau —exclamé anonadada—, ¿y para qué me atacó si ya no estaba con él?
—Estaba loca, pero lo que importa es que estás viva y despierta —dijo sonriéndome y acariciando mi mentón con sus dedos.
Mi madre permaneció a mi lado todo ese día, hasta que la hora de visitas terminó. A la mañana siguiente, llegaron unos detectives a interrogarme por el caso que se había abierto debido a lo que me había sucedido, pero no los pude ayudar, ya que no recordaba nada del incidente. Gracias a ellos me enteré de que había ocurrido en su departamento, lo que indicaba que mi madre me había mentido. Pero ¿por qué lo había hecho? Yo estaba con él y, de seguro, también sabía de mi embarazo.
Martin, se llamaba, pero no supe nada más sobre su estado ni en dónde estaba, porque ellos no me lo dijeron. Cuando mi madre me visitó intenté preguntarle, pero solo recibí evasivas.
Con el paso de las semanas, recuperé la movilidad de mis músculos gracias a las fisioterapias diarias. Mi madre me apoyaba y cuidaba, estuvo allí para mí. Al igual que mi amiga Camila, ella me visitaba día por medio a veces en compañía de Cristina. Les preguntaba por Martin, pero Camila impedía que Cristina respondiera. Sabía que algo extraño pasaba, pero no podía hacer nada para averiguarlo mientras continuara hospitalizada.
Un mes después me dieron el alta y regresé a casa, en mi habitación recuperé mi móvil y comencé a revisar mis mensajes encontrándome con el chat que compartía con Martin, eran conversaciones muy calientes y yo hasta le enviaba poemas eróticos.
Encontré un documento en mi laptop titulado como *«Poemario de un corazón lujurioso»*, estos escritos me dejaron helada, pues mostraban mi ferviente deseo por Martin y el hecho de no tener noticias de él me causaba desazón. No tenía sentimientos ni recuerdos, pero esa poesía era muy explícita y me hacía querer saber sobre su paradero.
Hurgando en mi cuenta de Instagram, encontré su nombre completo en un chat e hice clic en su perfil. Encontré fotos muy antiguas y no tenía nada actual. Decidí echar un vistazo en Facebook, pero tampoco me ayudó. Luego decidí buscar dentro de sus contactos, di con la cuenta de su hermano y grande fue mi sorpresa al leer una de sus publicaciones.
«El funeral de mi hermano Martin Eddoumi se realizará en la Parroquia Nuestra Señora del Jardín a las 14:00 horas y le daremos el último adiós en el Cementerio General».
Me cubrí la boca con las manos, estaba estupefacta. Martin había muerto hace un mes, por la fecha de la publicación su funeral fue dos días después de que yo desperté del coma. ¿Pero cómo? ¿Por qué me lo habían ocultado?
Decidí seguir con mis pesquisas y dentro de los comentarios en aquella publicación, me encontré con un nombre que me llamó la atención.
—Horacio —musité, justo cuando una imagen aparecía en mi mente—, era su amigo. Compartían departamento.
No lo pensé más y le escribí.

Amanda:
Hola, Horacio, disculpa que te moleste y creo que esto te parecerá raro, pero estoy en la búsqueda de todo lo que olvidé tras el incidente con Martin en su departamento y solo te recuerdo como su compañero.

Horacio:

¿Amanda, eres tú?

Amanda:
Sí, desperté del coma hace un mes. Pero no recuerdo nada de lo sucedido y me acabo de encontrar con la noticia de que Martin falleció.

Horacio:
En serio, lo lamento mucho.
Después que lo encontraron muerto
no fui a visitarte más porque se suponía
que te desconectarían y yo pensé que ya
estabas muerta.

Amanda:
Pues gracias por tus buenos deseos.

Horacio:
No me malentiendas, es que después
de tanta tragedia no tuve cabeza para más
y solo asumí cosas.

Amanda:
Entiendo. Me gustaría juntarme contigo para que charlemos. ¿Sigues acá o regresaste a Santiago?

Horacio:
La faena aún no ha terminado, así que
estaré al menos por un mes más.

Amanda:
¿Cuándo tienes tiempo para que nos juntemos?

Horacio:
Mañana al mediodía, antes de viajar a Santiago.

Amanda:
¿En dónde nos juntamos?

Horacio:
Paso por ti, recuerda que tengo auto.

Amanda:
Pero acá no podemos hablar porque mi madre no quiere que me entere de nada sobre Martin. Además, eras su mejor amigo y ella debe conocerte.

Horacio:
Descuida, no me conoce como amigo de él.
Solo como un compañero de trabajo tuyo,
así es que no hay problema con que vaya a tu
casa, pero sí creo que lo mejor es ir a otro lado
para conversar tranquilos.

Amanda:
Te espero mañana, nos vemos y gracias.

Horacio:

Nos vemos, ahí estaré.

Esa tarde, mientras releía las conversaciones que tuve con Martin en busca de mi propia iluminación, que me permitiera recordar y revivir la llama que me unía a él, escuché golpes en mi puerta.
—Hija, tienes visita.
—Pasa —dije, bloqueando la pantalla de mi móvil—. ¿Cristina? —pronuncié contrariada al verla tras mi madre—. No te esperaba hoy por acá.
—Quería sorprenderte en tu primer día de vuelta en casa.
—Bueno, las dejo solas para que puedan conversar —repuso mi madre, sonriéndonos—. En media hora estará lista la once, les avisaré para que bajen.
—Claro.
—Gracias, tía.
Cerró la puerta y la escuché bajar la escalera. Luego me concentré en mi amiga, se veía nerviosa.
—¿Quieres confesarme algo?
—¿Cómo lo sabes? —preguntó sentándose en mi cama y restregándose las palmas sobre sus muslos.
—Tus nervios salen por los poros, ¿qué tienes?
—Pues quería hablarte sobre Martin —comenzó en un susurro—, Camila no está de acuerdo, pero yo me he sentido horrible por ocultarte qué pasó con él todo este tiempo.
—Sé que murió —intervine escueta—, lo descubrí en sus redes sociales.
—Sí —suspiró más tranquila—, él estuvo pendiente de ti desde que pudo volver a Valparaíso. Yo… noté que realmente estaba enamorado de ti, aunque no lo pusiera en palabras.
—¿Qué relación tenía con él?
—Tú la llamabas como una «No relación» porque él no quería nada serio, solo era una relación carnal. Decías que la pasabas muy bien con él, pero te veía triste. Satisfecha sexualmente, pero triste.
—Una relación tóxica.
—Pues ustedes terminaron y volvieron varias veces, Camila lo odiaba por hacerte sufrir porque cada vez que volvían tú te enganchabas más de él, y luego te escribía o enviaba audios hirientes que terminaban contigo en un mar de lamentos —terminó—. Él temía al amor y tú estabas llena de él y solo querías entregárselo, pero Martin huía de ti cada vez que se lo demostrabas. —Suspiré resignada—. Lamento no poder decirte que él fue un buen chico que te trataba cómo te lo mereces y te entregaba todo su amor, si dijera eso sería mentira. Lo único que tengo claro es que su temor a amar los destruyó, no solo a ustedes como pareja, sino a sus anteriores conquistas porque Adriana se volvió loca debido a su desdén, y terminó vengándose contigo.
—¿Cómo dices? —me sorprendí. Cristina me habló del ataque de Adriana y de lo que Martin hizo para detenerla. Siempre con la duda de mí que, en definitiva, él sentía de verdad.
—Jamás lo sabremos —suspiré levantándome—. Mañana vendrá Horacio —le confesé—, a mediodía, quiero escuchar su versión de todo esto y, si es posible, que me lleve al cementerio donde está enterrado.
—¿Para qué?
—Para despedirme. —Me dejé caer en la silla de mi escritorio—. Aunque no recuerde lo que tuvimos, necesito cerrar este ciclo.
—Te acompañaré, si lo necesitas.
—¿Piensas quedarte esta noche?
—No venía preparada para eso, pero si me invitas no me negaré.

Suspiré.
—Creo que será más fácil salir si estás conmigo, ya sabes por quien —dije resignada—. Cada día que pasa se pone más aprensiva.
—Después de todo lo que vivió, la comprendo. —Se levantó—. Todos pensábamos que te perdíamos.
—¡Chicas, la once está lista para que bajen! —anunció mi mamá a viva voz.
—Vamos.
A la mañana siguiente, nos levantamos a eso de las diez, tomamos desayuno en compañía de mi madre y al mediodía un automóvil gris se paró fuera de la puerta de calle. Fue entonces cuando le comenté que Horacio venía por nosotras para dar un paseo. Mamá no quería dejarme salir, pero Cristina la convenció y salió para despedirnos, y pedirle a él que me cuidara y regresara a casa a salvo. Aparcamos en el centro de Valparaíso y nos metimos en una cafetería.
—¿Quieren algo? —nos preguntó.
—No, ya tomamos desayuno —le respondí—. ¿Podrías decirme cómo murió Martin?
—Fue muy trágico —suspiró llevándose una mano a la cabeza y comenzó a relatar—. Fue durante la que se suponía sería tu última noche en este mundo, según indagó la policía él fue tu última visita y salió de allí hecho mierda, es decir, llorando y parecía ido. Yo lo llamé y mandé muchos mensajes para saber si necesitaba que lo bajara a buscar, pero nunca contestó. —Apoyó su espalda en el respaldo de la silla—. Al día siguiente llegó su familia muy preocupada y comenzamos a buscarlo por los hospitales de la zona, encontrándolo en el Servicio Médico Legal. Su padre entró a reconocer el cuerpo y yo lo acompañé. Estaba muy golpeado, su rostro hinchado y amoratado y tenía tres puñaladas muy cerca del corazón.
—¿Lo asaltaron? —solté atropelladamente.
—Sí, por el sector de la bohemia nocturna.
—¿Subida Ecuador?
—Sí, las cámaras del callejón en que lo encontraron muestran el ataque, lo molieron a golpes entre tres —relató, yo me cubrí la boca con mis manos—. Pero no sufrió, ya que estaba tan drogado y alcoholizado que murió por sobredosis y no por las heridas. Si no hubiese ingerido tanta porquería habría sobrevivido, pero toda esa droga lo hizo entrar en shock más rápido y para cuando la ambulancia llegó, el llevaba quince minutos muerto.
Sentí las manos de mi amiga sobándome la espalda, yo no era capaz de hablar y unas lágrimas silenciosas resbalaban por mis mejillas.
—Los asaltantes se llevaron sus documentos, su móvil y cualquier cosa que ayudara a identificarlo —repuso—, por eso no contactaron a la familia y tuvimos que buscarlo nosotros.
—Fue un cruel final —musitó Cristina—, no lo sabía. O sea, no había escuchado tantos detalles.
—Quiero ir a visitarlo —musité llevándome su atención—, ¿podrías llevarme al cementerio?
—Después de esta conversación —suspiró—, pensaba hacer mi viaje a Santiago. Podría llevarte, me queda de paso.
—Los acompañaré, así no regresas sola —se ofreció Cristina.
—Vámonos ya —dijo él, levantándose—, se me quitó el hambre.
Durante el viaje por la carretera le pregunté más a cerca de mi relación con Martin, lo poco que sabía era lo que veía cuando estábamos juntos en el departamento. Según creía, él estaba verdaderamente enamorado de mí, pero era muy terco como para asumirlo y siempre huía de esa gran verdad.
Muchas veces él le aconsejó que se dejará guiar por lo que sentía y arreglará lo nuestro, pero cuando creía que lo había hecho, se encontraba con un Martin desecho porque acababa de

terminar lo nuestro en no muy buenos términos. Lo que me hizo pensar que lo mejor para mí había sido olvidarlo, eso me permitía empezar de cero sin el fantasma de aquella tormentosa relación en que me vi inserta y libre del sufrimiento que causa una pérdida de este estilo. Esta, sin duda, era una segunda oportunidad que me daba la vida para comenzar una nueva historia sin el aguijón del desamor inserto en mi corazón.

Estacionamos fuera del cementerio, Horacio nos guio por callejones hasta que llegamos a una tumba en tierra que tenía una cruz blanca con el nombre de Martin, su fecha de nacimiento y de muerte.

—Si quieres te dejamos sola —propuso mi amiga—, podemos irnos más lejos para que puedas hablarle tranquila.

—Sí, por favor.

Los vi alejarse, me acerqué a aquella cruz y dejé reposar mis manos en ella. Cerré mis ojos y aspiré. Sin saber por qué, lágrimas brotaron de mis ojos. Sentía pena, rabia, frustración y ganas de recordar nuestra historia, pero no podía obligar a mi mente. Todo era tan confuso, no lograba entender por qué solo había olvidado mi relación con él y eso incluía todo lo que en algún pasado me hizo sentir.

—Martin —musité—, siento haberte olvidado. Hoy vine aquí con la esperanza de recordar lo nuestro, pero mi mente no quiere dejar salir esos recuerdos. No entiendo la razón, pero necesitaba venir a despedirme para comenzar un nuevo ciclo en mi vida. Sé que fuiste alguien importante durante este último año y por eso quise visitarte. —Abrí los ojos concentrando mi atención en su nombre—. El poemario que te escribí lo publicaré pronto y será en tu memoria, lo prometo, porque todo lo que me hiciste sentir está escrito entre sus páginas y aunque no pueda volver a experimentarlo, tu recuerdo no morirá porque vivirás a través de esos poemas. —Besé mi mano derecha y la coloqué sobre su nombre—. Hasta siempre, Martin.

Volteé caminando en dirección a mi amiga, ella me sonreía con pena. De pronto percibí una mano en mi espalda seguido de unos labios sobre mi mejilla, y un escalofrío recorrió mi espalda al escuchar una voz masculina susurrando mi nombre. Me abracé a mí misma y volteé, pero no vi a nadie. Todo estaba desierto a mi alrededor y los únicos que estaban cerca se encontraban en dirección opuesta a aquella voz.

◆◆◆

Epílogo

◆◆◆

Seis meses después

Durante meses, Amanda se había dedicado a corregir su nuevo poemario con ayuda de un amigo escritor que había conocido en una de sus presentaciones de su libro anterior. Julián Ramírez era su seudónimo, se había transformado en uno de sus mejores amigos en poco tiempo y estaba al tanto de toda la historia que ella aún no recordaba, pero que estaba escrita en el lujurioso poemario.

Para mejorar el contenido de sus versos y la calidad de sus rimas, trabajaron codo a codo; luego pasaron a la etapa de maquetación en que colocaron unos singulares diseños en el interior, y las cubiertas exteriores mostraban a cabalidad lo que prometía su atractivo título.

Ese era el día del lanzamiento, habían ensayado las preguntas y respuestas, lo que ella leería y la actuación final. Todo estaba listo. Se juntó con Julián en el plan de Valparaíso y partieron en su auto a la cafetería en que se realizaría el evento.

Al llegar, el reciento estaba repleto, no había espacio para caminar dentro y mientras avanzaba la saludaba gente que no conocía. También estaban sus amigas, Horacio y su madre sentados en las primeras mesas cerca del escenario. En él había un pendón enorme en que salía la portada y su foto de autora, junto a un título en letras blancas que decía *«Poemario de un corazón lujurioso»* Libro 2, saga Los corazones. En memoria de Martin Eddoumi.

—Buenas tardes a todos los presentes —saludó Julián—, les agradecemos su asistencia a este lanzamiento poético, del *«Poemario de un corazón lujurioso»* escrito por mi amiga y colega, Mariana Santamaría. Antes de continuar, ella nos leerá unas palabras.

Julián aplaudió seguido por todos los asistentes. Amanda se aproximó al podio con un ejemplar en su mano derecha, respiró profundo y se sumergió en la lectura en voz alta.

—Este poemario va dedicado a Martin Eddoumi, quien partió al otro mundo muy pronto. Todos los poemas que leerán en este libro son dedicados a él y a lo que me hizo sentir durante nuestra corta relación. Cuando fui a visitarte a tu lugar de descanso, prometí que este poemario sería a tu memoria porque sé que me enseñaste mucho y aunque no logre recordarte, sé que cada día me acompañas. —Amanda levantó la mirada y le pareció ver por un instante la silueta de Martin que le sonreía—. Nuestra despedida no es un hasta siempre, sino que es un hasta pronto. Descansa en paz, cariño.

Acerca de la autora

◆◆◆

Dairana, nació el 14 de octubre de 1993 en la cuidad de Valparaíso, Chile. Su pasión por la escritura comenzó a temprana edad, pues a los ocho años escribía microrrelatos mientras disfrutaba de la lectura de libros de diversa naturaleza. A los trece años arremete contra ella una profunda e intensa inspiración que la llevó a crear mundos paralelos, repletos de historias que se entrelazan y que tienen una raíz espiritual, un sentido místico con toques de romanticismo, junto al caos propios de la vida material. El uso del lenguaje escrito es para ella fuente de magia, relajación y conexión con el ser interior que permanece escondido en las profundidades de la conciencia individual.

Tiene dos sagas publicadas: «Otoño Sombrío» y «Mares de Sangre», también una trilogía llamada «El Abismo de Emma» y «Juego de Seducción» el primer libro de la *Serie Almas enamoradas*, pero estas no son las únicas obras que ha escrito, pues en sus anaqueles virtuales descansan otros proyectos terminados que en el futuro saldrán a la luz pública.

En junio de 2023 creo la *Comunidad de escritores autopublicados, Chile* iniciativa que reúne a diversos escritores autopublicados a nivel nacional en un grupo con presencia en redes sociales, en donde se promocionan sus obras y se realizan entrevistas. En la actualidad es la presidenta de la Asociación gremial de escritores autopublicados en Chile.